
CÍRCULO
VISCOSO
Piers Anthony

Círculo Viscoso es una historia sobre una especie extraña de seres electromagnéticos y un intento experimental de transferirse a otros entes.

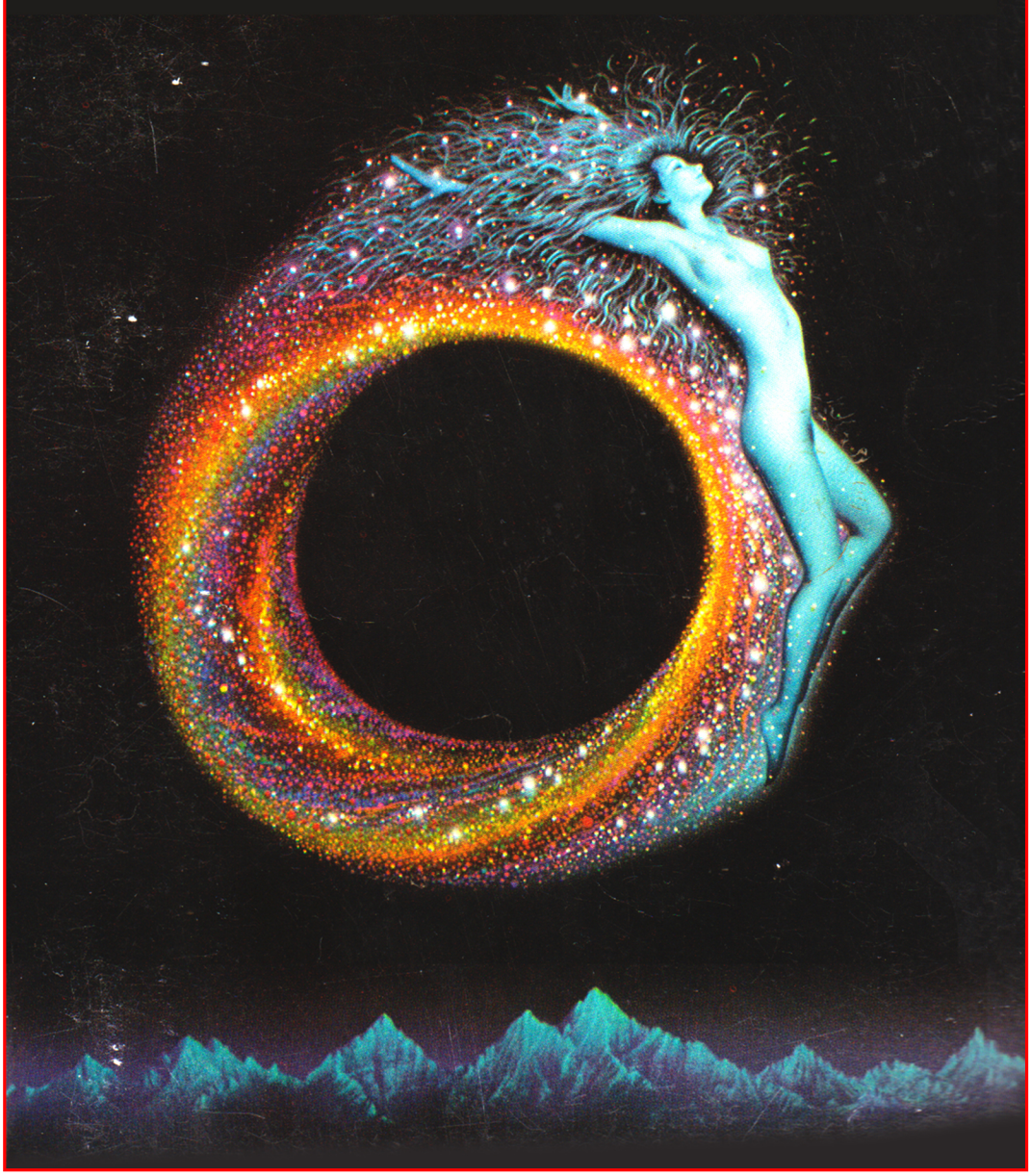
Forma parte de la serie “Cluster” [Cúmulo] de Piers Anthony. En este universo, la realidad está estructurada en lo que se denominan "clústeres". Cada clúster es un enclave de realidad autónomo, una especie de placa de Petri cósmica donde diferentes especies y civilizaciones evolucionan de forma aislada.

Los *band* son anarquistas pacifistas que adoptan la forma de discos magnéticos que flotan en el espacio y simplemente se desmagnetizan y se autodestruyen al enfrentarse a una acción desagradable o contraria a su ética.

Los *solarianos*, en su desesperada prisa por encontrar el misterioso Sitio Antiguo, están decididos a aniquilar a los band…

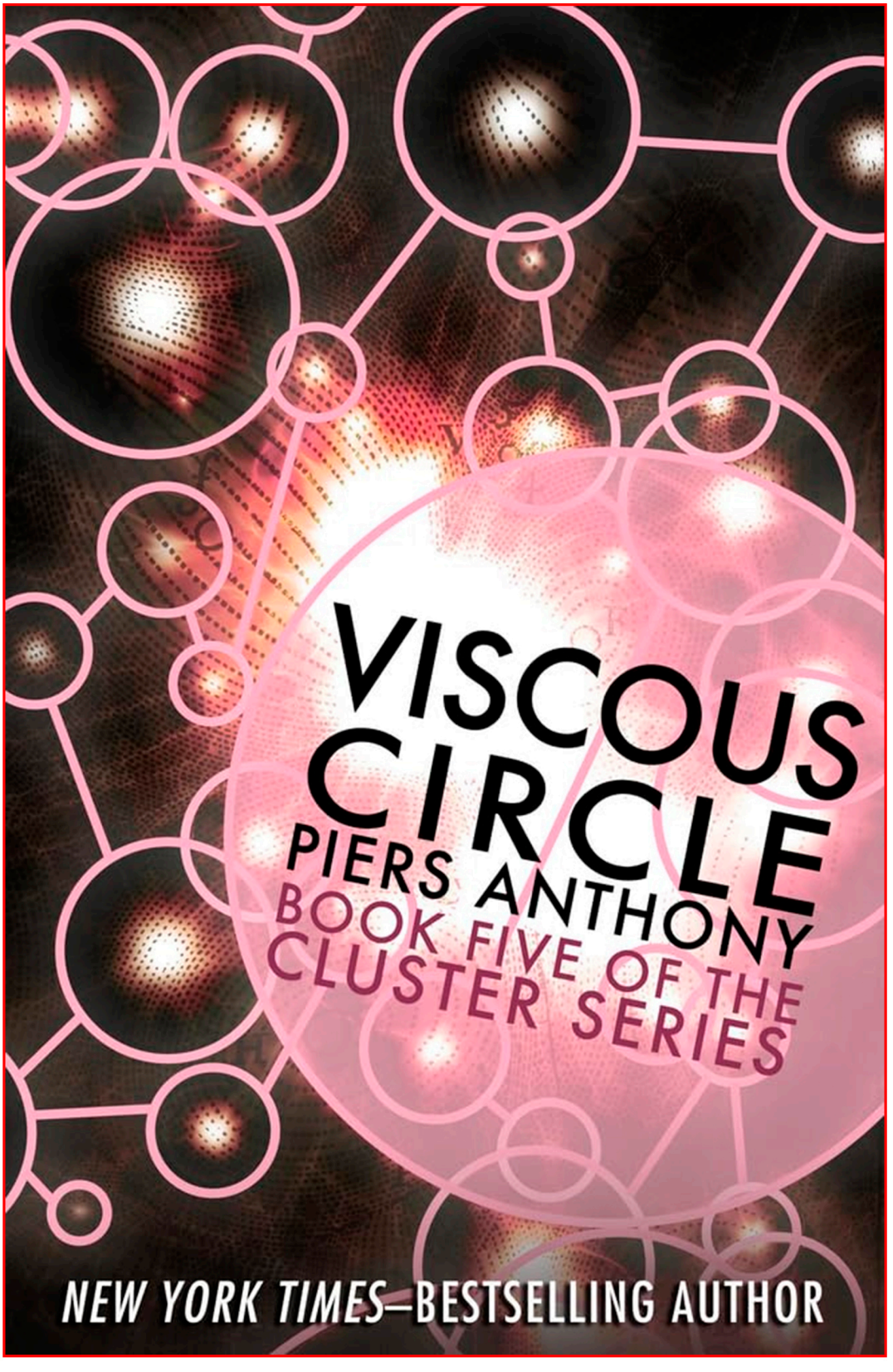
PIERS ANTHONY

VISCOUS CIRCLE



Piers Anthony

CÍRCULO VISCOSO


VISCOUS CIRCLE
PIERS ANTHONY
BOOK FIVE OF THE CLUSTER SERIES
NEW YORK TIMES–BESTSELLING AUTHOR

Título original: *Viscous circle*

Serie *Cluster* nº 5.

© Piers Anthony Jacob, 1982

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

La serie *Cluster* de Piers Anthony. Emily Patel

Prólogo

I. Misión
II. Rondl
III. Cirl
IV. Indagación
V. Invasión
VI. Guerra
VII. Sueño
VIII. Campaña
IX. Monstruo
X. Mujer
XI. Tanya
XII. Doble círculo
XIII. Cerbero
XIV. Laberinto
XV. Círculo vicioso
XVI. La luna Fair
XVII. La mentira
XVIII. Triángulo
XIX. Trampa
XX. Realidad

Epílogo

Nota del autor

Acerca del autor

LA SERIE CLUSTER DE PIERS ANTHONY

UNA INMERSIÓN EN LA CIENCIA FICCIÓN

Emily Patel

En esta reseña, vamos a explorar el alucinante ciclo *Cluster* de Piers Anthony. No se trata de una ópera espacial cualquiera; es un viaje salvaje a través de la inconfundible mezcla del autor: una compleja construcción de mundos, reflexiones filosóficas y, personajes de lo más peculiares. Así que, si buscan una saga de ciencia ficción que les haga pensar, reír e incluso cuestionar su propia existencia, *Cluster* sin duda merece la pena. Analizaremos en profundidad qué hace que esta saga sea tan única, sus conceptos clave, los personajes que habitan este extraño universo y por qué sigue cautivando a los lectores décadas después de su lanzamiento.

La génesis del universo del Cúmulo

La serie “Cluster” de Piers Anthony comenzó con *Cluster* en 1977, y de inmediato sentó las bases para algo verdaderamente especial. Anthony, ya un autor aclamado por su serie *Xanth*, dio un giro hacia la ciencia ficción con un concepto tan grandioso que resulta difícil de comprender. La idea fundamental es alucinante: el universo está estructurado en lo que se denominan "clústeres". Cada clúster es un enclave de realidad autónomo, una especie de placa de Petri cósmica donde diferentes especies y civilizaciones evolucionan de forma aislada. ¿El problema? Estos clústeres no son estáticos; están *destinados* a colisionar. Cuando dos clústeres se fusionan, se produce un evento catastrófico, una implosión cósmica que aniquila a uno o a ambos, o fuerza una integración extraña y a menudo violenta. Esto no es solo un telón de fondo para la aventura; es un principio filosófico central de la serie, que explora temas como el determinismo, el destino y el caos inherente a la existencia. La serie profundiza en las implicaciones de un universo, donde la propia estructura de la realidad se encuentra en constante cambio. Anthony utiliza este concepto para explorar multitud de cuestiones científicas, filosóficas e incluso éticas.

¿Qué significa ser una civilización cuando toda su existencia se basa en la aniquilación o asimilación final?

¿Cómo afrontan los seres el saber que su universo, su hogar, no es permanente?

La serie aborda estas profundas preguntas a través de los ojos de sus protagonistas, quienes a menudo se ven atrapados en el fuego cruzado de estas colisiones entre cúmulos. La magnitud de la imaginación de Anthony se manifiesta plenamente aquí, creando un tapiz de mundos diversos, cada uno con sus propias reglas, habitantes y destinos únicos. No rehúye las implicaciones más oscuras de su premisa, presentando un universo que es a la vez sobrecogedor y aterrador.

La primera novela, *Cluster*, nos introduce al concepto y a algunos de sus primeros habitantes, estableciendo un tono que es a la vez intelectualmente estimulante y emocionalmente cautivador. Es un universo donde la supervivencia no está garantizada y donde el destino final de toda la vida está ligado a estas fusiones cósmicas. La belleza del enfoque de Anthony reside en cómo materializa estas ideas grandiosas y abstractas en personajes con los que el lector puede identificarse y en narrativas cautivadoras, logrando que la angustia existencial de un universo en colisión se sienta como algo profundamente personal. Es una prueba de su habilidad como narrador que pueda tomar una premisa tan compleja y potencialmente sombría y convertirla en algo tan fascinante. Este es el fundamento sobre el que se construye toda la saga *Cluster*, ofreciendo

una perspectiva única sobre la escala cósmica y las implicaciones existenciales.

Temas clave explorados en la serie

Más allá de la fascinante premisa de la colisión de cúmulos, la serie *Cluster* de Piers Anthony, está repleta de temas que invitan a la reflexión. Uno de los más destacados es la naturaleza de la conciencia y la identidad. A medida que diferentes especies e incluso diferentes realidades se fusionan, las fronteras entre los seres individuales y la conciencia colectiva se desdibujan. Anthony explora qué significa realmente ser un individuo cuando tu esencia misma puede ser compartida, absorbida o alterada fundamentalmente por el contacto con mentes alienígenas. Si tus pensamientos y recuerdos pueden formar parte de otra persona, o si de repente puedes experimentar el mundo a través de los ojos de una criatura totalmente diferente, ¿dónde terminas *tú* y dónde empieza *la otra*? ¡Es un verdadero campo de juego filosófico!

Otro tema crucial es el concepto de destino *versus* libre albedrío. ¿Son los habitantes de estos cúmulos meros peones en una partida de ajedrez cósmica, destinados a colisionar y perecer? ¿O tienen capacidad de decisión, la habilidad de alterar su destino? La serie juega constantemente con estas ideas, mostrando a los personajes

lidiando con sus futuros aparentemente inevitables. Realmente hace reflexionar sobre nuestras propias vidas ¿Seguimos un camino preestablecido o forjamos el nuestro?

Anthony también profundiza en el relativismo cultural y los desafíos de la comunicación entre especies. Cuando te encuentras con seres cuya comprensión de la realidad, la ética y la existencia son fundamentalmente diferentes a las tuyas, ¿cómo puedes siquiera empezar a comunicarte, y mucho menos a coexistir? La serie muestra los divertidos, trágicos y a menudo extraños malentendidos que surgen cuando culturas muy diferentes chocan. Es un brillante comentario sobre nuestro propio mundo, que resalta las dificultades y la importancia de la empatía y la comprensión entre culturas.

Y no olvidemos la exploración de la inteligencia artificial y la vida sintética. A medida que avanza la serie, Anthony introduce tecnologías avanzadas y seres artificiales, planteando preguntas sobre qué constituye la vida, la conciencia y los derechos. ¿Están realmente vivos los seres de IA? ¿Merecen el mismo respeto que las formas de vida biológicas? Estas son preguntas más relevantes hoy que nunca, ¡y Anthony ya las exploraba hace mucho tiempo! La serie *Cluster* no teme abordar grandes y complejas preguntas sobre la vida, el universo y todo lo demás. Es esta profundidad temática, combinada con su imaginativa trama de ciencia ficción, lo que eleva la serie más allá del mero entretenimiento. Es el tipo de ciencia ficción que perdura,

suscitando debates y reflexiones que permanecen mucho después de haber terminado de leer. Es, sin duda, una muestra de la habilidad de Anthony para entrelazar ideas complejas en narrativas cautivadoras que resuenan tanto a nivel intelectual como emocional.

Los mundos y habitantes de los cúmulos

Lo que hace que la serie *Cluster* de Piers Anthony sea tan cautivadora es la enorme diversidad y la naturaleza extraña de los mundos y habitantes que evoca. Cada cúmulo no es solo un planeta; es un experimento único en la existencia, a menudo regido por leyes físicas extrañas o trayectorias evolutivas que conducen a formas de vida verdaderamente alienígenas.

Hay cúmulos donde los seres podrían comunicarse telepáticamente, otros donde la forma física es fluida, y algunos donde la lógica misma opera con principios completamente diferentes. Por ejemplo, en un cúmulo, podrías encontrar criaturas que son esencialmente formas geométricas sensibles, mientras que en otro, la vida podría basarse en silicio en lugar de carbono. Los alienígenas no son solo humanos con orejas graciosas; son fundamentalmente diferentes, desafiando nuestras visiones antropocéntricas de la vida. Anthony se deleita imaginando estas diversas biologías y sociedades. Nos presenta a los Klade, una especie

de seres sensibles, telepáticos y cristalinos que experimentan el tiempo de forma no lineal, un concepto que por sí solo basta para dejarte boquiabierto. Luego están los Gorlo, criaturas parecidas a babosas que poseen una mente colmena y se reproducen mediante gemación.

Cada especie tiene su propia cultura, su propia historia y su propia forma única de percibir el universo, lo que a menudo lleva a profundos malentendidos cuando se encuentran con otras. La serie no teme ser extraña, ¡y ese es parte de su encanto! Desafía los límites de la imaginación, presentando formas de vida y sociedades genuinamente alienígenas.

Las "fusiones" de cúmulos son particularmente fascinantes, ya que fuerzan el contacto entre estas realidades dispares y sus habitantes. ¡Imaginen el caos y la maravilla cuando un mundo de seres de energía pura colisiona con un planeta habitado por formas de vida basadas en hongos! Las interacciones resultantes a menudo están plagadas de peligros, pero también brindan oportunidades para un crecimiento increíble, la adaptación y la formación de nuevas culturas híbridas. Anthony utiliza estos encuentros para explorar temas como el prejuicio, la adaptación y la definición misma de "vida". A menudo crea escenarios donde las nociones tradicionales de superioridad se subvierten, demostrando que la inteligencia y el valor pueden manifestarse de las formas más inesperadas.

Las detalladas descripciones de estos mundos y sus habitantes son testimonio de la creatividad ilimitada de Anthony. No se limita a mencionar la existencia de una especie; la desarrolla en profundidad, dotándola de motivaciones, creencias y un lugar dentro del vasto y caótico entramado de los cúmulos. Esta meticulosa construcción de mundos es lo que hace que la serie *Cluster* sea tan inmersiva. Uno siente que viaja a través de un cosmos vasto, extraño e interconectado, encontrándose con maravillas y horrores que redefinen el significado mismo de la existencia. Es un universo a la vez aterrador por su potencial de destrucción e impresionante por sus infinitas posibilidades.

Personajes clave y sus viajes

Si bien la serie *Cluster* de Piers Anthony es conocida por sus grandiosos conceptos cósmicos, son los personajes quienes dan solidez a la extensa narrativa y hacen que las cuestiones existenciales se sientan personales. La serie presenta un elenco rotativo, con personajes que a menudo se encuentran, se separan y experimentan profundas transformaciones mientras navegan por el caótico universo.

Las relaciones entre los personajes —las amistades, las rivalidades y los enredos románticos— añaden una capa vital de drama humano (¡y alienígena!) a la escala cósmica de la trama. Aprenden unos de otros, confían los unos en los otros

y, a veces, se traicionan, reflejando la compleja dinámica de cualquier sociedad, por muy alienígena que sea.

Anthony sobresale en la creación de personajes que, a pesar de sus circunstancias extraordinarias, exhiben emociones y motivaciones con las que el lector puede identificarse.

La serie demuestra que, incluso en un universo definido por colisiones cósmicas y amenazas existenciales, el viaje individual de un personaje puede ser épico y significativo. Es esta combinación de ciencia ficción a gran escala y estudio íntimo de personajes lo que hace que la serie sea tan popular.

Por qué deberías leer la serie Cluster de Piers Anthony

La habilidad de Anthony para combinar humor, patetismo y profunda reflexión filosófica es magistral. En un momento te reirás de las peculiares costumbres de una especie alienígena, y al siguiente estarás contemplando la naturaleza de la conciencia o el sentido de la vida. Es una experiencia de lectura entretenida e intelectualmente estimulante. Además, la creatividad que demuestra es asombrosa. Anthony no solo explora la vida extraterrestre; la *inventa*, creando diversas especies, biologías únicas y sociedades alienígenas que invitan a la reflexión y, a menudo, son deliciosamente extrañas.

Círculo Viscoso es una historia sobre una especie extraña de seres electromagnéticos y un intento experimental de transferirse a otros cuerpos.

Los band son anarquistas pacifistas que adoptan la forma de discos magnéticos que flotan en el espacio y simplemente se desmagnetizan y se autodestruyen al enfrentarse a una acción desagradable o contraria a su ética.

Extraído de Visión Riley:

https://pages.riley-eyewear.com/riley-eyewear/piers-anthonys-cluster-series-a-sci-fi-dive-1764796987

CLUSTER V:

CÍRCULO VISCOSO

PRÓLOGO

Hace tres millones de años, una civilización que abarcaba toda la galaxia desapareció, dejando solo vestigios dispersos de su actividad: yacimientos arqueológicos abandonados y una peculiar distribución de especies supervivientes. Algunos de estos vestigios son meras construcciones de tierra, erosionadas y cubiertas de vegetación; otros contienen valiosos artefactos de gran interés para investigadores y técnicos; y algunos pocos están en funcionamiento, con equipos operativos que, en ocasiones, se animan a sí mismos. Todas las culturas contemporáneas del universo conocido buscan con avidez estos yacimientos dentro de sus esferas de influencia, ya que la tecnología de los antiguos superaba con creces todo lo conocido hoy en día.

Por ejemplo, todas las culturas sufren actualmente de regresión esférica, siendo incapaces de mantener un nivel avanzado de civilización en sus perímetros. Esto representa una limitación inherente a su expansión y, por lo tanto, una molestia considerable. Los antiguos parecen no haber

sufrido esta regresión; poseían algún secreto que les permitía mantener su civilización en su nivel óptimo en toda su región. Así, el descubrimiento de un yacimiento antiguo en funcionamiento suele ser la señal para una frenética carrera intercultural, en la que las restricciones habituales de la civilización apenas se aplican. Sin embargo, a menudo los efectos de tales descubrimientos son distintos a los previstos y tienen ramificaciones que abarcan planetas o incluso galaxias.

Muchas de las innovaciones tecnológicas que han transformado la sociedad interespecies contemporánea derivan del conocimiento de los Antiguos, descubierto en sus Yacimientos. Dos de los tres principales sistemas de transporte y comunicación son ejemplos de ello: la Transm Matérica y la Transfer. La Transm Matérica consiste en la transmisión prácticamente instantánea de objetos y criaturas a través de distancias interplanetarias e interestelares. Sin embargo, este modo es tan costoso en energía que solo puede utilizarse en ocasiones especiales. Su uso indiscriminado provocaría el deterioro de la sustancia de la galaxia en esa proximidad, al debilitarse las fuerzas atómicas que la unen. Esto no es saludable.

La Transfer consiste en el traslado artificial de la mente, del aura, o alma —que incluye la identidad personal, la conciencia y la memoria— de una persona al cuerpo, o «huésped», de otra. Este sistema utiliza aproximadamente una millonésima parte de la energía de la Transm Matérica y

dota automáticamente al receptor del idioma y la cultura del huésped, incluso cuando este es una criatura completamente alienígena. Con la Transferencia, el comercio entre especies es factible y las Esferas de Influencia más amplias resultan prácticas. Se pueden formar y mantener imperios.

Se ha desarrollado todo un marco Transfer, con numerosos especialistas. La Sociedad de Anfitriones se responsabiliza del bienestar de los seres temporalmente privados de sus auras. Su lema proviene de Kipling: «Señor Dios de los Anfitriones, permanece con nosotros, / ¡Para que no olvidemos, para que no olvidemos!». El Transferido que olvida su origen se desvanecerá en la nada. El ejército ha entrenado a personas con auras intensas para que actúen como agentes de transferencia, quienes se transfieren a anfitriones de las culturas espiadas. El trabajo es peligroso, ya que si el anfitrión alienígena muere antes de que concluya la misión, el aura visitante muere con él. Pero este es un empleo notorio y audaz con recompensas únicas. Muchos lo buscan; pocos lo consiguen.

Esta es la historia de uno de esos agentes.

Capítulo I

MISIÓN

Ronald Snowden se lanzó al interior del tubo con su habitual brío y se precipitó como una bala de cañón a través del corazón rocoso del planetoide. Algunos llamaban asteroides a estos fragmentos orbitales, pensó, pero se equivocaban; no eran estrellas pequeñas, sino planetas pequeños. Como tales, se habían vuelto bastante útiles para el hombre, sirviendo como estaciones de paso, campos de entrenamiento aislados y minas de diversas sustancias. ¡Incluso la grava para el hormigón sería prohibitivamente cara si se extrajera por toneladas de la superficie de un planeta! En un cinturón de planetoides, la grava era barata; bastaba con capturarla en el espacio y transportarla flotando hasta la obra.

Ronald era un hombre solariano adulto, al borde de la madurez, pero en ese momento se comportaba como un niño, con su cabello castaño despeinado y su sonrisa de autosatisfacción. Entrecerró los ojos para difuminar los detalles del tubo de viaje y se imaginó a sí mismo como un cohete a toda velocidad.

Al llegar a la zona residencial, se agarró a una barra y se deslizó hacia el tubo transversal con la precisión propia de una musculatura tonificada y una gran experiencia. Disfrutaba de la gravedad simulada y odiaba volver a su peso corporal completo. Pero era un mal necesario; si permitía que su organismo se atrofiara en gravedad cero, no podría pisar un planeta de masa normal sin sufrir complicaciones terribles y posiblemente letales.

Ronald entró en el cilindro residencial. El volumen del mismo giraba a su alrededor, ya que la entrada estaba en el eje. Esto también le gustaba; flotaba, por así decirlo, en el centro de este mundo en miniatura. ¡Qué filosofías egocéntricas podría elaborar para explicar este fenómeno! /, *Señor de todo lo que contemplo...*

Pero tenía asuntos que atender. No podía permitirse el lujo de la ociosidad, por muy tentadora que fuera. No era dueño de nada. Ni siquiera tenía rango entre el personal de esta estación; era simplemente un empleado. Un empleado bastante especial, sin duda, pero nada más que eso.

Sacó las aletas de sus mangas y perneras, las fijó en su sitio con hábiles movimientos de sus extremidades y luego se lanzó al vacío a través del aire cálido y húmedo hacia el borde del hábitat. Pronto descendía velozmente, impulsado por la atmósfera y la fuerza centrífuga que lo empujaba hacia afuera. Se dirigió hacia su sector y su destino, virando bruscamente y corriendo en el aire para realizar el aterrizaje abrupto en gravedad cero. En su euforia, se pasó de largo y derribó una mazorca de maíz.

Su esposa salió disparada de la casa como si la impulsara un avión a reacción. Era una mujer hermosa, pelirroja, cuya elegancia se vio empañada en ese momento por la ira. «¡Tonto inútil!», gritó. «¡Has vuelto a pisotear el jardín!».

Ronald tenía toda la culpa, pero deseaba que ella no se hubiera enfadado tan rápido. Parecía no importarle si *él* había sufrido alguna lesión. En ese momento, le importaba más una mazorca de maíz que él.

Llevaban cuatro años y medio de matrimonio. En medio año, tendrían que renovarlo por otros cinco o dejar que se disolviera. La decisión final debía tomarse antes, para que la transición, si llegaba, fuera fluida. Tradicionalmente, las relaciones extramatrimoniales se toleraban durante los últimos tres meses de matrimonio, ya que la gente se comparaba con las demás opciones. En general, la realidad era mucho más formal que la tradición, y las parejas serias nunca experimentaban. Aun así, el asunto merecía

consideración. Ronald era consciente de que se acercaban los plazos, pero no había reflexionado seriamente sobre ellos. Quizás era el momento de hacerlo. Quizás, de hecho, Helen ya lo había hecho, y su actitud lo demostraba.

Sin embargo, debía ser justo. Había *aterrizado* sin cuidado. Se habría enfadado igual si ella hubiera roto alguno de sus rompecabezas o su estatuilla del perro de tres cabezas. Su matrimonio no debía fracasar por nimiedades; debía resolverse con sensatez.

—Admito mi error —dijo—. Dime cuál será mi penitencia.

—¡Penitencia! —espetó—. ¿Cómo se puede arreglar un tallo roto? ¡Ese maíz está perdido! Además, no has guardado tus aletas.

Ronald rápidamente volvió a colocar las aletas de sus brazos dentro de las mangas. Las aletas de las piernas se cerraban automáticamente al aterrizar; de lo contrario, el procedimiento habría sido casi imposible. Los diseñadores de la ropa de la estación se habían beneficiado de décadas y siglos de experiencia por ensayo y error.

—Si supieras lo difícil que es cultivar maíz aquí en el espacio... —continuó Helen.

Ella no dejaba de lado las trivialidades. Bueno, si así eran las cosas, así eran. Tendría que reflexionar sobre qué tipo de mujer preferiría la próxima vez. ¡Desde luego, no una que le

regañara por los tallos! «Lo siento», dijo, y entró a trompicones, consciente del juego de palabras inapropiado. Tallo – acosado[1]. No tenía gracia.

Entonces, de una manera inexplicable, cambió de actitud. «Debes tener alguna tarea. Claro que estabas distraído. Déjame prepararte un té».

Ronald no consumía drogas que afectaran la mente o el cuerpo de forma ociosa, entre ellas el ácido tánico. Pero no importaba; esto no era té de verdad. Nada de lo que se ofrecía en la estación de investigación planetoide carecía de valor nutritivo o creaba adicción de forma fisiológica. Algunos tomaban café, cacao, cola o vino como meros pasatiempos sociales, ya que aquí no existían la cafeína, el alcohol ni la cocaína. A Helen le gustaban las connotaciones del té, así que preparaba delicadas tazas en ocasiones especiales. A veces, siguiendo señales que solo ella conocía, preparaba una taza pequeña. Era su manera de disculparse por un arrebato de ira.

Ronald la complació en el ritual, aceptando té, azúcar desinfectada y auténtica crema de imitación reconstituida en una taza de pseudoporcelana sobre un platillo decorado. Helen tenía un don para servir que él siempre había apreciado; era su capricho especial, similar a su forma de viajar a toda velocidad por los túneles de baja gravedad, y

---

1 Stalk – stalked, tallo – acosado en traducción literal. De ahí el juego de palabras. [N. T.]

ella se desenvolvía mejor cuando honraba estas formas. Se dio cuenta de que el té se había utilizado históricamente como un mecanismo social, dando forma a encuentros que de otro modo podrían volverse incómodos. Recordó una broma: «Siento haber tenido que poner veneno en tu té, querida». «No te preocupes; estaba delicioso». Entonces miró a Helen con un destello apagado de incertidumbre. ¿Veneno? Pero claro, era una idea tonta; ella jamás envenenaría a nadie, y en cualquier caso no había tal sustancia química en el planetoide. Si no deseaba quedarse con él, solo tenía que esperar seis meses.

Ella le ofreció un platito con unas galletas delicadas. Ronald tomó una y le dio un mordisco al borde. Sabía que estaba repleta de nutrientes, pero sabía a galleta de vainilla. ¡Se estaba esmerando de verdad!

Helen lo miró con curiosidad, y Ronald tuvo que contarle sobre su misión. «Hay una región no incorporada a unos ciento cincuenta pársecs de distancia, como a mitad de camino de Mintaka. Hasta ahora, no le interesaba a nadie excepto a los estudiosos de lo desconocido. Nos llegó un rumor galáctico de que allí hay un Sitio Antiguo».

«¡Un Sitio Antiguo!», exclamó, casi derramando el té. Solo un asombro desmesurado podía hacerla olvidarse de sí misma hasta ese punto. «¡Toda la galaxia se abalanzará sobre la zona!»

«No, es solo un rumor. Lleva siglos circulando, pero nunca se ha verificado. Mirzam lo ha investigado más de una vez en los últimos doscientos años, Mintaka realizó un estudio allí el milenio pasado, e incluso Sador, en su apogeo, envió una tripulación. Ahora Bellatrix, la Esfera más cercana, tiene una estación allí, pero si encontraron algún Sitio Antiguo, nunca lo desarrollaron. Nadie ha podido encontrarlo, así que los demás seres inteligentes han concluido que es una pista falsa.»

«Todas esas otras Esferas han existido durante más tiempo que la Esfera Sol», dijo. «¿Cómo podemos saberlo mejor que ellas?»

«Investigando. Hay una especie local, subesférica. Son como círculos giratorios. De todos los colores. Como frisbees huecos en el centro. No tienen sociedad; simplemente flotan magnéticamente, de alguna manera. Los llamamos “ringers [anillados]. Parece que alguien se transfirió a un huésped ringer, tal vez un científico loco, solo para ver si era posible, y allí, en la peculiar mente de esta criatura, estaba el recuerdo de su visita a una especie de santuario donde sus ancestros aprendieron a volar; y cuando ese viajero transferido regresó, se dio cuenta de que ese santuario debía de haber sido un Sitio Antiguo en excelente estado de conservación. Así que ahora estamos prácticamente seguros de que es cierto; hay *un Sitio* allí. No sabemos exactamente dónde; eso no quedó claro en el recuerdo indirecto. Pero casi con toda seguridad existe. Así que ahora todo lo que

tenemos que hacer es encontrarlo, antes de que alguna Esfera alienígena se dé cuenta de nuestra nueva pista.»

¿Por qué no le hiciste una lectura completa a ese viajero de Transfer y obtuviste los datos específicos? Siempre hay mucho más en la mente de lo que se puede recordar conscientemente, especialmente cuando se trata de Transfer.

¿Me lo estás diciendo? ¡Estoy en el negocio! Pero Ronald estaba feliz ahora, revelando su secreto. No pude. Redactó su informe y luego volvió a su programa ringer con la señal codificada; no pudo recordarlo. El tipo debía de estar aturdido, pero su informe parecía correcto. Así que, si se puede verificar...

«¡Un Sitio Antiguo!», repitió, asombrada. «Todos los avances tecnológicos clave de la historia galáctica han derivado de sitios antiguos. Transmisión de materia, transferencia de mentes...»

Ronald dejó su taza. «Veo que aún recuerdas tus lecciones de la escuela de hace tanto tiempo». Cuando ella no reaccionó al comentario despectivo sobre su edad, continuó: «Así que debo transferirme a uno de estos animales Frisbee y buscar el sitio. Si la criatura lo recuerda, traeré la información. O lo hará alguien más; somos una docena, hombres y mujeres, transfiriéndonos. No debería llevar mucho tiempo. Es curioso que ninguna otra Esfera haya

pensado en este sencillo recurso: preguntar a los animales locales».

Helen reflexionó seriamente: «Lo tuyo es el traslado; eres como un niño con una pistola de rayos cuando tienes la oportunidad de trasladarte».

«Naturalmente. Por eso firmé». Aunque hubo algunos malos momentos durante el período de adaptación. Ese perro de tres cabezas...

«Cada vez que te vas, me pregunto si volverás».

«Sabías a qué me dedicaba cuando usaste el término matrimonio. Cinco años, o hasta que la irrevocabilidad nos separe. Vivo para Transferencia, y no se me ocurre una mejor manera de morir, si es que debo morir».

«Así que, naturalmente, tú no te dejas influir por los riesgos evidentes. Pero yo sí».

¿Qué riesgos? Para ser una misión, es algo rutinario.

¡Ninguna misión que involucre un sitio arqueológico es rutinaria!

«Aparte de eso, claro. Pero no se supone que vayamos al sitio en sí, solo que averigüemos dónde está. Así que, en ese sentido, se trata de una expedición ordinaria, con un elemento de desafío inherentemente extraño.»

«Sin embargo, varias Esferas alienígenas con mucha más experiencia que la nuestra no han logrado resolver este enigma. Seguro que no se rindieron fácilmente, sobre todo con un yacimiento arqueológico bien conservado como premio. No *debe* ser fácil de encontrar.»

'Ya te lo dije: estamos usando Transfer para explorar no el espacio, sino los recuerdos de los nativos.'

'¿Y crees que las otras Esferas no lo hicieron?'

Ronald hizo una pausa. «Sí que parece extraño. Deberían haber pensado en eso».

"Yo sostengo que sí lo hicieron, y perdieron a sus agentes de transferencias."

'¿Los perdieron? Incluso si fuera así, tuvimos un solariano que regresó, así que...'

«Y se quedó solo el tiempo suficiente para tomar nota, tal vez para explicarles las cosas a sus familiares, y luego regresó a Trans para borrar su rastro. Se aseguró de que no lo encontraran. ¿Te sugiere algo eso?»

«¿Crees que eso formaba parte de un patrón?» Su esposa tenía una inquietante tendencia a razonar las cosas de maneras que él no lo hacía. Esa era una de las cosas que la hacían valiosa.

¿Que todos esos extraterrestres murieron en Transfer o decidieron quedarse allí, por lo que nunca se obtuvo información?

Sabes que ninguna mente puede ser retirada de Transferencia si no quiere irse. En los viejos tiempos necesitaban construir estaciones Transfer en territorio alienígena para enviar agentes de regreso. Ahora pueden retirar agentes especialmente entrenados y adaptados usando equipo especial, pero solo si esos agentes están listos y dispuestos, y tratando de regresar. Me parece que ese primer Transferido solariano tenía miedo de que rastrearan su ubicación, enviaran una unidad allí y lo obligaran a regresar con su huésped humano. Así que se aseguró de que no pudieran. Eso no es un asunto ordinario. Junto con los fallos de las otras Esferas…

—Veo que no tienes mucha confianza en mi deseo de volver contigo. —Había un tono amargo en su voz; aquel asunto de la mazorca de maíz aún le molestaba.

«Touché. Pero me daría mucha pena que quisieras volver y que algo tan extraño como para que te impidiera intentarlo te desconcertara. De verdad me preocupa no volver a verte.»

—Y tú, con medio año restante de matrimonio… —dijo burlonamente—. Te daré la libertad ahora, si quieres evitarte las molestias de...

—Eso no es necesario —dijo con brusquedad. Luego se recompuso visiblemente y cambió de estrategia—. ¿Y si la criatura no sabe dónde está el Sitio? ¿Y si ninguno de ellos lo sabe?

«Entonces, simplemente tendremos que buscarlo. Tenemos que localizar ese Sitio. El dominio de Sol sobre el Segmento está en juego. El Sistema Etamin, con su cuadro polariano–solariano y su lógica de empuje circular, se está consolidando como el verdadero núcleo del espacio orientado a los humanos. Sol jamás recuperará su posición a menos que cuente con el poder de los Antiguos. Tenemos que tener ese Sitio.»

—¿Por motivos políticos? —preguntó—. ¿Eso es todo? ¿Una lucha de poder con Etamin para ver qué Sistema ostenta el cetro?

«El poder de los Antiguos va más allá de la política. Pero sí, esa es la esencia.»

Sacudió la cabeza, haciendo que su cabello se despeinara de una forma que a él siempre le había gustado. Se suponía que una mujer elegía a un hombre por su intelecto, y un hombre a una mujer por su apariencia. Ronald dudaba que siempre fuera así, pero la apariencia de Helen sin duda lo había atraído. «¿Qué va a pasar con las criaturas?»

¿Los ringers? No importan.

¡No importan! Si alguien se transfería a uno de ellos, la criatura tenía que ser inteligente. Deben tener derechos...

«No, no los tienen. Los ringers no figuran en el Índice Galáctico. No tienen Esfera, ni organización, ni artefactos físicos como naves espaciales. Legalmente, son animales.»

¿Cuántas especies extrañas comparten el mismo vacío político? ¿Y qué hay de los “imanes” que usamos en las grandes naves sublumínicas? ¿De verdad crees que también son animales?

Ronald suspiró para sus adentros. Helen era una mujer de principios, y llevaba investigando el caso de los “imanes” desde que la conocía. Los imanes se parecían mucho a balas de cañón con voluntad propia, y resultaban útiles como perros guardianes a bordo de barcos donde los perros de verdad tendrían dificultades para moverse. No quería entrar en otra discusión. «Helen, yo no decido la política esférica. No puedo preocuparme por cada criatura extraviada que se interpone en el camino de Sol. ¡Ese Sitio Antiguo es importante!».

'¿Y las vidas de los seres inteligentes no lo son?', preguntó con tono amenazador.

¡Por Dios, no queremos matarlos! A los ringers no les interesa ese sitio; ni siquiera saben qué es. Simplemente los ignoraremos una vez que sepamos dónde está.

'¿De la forma en que ignoras el maíz?'

Ahora estaba de nuevo sobre el tallo de maíz roto. Si había algo oprimido, figurativa o literalmente, ella se encargaba del asunto. Era una antagonista natural de la eficiencia humana.

Tal vez sería mejor dejar que el matrimonio se disolviera. A mí no me gustaba este tipo de complicaciones, esta búsqueda incesante de objeciones al progreso.

—Tal vez deberíamos dejarlo pasar —dijo.

¿El yacimiento antiguo?

'El matrimonio.'

Dejó la taza de té con cuidado, sin que le temblara la mano. Eso, a su peculiar manera, presagiaba problemas. De repente, ahora que se había planteado la posibilidad de separarse de ella, se percató de lo hermosa que era. Eso lo hacía aún más difícil. —¿Eso es lo que deseas?

En realidad no era así, pero él siguió adelante. «Parece que no nos llevamos bien. No es demasiado pronto para pensar en separarnos. Darnos tiempo para encontrar nuevos socios. Ya sabes cómo funciona». Lo decía con mucha más naturalidad de la que realmente sentía, tanteando su reacción. ¿*Era* eso lo que ella quería?

«Es posible discrepar dentro del matrimonio», dijo ella. O no le preocupaba demasiado o tenía un autocontrol excelente. Él no sabía cuál de las dos cosas, y eso lo inquietaba. Creía conocerla mejor. Quizás se trataba de una combinación de indiferencia y autocontrol.

«Claro que sí. ¿Pero cuál es el balance general? Cuatro años y nunca nos hemos puesto de acuerdo para tener un hijo». Él quería uno; ella no, y de hecho hacían falta dos para concebir, por lo que ambos tuvieron que tomar anticonceptivos para dejar de ser fértiles. «¿Estamos cansados el uno del otro? Si retomamos la relación, ¿solo empeorará la situación? Cinco años es mucho tiempo en la vida de una pareja si no son compatibles».

—¿Eso es lo que deseas? —repitió ella.

"La verdad es que no lo había pensado hasta ahora. No tengo ninguna otra pareja en mente, si a eso te refieres. Creía que quizás tú sí."

'No'. Nada de florituras histriónicas.

'Bueno, merece ser considerado. No te gusta mi trabajo...'

'Yo no dije eso.'

«Y, sinceramente, no entiendo sus motivos. Así que quizás no seamos compatibles».

Recogió las tazas y entró en la cocina. Ronald la vio marcharse. Siempre le había gustado su forma de caminar. Existía un humor masculino común sobre el centro de gravedad de una mujer; a él no le hacía gracia. El centro de gravedad de Helen le resultaba irresistible. ¿Había sido esa la verdadera base de su matrimonio? ¿El atractivo sexual sin artificios? Si era así, hacía cuatro años y medio no había usado mucho la cabeza. Pero ¿de qué manera la había usado ella? Podría haberlo rechazado fácilmente; ¿por qué no lo había hecho?

—Prométeme una cosa —gritó desde el dormitorio. Seguramente dejó la taza y entró, ignorándolo por completo. Estaba enfadada, claro; simplemente tenía diversas maneras de canalizar su ira.

—Depende —respondió él. Se sentía como en un atolladero, deseando no haberse metido nunca allí, intentando salir a duras penas. ¿Qué le preocupaba?

'No hagas daño a ningún ringer. Intenta comprender su punto de vista cuando hagas la transferencia.'

Se encogió de hombros. «Para lo que valga, está bien. Normalmente sí veo el lado alienígena cuando estoy en Transferencia».

Salió del dormitorio. Se había puesto un precioso camisón y se había peinado. ¿Acaso se había obsesionado con su

figura? ¡Había mucho más que le interesaba! Era una mujer de figura espléndida, cuando quería serlo; tenía todos los atributos necesarios a su disposición.

Las conjeturas de Ronald sobre la incompatibilidad y las bases meditadas para el matrimonio se desvanecieron. ¿A quién le importaban esas ideas ante semejante visión?

—Tienes algo en mente —le dijo, como si no fuera obvio. Era un pequeño juego entre ellos.

—Más o menos —asintió ella, abriendo los brazos.

Fue una seducción descarada. Quizás solo quería demostrarle que aún podía cautivarlo. Y podía. Si esa era su recompensa por aceptar considerar con más detenimiento el punto de vista del extraterrestre, estaba muy dispuesto.

Capítulo II

RONDL

Rondl tomó conciencia de sí mismo con una cierta velocidad atemporal. Tenía hambre, por lo tanto se movió, y el sustento fluyó hacia él. Era ignorante, por lo tanto miró a su alrededor. Había luz, bañando la región, fragmentándose a través de los cristales reflectantes del anillo planetario más cercano y rebotando en la superficie planetaria inferior, irradiando en hermosos haces, curvándose en arcoíris.

¿Qué es?

Arcoíris, patrón de colores de luz refractada a través de la humedad atmosférica; un efecto de prisma natural. Sí, era una imagen apropiada; ¿por qué le había sorprendido?

Algo se cernía sobre él y luego pasó velozmente. Era un toroide volador aplanado, de un azul brillante, que se deslizaba a lo largo de un bucle magnético, cambiando de orientación a medida que avanzaba. Rondl percibió entonces las líneas de fuerza en el rango ultravisual, una intersección fenomenal, la red interactiva que lo rodeaba. Otros pequeños anillos, de todos los colores y tonalidades, se desplazaban a lo largo de estas líneas, captando la brillante luz del sol, ¡de dos soles! y haciéndola brillar a su alrededor. Aquello era hermoso.

¿Dos soles? Sí, por supuesto que había dos soles; ¿cómo podría ser de otra manera?

Rondl avanzó y se desvió de la línea magnética, perdiendo la conexión. Giró salvajemente, asfixiándose, debatiéndose, su percepción descontrolada.

«¡Oriéntate!», algo brilló. Pero Rondl no podía; sus movimientos solo lo hacían girar aún más. Todas sus reacciones parecían erróneas. Ahora caía hacia la dura superficie planetaria, y sabía que eso era un desastre. Su sustancia era frágil; se...

Un toroide se cernía sobre él. Era grande, estaba muy cerca y era de un rojo brillante, lo que lo aterrorizó. Rondl intentó esquivarlo, pero no pudo. La criatura siguió su caída, luego saltó a su lado y se aferró a él, anillo contra anillo. Rondl forcejeó, pero quedó atrapado. La cosa roja lo arrastraba.

Ahora, un segundo toroide flotaba cerca. Este era blanquecino, como un pozo de gravedad planetario en miniatura visto desde la distancia. «Tranquilo, band Verde; te hemos asegurado», parpadeó. «No desequilibres al rescatador».

Oh. Esto era ayuda, no depredación. Rondl se relajó.

«¿Puedes mantener el equilibrio tú solo?», parpadeó el anillo blanco.

Ahora estaban en una línea magnética fuerte y ancha. Rondl absorbió su energía y se sintió mejor. «Sí».

El toroide rojo lo liberó. Rondl mantuvo la orientación. Estaban cerca de la superficie del planeta, suspendidos entre dos enormes paredes reflectantes. El segundo toroide reflejaba su rayo de sol en una de estas superficies, y Rondl recibía el reflejo. Así era como se comunicaban. La voz de Rondl rebotaba en la pared opuesta para llegar hasta sus rescatadores.

—Soy Mair —dijo la pelirroja con un tono formal y fugaz.

—Y yo soy Polg —dijo el blanco.

Era la forma más delicada de preguntar por la identidad de una persona que se pudiera imaginar. «Soy Rondl».

—¿Cuál fue la causa de su desorientación? —preguntó Polg—. ¿Está usted sufriendo algún fallo?

«Parece que estoy ileso», respondió Rondl. ¿Por qué le sorprendía su propia forma de expresión visual? Era la única manera de hablar. «Entré en pánico y luego no pude recuperar el control».

«Sucede. Por eso patrullamos las líneas cercanas al planeta», dijo Polg. «Si ahora estás estable, debemos retomar nuestras funciones».

Sí. Os lo agradezco. Me salvasteis.

Los dos patrulleros se alejaron deslizándose por trayectorias convenientes, el blanco y el rojo integrándose armoniosamente en el paisaje formado por el cielo y las rocas verticales. Rondl se quedó reflexionando sobre su situación. ¿Qué hacía allí? ¿Qué era él, en realidad? De alguna manera, todo aquel terreno espacial ordinario le resultaba terriblemente desconocido.

Se orientó hacia la pared más cercana y observó su reflejo. Era un hermoso toroide verde, del mismo tamaño que los dos que lo habían ayudado. Su forma era aplanada, al igual que la de ellos, de modo que de perfil parecía mucho menos sustancial que de frente. Finas fibras verdes irradiaban de su borde, dándole un aspecto ligeramente peludo, pero en realidad estaba cubierto de un aceite protector que sellaba

su funcionamiento interno de las inclemencias del espacio; no necesitaba atmósfera. El aceite también prevenía la corrosión que podía producirse en ciertos gases. Su centro hueco era, en realidad, su atributo más importante: era una lente magnética que modificaba la luz que la atravesaba, permitiéndole comunicarse. Podía asimilar al mismo tiempo los matices de flujo, intensidad y patrón que constituían el significado, de modo que comprendía instantáneamente todos los mensajes de luz que tocaban su lente. Esto era independiente del magnetismo físico que ejercía alrededor de su borde, el cual le permitía recorrer las líneas atrayendo y repeliendo el polvo metálico de su entorno.

Rondl exploró su memoria y descubrió que no tenía ninguna. Recordaba su nombre, el idioma y cómo funcionaba su cuerpo, pero poco más. Sufría de amnesia.

Era un individuo verde y magnético de la especie band, que habitaba cerca del planeta Band. Había miles como él. ¿Acaso esta situación le había sorprendido? ¿Qué le había sucedido a su memoria?

Otro band descendió en picado, girando bajo la luz del sol, sin rotar sobre su eje, sino dando vueltas y vueltas, de modo que su borde negro parecía formar una esfera hueca. Captó la luz de ambos soles, provocando que los rayos destellaran por la región y se reflejaran en la pared más cercana. —¿Tienes algún problema? —preguntó—. ¿Puedo ayudarte?

«Parece que he perdido la memoria», admitió Rondl. «No tengo ni idea de dónde trabajo ni siquiera de dónde vivo».

«Soy Sunt», mostró la band negra tras una pausa.

'Soy Rondl. Eso es casi todo lo que recuerdo.'

'Ahora que nos conocemos, ¿puedo expresar mi confusión?'

¡No puedes estar más confundido que un cordero!

«Su empleo, por supuesto, es una elección suya, pero su referencia a “residir” es un absurdo total».

«Donde vivo, mi hogar...» Pero mientras hablaba, incluso cuando el flash abandonó su lente, Rondl se dio cuenta de que el concepto carecía de sentido. Los band no se ubicaban en ningún lugar; viajaban perpetuamente a lo largo de las líneas magnéticas. ¡Estaba realmente confundido! «Creo que quiero decir que no recuerdo mis asociaciones. Mis amigos, mis líneas favoritas, las regiones que más disfruto frecuentar».

«Todos los band son amigos», le aseguró el otro. «Quizás te persiguió un kratch, pasaste demasiado cerca de un origen magnético y sufriste un accidente. En ese caso, tus recuerdos volverán con el tiempo».

—Eso espero —respondió Rondl. ¿Qué era un kratch? Decidió que no quería saberlo todavía. No hasta que su posición estuviera mejor definida.

Sunt se quedó dormido tras asegurarse de que Rondl estaba bien. ¿Por qué le parecía extraño que unos desconocidos ayudaran con tanto entusiasmo a alguien en apuros? No era extraño en absoluto; era algo natural para los band.

Rondl experimentó, observándose lo mejor que pudo en los reflejos, dominando los mecanismos posibles de movimiento y destello. Le resultaron naturales una vez que prestó atención; su cuerpo, evidentemente, estaba acostumbrado a ello. Luego se elevó fuera del cañón y se incorporó al flujo principal de tráfico. Se mantuvo estable y aceleró a lo largo de la línea, disfrutando del movimiento y la velocidad. Había algo en volar que le gustaba, aunque sabía que todos los band volaban todo el tiempo. Quizás su amnesia le daba un toque de novedad a una experiencia que, por lo demás, le resultaba de lo más familiar.

La línea era algo hermoso. De alguna manera, no respetaba las leyes de la física que él asociaba con el magnetismo, aunque no lograba identificar cuáles creía que debían ser esas leyes. La línea era simplemente un filamento del tamaño de una banda de energía magnética concentrada que podía activarse con solo mover su sustancia a través de ella, atravesándola. Las líneas magnéticas eran la fuente de

poder de todos los band, y un band podía ir casi a cualquier lugar al que pudiera ir una línea. Dado que, en realidad, ninguna línea tenía fin, eso era realmente lejos. Había muchas otras líneas cerca, por lo que los band no tenían que acumularse demasiados en ninguna. Cuando una línea determinada se saturaba, recordaba ahora, comenzaba a perder potencia, pues no podía regenerarse a un ritmo infinito. Pero cualquier línea en que se viajara con moderación perduraría indefinidamente. Así que los band tendían a darse espacio entre sí.

Los otros band navegaban, girando sobre sí mismos, figurativamente; al ser redondos, no tenían extremos. Rondl captó destellos de palabras: «...una personalidad muy reflexiva... cansada, sin recargarse adecuadamente... la...» Gran alma–espíritu... ¿en dificultades, Verde?

Rondl comprendió que el último fragmento iba dirigido a él. Sabía lo que era: no estaba girando. Lo solucionó rápidamente. «Ninguna dificultad, gracias», exclamó dirigiéndose al cosmos en general.

«Excelente», fue la respuesta. Rondl se dio cuenta de que este modo de rotación permitía a los band dialogar sin la intervención de una superficie reflectante. Un fragmento de voz luminosa se transmitía a una de ellas; luego ambas giraban para que se pudiera enviar un fragmento de respuesta. El modo staccato, evidentemente, funcionaba bastante bien para la mayoría de los band.

Rondl experimentó con esto, descubriendo la velocidad de rotación óptima para que la comunicación fuera uniforme en lugar de irregular. Si estaba mal orientado cuando llegaba un destello, lo perdía. Además, tenía que dirigirse correctamente a la fuente de luz; podía refractar la luz a través de su lente magnética en diferentes ángulos, pero no más de un octavo de círculo. Por lo tanto, era imposible enviar un mensaje a alguien con luz ascendente a menos que estuviera cerca de un reflector. Necesitaba otra fuente de luz. Esto explicaba por qué muchas líneas discurrían cerca del planeta, con sus omnipresentes paredes reflectantes: proporcionaban diversas fuentes de luz y dirección, facilitando enormemente la interacción social. No era necesario ir justo al lado de ellas; varias paredes estaban inclinadas con respecto a la vertical, reflejando los rayos hacia arriba y a través de ellas, de modo que los band que viajaban por esta línea no tenían problemas para emitir destellos en cualquier dirección o en todas las direcciones. Pero más lejos en el espacio sería otra historia; la luz se limitaba a dos fuentes principales.

¿Dos fuentes? Claro; siempre lo olvidaba. Los soles gemelos Eclat y Dazzle proporcionaban la energía lumínica vital. ¿Por qué le había sorprendido su número? Las estrellas dobles eran bastante comunes en la galaxia. Siempre había habido dos aquí; se correspondía con el número básico necesario para mantener un diálogo fluido, y con la estructura misma de la sociedad de los band: su sistema de

lo correcto y lo incorrecto, tal vez incluso su separación en dos sexos. Sin embargo, de alguna manera había reaccionado como si esto fuera inusual. ¿Qué esperaba? ¿Tres soles, tres sexos? ¿Cuatro? ¡Definitivamente había algo extraño en su asociación! ¿Qué clase de band había sido antes de perder la memoria? ¿Un viajero lejano? ¿Un criminal?

Vaya. Los band no viajaban más allá de su región espacial, ya que no podían abandonar las líneas; eso era otra idea irrelevante. Algunas líneas se extendían a otras estrellas, pero ninguna a sistemas con tres o cuatro soles agrupados. No podía haber estado en ninguna región así. Y entre los band no existían criminales. Ni siquiera había un término para la criminalidad; había postulado un concepto de maldad general que no podría describir eficazmente a ninguno otro band. Así que, incluso analizando sus rarezas, se encontraba con más rarezas.

Estuvo a punto de chocar con un band púrpura que viajaba en dirección contraria por esa línea. Rondl se zafó de él y de inmediato sintió asfixia al no recibir el poder vital que lo rodeaba. Pero esta vez logró mantener el equilibrio; aún le quedaba algo de fuerza para volver a su posición.

—¿Estás bien? —preguntó el band morado con tono de preocupación.

¡Los desconocidos fueron muy amables! —Gracias; estoy bien —respondió—. Simplemente estaba absorto en mis pensamientos.

«Me alegra saberlo. Quizás deberías buscar un lugar apartado para reflexionar». No había ironía en ello; simplemente era un consejo amistoso.

—Agradecimiento —dijo Rondl.

El otro band avanzó, más tranquilo, y Rondl prestó mayor atención a sus maniobras. Comprendió entonces que existían normas para cruzarse en línea recta; cada band giraba de lado para dejar espacio. No lo había hecho, interfiriendo con el otro. Cuando se distraía demasiado, vacilaba físicamente, atrayendo la atención de los demás.

Ahora estaba seguro de que había, o había habido, algo extraordinario en él. Había habido una sucesión demasiado constante de peculiaridades. Necesitaba penetrar el velo de su propia amnesia y descubrir cuál era su secreto. Eso significaba que necesitaba un lugar privado, donde pudiera manifestar síntomas físicos sin alarmar a los demás, tal como le había sugerido el band Púrpura. ¿Adónde podría ir?

Se dirigió a la región de las tempestades. El planeta era grande y tenía muchas facetas. En algunas regiones había montañas salvajes, sin forma definida para reflejar la luz. La atmósfera tendía a comprimirse y enrarecerse, a calentarse

y enfriarse, y a cambiar la carga de partículas que suspendía; por lo tanto, generalmente estaba en movimiento. Cuando las montañas interrumpían el flujo normal, podían producirse fuertes perturbaciones, a las que se llamaba tempestades. Una zona era propensa a tormentas magnéticas que alteraban las líneas por las que viajaban los band, y por lo tanto, todos la evitaban excepto los más aventureros. Si se desviaba por allí, su rumbo errático parecería ser el resultado de un flujo magnético. Existiría cierto peligro, pero Rondl lo sopesó frente a los peligros inherentes a desconocer su propia naturaleza. Y, por supuesto, no tenía que adentrarse mucho en la región de las tempestades; solo lo suficiente para tener privacidad.

¿Existían lugares más seguros para lograr su objetivo? Rondl no estaba seguro; su recuerdo de la superficie planetaria era fragmentario, como una línea discontinua. Eso era parte de lo que debía explorar: el patrón de su propia ignorancia, si es que eso era posible.

Rondl aceleró. Ahora tenía un propósito. Siguió la línea que recorría la superficie del planeta Band, sobrevolando muros, colinas, valles, bosques, ríos y terrenos intermedios e indeterminados. Sabía dónde estaba la región de la tempestad; era parte de su conocimiento previo que había sobrevivido.

Ya no se molestaba en intercambiar destellos con otros. Orientó su cuerpo directamente sobre la línea, absorbiendo

energía, impulsándose hacia adelante magnéticamente y dejando tras de sí una estela de partículas ionizadas. Comprendió que era posible detectar la presencia reciente de otros band al percibir el flujo magnético residual de las partículas que habían dejado, antes de que estas se mezclaran de nuevo con el entorno. Las partículas estaban por todas partes, aunque mucho más dispersas en el espacio que cerca de un planeta. Su velocidad solo estaba limitada por su capacidad para procesar la abundante energía de la línea y la fricción de la atmósfera local. ¡La velocidad era embriagadora!

Con el tiempo llegó a la zona de las tempestades. En ese momento no había tormenta, pero se veían pocos band. Rondl procedió con cautela, sin querer ser temerario. Si podía desaparecer en un callejón sin salida y pasar desapercibido durante un tiempo...

Miró a su alrededor. Resultó que había más bands de los que había supuesto, evidentemente con la misma idea. No, no podían ser todos amnésicos; debían de desear privacidad por otros motivos. Tendría que indagar más a fondo hasta encontrar un lugar adecuado y desocupado.

Las líneas se distorsionaban aquí y se cruzaban constantemente. Algunas eran fuertes pero estrechas, otras anchas pero débiles. ¡Un vuelo complicado! Las líneas se enredaban alrededor de afloramientos de roca cargada e incluso se sumergían bajo la superficie del planeta en

algunos puntos, obligándolo a retroceder para buscar otras rutas. ¡No es de extrañar que hubiera pocos band aquí! Avanzar era todo un desafío.

Rondl vagaba por el lugar, disfrutando de la exploración. Descubrió que le gustaba descubrir nuevos rincones, aunque toda su situación actual le resultaba desconocida. Pronto encontró un rincón en un valle, rico en vetas, pero resguardado de la vista de los demás. Allí por fin podría relajarse, pensar y dejarse llevar sin preocupaciones. Si le quedaba la capacidad de recordar su origen e historia, lo haría ahora.

Se concentró, pero se topó con el vacío. Simplemente, no había nada. Ni siquiera podía empezar.

Todo ese esfuerzo por conseguir un lugar privado para reflexionar profundamente, había sido en vano. Al parecer, las ricas vetas de ideas extrañas debían ser evocadas al azar por acontecimientos y pensamientos fugaces; no podían ser controladas propiamente. Disgustado, Rondl abandonó el valle.

Ahora el enigma de este lugar se volvía más complejo. Literalmente, se había perdido allí. Recordaba el terreno cercano, pero el patrón de líneas no parecía corresponderle. ¡Debería haber memorizado las líneas, no el paisaje!

Pronto se encontró en un valle desconocido, incapaz de cruzar al que deseaba. Rocas de color marrón opaco cubrían el fondo del valle, con suficiente contenido metálico como para fragmentar las líneas más débiles cercanas, y plantas verdes se enroscaban alrededor de estas rocas y trepaban por las empinadas laderas de las colinas, interfiriendo con las líneas más próximas. Desafortunadamente, ninguna línea se extendía desde esta región hacia el espacio; tal vez las tempestades las habían borrado de alguna manera. Sí, había electricidad en las perturbaciones climáticas, y eso se relacionaba indirectamente con el magnetismo. Estaba atrapado en un laberinto bidimensional.

Bueno, simplemente continuaría hasta encontrar otra forma de regresar. Había muchas líneas pequeñas, y una de ellas debería conducir a la salida. Si no lograba encontrar por dónde había entrado en esta región, al menos podría encontrar alguna otra línea que lo llevara al espacio. Dado que las líneas no tenían fin, tarde o temprano tendrían que sacarlo de allí.

Rondl viajaba, admirando el paisaje que se desplegaba de valle en valle. El terreno era tan irregular que resultaba difícil distinguir entre ladera y llanura. En las cornisas, se aferraban cosas de colores; cuando su línea lo llevó hasta allí, Rondl vio que eran plantas con flores. Estaban ancladas a la tierra, incapaces de volar. Absorbían la luz en lugar de usarla para la visión y la comunicación, con la única excepción de que las flores disponían sus tonalidades con fines estéticos, para

atraer a criaturas que pudieran volar. Era un modo interesante. Pero las plantas también utilizaban sustancias. Algunas las absorbían a través de sus raíces, pero otras buscaban otras fuentes. Sus zarcillos se extendieron hacia Rondl mientras flotaba cerca. Rápidamente se alejó. Era asombroso cuánto sabía cuando la información se activaba por la experiencia. Probablemente, si pudiera regresar a sus lugares más familiares, gran parte de su memoria volvería, pero necesitaba su memoria para encontrar esos lugares. Se encontraba en un círculo vicioso.

Bordeó una pared natural monótona y entró en otro valle. Este estaba lleno de agua: un gran lago o un pequeño mar. Rondl lo sobrevoló. ¡Era una experiencia nueva! Las líneas se entrecruzaban con gracia sobre el agua, y cuando se sumergían, daba igual. Rondl se zambulló, siguiendo una más allá de la superficie; el avance era mucho más lento bajo el agua y la luz disminuía, pero se las arreglaba bien. El cuerpo del band era prácticamente inmune a la humedad, así como a las temperaturas extremas; pertenecía a una de las formas de vida más estables de la Galaxia.

¡Ahí estaba! Había interceptado más información. Seguramente también conocía a otras criaturas de la galaxia, si tan solo pudiera acceder a los datos necesarios. Pero no podía. No voluntariamente.

Siguió la línea durante un buen trecho, descendiendo hacia el fondo; la luz se había atenuado casi por completo. No

importaba, pues no había con quién comunicarse y no necesitaba luz para percibir la línea. Este viaje a cámara lenta, a través del medio líquido, resultaba agradable, como contraste, y quizás le ayudaría a evocar parte de la información que tan tentadoramente se cerraba en su mente. Era curioso que este medio conductor no disipara la energía de la línea. Pero el magnetismo era, obviamente, algo muy especial.

Entonces algo se cernió sobre él. Al instante, Rondl se percató del peligro. ¡Las criaturas marinas devoraban todo lo que podían atrapar! ¿Por qué no *lo había recordado* antes? Había volado tan despreocupadamente directamente hacia su territorio. Esta criatura estaba detrás de él; distinguió su silueta difusa por los reflejos en el agua y por su componente magnético rudimentario. Su orificio frontal estaba abierto y el interior brillaba levemente. La criatura se encontraba sobre su línea; Rondl debía huir hacia adelante. Pero la línea continuaba hacia abajo, sin líneas que la cruzaran; esto podía significar problemas.

La criatura acuática lo persiguió, impulsándose velozmente a través del agua agitando sus aletas. En este medio, podía moverse más rápido que Rondl. ¡Menudo problema!

¿Era un kratch? No, era un trugd. Ahora su memoria caprichosa le proporcionaba tal detalle, ahora que estaba atrapado. ¿Por qué su memoria no había tenido la simple

cortesía de advertirle antes de que descendiera hasta un punto de incierto retorno?

Rondl siguió descendiendo y encontró una intersección cuyo otro camino conducía hacia arriba. Pero el trugd estaba demasiado cerca; lo alcanzaría mucho antes de llegar a la superficie. Tuvo que continuar descendiendo, buscando refugio, algún lugar donde el monstruo no pudiera seguirlo. Un lugar demasiado pequeño para que pudiera pasar.

Ahora se encontraba cerca del fondo del lago/mar. Casi no había luz; el contorno del terreno era difuso. La penumbra no interfería con su percepción del magnetismo, pero aun así se sentía cada vez más inquieto. Detectó los leves componentes metálicos de algunas plantas o animales enraizados; por suerte, no eran depredadores. Pasó junto a ellos, y el trugd hizo lo mismo.

De repente, el monstruo lo alcanzó. Su enorme y brillante orificio frontal estaba repleto de afilados trozos de hueso: dientes. Estos dientes chocaron entre sí cuando Rondl se apartó de un salto.

Ahora estaba fuera de servicio. No llegaba energía. Se había salvado de ser consumido de inmediato, pero...

Su energía se estaba desvaneciendo. Se percató con inquietud de que un agotamiento excesivo de su cuerpo lo llevaría a disolverse, a morir. La energía magnética mantenía

unida su sustancia física; debía haber suficiente carga para mantener, como se decía, cuerpo y aura unidos.

Sin embargo, el monstruo controlaba la línea. Regresar allí significaba ser consumido. Eso representaría una disolución forzada; de hecho, eso era lo que el monstruo buscaba. La liberación repentina de los metales y la energía del cuerpo de Rondl sería una excelente fuente de sustento para una criatura que no podía obtener energía de una línea magnética ni extraer materia del suelo.

Rondl se dio cuenta de que solo tenía una oportunidad: encontrar otra línea. Normalmente, las líneas aparecían en patrones, generados a partir de terminales positivos y negativos en otras partes del planeta. En ese sentido, las líneas sí tenían extremos, pero todos los extremos estaban en el centro del universo band. No estaba seguro de por qué las líneas serpenteaban individualmente; su conocimiento previo del fenómeno sugería que deberían extenderse uniformemente. Obviamente no era así. Quizás los componentes metálicos de las formaciones terrestres distorsionaban el patrón de líneas hasta convertirlo en una confusión indescifrable. Así que tuvo que buscar al azar, con la esperanza de encontrar una nueva línea antes de sufrir asfixia energética.

Sintió una. No sabía que podía sintonizar esas líneas bajo el agua a distancia; aún estaba descubriendo sus propias capacidades. Pero esta línea estaba bajo el agua, no en tierra

firme. Frenéticamente se deslizó por el fondo, impulsándose contra el débil magnetismo de fondo, buscando una entrada. Pero el avance era dolorosamente lento, y cualquier intento de aumentar la velocidad solo lo agotaba aún más.

El trugd, al darse cuenta de que la presa no regresaba a la línea original, fue tras él. De nuevo, Rondl se escabulló, usando sus escasas y menguantes reservas de energía, mientras los horribles dientes mordían la tierra. Entonces el monstruo, al darse cuenta de que había fallado su presa otra vez, retrocedió y escupió la tierra no deseada. ¡No había tregua!

A Rondl le surgió una idea desesperada. Se lanzó al agujero recién excavado. Allí, en el fondo, estaba la línea que buscaba. Se aferró a ella lo mejor que pudo, absorbiendo su poder, sin importarle el sedimento que lo cubría. No podía avanzar, pues el fango era demasiado sólido para su débil fuerza de propulsión, pero por el momento estaba a salvo. El engendro no podría atraparlo sin agarrar también una buena cantidad de lodo del fondo. En ese caso, Rondl también sería escupido. No era la mejor protección, pero bastaba por ahora.

El trugd olfateó a su alrededor y luego comprendió lo sucedido. Invirtió su orientación y golpeó el suelo con sus aletas. El limo se elevó y se alejó. Pronto se excavó una cavidad amplia y poco profunda. Rondl quedó al descubierto, pero también una porción mayor de la línea.

El monstruo retrocedió de nuevo y se adentró en busca de su presa. Rondl se lanzó hasta el final de la línea expuesta y se enterró en el limo. El engendro concluyó que no había excavado lo suficiente y volvió a retroceder. Sus aletas apartaron más limo. De nuevo Rondl quedó expuesto, y de nuevo se lanzó contra la extremidad blanda.

La tercera vez que el monstruo excavó, la línea emergió a la superficie. Rondl surgió del fango y se alejó nadando mientras trugd seguía azotando, sin percatarse por un momento de la partida de la presa.

Ahora podía desplazarse. El líquido era lento, pero no tanto como el fango. Rondl pronto encontró una intersección de líneas (las líneas nunca llegaban a tocarse, pero a menudo pasaban lo suficientemente cerca como para que un band pudiera pasar fácilmente de una a otra) y ascendió hacia la superficie del agua.

El trugd finalmente comprendió lo sucedido y se lanzó en su persecución. Era terriblemente veloz en ese medio. Rondl sintió las vibraciones de su avance antes de que apareciera a la vista; se formaban corrientes en el agua, agitadas por sus enormes aletas. Rondl extrajo toda la energía que pudo de la línea y tiró con todas sus fuerzas hacia adelante, sin contenerse, y sabía que no era suficiente. El monstruo lo alcanzaría antes de que emergiera a la superficie.

La turbulencia aumentó. Aparecieron burbujas en el agua. Las corrientes cambiaban de dirección constantemente. Por un instante, Rondl perdió el agarre de la línea y comenzó a asfixiarse. Pero se aferró al equilibrio y se impulsó hacia atrás, dándose cuenta de que el trugd se había quedado rezagado. Debería haberlo alcanzado ya, pero en cambio se sumergía hacia aguas profundas. ¿Por qué?

Rondl siguió ascendiendo y elevándose en el aire. ¡Qué alivio! Entonces descubrió lo que había disuadido al trugd.

Se había desatado una tempestad durante el descenso de Rondl. El viento y la humedad en suspensión lo azotaban. Toda la superficie del mar se convertía en espuma. El monstruo evidentemente prefería las tranquilas profundidades y temía una violencia de mayor magnitud que la suya propia. Quizás existían engendros aún más grandes, que generaban turbulencias aún mayores, por lo que aquello era una advertencia para esconderse. Tal vez algunas de esas criaturas volaban por el aire y la superficie espumosa era la señal de peligro. ¡Rondl había tenido suerte!

Pero no tuvo mucha. Era difícil mantener la línea en medio de la turbulencia. Peor aún, las líneas magnéticas se retorcían debido a los componentes eléctricos de la tormenta. El magnetismo aumentaba y disminuía, provocando malestar en Rondl. ¡Él también podía ser desintegrado por este fenómeno natural!

Luchó por mantenerse a flote, pero las líneas eran relativamente débiles y, en cualquier caso, no alcanzaban mucha altura. La turbulencia empeoraba incluso con un ligero aumento de altitud. Una ráfaga de viento lo arrancó de la línea. Cayó, dando tumbos, temiendo otro encuentro en aguas profundas, pero se agarró a otra línea y también fue arrastrado por el viento. Luchó por recuperarse, pero la tormenta y la confusión eran demasiado fuertes, y en cuestión de segundos estaba de nuevo cerca del fondo.

Tenía miedo de volver a entrar al agua, aunque sin duda estaba más tranquila bajo la superficie. El trugd podría estar al acecho. Se lanzó hacia una playa casi desierta y aterrizó bruscamente. En medio de aquella tempestad, era lo mejor que podía hacer; ni el aire ni el agua eran seguros.

¿Cuánto tiempo podría resistir sin una fuente de energía? La respuesta era: hasta que amainara la tempestad. No tenía otra opción. O hasta que sus fuerzas disminuyeran tanto que tuviera que arriesgarse a ahogarse antes que morir. Su experiencia le decía que estas tormentas solían ser de corta duración, y que un miembro band que permaneciera inmóvil y conservara su energía podría resistir ese tiempo. Las probabilidades de supervivencia estaban a su favor.

Capítulo III

CIRL

Rondl descubrió que los band también dormían y soñaban, y que durante esos periodos de relativa quietud sus necesidades energéticas disminuían. Tenía una reserva mayor de la que creía, o al menos un periodo más prolongado durante el cual la energía almacenada podía mantenerlo con vida. Sus sueños le habían brindado un respiro, pues en ellos había encontrado una línea que se extendía directamente hacia el cinturón de planetoides más cercano, lejos de cualquier tormenta atmosférica. En este sistema, cada planeta tenía sus anillos de escombros, y cada sol tenía sus cinturones de planetoides; había una gran cantidad de materia fragmentada.

Despertó al acercarse otro band. La tempestad continuaba, y el agua y el aire azotaban la playa, transformando el mar en una criatura monstruosa. Era fácil imaginar que aquello era el resultado de la furia sumergida de un super trugd, aunque, por supuesto, él sabía que no era así. En cualquier caso, no era un clima propicio para estar en las alturas. El otro band intentaba elevarse, pero fracasaba, al igual que Rondl. La luz era escasa, pero el grito de desesperación del band se escuchó con claridad cuando la criatura finalmente se precipitó al mar.

Rondl se lanzó al aire. El magnetismo ambiental era irregular, lo que provocó que su vuelo fuera errático. Pero encontró una línea y la siguió hasta el agua, donde el otro había caído.

Tuvo suerte. La línea pasaba por debajo de la zona donde el band se encontraba en apuros. Rondl se colocó en posición y luego atrapó al otro con un agarre magnético, tal como Mair el Rojo lo había hecho con él. Después, usó sus pequeños tentáculos para mantener la sujeción mientras canalizaba su magnetismo hacia la propulsión y, con el band a cuestas, regresó a la superficie.

La tempestad amainaba por fin; ahora parecía seguro permanecer en el aire. Rondl soltó al otro band y luego giró para mostrarse. "¿Estás bien?"

«¿Por qué tuviste que interferir?», gritó el band con furia. Rondl se dio cuenta de repente de que era femenino; tenía un rasgo distintivo que delataba su sexo sin lugar a dudas. Una band juvenil de color amarillo brillante. «¡Estaba a punto de disolverse!».

—¿Querías disolver el grupo? —preguntó Rondl, asombrado—. ¿Suicidaros?

—¿Suicidio? —preguntó con expresión inexpresiva—. Esta tormenta dificulta la comunicación; no entiendo a qué te refieres.

En efecto, no lo había expresado bien. Este era otro concepto ajeno a la mentalidad de la band. Las plantas y los animales carecían de auras suficientemente definidas, así que cuando sus formas físicas sucumbían, morían. Pero se suponía que los band no debían morir, así que no podían suicidarse. O eso creían. Rondl descubrió que no lo creía. Así que seguían apareciendo extrañas y tentadoras cosas, aunque no lograba comprender su origen. «Disolución», dijo. «No puedo creer que alguien elija disolverse».

—Eres un hombre —replicó ella con una mirada fulminante.

'¿Ah, un enredo amoroso? Me disculpo por lo que haya hecho ese patán.'

'¿Patán?'

'Masculino negativo.'

¿Te arrepientes de la acción de otro hombre?

«Sin duda, fue un hombre muy equivocado al hacerle daño a una mujer tan atractiva como tú». Porque, en efecto, era atractiva; su magnetismo personal lo había cautivado. No tenía claro qué cualidades hacían que una mujer band resultara agradable a la vista masculina, aparte de su innegable atractivo, pero ella parecía poseerlas también.

Dejó escapar un destello de alegría. «¡Eres un tipo raro!». Su rostro pareció palidecer. «¿De verdad te gusto?».

—Sí —respondió sorprendido—. Pero no hay que tomárselo en serio; no te conozco.

«¿Te gusto sin conocerme?» Ahora parecía intrigada, más que confundida.

¿Me gustarías menos si te conociera mejor?

'A otro sí lo hizo.'

'¿Le gustabas menos, o conocerte mejor?'

'Sí.'

Sí a ambas, parecía decir. «No soy igual que el otro». Hizo una pausa. «Al menos no creo serlo. No lo conozco, y no me recuerdo a mí mismo».

—No te acuerdas *de él,* ¿quieres decir?

'No *me recuerdo.* Antes de venir aquí. Yo...'

¡No te acuerdas! ¿Cómo puedes venir aquí, a un lugar de reflexión privada, si no recuerdas cuál es tu problema?

«Ese *es* mi problema. No sé quién soy, aparte de mi nombre. Parece que tengo amnesia».

«Pobre criatura. Aun así, creo que cambiaría mi situación por la tuya. No quiero *recordarlo.*»

—¡Intercambiemos! —exclamó.

Irradiaba alegría de nuevo; su color y su luz la hacían parecer un pequeño sol. «¿Quieres encontrar una razón para disolver la familia? Debió de ser muy extraño antes de perder la memoria».

«Eso es lo que temo. Sigo teniendo visiones inapropiadas, pero no logro identificar su origen. Vine aquí y casi me devora un trugd. Ahora estoy perdido; no sé cómo salir de esta región.»

—Yo te mostraré la salida —dijo—. Permítenos presentarnos.

'Lo único que sé es mi nombre: Rondl.'

'Yo soy Cirl. Soy... en realidad no te interesa mi historia, ¿verdad? No es muy interesante.'

«Seguro que es más interesante que la mía».

«Busquemos la manera de salir de aquí», decidió. Lideró el camino, abriéndose paso con confianza entre la tormenta que amainaba. Rondl la siguió, contento de haberla salvado. De todos modos lo habría hecho, pero esto era una gran ventaja: una salida rápida.

Aun así, necesitaban comunicarse durante el viaje, pues un band que no se comunicaba era difícil de percibir con precisión a cualquier distancia. El cuerpo de un individuo se convertía en parte del paisaje de fondo; un anillo visible pero no evidente. Un band que se comunicaba, en cambio, atraía la atención; todos los band eran hipersensibles a los haces de voz entrantes y podían recibirlos desde un ángulo más amplio del que podían transmitirlos. Rondl había visto a Cirl cuando esta brilló de desesperación al precipitarse al agua. Era la diferencia entre un objeto inerte y uno animado. Así que ahora, en medio de la tormenta, que aunque iba amainando seguía siendo intensa, podían perderse de vista el uno al otro si no aumentaban su visibilidad hablando.

—Me interesa vuestra historia —dijo con voz temblorosa—. Contadme cómo llegasteis al punto de intentar disolveros.

—Bueno, en realidad no llegué a ese punto —respondió. Pensé que volaría a través de la región peligrosa, y si el Círculo Viscoso quisiera llevarme, lo haría. Y así fue, salvo que usted interfirió.

—Me disculpo —dijo Rondl con arrepentimiento—. Solo necesitaba que alguien me guiara. De lo contrario, podría haberme disuelto yo mismo, y no quería que eso sucediera.

De nuevo mostró alegría, sabiendo que él tenía una motivación más socialmente responsable. «Quizás el Círculo pretendía que nos conociéramos, y así fue como sucedió. Ya no tengo ganas de poner a prueba la cuestión de la disolución».

«Realmente no entiendo lo de la disolución», dijo Rondl. «Parece ser parte de mi amnesia. Sé que tiene que ver con la muerte, pero no exactamente. ¿Qué es el Círculo Viscoso y por qué debería guiarnos?»

«¡Debes haber sufrido daños gravísimos!», afirmó su compañera. «¡Todo el mundo lo sabe!»

'Todos menos yo. Cirl, necesito información urgentemente.'

'Supongo que sí. Pero estamos saliendo de la zona de la tempestad, así que no habrá tiempo.'

¿No había tiempo? Entonces tenía intención de marcharse. Rondl descubrió que prefería un contacto más prolongado, ya que ella era la primera persona con la que había tenido algo más que un contacto casual. Y era atractiva; quizás eso influyó en él más de lo debido.

—Por supuesto que no quisiera hacerle perder el tiempo —dijo con cautela—. Sin embargo, si estuvieras dispuesta a demorarte un poco, a explicarme algunas cosas...

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó. Expresó la idea con torpeza, pues los band no tenían un término adecuado. Los band no se burlaban entre sí ni de ningún otro ser. Así que, en realidad, lo que dijo fue más bien: —¿Estás haciendo una conjetura o un malentendido humorístico del que yo podría ser el objeto? Pero Rondl comprendió perfectamente lo que quería decir; evidentemente, su mente estaba más familiarizada con el concepto que la de ella.

—¡Eso no es cierto! —protestó—. Sois el primer band con la que he conversado durante más de un instante, disfruto de vuestra compañía y me temo que intenté influir en ti más de lo debido. Te pido disculpas...

¿Por disfrutar de mi compañía?

'No por eso. Pero...'

«Rondl, me alegro. Mi antiguo amigo, con quien pensaba casarme, me dijo que era demasiado comunicativa. Decía

que mostraba tantos flashes que su objetivo se calentaba. Pensé que tú tendrías una objeción similar.»

«¿Cómo puede calentarse una lente magnética?» Pero en realidad comprendió la imagen. Haría falta mucha luz intensa para calentar al band hasta el punto de la incomodidad; su amigo había estado exagerando, haciendo una hipérbole humorística. Solo a Cirl no le había parecido gracioso. Al parecer, ella hablaba mucho, pero para alguien como él, con lagunas de memoria que seguramente resultarían incómodas, una compañía así podía ser reconfortante. ¿Quién notaría sus lagunas si rara vez tenía que encajar en un instante?

—Él lo dijo —insistió ella—. Fue este tipo de analogía la que me llevó a la región de las tempestades.

Ningún comentario jocoso aislado debería haber causado eso. Este debió ser parte de un patrón cada vez más intenso que había pasado del humor al rechazo. Ese amigo había estado practicando el sarcasmo —otro concepto oscuro— con Cirl, haciéndola sufrir. A Rondl no le gustó eso. Para empezar, demostraba que los band podían ser menos agradables de lo que creían posible para su especie. Después de todo, no eran perfectos. La simpatía de Rondl estaba con Cirl, la víctima de un comportamiento poco propio de los band. «A ver si puedes calentar mi lente», sugirió.

—Lo pediste —dijo, brillando intensamente bajo el reflejo de la pared. Ya estaban a salvo fuera de la zona peligrosa; sin duda conocía la ruta de escape—. Pero si de verdad quieres una recepción sin obstáculos, vuela alto y usa la luz descendente desde mi posición, y te lo explicaré todo. Usaremos la luz de Eclat. Eclat era ligeramente más brillante que Dazzle, por lo que era la fuente de luz preferida.

Rondl volaba alto y con la luz baja. Cirl se colocó en línea, detuvo su rotación y concentró su haz en él. Ahora no había interrupción alguna en el flujo de comunicación, y este se transmitía con gran riqueza de matices y profunda emoción. Cirl tenía una forma de expresarse encantadora; era un placer escucharla. Y la abundancia de detalles menores que incluía, no realmente relevantes para el significado principal, le proporcionaban, sin embargo, una mejor comprensión de la cultura y las prácticas de los band. Algunos conceptos le evocaron pequeños recuerdos, ayudándole a profundizar en su autoconciencia. De hecho, en ciertos aspectos, esta era la auto–revelación que había buscado al entrar en la región de la tempestad. Simplemente no había sabido cómo lograrla.

«La forma física del band es simplemente un refugio para el aura individual, o sección del aura», dijo didácticamente. «Cuando se crea un band, parte del espíritu de la especie se toma para animarla durante el tiempo que existe por separado. Acumula experiencia durante toda su vida, y cuando finalmente se disuelve, su fragmento de aura regresa a la gran masa de almas, el Círculo Viscoso, y se fusiona con

ella y le aporta su experiencia acumulada. Porque el alma de la especie no tiene un componente físico; no puede adquirir experiencia directamente. Solo indirectamente, al permitir que partes de sí misma se separen —para animar a huéspedes separados, que existen aparte unos de otros y del Círculo durante la acumulación de experiencia—, y luego regresar con su carga de conocimiento como ofrenda al todo. Toda nuestra existencia física es simplemente ese proceso de asimilación, nuestra misión para el alma del grupo. No tenemos mejor propósito que aprender todo lo que podamos, porque ese conocimiento es todo lo que somos capaces de llevar con nosotros al Círculo Viscoso.» Nuestro único error, nuestra única equivocación, es no haber aprovechado al máximo la mejor experiencia posible: aquella que enriquece el alma.

Hizo una pausa para asegurarse de que Rondl estuviera asimilando todo aquello. Él se deslizó por el rayo de sol para dirigirse a ella. «Estoy recibiendo».

¿Te calenté la lente?

'La calentaste muy bien.'

Su magnetismo se intensificó momentáneamente con placer. "¿Tiene sentido para ti, el Círculo Viscoso?"

—Parece el Nirvana[2] —dijo, como un destello.

'¿El qué?'

Parecía haber creado otro concepto alienígena. «Como una reunión ideal después de la disolución del grupo».

«¡Ah, sí, eso es!». Ella retomó su posición de locutor y él volvió a bajar por el haz. «Cuando el band que amaba me rechazó, ya no quería adquirir nuevas experiencias, pero no estaba segura de haber acumulado lo suficiente como para ser digna de regresar al Alma, al gran Círculo. Así que no me disolví del todo; volé hacia la región de las tempestades. Si el Círculo Viscoso me quería, me dejaría disolverme entonces; si no, se las arreglaría para dejarme en un estado fragmentario, condenada a vivir separada durante algún tiempo más. Sin embargo, cuando parecía que el Círculo estaba realmente dispuesto a acogerme, sufrí incertidumbre y miedo. De alguna manera, quería aferrarme a la sustancia, por desagradable que fuera. Caí, y ya conoces el resto».

De alguna manera, mientras ella destellaba, Rondl asimiló el concepto más amplio. Había una imaginería gigantesca y hermosa asociada con el alma del Nirvana. El Círculo Viscoso,

---

2 En algunas religiones de la India, estado resultante de la liberación de los deseos, de la consciencia individual y de la reencarnación, que se alcanza mediante la meditación y la iluminación. Para los budistas, el nirvana está asociado con el fin del sufrimiento. Es un término que utilizan para referirse a la 'iluminación', un estado donde se detiene toda actividad mental innecesaria y excesiva, se produce liberación, calma y armonía. [N. T.]

tal como Cirl' lo imaginaba, era un tremendo remolino de color, quizás tan grande como el universo, girando rápidamente en el centro, lentamente en la periferia, de modo que su estructura interna cambiaba constantemente mientras su forma externa de toroide permanecía constante. Por supuesto, tenía forma de band; los dioses de todas las criaturas se parecían a aquellos que creían en ellos, excepto que este dios no era rígido, sino fluido, viscoso, bellamente así. De él irradiaban diminutas chispas de conciencia, como si fueran expulsadas por la fuerza centrífuga: copos individuales de aura, para animar a los band vivos y sólidos. A él regresaban otras chispas, o brasas, agradecidas: las vidas cansadas de individuos disueltos, pesadas con sus cargas de experiencia y los rigores de la existencia separada.

Hizo una pausa de nuevo. Rondl se movió para poder retomar el diálogo, usando la luz de Dazzle. «No, mi lente no se calienta incómodamente», le informó antes de que ella preguntara. «Me complace recibir tu rayo».

—Me alegra verte feliz —respondió ella—. Me encanta comunicarme.

'Y lo haces muy bien.'

Parecía casi resplandecer con luz propia.

«Entonces crees que no existe la muerte», continuó tras un momento. «Simplemente la liberación de auras individuales al Círculo Viscoso».

'Por supuesto. ¿No es así?'

Rondl reflexionó: «No, no creo. No sé por qué, ya que no tengo fundamentos para creer ni para dudar, pero me resulta imposible creer en una conciencia no física. Tiene que ser un mito. Pero admito que *es* un concepto bonito».

—¡Es la realidad! —exclamó, consternada por su duda—. ¡Todo el mundo lo sabe! ¿Cómo podríais disolveros si no creyerais en el Círculo Viscoso?

¡En efecto! Rondl no quería disolverse. «¿Cómo puede existir la consciencia sin sustancia física?», exclamó. «No puede haber organización, ni mente. La muerte del cuerpo implica necesariamente la disipación del aura que alberga, el alma. No puede ser de otra manera».

—¡Pobre criatura! —respondió ella—. ¡Qué horrible ser engañado de esa manera!

¡Sintió lástima por su incredulidad! «No estoy seguro de quién de los dos está engañado...»

—¡Debo esforzarme muchísimo para que te recuperes! —exclamó con calidez.

Rondl se dio cuenta de que era inútil seguir discutiendo. «Como desees».

¡Claro que lo deseo! ¡Qué solitaria debe ser tu vida! Y no me extraña que temieras que me disolviera. ¡Pensabas que estaba equivocada!

Eso era exactamente. «En cualquier caso, hay mucho que apreciar en la existencia física. Debemos vivir el presente: yo, porque sé que no hay otra vida; tú, porque crees que estás acumulando información para el beneficio futuro de tu Círculo Viscoso».

—¡Debo hacerte ver el error de tu incredulidad! —insistió—. Se dice que quienes no creen no son bienvenidos de nuevo al Círculo Viscoso, y ese es un destino demasiado horrible como para siquiera contemplarlo. Debo razonar contigo, mostrarte...

—Puedes intentarlo —aceptó Rondl, empezando a apreciar una cualidad suya que quizás habría molestado a su antiguo amigo. Tenía que imponer su visión. —Si tienes tiempo.

«Me salvaste de la disolución. Sin duda, el Círculo Viscoso lo orquestó. Mi tiempo es tuyo.»

Rondl no estaba seguro de la lógica, pero se mostró dispuesto. Después de todo, Cirl seguía siendo una figura toroidal de gran belleza. Aún necesitaba ayuda para

comprender esta sociedad y recuperar su memoria, que se le resistía. Así que, si ella quería convertirlo en un proyecto, perfecto. «Nuestro tiempo nos pertenece».

'¿Y yo no calenté tu lente?'

Eso seguía siendo un tema delicado para ella, ¡y con razón! «No hay forma de calentarla lo suficiente como para que me incomode».

Hizo una pausa, y Rondl temió haber exagerado en sus palabras tranquilizadoras, lo que podría dar lugar a una interpretación negativa. Pero al instante cambió de parecer y asintió con la cabeza. Todo estaba bien, pero debía tener cuidado.

Primero, ella le hizo un recorrido por su universo. Antes, Rondl solo tenía una vaga idea de dónde estaban las cosas; ahora la imagen se volvió mucho más detallada. Los band no residían en tierra firme, pero sí necesitaban varias estructuras planetarias. Estaba la planta física: un tubo que atravesaba una montaña volcánica, donde el calor interno vaporizaba las sustancias metálicas que componían el cuerpo del band. Cada vuelo a través de este túnel permitía a un band concentrar una capa de aleación a su alrededor. Muchos de los band que volaban por allí eran jóvenes que necesitaban alcanzar la masa adulta. Tenían el diámetro de un adulto, pero no el grosor. Esta adquisición debía efectuarse gradualmente, ya que cada capa condensada era

simplemente metal inerte hasta que las fuerzas magnéticas del band la asimilaban adecuadamente. Se requerían cientos de vuelos, espaciados a lo largo de los años, para completar el proceso. Otros band atraídos por el túnel eran hembras grávidas, que necesitaban materia adicional para construir un segmento de anillo extra completo. Cuando era lo suficientemente sustancial e imbuido con los patrones magnéticos adecuados, se separaba un nuevo band. Otros eran individuos ancianos que habían sufrido desmetalización y, por lo tanto, necesitaban restauración. Algunos eran band heridos, concentrados en grietas o abrasiones específicas; uno había perdido un pequeño segmento de su toroide y se esforzaba por reformar el eslabón faltante. Para la creación y el mantenimiento del huésped físico, este túnel era esencial.

Luego estaba el generador de líneas. Algunas líneas magnéticas se extendían lejos del planeta, hasta las lunas y otros sistemas planetarios. Cirl explicó con entusiasmo y gran detalle que, originalmente, estas líneas eran naturales y emanaban del núcleo intensamente metálico del planeta de origen. Sin embargo, a medida que los band alcanzaron un estatus civilizado, construyeron generadores de líneas y las organizaron para mayor comodidad. Ya no tenían nada de natural; se extendían de estrella en estrella, e incluso hasta los sistemas de otras especies inteligentes.

—¿Otras esferas? —preguntó Rondl, sorprendido.

¿Esferas? —preguntó, perpleja.

Se había topado con otro término confuso. "¿Acaso los seres inteligentes galácticos no están organizados en esferas de influencia, colonización y comercio, que son altamente civilizadas en sus centros y retroceden inevitablemente hacia sus periferias?"

'No lo sé. Nosotros, los band, no lo estamos. Simplemente existimos donde pertenecemos.'

'¿No existe la Esfera Band?' Pero él ya sabía que no existía.

'Por supuesto que no. ¿Para qué querríamos algo así? Ya tenemos el Círculo Viscoso.'

Rondl giró con incertidumbre. 'No estoy seguro. Supongo que pensé que, dado que otras especies...'

¿Cómo sabes siquiera lo que son las Esferas? ¿Lo recuerdas?

«No. Simplemente me surgen conceptos extraños que no se relacionan con nada de lo que conocemos. Como las esferas alienígenas. Sé que existen, y creo saber algo más sobre ellas, pero no puedo recordar la información cuando quiero. Solo por casualidad. Ojalá pudiera explicarlo.»

«Debes haber estado en esas Esferas en tu vida anterior, por eso se convirtieron en parte de tu vocabulario».

—Debe ser eso —asintió con escepticismo.

¿Sabes? Tu identidad pasada se convierte en un enigma fascinante. Me encantaría resolverlo.

Ella buscaba de nuevo la confirmación de su interés. Cirl necesitaba mucho de eso. Estaba encantado de seguirle el juego. «Me encantaría que se resolviera. Es mi principal preocupación. Pero, ¿estás segura de que puedes dedicarle tiempo? Tienes una vida aparte...»

«Eso habría puesto fin a esta fase, de no ser por tu interferencia.»

'Me disculpo por...'

¡Ay, apaga el flash! Sabes que en realidad no quería ir. Todavía no. Solo me ayudaste a decidirme.

La creencia en la vida después de la muerte del band era imperfecta, evidentemente, a pesar de sus protestas. Quizás al intentar convencerlo también estaba reforzando su propia fe, del mismo modo que un miembro del band reforzaba su sustancia física al atravesar el túnel volcánico. «Aun así, hay pocas esperanzas de resolver este asunto rápidamente. Tendrías que dedicarme mucho tiempo».

—¿Te molesta eso? —Sus ojos amarillos se atenuaron; ya la habían rechazado antes—. No quisiera molestar.

Rondl tuvo que pensar con seriedad y rapidez. Cirl se había ofrecido a quedarse cerca de él indefinidamente. ¿Era eso lo que quería? Realmente tenía muy pocos datos para decidir qué deseaba. Se dio cuenta de que podría estar cometiendo un error, pero decidió guiarse por su impresión subjetiva. «Me encantaría. Parece que no tengo ningún propósito, estando solo, y disfruto recibiendo tus destellos».

Se sintió encantada al recibir la tranquilidad que merecía, como solo las personas inseguras pueden sentirse así. «Entonces te ayudaré. Creo que el Círculo Viscoso así lo dispuso. Nos unió. Tú necesitas a alguien con memoria que te ayude; yo necesito a alguien que necesite mi ayuda».

Eso resumía la situación a la perfección. Rondl afirmó con lo que creía que era su cabeza, como si estuviera asintiendo. Y se preguntó, con un ligero remordimiento, si habría sentido lo mismo si Cirl no hubiera sido una joven de belleza física, atractivo magnético y con gran facilidad para relacionarse. Al fin y al cabo, no había estado interesado en recibir más ayuda de ninguno de los hombres que se habían preocupado por él.

¿Importaba? Quizás lo mejor era aceptar su explicación: el Círculo Viscoso así lo había dispuesto.

Capítulo IV

INDAGACIÓN

«Primero debemos ver si otros tienen noticias tuyas o alguna idea sobre cómo proceder», decidió Cirl. «Convocaré a un círculo».

¿Un círculo?

«No es un verdadero Círculo Viscoso, pues solo existe uno, y este solo se da en la vida espiritual. Pero sí tenemos una aproximación física. Te la mostraré». Emprendió a caminar por una línea débil, adentrándose en el espacio, y Rondl la siguió.

La superficie del planeta se desvaneció bajo sus pies. La red de montañas, valles, llanuras, mares y murallas cambió de perspectiva, y los haces de luz reflejados se dispersaron,

dificultando la comunicación. La atmósfera se enrareció, facilitando los viajes; una velocidad excesiva en aire denso provocaba un calentamiento que, en su extremo, podía comenzar a derretir la estructura corporal y causar malestar. Los band apenas necesitaban aire, salvo como medio para sostener metales vaporizados en la cámara de condensación. Los recursos del planeta eran vitales para ciertas etapas de la vida, pero resultaban incómodos en otras.

El espacio era estimulante. Rondl se asombró de que los band pudiera volar a través de él con tanta facilidad y, una vez más, se preguntó por qué reaccionaba de esa manera. Los band siempre habían volado por el espacio, necesitando únicamente las líneas para obtener energía y las partículas microscópicas de polvo metálico o las moléculas de gas del entorno como masa de reacción.

El tiempo transcurría, pues las distancias interplanetarias eran enormes. Aquello era solo un viaje al espacio cercano, dentro de la órbita de la luna más próxima, llamada Fair, pero la atmósfera cada vez más tenue ralentizaba el avance. En el espacio profundo, Rondl comprendió que las naves band podían acelerar hasta la mitad de la velocidad de la luz, siempre que contaran con buenas trayectorias para seguir.

La visión también mejoró aquí. Rondl ahora podía ver las lunas más distantes Glow, Spare y Dinge, aunque dos estaban bastante alejadas del planeta. Reflejaban la luz

como band agrupados y tenían colores bonitos, aunque a esta distancia no podía distinguir los detalles individuales de sus superficies. La luna Fair era brillante y dorada, un poco como Cirl; La luna Glow era rojiza, con un brillo más suave; Spare era de un azul frío; Dinge, de un marrón apagado.

También había planetoides, sobre todo en secciones de las órbitas de las lunas, que ayudaban a definir estas órbitas como anillos. Era como si una luna, con su órbita delimitada, fuera un band, monstruoso pero familiar, y a Rondl le gustaba. Había cierta armonía en esta forma; el círculo era, obviamente, la forma fundamental de la naturaleza, que se manifestaba de diversas maneras. Y, por supuesto, estaba el anillo real de partículas más pequeñas, que embellecía el entorno planetario dentro de la órbita de la luna más cercana. Ese anillo era menos evidente ahora, porque estaban demasiado cerca; podían ver a través de su superficie plana.

Rondl captó el ángulo correcto de la luz del sol Dazzle y le envió un mensaje a Cirl: "Tienes el color de la luna Fair".

Había intentado halagarla. Lo logró con creces. Ella se dejó llevar por un frenético éxtasis. Recordó, gracias a su fuente anónima de información curiosa, que a las mujeres les gustaba que las elogiaran tontamente. Pero debía tener cuidado, porque si la halagaba más de lo que acababa de hacer, podría perder el control y descontrolarse. Se preguntó

de nuevo qué clase de hombre la habría rechazado. Rondl disfrutaba bastante de este juego, y Cirl le caía bien.

Pero ¿cómo podía permitirse que le gustara? No recordaba sus relaciones pasadas. ¿Y si estaba casado con otra band? Esta especie, se dio cuenta ahora, era monógama; los individuos se relacionaban íntimamente con una sola pareja a la vez. Otras especies de la Galaxia eran diferentes, algunas tenían varios sexos, o se apareaban en grupo, o...

Pero, para su frustración, en el momento en que se dio cuenta de que estaba obteniendo información que podría ser relevante para sus relaciones pasadas, el recuerdo se desvaneció.

Cirl redujo la velocidad y Rondl se posicionó para aprovechar nuevamente la luz de los dos soles y mantener una comunicación fluida. «Ahora, la invocación», anunció ella. «Tardarán en llegar, pero si describiéramos un círculo más cerca del planeta, interrumpiríamos el tráfico, lo cual sería antisocial».

Ser antisocial era impensable en la cultura de los band. Los comentarios de Cirl constantemente despertaban en Rondl información adicional. Eso era útil en sí mismo, aunque se necesitaba más.

Entonces Cirl emitió un brillante llamado: «¡CÍRCULO–CÍRCULO–CÍRCULO–CÍRCULO!». Las palabras destellaron en

una esfera que se expandió a la velocidad de la luz mientras giraba y daba vueltas. Aparentemente, se trataba de una convocatoria general para cualquiera que recibiera la señal. La mantuvo durante un tiempo.

Entonces llegaron las respuestas: «¡Conectando!», «¡Conectando!», destellos de distintas direcciones, algunos tan lejanos que no se veían los band. Rondl se preguntó hasta dónde se podía leer un destello significativo y, al pensarlo, se dio cuenta de que en realidad no había límite. Un destello enfocado viajaba hasta donde la luz podía llegar; solo la interferencia del polvo y el gas en el espacio lo atenuaba, haciéndolo gradualmente menos inteligible. Había habido algunos casos de mensajes recibidos entre dos sistemas estelares, aunque allí el problema era de alineación más que de claridad, ya que... pero el recuerdo se desvaneció. Aun así, se dio cuenta de que la comunicación no era ningún problema dentro de un sistema lunar; solo era necesario interceptar varios band en las cercanías, y Cirl evidentemente había cubierto la región lo suficiente como para obtener las respuestas deseadas.

—¿Pero qué va a pasar? —preguntó Rondl mientras esperaban. Le inquietaba su aparente amplio conocimiento general, que, sin embargo, se veía empañado por enormes lagunas en sus intereses más específicos. ¿Por qué sabía de las Esferas alienígenas y no de los Círculos band? Pero, por supuesto, eso era precisamente lo que intentaban averiguar.

«Lo mejor es experimentar un círculo», le dijo Cirl. «No se puede explicar con palabras».

Con el tiempo llegaron más band. Eran naranjas, grises, violetas y de todos los demás colores, masculinos y femeninos, jóvenes y viejos: una variedad completa. Pero todos tenían el mismo diámetro y prácticamente el mismo grosor. Las propiedades magnéticas y ópticas del anillo y la lente requerían este tamaño particular para que todos los band pudieran interactuar eficazmente. Estaban estandarizadas en este aspecto; la edad y el sexo no influían. Saludaron al grupo en general; era evidente que la mayoría no se conocían entre sí, pero todos se sintieron a gusto.

¿Qué pasaría, se preguntó Rondl, si apareciera el antiguo amigo de Cirl? Probablemente nada; su relación se había roto.

Cuando Cirl consideró que su número era suficiente, organizó el círculo. «Rondl, toma tu lugar, con la luz del sol detrás de mí, en una línea adecuada», indicó, colocándose de frente al sol Eclat. «Los demás se unirán».

—¿Pero qué se logrará con esto? —preguntó.

«Ya lo descubrirás». Por una vez, no estaba siendo demasiado comunicativa.

Entonces Rondl ocupó su lugar, estabilizándose como lo hizo Cirl, sin girar, de modo que su lente fija recibiera todo

su haz. Ella lo apartó a cierta distancia y luego le pidió que mantuviera la posición. Requirió cierta coordinación alinear tanto el haz como la línea, pero lo lograron.

Un band gris descendía desde él, iluminado por una luz tenue, y otras más adelante, cada uno procurando mantener la distancia correcta. La comunicación era unidireccional: los destellos de Cirl atravesaban una especie de tubo formado en el espacio por la creciente secuencia de band estacionarios. Algunos no lograban mantenerse en una línea magnética y debían de estar incómodas, pero se regían por la posición necesaria en la formación y no se quejaban.

Ahora, bajo la dirección de Cirl, la línea band comenzó a curvarse. Al curvarse, también lo hizo la línea magnética, que se distorsionó por la atracción de la línea band. Rondl se inclinó ligeramente, de modo que el haz enfocado de Cirl se desvió hacia un lado. El siguiente band se movió para continuar interceptando el haz, y los siguientes band se movieron aún más lejos. El tubo siguió curvándose hasta que finalmente se cerró sobre Cirl, completando el círculo. Se parecía a otro band: un anillo viviente. Varias líneas magnéticas lo intersecaban, cada una doblando parte del arco, para luego liberarse y continuar su ruta natural. La formación comenzó a girar lentamente, de modo que cada band tenía su turno para absorber energía de una línea, y luego se mantenía entre líneas. A medida que el círculo giraba más rápido, la intercepción de líneas se volvió más

regular, de modo que todos los participantes tenían un suministro de energía suficientemente cómodo.

De repente, el flujo de comunicación individual que Rondl recibía de Cirl se expandió en cantidad, intensidad, calidad y variedad, convirtiéndose en un circuito de comunicación grupal. Quizás un centenar de band realizaban sus aportaciones, pero no se trataba de una eufonía cacofónica, sino de un todo sumamente unificado de múltiples componentes. Cien hilos individuales, por así decirlo, se habían fusionado en un único y enorme cable.

Y casi al mismo tiempo que pensaba en ello, imaginando un cable trenzado de múltiples hilos, su pensamiento volvió a él, modificado por la información de los demás band. De repente, el cable se iluminó, adquiriendo una asombrosa viveza, y cada hilo era de un color distinto, y los colores se fundían en la distancia curva como destellos de luz, creando una imagen maravillosamente artística.

Pero fue el significado extraordinariamente intensificado lo que casi abrumó a Rondl. Era como si su pensamiento se hubiera multiplicado por cien en poder, claridad y profundidad. Sus destellos comunicativos se asimilaban y modificaban con los de cada uno de los demás band en el círculo. Lo válido se veía potenciado; lo sospechoso se reducía o eliminaba. Había un flujo constante, resultado de muchas correcciones menores. Esta era la verdadera

viscosidad, el movimiento notable pero constante de la comprensión. Fue una experiencia maravillosa.

Ahora circulaba el pensamiento de Cirl: «Convoqué este círculo para mi amigo Rondl, que no recuerda quién es y sufre extrañas imágenes como esta de una conexión física de hilos. ¿De dónde viene? ¿Cuál es su historia? ¿Cómo debemos proceder para devolverle su historia? Tiene extraños destellos de información, pero ignora muchas cosas que damos por sentadas. ¿Alguien lo conoce tal como era antes de su amnesia?»

La atención se centró en Rondl, quien se sentía incómodo por ser el centro de todas las miradas. Era como si cada aspecto de su ser estuviera siendo examinado simultáneamente, como si fuera un cable que se desenrollaba hasta sus hilos componentes. Numerosas preguntas lo acosaban, cada una tirando de un hilo en particular, sugiriendo identidades que se desvanecían al fracasar las posibles coincidencias. Pronto se llegó a una conclusión: nadie conocía al Rondl antes de sufrir la amnesia.

Luego vino un rápido análisis de sus incoherencias y lapsos de información. Cien pensamientos fugaces indagaron en su situación. Era como ser interrogado por una computadora.

¡Computadora! Por un instante, la viscosidad aumentó y se detuvo. ¡Ese era precisamente el tipo de rareza que estaban catalogando! ¿Qué era una computadora?

Es una gran máquina electrónica con millones de bits de información que pueden codificarse para un acceso rápido, muchos circuitos que responden a ciertas directivas.

También tenía problemas con este concepto.

«Un dispositivo que realiza una tarea. Una herramienta compleja. En lugar de...» Pero Rondl se sintió aturdido por su confusión. De repente, le pareció absurdo que estuviera describiendo algo que ningún otro miembro band conocía. ¿De dónde podía haber salido tal información? ¿Cómo podía ser válida? ¿Qué sabía él sobre semejante construcción extraña?

Construcción alienígena. Alienígena. El círculo se orientaba en torno a esto. ¿Se había relacionado Rondl con criaturas alienígenas? ¿Había provenido de las líneas más lejanas, las que se extendían hasta las Esferas de otras criaturas inteligentes?

Lo pincharon con agujas de investigación. La experiencia colectiva de este grupo reunido al azar era considerable; algunos habían viajado a otras Esferas. Aclararon que tales viajes no eran algo casual; se requerían muchos años, una fracción significativa de una vida, para llegar incluso a la Esfera alienígena más cercana. Rondl no tenía la edad suficiente para haber realizado semejante viaje. Pronto, el grupo concluyó que Rondl sí tenía cierta experiencia con alienígenas, pero que en realidad no había viajado más allá

del Sistema Band. Eso significaba que los únicos alienígenas con los que podría haberse encontrado eran los del enclave local, los saltadores de la Esfera Bellatrix.

Exploraron esto con mayor detalle. La colonia alienígena mantenida en el Sistema Band por los bellatrixianos interactuaba mínimamente con los nativos. Los alienígenas eran enormes criaturas verdosas con proyecciones en las piernas que los impulsaban a saltos por la superficie de una luna o planeta. Eran en gran parte no magnéticos, incapaces de sobrevivir en el espacio extraplanetario en su estado natural. Tenían que usar trajes especiales para contener la atmósfera en la que se bañaban constantemente, cuyos gases entraban y salían por sus orificios corporales. Se entendía que los alienígenas se disolverían si este proceso de ventilación se interrumpía, tal era su dedicación a él. Los bellatrixianos no podían atravesar líneas solos. Aparentemente, sus grotescas características físicas eran necesarias para que pudieran albergar auras de forma no magnética. Funcionaban a su manera, ¡pero qué horror sería estar cautivo en un huésped así!

Bajo la abundancia de esta información y sentimiento, Rondl respondió. ¡Tenía *experiencia* con los bellatrixianos! Mantenían una Esfera moderada, aproximadamente a medio camino entre la Esfera Mintaka y la Esfera Sador, ambas enormes. Se parecían a una criatura que él denominó saltamontes, que saltaban de hoja en hoja.

Lo perdió. El círculo intentó evocar más recuerdos suyos, pero no lo logró. Ningún band conocía esta especie de saltamontes; ninguno de los animales del Planeta Band se impulsaba de esa manera. Pero al menos esto era un avance. Reanudaron la exploración de la naturaleza de los bellatrixianos:

Esta forma tosca y limitada tenía su recompensa. Los alienígenas eran físicamente diestros. Podían sostener objetos pesados, transportar cosas no magnéticas y crear impresionantes artefactos. Algunos miembros band habían viajado por las tenues líneas interestelares para visitar la Esfera Bellatrix, o tenían amigos que lo habían hecho en generaciones pasadas, y relataban que los alienígenas habían construido estructuras maravillosas en sus planetas, como montañas artificiales, con muchas luces y toda clase de vehículos que se desplazaban de uno a otro. Cada bellatrixiano tenía un nido en una estructura que compartía con su pareja o familia; de esta manera, mantenían viva su especie. Sus estructuras mecánicas eran formidables —en este contexto limitado, el círculo comenzaba a comprender el concepto de máquina— y los alienígenas poseían dispositivos que afectaban la materia, a los que llamaban «armas», capaces de desintegrar sus naves como si fueran band disueltos, y de hacer que los planetoides se fragmentaran como si fueran destrozados por meteoritos. Pero estas formidables criaturas no habían venido al Sistema band para destruir planetoides, sino para «comerciar».

Estaban deseosos de hacerlo, pues podían realizar fácilmente tareas que los band no podían, a cambio de que los band les facilitaran otras. Resultó ser un acuerdo beneficioso: los extraterrestres retiraron algunas montañas de difícil acceso y transportaron planetoides metálicos que los band no habían podido manejar. A cambio de estos "servicios", los extraterrestres aceptaron algunas de las habilidades de los band, como el ajuste interno de circuitos magnéticos en semiconductores. Los extraterrestres habían tenido que utilizar toscos hilos metálicos cosidos a través de otras sustancias para fabricar sus rudimentarios circuitos magnéticos; al parecer, no podían acceder magnéticamente para modificar directamente las propiedades del campo magnético de los objetos. Los band podían hacerlo fácilmente y duplicar los atributos magnéticos de determinados artefactos en un espacio mucho menor sin alterar su forma ni su masa. Los extraterrestres quedaron inicialmente asombrados: ¿cómo era posible que un pequeño bloque de metal realizara las complejas operaciones de conmutación de uno de sus aparatosos dispositivos, cuando los band ni siquiera tocaban ni modificaban físicamente el objeto? Sin embargo, una vez probados, no tardaron en aceptar dichos objetos transformados.

Al principio, los alienígenas ni siquiera reconocieron los generadores y modificadores de la línea band como creaciones de la inteligencia; los consideraron objetos

naturales únicos que los band habían descubierto y adaptado por casualidad. Pero, una vez más, aprendieron rápidamente. Ahora Bellatrix representaba un buen «mercado» para muchos artefactos magnéticos de naturaleza específica, y dichos artefactos se utilizaban en las naves espaciales alienígenas e incluso para la «exportación». Este concepto seguía siendo confuso; aparentemente, los objetos de «exportación» no se conservaban ni se utilizaban, sino que se enviaban a otras Esferas a cambio de algún tipo de reconocimiento intangible de estatus.

Rondl descubrió que comprendía sin dificultad los conceptos de comercio, servicios, mercado y exportaciones. Pero esta vez prefirió no expresar sus ideas, para no confundir aún más al grupo. Simplemente absorbió las ideas colectivas de los demás, un proceso que le resultó muy útil para su adaptación mental.

No importaba para qué se usaran los artefactos. Mientras los bellatrixianos estuvieran dispuestos a aceptar un trabajo tan sencillo a cambio de labores tan imponentes como mover montañas, los band estaban satisfechos. De hecho, se estaba desarrollando un vocabulario bastante amplio, utilizado por aquellos band especializados en negociaciones alienígenas. A estos band resultaba difícil entenderlos; hablaban con soltura de «crédito», «déficits» e «inversión», todo lo cual parecía estar relacionado con el misterioso sistema alienígena de «economía». También advertían: a su juicio, aunque los bellatrixianos eran compatibles a pesar de

su asombrosa naturaleza alienígena, eran típicos de las especies de la sociedad galáctica en general. Estas especies tenían conceptos difíciles de comprender, incluso devastadores. Uno que escapaba por completo a la gran mayoría de los band era el de la «guerra». Parecía estar relacionado con el intento de una especie de degradar el bienestar de otra. Algunos pocos band, a fuerza de un estudio profundo y una concentración prolongada, habían logrado asimilar este concepto. Luego se disolvieron. Por lo tanto, otros band habían decidido dejar de lado ese concepto y mantenerse, en general, alejados de los extraterrestres.

—Conozco a esos alienígenas —dijo Rondl con un destello—. Sin embargo, parece ser parte de un trasfondo general y errático que poseo. También conozco a los mintakanos y a los sadors, y tal vez a otros si algún concepto clave los evocara de mi memoria secreta. Pero hasta que llegue esa invocación...

El círculo consideró la posibilidad y recomendó, en su consenso implacable, que Rondl investigara una gama más amplia de especies galácticas. Alguna de ellas podría tener las asociaciones sugeridas por su vocabulario. Entonces podrían investigar a los band particulares que habían estado en esa región del espacio o que se especializaban en el estudio de esa especie. Uno de ellos podría resultar ser él mismo, o al menos un conocido de su antiguo yo. Eso

finalmente le daría la información que buscaba: ¿quién era él?

Finalmente, el círculo se disolvió, fragmentándose en sus entidades componentes. Así se suponía que debía ser el círculo espiritual: una entidad especial y superior, que perdía fragmentos de sí misma a manos de los band físicos, recuperándolos cuando su separación era definitiva. Ahora comprendía mejor ese mito. Pero seguía siendo un mito: el círculo viscoso más grande de todos, una entidad divina creada a semejanza de las formaciones más conmovedoras de los band vivientes. Una fantasía realmente encantadora en la que casi deseaba poder creer.

Ahora tenían un plan de acción: investigar los contactos alienígenas y buscar a un band que se hubiera separado de la asociación de especialistas en relaciones alienígenas particulares. Una tarea tediosa y poco prometedora, pero necesaria, a menos que prefiriera viajar a las Esferas alienígenas mismas para ver qué coincidía con su conocimiento. Si hubiera una unidad de Transmisión de Materia...

¿Un qué? Lo perdió. De alguna manera, se le había ocurrido que podía viajar a lugares lejanos sin que transcurriera el tiempo. ¡Claro que no podía hacer eso! No podía ir a ninguna Esfera alienígena sin consumir años, y le faltaba paciencia para eso. Tendría que investigar en una biblioteca.

Excepto que los band no tenían bibliotecas. Este era otro concepto ajeno a su realidad. Una biblioteca era un lugar donde existía conocimiento, abierto a todas las personas interesadas. Libros, cintas, grabaciones holográficas: todos dispositivos extraterrestres. No había nada parecido en esta región del espacio.

Cirl, sin embargo, no se desanimó. «Iremos al Centro de Formación y consultaremos con los instructores. Tienen mucha más experiencia y podrán ayudarnos».

Por supuesto. Los jóvenes band, como la juventud de todas las especies inteligentes, necesitaban ser entrenados. Los animales heredaban la mayoría de sus patrones vitales de comportamiento, pero los inteligentes debían ser enseñados. Naturalmente, los individuos con mayores reservas de información eran los encargados de la enseñanza. Tal vez estos instructores habían enseñado al propio Rondl y lo recordarían como alumno. Tal vez tenían registros...

—¿Registros? —preguntó Cirl con expresión inexpresiva mientras volaban de regreso al planeta—. ¿Qué son?

¡Otro concepto anómalo! Los extraterrestres llevaban registros; los band no. La continuidad material era de poca importancia; lo que contaba era la continuidad inmaterial del Círculo Viscoso. Dado que, en teoría, toda la información de los band terminaba en el Alma del grupo, no se necesitaba

un repositorio físico. No es de extrañar que los band no fueran reconocidos como una Esfera Galáctica. Simplemente no se organizaban de la manera convencional de los seres inteligentes.

Sin embargo, al reflexionar sobre esto, Rondl no estaba del todo seguro de que los demás seres inteligentes de la Galaxia tuvieran el mejor sistema. Discriminaban a los band porque eran diferentes. La diferencia no era en absoluto sinónimo de inferioridad.

Cirl avanzaba más despacio que a la ida, para que Rondl pudiera usar a Dazzle como fuente de luz para comunicarse y girar para conversar con facilidad. Viajaban en líneas casi paralelas, intercambiando destellos. Era muy agradable, y Rondl se preguntó si sería posible aumentar aún más esa sensación.

«He encontrado otra laguna en mi información», dijo. «Quizás una incómoda».

'¿Qué es?'

'No sé cómo surgen los romances entre los band.'

Por un instante se quedó sin flash, y Rondl temió haber cometido alguna indecencia. —¿Tienes alguna mujer en mente? —preguntó finalmente con cautela.

¿Acaso había alguna duda? Rondl se percató de repente de que en el círculo reciente había habido varias mujeres bastante atractivas. Cirl podría pensar que él quería conquistar a alguna de ellas. «Te tengo en mente, si es posible». Ahora temía que ella reaccionara negativamente. La amistad no era lo mismo que el romance, y ella había tenido una mala experiencia recientemente.

'Eso espero. He formado un círculo para ti.'

Esta fue una respuesta que no había previsto. "¿Esto es importante? Pensé que el círculo era solo informativo".

«Es cierto. Pero cuando una band se organiza para otro, presupone que existe una relación de colaboración».

«Pero todos los demás eran desconocidos. No podían saberlo...»

«Su naturaleza misma era sugerente. Nosotros convocamos al círculo; ellos simplemente participaron. Era nuestro círculo. Nosotros formulamos las preguntas.»

«Oh, eran como testigos de una ceremonia».

«Uno no convoca a un círculo para cualquiera», dijo con aire altivo.

'Pensé que tal vez... temía que aún conservaras algún apego al band masculino que conociste antes de mí.'

«Ese asunto está perdiendo importancia. En retrospectiva, percibo defectos en él que antes no había notado. Ahora captas mi atención.»

Así pues, parte de su interés por Rondl era una forma de distraerse de aquella relación anterior. Él tenía un término peculiar para esto: «relación de rebote». Sin embargo, eso no era necesariamente algo malo. Simplemente explicaba un desarrollo más rápido del interés del que habría ocurrido de otro modo.

—Me resultas atractiva —dijo—. Quizás me falte una base sólida para juzgar, y no sé cómo me veo yo mismo como posible objeto de interés para el sexo opuesto.

«Sexo complementario», lo corrigió ella sin interrumpir su patrón de comunicación. Era posible recibir un destello mientras se enviaba uno; los band lo hacían todo el tiempo.

'Pero si me consideras potencialmente valioso como hombre, no solo como un enigma...'

«El acertijo es un pretexto», dijo con voz fulminante. «Una razón para relacionarnos mientras averiguamos si nos gustamos». Podía hablar con una claridad asombrosa; era parte de su pasión por la comunicación. Quizás eso, tanto como su franqueza, había avergonzado a su antiguo socio. La franqueza podía resultar poco delicada.

—Pero sí quiero descubrir quién soy realmente —insistió Rondl con cierta torpeza.

'Por supuesto. Pero podrías dedicarte a esa búsqueda en solitario.'

En efecto, podía. Había accedido a colaborar con Cirl porque le gustaba su aspecto y su compañía. Le sorprendió un tanto descubrir que ella veía su relación con mucho más cinismo que él, pero tenía razón. La misión era real, pero también un pretexto para otra misión, quizás igual de importante. «¿Entonces estás dispuesta a prestarme atención?»

Ahora se mostraba tímida. «Yo no dije eso».

—Disculpa —dijo rápidamente, decepcionado—. Debo haber entendido mal. ¿Prefieres mantener un tono más profesional?

'¿Serio?'

Otro concepto ajeno. «Ordenado, correcto. Sin implicación emocional».

'Yo tampoco dije eso.'

'Entonces estoy confundido. ¿Qué tipo de conexión deseas?'

«¡Vaya, sí que eres ignorante en esto!», exclamó con una adorable exasperación. Fue lo más cerca que estuvo de expresar una opinión negativa.

Sí. Soy ignorante. ¿Te ofendo? No sé qué preguntar.

Supongo que simplemente esperaba que conocieras las convenciones, aunque obviamente no las conoces. No se supone que deba decirte cómo hacerlo.

Rondl empezó a comprender. Algo que se realizara estrictamente por acuerdo expreso carecería de ese toque especial de misterio y romanticismo que caracterizaba las relaciones entre hombres y mujeres en toda la galaxia. Cirl se mostró receptivo a su interés, pero prefirió no expresarlo abiertamente, por temor a que la admisión afectara negativamente dicho interés o su aplicación.

Bueno, podía proceder por ensayo y error. Los halagos debían ser parte de ello; sin duda, ella había reaccionado cuando él elogió su color. «Creo que tu círculo es maravillosamente redondo».

La explosión magnética de alegría de Cirl casi la hizo caer de la línea. «*¡Todas* los band son perfectamente redondas!», exclamó. «Hombres y mujeres. Eso no hace distinción».

«Tu superficie es maravillosamente lisa», escribió.

Esto no fue mejor. «Cada band tiene una superficie lisa como el aceite, para mejorar el desplazamiento a través de la atmósfera sin sufrir daños por fricción y calor». En realidad, esto solo era cierto en la atmósfera; en el espacio las fibras se extendían, ya que la aerodinámica no era importante. De cualquier manera, Cirl no era realmente diferente.

¿Por qué había supuesto que las descripciones físicas eran apropiadas? ¡Podrían no tener ninguna relevancia para el romance band!

Pero entonces, ¿por qué se había sentido tan halagada cuando él elogió su color? El color sí distinguía a las personas...

—Tienes un color precioso —dijo él.

—Ya lo usaste antes —dijo con frialdad.

¡Otro error! Al parecer, los halagos no se podían repetir. Lástima que ya había desperdiciado el más potente.

«Tienes una manera de mostrar información de forma muy amena y didáctica», comentó.

Ella lo recompensó con un brillante destello de luz refractada. «Ahora sí que estás ganando», admitió. «Pero no le digas a nadie que te lo conté».

«Jamás», asintió él en tono de complicidad. Dado que su anterior amigo la había criticado por su excesiva facilidad para comunicarse, era comprensible que fuera sensible en este aspecto, tanto en lo positivo como en lo negativo.

Para cuando llegaron a la superficie del planeta, ya eran una pareja consolidada. Pero dos cosas inquietaban a Rondl. Primero, se le había ocurrido que, durante la vida oculta por su amnesia temporal, podría haber tenido ya una relación con alguna otra mujer band; eso podría resultar extremadamente incómodo cuando recuperara la memoria.

En segundo lugar, no tenía ni idea de cómo hacían el amor los band, y sabía que era mejor no pedirle instrucciones a Cirl.

Llegaron al centro educativo. Allí había muchas paredes pulidas, algunas curvas, de modo que los flashes de los instructores llegaban a muchos estudiantes simultáneamente, mientras que las respuestas de los alumnos se reflejaban desde todos los rincones del recinto hacia un único punto para la asimilación del instructor. Las enormes líneas principales se dividían en muchas líneas secundarias, de manera que todos los estudiantes pudieran mantenerse cómodamente en clase. A Rondl le gustó el lugar, tanto por su carácter académico como por su distribución física. ¿Era una reacción natural band, o un indicio de la naturaleza de su vida anterior?

Cirl encontró al instructor que conocía. Era un viejo miembro band al que llamaba Proft, de tez verdosa y curtida por el sol, que ya no volaba entre planetas, pero que aún conservaba una mente brillante. Según ella, Proft lo sabía casi todo.

Esto parecía ser cierto. El viejo band conversó con Rondl de forma casual y luego espetó: «Te educaste en este planeta; no has estado lejos de él».

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Rondl, emocionado.

«Reconozco tu acento. La forma de hablar de un band varía según la región que frecuenta durante su etapa formativa. Tu acento es puramente local.»

'Pero ¿cómo puedo saber de cosas extrañas?'

«Debes haber hecho una investigación extraña. Eso explicaría la información fragmentada y superficial, y las lagunas donde omitiste o hiciste las tareas a medias. ¡Los estudiantes ya no son lo que eran! Estoy seguro de que tu vida no ha sido nada del otro mundo hasta ahora; no hay ningún trauma evidente. Debes haber sido uno de los cientos de miles que residían en esta zona.»

'Entonces, ¿por qué debería sufrir amnesia?'

«Hay varias posibilidades. Podrías haber tenido un accidente, como atravesar un flujo magnético aleatorio de

intensidad extrema, o el ataque de una criatura salvaje que te asustó y te hizo olvidar tus recuerdos, como un kratch».

—O un trugd —coincidió Rondl.

«En efecto. Estas cosas les ocurren habitualmente a las personas descuidadas. No tiene mayor importancia, ya que conservas tu capacidad para funcionar.»

«Pero supongamos...» Rondl vaciló, pero se dio cuenta de que debía expresar sus inquietudes ahora o perdería la oportunidad. Proft le había concedido una entrevista a petición de Cirl, y de lo contrario seguramente estaría ocupado en otro lugar. «¿Y si tengo compromisos en esa vida anterior?»

«La disolución pone fin a todos los compromisos en esta etapa», explicó Proft. «Evidentemente, su disolución ha sido parcial. Dudo que te quede algún compromiso pendiente».

'Pero si estuviera casado...'

El matrimonio es una unión voluntaria entre un hombre y una mujer con el propósito de formar un nuevo band. Cualquiera de las partes puede disolverlo en cualquier momento. Si estaban casados entonces y ya no desean estarlo ahora, entonces el matrimonio ha terminado.

'Pero ¿qué ocurre con el procedimiento de disolución del matrimonio, la liquidación de bienes, la reversión legal del

estatus, la modificación de los registros, la disposición y la manutención de los hijos?'

—¡Tienes unas ideas muy peculiares! —exclamó Proft, divertido—. Los band no tienen procedimientos, ni reversiones, ni registros, ni disposiciones, y ni siquiera conocen el significado de la propiedad.

—¿Quién lo hace? —preguntó Cirl rápidamente.

«La propiedad es un concepto ajeno. Es la asignación de un segmento particular de la superficie de un cuerpo planetario para el uso de un individuo en particular».

—¿Por qué querría alguien eso? —preguntó Cirl, perpleja.

«La tierra es valiosa», dijo Rondl. «Se puede usar para muchas cosas. Además, algunas propiedades son transferibles. Pueden ser una forma de riqueza».

'¿Poder?'

Proft mostró una expresión divertida. «La verdadera respuesta band a la riqueza es una función de la posesión personal. Sin el concepto de posesión, la riqueza no existe».

—¡Pero yo lo sé! —protestó Rondl—. Si ningún band lo sabe...

«Investiga de nuevo», dijo Proft. «Cualquier buen curso sobre costumbres y administración alienígenas familiarizará a los estudiantes con estas nociones, y los más aptos las comprenderán hasta cierto punto, como parece ser tu caso. Los diversos alienígenas esféricos tienen muchas convenciones notables, entre ellas la propiedad. Debes haber sido un experto; conservaste parte de este conocimiento al perder tu propia identidad».

'Ese es mi misterio.'

'Me pregunto: ¿acaso comprende usted el concepto ajeno de guerra?'

'Por supuesto. Es cuestión de...'

«¡No, no, no lo definas! ¡Alguien se disolvería! Lo pregunté simplemente por conjetura. Es posible que hayas estudiado ese concepto, lo hayas dominado y hayas sufrido una casi disolución que dañó tu memoria sin, irónicamente, eliminar el concepto. Quizás fue una crisis intelectual: ese concepto devastador no podía coexistir con tu personalidad, así que uno u otro tuvo que desaparecer, y el concepto prevaleció. Si es así, eres único entre los individuos. Otros no han sobrevivido a ese concepto.»

Rondl no quedó del todo satisfecho, pero no pudo refutar esa explicación. No comprendía qué tenía de tan destructivo el concepto de guerra. Las guerras se libraban por toda la

galaxia y eran una forma reconocida de establecer imperios. Pero se dio cuenta de que no era la variopinta colección de hechos extraños lo que lo distinguía, sino sus inusuales actitudes. No había estado repitiendo de memoria cuando habló del problema de la eliminación del matrimonio; había estado expresando lo que consideraba preocupaciones genuinas. Sin embargo, claro está, los band no se enfrentaban a ninguna de estas cuestiones.

¿Qué clase de conmoción pudo haber reemplazado los valores del band por otros ajenos a él? Si la repulsión mental le había borrado la memoria, seguramente lo primero que desaparecería serían los conceptos ofensivos, no los detalles inocentes de la vida cotidiana. Ahora casi temía buscar la respuesta.

Sin embargo, indagó un poco más. "¿Tiene usted alguna idea de qué cultura alienígena podría tener conceptos como los que he expresado?"

—¿Qué cultura específica investigaste? —preguntó Proft. —Hay miles de Esferas en la Galaxia, y muchas de sus criaturas tienen nociones de propiedad. No sabría por dónde empezar.

'Quizás mi nombre figure en la lista de alumnos de cursos anteriores.'

«Listas de clase», repitió Proft. «Eso sería una forma de registro, un concepto ajeno al que ya te has referido. No tenemos registros de nada; los band no los necesitan. ¿Para qué íbamos a llevar un registro?»

«Para evitar que los estudiantes falsificaran sus...» Pero esto no funcionó. No había nada que falsificar, y la falsificación en sí misma era un concepto ajeno. Los band aprendían lo que necesitaban y lo que deseaban, y se marchaban cuando estaban satisfechos. Así que no había registros.

—Le damos las gracias, profesor —dijo Cirl—. Coincido en que Rondl debió sufrir algún tipo de desequilibrio magnético que borró parte de su experiencia real, aunque conservó parte de su formación. Por lo tanto, sus respuestas son contradictorias.

Ella se llevó a Rondl. Estaba segura de que se equivocaba, pero decidió no indagar más. Tenía el presentimiento de que una búsqueda demasiado ferviente de conocimiento sobre su pasado podría traerle consecuencias nefastas, y disfrutaba demasiado de su vida con ella como para ponerla en peligro.

Capítulo V

INVASIÓN

La noticia se extendió rápidamente por la sociedad band: engendros alienígenas estaban invadiendo la región espacial del planeta Band. Eran absolutamente horribles, con extremidades grotescas y gruesas, ojos llenos de líquido y dientes como los de un trugd. Carecían de magnetismo; caminaban sobre las superficies planetarias vagamente como los bellatrixianos, con la única diferencia de que no podían saltar lejos. Sus pesados apéndices inferiores avanzaban uno a uno, dejando huellas en el suelo. La criatura no podía volar; empleaba enormes dispositivos para transportarse de planeta en planeta e incluso de un lugar a otro dentro de un mismo planeta.

¿Por qué venían? Nadie lo sabía. Un band se encontraba en las cercanías cuando una enorme nave alienígena se materializó cerca de una estrella vecina. Él y un amigo reconocieron su naturaleza alienígena y concluyeron que las criaturas estaban perdidas. El amigo se dirigió a la nave para ofrecer ayuda, transmitiendo informes de avistamientos. Los alienígenas sujetaron físicamente al band y lo arrastraron a su nave. En un instante, se produjo la onda magnética de su disolución. Los alienígenas lo aniquilaron sin siquiera molestarse en comunicarse, o lo aterrorizaron tanto que se sintió obligado a abandonar este mundo de inmediato. Ahora, el band superviviente había regresado apresuradamente a su planeta natal para dar la voz de alarma.

Llegaron otros informes; otros band se habían disuelto. Los supervivientes no le dieron demasiada importancia, pues consideraban que la disolución era simplemente un acto de transformación, un regreso con noticias al Círculo Viscoso. Sin embargo, les alarmó la naturaleza antisocial de la intrusión. ¿Había algo importante que estuviera provocando el alboroto de los extraterrestres? ¿O simplemente se habían extraviado?

Rondl sintió un miedo gélido y sombrío. De alguna manera, sabía que era algo más grave. Los informes eran confusos, por supuesto; el primer encuentro no podía haber ocurrido en otra estrella, pues el band habría tardado muchos años en regresar con la noticia. Pero sin duda una o varias naves

alienígenas habían entrado en el Sistema Band, tal vez más allá de la Luna Dinge. El traslado a gran escala de equipos mediante la Transmisión Matérica era costoso; consumía un valor considerable de bienes y era improbable que ocurriera por accidente. Las naves espaciales no se perdían fácilmente. Estos alienígenas habían venido aquí a propósito, y querían algo, y lo mejor era averiguar qué era cuanto antes.

Llegaron más alienígenas. Invadieron los confines del planeta. Los band se dispersaron en masa, incapaces de adaptarse a esta brutal intrusión. Solo sobrevivieron quienes se asomaron y huyeron, llevando consigo información. Informaron que los alienígenas aterrizaban sus enormes naves en lunas y planetas pequeños, desplegaban vehículos metálicos y recorrían a toda velocidad la superficie de esos mundos. Era un misterio lo que estaban haciendo.

—Sé lo que están haciendo —dijo Rondl con gravedad—. Están buscando algo.

—¿Por qué no nos preguntan dónde está? —preguntó Cirl—. Sería lo más sensato.

En efecto, así era. Rondl no tenía una respuesta satisfactoria. Sin embargo, sabía que se avecinaban graves problemas. «Debemos hacer algo», dijo.

—Tal vez se vayan —respondió ella con inocente esperanza.

—No lo creo —dijo—. Hay algo...

'¿Qué es?'

Pero no pudo expresar la esencia de su preocupación. «Lo único que sé es que hay que hacer algo».

—¿Pero qué? —insistió Cirl. No aprobaba la falta de claridad. Pero Rondl seguía sin saberlo.

Gradualmente, los informes adquirieron cierta organización. Había una docena o más de planetas en el Sistema Doble de Eclat–Dazzle, junto con una considerable cantidad de materia menor, y los extraterrestres estaban apoderándose del anillo más externo de sustancia, poco a poco. Permanecían lejos del Planeta Band, pero se acercaban lentamente a él y a sus lunas. Parecía imposible detenerlos, y a los demás band ni siquiera se les ocurrió intentarlo. Lo que tuviera que ser, sería.

—Vamos a sobrevolar el planeta —sugirió Cirl. Rondl comprendió que ella buscaba distraerlo de su impotente preocupación por la intrusión alienígena. Quizás tenía en mente un romance. Estaba dispuesto, si tan solo pudiera averiguar *cómo.*

Volaban en línea recta a través de una región de gran fertilidad. Las líneas serpenteaban por valles de suave pendiente y alrededor de las cumbres de las montañas. Animales parcialmente magnéticos pastaban en los campos,

consumiendo la vegetación baja y utilizando las líneas para orientarse en lugar de para obtener energía. Eran inofensivos. Sin duda, era un escenario romántico. Pero, ¿cómo debía proceder? ¡Era un enigma tan desconcertante como el de la intrusión alienígena!

Cirl flotaba despreocupadamente, esperando el momento oportuno. Tenía que hacer algo. ¡Si tan solo hubiera conservado esa parte de su memoria!

Bueno, simplemente tendría que intentarlo y esperar que la naturaleza lo guiara correctamente. Quizás tuviera suerte, como con el cumplido de "amarillo". Si no, ella se lo haría saber, probablemente con una claridad devastadora.

Rondl se acercó a la línea. «Te amo», le dijo con un gesto. Y era cierto. Solo que... ¿qué sigue?

Cirl no respondió y se dio cuenta de que ya había cometido un error. Ella aún se estaba recuperando de su amor anterior; todavía no estaba interesada en un compromiso total. Necesitaba un beso, no...

¿No qué? ¿Y qué demonios era un beso? Al intentar interpretar el concepto en la realidad band, solo obtuvo una vaga sensación de obscenidad. Fuera lo que fuese un beso, no era apropiado para los band.

—Es decir, creo que eres... —Pero los halagos físicos eran inútiles, por lo general. Ya había agotado todos los buenos. Extremadamente agradable.

—Por supuesto —respondió ella sin emoción alguna.

'Un hermoso tono de...' Pero no pudo repetir el cumplido. 'De deleite.'

¿Estás bien?

Bueno, sí; adecuado, no. Se estaba autodestruyendo con tonterías. ¿Pero qué más podía ofrecer?

Entonces Rondl divisó a otro par de bandos que avanzaban lentamente por el valle. Quizás estaban en una excursión similar. Quizás dirían lo que tenían que decir y harían lo que se suponía que debían hacer, y él podría averiguarlo observándolos. Solo tenía que mantenerlos a la vista el tiempo suficiente.

—Exploremos esta montaña —dijo Cirl, desviándose hacia ella por una nueva ruta. Pero la otra pareja continuó su camino valle abajo. Los dos se acercaban; tal vez en cualquier momento...

Cirl salió disparada y Rondl tuvo que ir tras ella. La otra pareja desapareció tras un saliente rocoso.

La alcanzó y la guió. «¡Vamos a rodear la cima!», gritó, con la esperanza de volver a estar a la vista de los demás.

Lo repitieron, pero la otra pareja no estaba a la vista. Los dos debían de haberse detenido por un asunto privado. Tal vez en ese momento estaban ocupados en...

Rondl siguió bajando la pendiente, tratando de encontrarlos. '¿Adónde vas?' Destelló Cirl.

Tuvo que contenerse, sin atreverse a admitir su intención. Se deslizaron lentamente por la línea. Al pie de la montaña casi chocaron con la otra pareja, que se estaba separando, dando vueltas. Ambos emitían destellos de satisfacción. ¡Lo había perdido!

Aun así, ahora sabía —suponiendo que los demás hubieran hecho lo que él suponía— que, fuera lo que fuese, no duraba mucho. Quizás solo era contacto físico. Muchas especies hacían el amor mediante algún tipo de contacto, ¿no? Su memoria, poco fiable, así lo indicaba. Lástima que supiera eso sin saber lo que hacían los band. ¿De qué servía saber sobre los extraterrestres y no sobre su propia especie?

Cirl siguió su camino con aparente tranquilidad, como si no tuviera ninguna complicidad. Ni siquiera lanzó su habitual comentario mordaz. Sabía que él quería hacer lo que fuera, y también sabía que no sabía cómo, pero no iba a instruirlo. Sin embargo, así eran las mujeres de toda la galaxia; las

frustraciones fundamentales del sexo femenino eran constantes, independientemente de la especie.

¿Recordaba con detalle cómo lo hacían otras especies? De ser así, podría extrapolar para llegar a una técnica viable en este caso.

Rondl se concentró, pero solo pudo esbozar conceptos vagos de superposición, interpenetración e intercambio de sustancias. No solo eran probablemente inaplicables, sino que le resultaban repulsivos. Empezaba a sentir náuseas, algo que le resultaba completamente ajeno. No le servía de nada.

Así que tuvo que ser cuestión de ensayo y error. Se acercó a ella y ejerció su atracción, tal como lo había hecho para rescatarla del agua en su primer encuentro. Las fibras de su flequillo podían entrelazarse con las de ella para mantenerlas unidas sin necesidad de una constante fuerza magnética.

—¿Qué estás haciendo? —protestó Cirl airadamente.

Rondl la soltó apresuradamente, avergonzado. ¡Lo había echado todo a perder!

—Nunca esperé que intentaras algo así —continuó, con una mirada teñida de aversión virginal hacia lo obsceno.

Rondl estaba demasiado avergonzado como para intentar siquiera dar una excusa.

Volaron en línea recta, alejándose del planeta. Su romance se había visto truncado por el momento. Simplemente tenía que averiguar en otro lugar cómo hacerlo sin contratiempos. ¡Cómo deseaba haberlo recordado!

La invasión alienígena continuó. Las horribles criaturas invadieron otro planeta del Sistema Band, sus lunas y anillos, provocando terribles oleadas de destrucción. Llegó más información, y ahora los individuos instruidos pudieron identificar la especie.

Los invasores eran solarianos, procedentes de una esfera a varios cientos de años luz de distancia. Eran una de las especies más pendencieras e irresponsables. Tenían una extraordinaria afinidad por lo material, pues ellos mismos eran materiales; su concepto de propiedad era abrumador y su concepto de espíritu, insignificante. Sin duda, eran del tipo que gastaba recursos en busca de algo material. Sin embargo, requerían una atmósfera especial para respirar, como los bellatrixianos, e ingerían líquidos constantemente —seguramente para llenar sus sacos oculares fluidos— y consumían y excretaban con rápida intermitencia todo tipo de sólidos. Eran criaturas desordenadas, que depositaban basura por dondequiera que iban. Era difícil imaginar una manifestación más grotesca de invasión; era un horror tanto estético como físico.

Ahora los monstruos avanzaron hacia los planos más externos del Planeta Band. Miles de band se disolvieron ante la sola idea. «¡Debemos hacer algo!», exclamó Rondl como si él mismo fuera el responsable.

—¿Qué? —preguntó Cirl. Siempre era incómodamente práctica.

Rondl aún no lo sabía. Pero intentó averiguarlo. Voló hacia la luna Dinge, donde se concentraban los alienígenas. Cirl estaba aterrorizada, pero lo acompañó. La muerte en forma de disolución no la alarmaba demasiado, pero la presencia de engendros grotescos sí.

Las lunas estaban dispersas alrededor del planeta, de modo que Rondl y Cirl no pasaron cerca de las lunas Fair, Glow ni Spare en su viaje. Pero en la órbita de cada una se encontraba su delgada colección de piedras, y entre Glov y Spare había un cometa desfavorecido, atrapado finalmente en órbita alrededor del planeta en lugar de los soles, y reducido a un cúmulo difuso de fragmentos metálicos y unas pocas hebras de gas deslavazado. Parecía un lugar agradable para visitar.

¡Amenaza! ¡Amenaza! —Cirl brilló bruscamente—. ¡Huye, Rondl, huye!

Rondl se acercó a ella, intentando descubrir qué veía. Pronto lo comprendió. Una forma se precipitaba hacia ellos.

Ya la había visto antes, pero la había confundido con un fragmento de roca. Era aproximadamente cilíndrica, con una punta afilada en la parte delantera y una parte trasera plana o hueca, de la que ocasionalmente emergían ráfagas de gases. Era de color marrón oscuro, veteada de rojo, como roca estratificada, fea aunque simétrica. Su sola visión le provocó una reacción desagradable.

—¿Qué es? —preguntó Rondl.

¡Monstruo! ¡Engendro! —gritó frenéticamente—. ¡Huye! ¡Huye!

Era evidente que estaba demasiado asustado para pensar con claridad. El objeto que se acercaba no era un solariano, a menos que todo lo que había aprendido recientemente fuera erróneo. Esto era otra cosa. Sin embargo, el miedo de Cirl era contagioso; él mismo sentía temor y apenas lograba controlarse.

Si aquello representaba una amenaza seria, era mejor afrontarla con sensatez. Si no, no había necesidad de huir. Rondl voló hacia ello.

—¡No! —exclamó Cirl, horrorizada, deteniendo su vuelo al ver lo que él estaba haciendo—. ¡Te consumirá!

Oh, como la criatura acuática dentada. Ahora tenía la debida precaución. Sin embargo, esto era el espacio, con buenas líneas magnéticas; era libre de maniobrar para volar

a toda velocidad. ¡Seguro que esta cosa rechoncha no podría atrapar a un band!

—¡Es el kratch! —exclamó—. ¿No lo sabes?

¡El temible monstruo! A pesar de su decisión de ser objetivo, Rondl cedió al temor y cambió de rumbo cuando Cirl se acercó.

Rondl, Cirl y kratch se encontraban ahora formando un triángulo aproximadamente equilátero. El fenómeno viró bruscamente, persiguiendo a Cirl, que era, sin duda, la criatura más apetitosa. Ella huyó, acelerando desesperadamente, y Rondl se percató de que la criatura era más rápida que ella. Tenía una especie de pala circular en la base de su punta delantera; comprendió cómo un objeto circular como un band podía engancharse en esa punta y quedar firmemente sujeto contra la pala. El mecanismo de este depredador se hacía cada vez más evidente. Sin duda, consumía la sustancia de los band del mismo modo que el monstruo acuático, asimilando la sustancia disuelta y utilizando las reservas magnéticas para aumentar su propia energía.

¿Por qué los band no se habían organizado para librar al Sistema de esta némesis? Era evidente que el kratch había evolucionado como depredador de los band; todo su diseño estaba orientado hacia ellos. Durante milenios había exterminado a su antojo. Sin embargo, obviamente solo

podía capturar un band a la vez, y si varios band atacaban simultáneamente, no, eso no servía de nada. Los band no tenían capacidad ofensiva. Aun así, podrían construir una máquina; no, ni siquiera entendían el término. Tal vez podrían hacer que los bellatrixianos construyeran una para destruir al kratch. Seguramente habría maneras, si se lo propusieran.

Y ahí radicaba el verdadero problema. Los band jamás adoptarían métodos de violencia y destrucción, ni siquiera contra un enemigo o depredador de su especie, pues eran completamente pacifistas. Simplemente seguirían tolerando esta vil depredación...

Otra ráfaga de polvo o gas salió disparada de la parte trasera del engendro. El kratch avanzó más rápido. Acción y reacción: evidentemente se trataba de una criatura magnética, capaz de seguir las líneas, pero también podía aumentar su velocidad expulsando chorros de sustancia en momentos clave.

La trayectoria de Cirl se curvó, y ella se curvó con ella, como no le quedaba otra. Entonces el kratch se desvió de la trayectoria, cruzando la curva y ganando distancia. Rondl comprendió que no era realmente más rápido que un band, pero al no estar limitado a las líneas, podía maniobrar mejor. Eso le daba ventaja sobre Cirl. Pronto la alcanzaría.

Rondl ya aceleraba hacia ellos, cruzándose por las rutas más convenientes. Como la distancia entre Cirl y el depredador se reducía lentamente, tuvo tiempo de maniobrar para acercarse por una trayectoria tangente. Entonces, impulsado por un deseo que desconocía, se interpuso entre los dos.

El monstruo, confundido, viró para seguir a Rondl, que estaba más cerca. Al parecer, después de todo, no era lo suficientemente inteligente como para distinguir entre un bocado y otro. Pero perdió velocidad relativa en la maniobra, pues tenía una masa considerable, y Rondl se adelantó.

Cirl, aliviada, aminoró el paso y se quedó atrás. Entonces comprendió que su ganancia era la pérdida de Rondl. Con una expresión de recelo, se acercó a ellos.

«¡Aléjate!», gritó Rondl. «¡Yo me encargo!». Pero ahora que estaba comprometido, no sabía cómo. Estaba seguro de que el kratch tenía los medios para destruirlo; era demasiado sólido, demasiado seguro de sí mismo y había sobrevivido demasiado tiempo como depredador como para ser incompetente en este aspecto. Tenía que escapar de él, y ahora la criatura lo alcanzaba mientras cruzaba atajos entre las líneas.

Rondl esquivó hacia una línea divergente, y el fenómeno lo siguió. Retrocedió, y este también, sin dejarse engañar. Aceleró, pero él aceleró al mismo ritmo. Lo tenía en la mira,

manteniéndose a la par o acercándose. Solo si encontraba una línea perfectamente recta que lo llevara directamente al Planeta Band, a la seguridad de la atmósfera y a un gran número de su especie, podría esperar escapar de este depredador. El kratch nunca entraba en la atmósfera ni se acercaba demasiado a un cuerpo planetario masivo ni a una multitud de bands, recordó Rondl ahora. La atmósfera ensuciaba su sistema; la gravedad lo cansaba rápidamente; los múltiples objetivos lo confundían.

Pero las líneas no eran rectas, el planeta no estaba cerca, y cada curva le permitiría al monstruo atajar y acercarse sigilosamente. Esta persecución solo podía tener un final.

¿Podría combatirlo de alguna manera? No, no sin un arma. ¿Un arma? ¿Qué sabían los band sobre armas?

Bueno, *él* sabía algo. Un arma era una herramienta de combate, algo que potenciaba el poder destructivo del individuo; algo así como un objeto explosivo que podía dañar o aniquilar al engendro que lo perseguía. Quizás sus oscuras investigaciones de su existencia anterior podrían serle útiles ahora.

¿Qué había disponible? Nada físico; esto era el espacio. La única materia sustancial a su alcance era la del cometa abandonado, y difícilmente podría arrojársela al monstruo.

¿O sí? Había más de una forma de usar una herramienta. Un pequeño ajuste en su perspectiva y definición, y tal vez tendría su arma.

Inspeccionó las líneas más cercanas, encontró la configuración adecuada y realizó un giro brusco. El kratch, más grande, no pudo cambiar de rumbo tan repentinamente; su giro se desvió del arco de Rondl y, por una vez, perdió distancia. Pero esto fue temporal; al disminuir la velocidad, recuperó la maniobrabilidad.

Rondl completó su giro y se lanzó hacia adelante, hacia los escombros. El kratch aceleró tras él. Rondl siguió una línea recta entre las rocas en movimiento; a esa velocidad, parecían estar muy juntas. Se abrió paso entre dos grandes, pero el kratch también lo hizo. Después de todo, allí era donde se había estado escondiendo; sabía cómo evitar los escombros. Rondl dejó pasar una pequeña roca a través de su lente; no le afectó, ya que la lente no era sólida. Tampoco le afectó al kratch; rebotó inofensivamente en la superficie metálica inclinada. El monstruo obtenía su metal consumiendo band; su superficie debía ser de buena calidad.

Rondl encontró un trozo enorme con mucho metal, suficiente para doblar varias líneas cercanas. Lo rodeó con la mayor precisión posible, esperando que el kratch tuviera que abrirse paso de nuevo. Allí, dentro del cometa, las rocas interferirían con ese giro. Pero el perseguidor de Rondl redujo la velocidad, levantó más polvo y giró casi con la

misma precisión que Rondl. La criatura era estúpida, pero aprendía de la experiencia inmediata. La distancia entre ellos se redujo de nuevo. Pronto el engendro lo alcanzaría, sin importar las maniobras que Rondl intentara...

A menos que encontrara lo que necesitaba a tiempo y lograra que funcionara. Le parecía que debía estar allí, en algún lugar, si tan solo pudiera localizarlo.

El kratch estaba olfateando muy cerca ahora. El temible cuerno estaba casi lo suficientemente cerca como para tocar a Rondl. Si no lo encontraba pronto...

Ahí estaba: una nube de polvo metálico intercalada con gas difuso, lo suficientemente densa como para ocultar las rocas que había más allá. Era lo que quedaba del corazón del cometa: ¡algo parecido a una atmósfera! Rondl se lanzó hacia ella.

El kratch lo siguió, decidido a capturarlo. La esperanza de Rondl se desvaneció; el gas no le afectaba en absoluto. ¡Olvídate de esa ilusión! Quizás la sustancia era demasiado tenue, aquí en el espacio, para tener mucho efecto. Tal vez carecía del componente corrosivo que dañaba al kratch, o actuaba con demasiada lentitud para ser de gran ayuda en ese momento.

Pero existía otra posibilidad. Rondl desplegó su magnetismo, reuniendo una gran masa de material crudo.

Esta se condensó a su alrededor, cubriendo su círculo, transformando el verde en gris, empañando su lente e interfiriendo con su percepción y su movimiento. Pero él continuó, añadiendo material como si atravesara el túnel de la formación, convirtiéndose en una parodia de band envuelta en polvo. Pronto, su masa aparente se había reducido a la mitad. La sensación era espantosa.

El kratch lo atrapó. Su cruel hocico se asomó por su lente, interrumpiendo el magnetismo, pero Rondl ya se había cegado por el cúmulo de polvo y fragmentos. Sintió cómo se deslizaba hacia arriba sobre la punta, hacia el orificio devorador.

Justo cuando tocó aquella temible abertura circular que (según le sugería la lente de su mente) se abría para recibirlo, Rondl invirtió la carga en su superficie, repeliendo los restos metálicos en lugar de retenerlos contra él.

El kratch lo atrajo todo, asumiendo que se trataba del propio Rondl disolviéndose. La falta de inteligencia del monstruo ahora le estaba resultando ventajosa a Rondl. Mientras el polvo desaparecía en el orificio, Rondl se deslizó de la línea y se alejó.

Casi de inmediato surgieron problemas para el kratch. Los escombros podían parecerse superficialmente al material de un band, pero no estaban refinados y contenían impurezas groseras. Si hubieran sido comestibles, el kratch los habría

recogido en lugar de perseguir bands. Esto era basura espacial, aunque para los band no existía ningún concepto de basura.

El monstruo sufría una indigestión intensa. Se atragantó y expulsó la sustancia. Si Rondl no se hubiera liberado ya, en ese momento habría salido despedido de su espina y habría salido volando. Después de todo, su estrategia había sido acertada.

Atrapó un sedal y salió disparado del cometa, dejando al monstruo sumido en su agonía. Probablemente el kratch sobreviviría, pero pasaría algún tiempo antes de que tuviera el valor de perseguir a otro band.

Cirl se unió a él, asombrado. «¡Oh, Rondl, escapaste del kratch! Creí que...»

—Tranquila —dijo con voz temblorosa—. Ya te dije que me encargaría. Tuve suerte.

Pero en su interior comprendió que había sido algo más que suerte. Había combatido al engendro como ningún otro miembro band lo habría hecho. Él, Rondl, sabía luchar y tenía voluntad para hacerlo. Esto era significativo. No solo había investigado las costumbres alienígenas, sino que las había dominado.

Ya no necesitaba investigar a los invasores solarianos. Eran claramente del tipo kratch: depredadores despiadados. En

cambio, debía investigar el potencial de los band para resistir la invasión. Si él podía frustrar a un monstruo, otros band también deberían poder hacerlo. Las técnicas de autodefensa podían ser dominadas por los band, puesto que él mismo lo había hecho.

Se dirigieron al centro educativo y volvieron a brillar con Proft. Los band instruidos ya estaban investigando la invasión; habían enviado individuos a las Esferas vecinas para pedir consejo. O mejor dicho, habían utilizado un Transmisor de Materia prestado por los bellatrixianos para tal fin, ya que el viaje estelar real habría sido demasiado largo. Los bellatrixianos se mantenían neutrales en este asunto, pero siempre hacían intercambios ventajosos.

Pero nadie entendía el consejo recibido. «Guerra – resistencia – lucha – destrucción – represalia». ¿Qué significaban esos términos tan extraños? Los expertos trabajaban en ello, intentando encontrar definiciones comprensibles que no provocaran la disolución de los band...

Guerra: un esfuerzo organizado de destrucción mutua, como si dos grupos de band se encontraran y, en lugar de conversar amistosamente o formar círculos de entendimiento mutuo, intentaran disolver primero a todos sus miembros o para provocar que el otro grupo se disolviera primero. La cosa seguía siendo absurda; la disolución siempre se hacía voluntariamente, excepto en aquellos raros

casos en que un band quedaba atrapado tontamente en una situación letal, como al alcance de un trugd o un kratch.

Resistencia: el esfuerzo de una persona o grupo por oponerse a la voluntad de otro cuando esta era asocial. Esto también resultaba casi incomprensible; ningun band se entregaría a una voluntad asocial, por lo que no necesitaría oposición, y la oposición misma era asocial. La evasión era el camino apropiado, no la resistencia abierta.

Pelea: intento activo de dañar a otra persona mientras la otra persona hacía lo mismo. Quien hiriera primero o peor a la otra persona era considerado la mejor criatura. ¿Cómo podía algún band comprender esto? La sola idea bastó para que algunos band se disolvieran, como sucedió con varias al enfrentarse a este concepto espantoso.

Destrucción: la reducción de objetos a un estado inservible. Esto era demasiado absurdo a simple vista como para considerarlo más a fondo.

Tomar represalias: infligir un daño similar a otro, siguiendo el patrón del daño que este le había causado a la primera persona. Esto se asemejaba a una pelea a medias, y la mitad de un concepto intolerable seguía siendo intolerable. En el presente caso, se trataría de un intento de «destruir» las naves alienígenas y obligarlas a dispersarse, para que ninguna quedara con vida para causar problemas.

—Aunque estuviéramos dispuestos a cometer semejante horror —preguntó Cirl, pálida—, ¿cómo lo lograríamos? No tenemos...

«Armas», dijo Rondl tras hacer una pausa, sin encontrar el término o concepto adecuado.

'¿Qué?'

'Armas. Dispositivos que facilitan la destrucción y la desintegración.'

Su campo magnético vaciló tan bruscamente que por un momento Rondl temió que se disolviera. Pero, con esfuerzo, se estabilizó. «Tu extraño, horrible y alienígena conocimiento», dijo débilmente. «Sé que tienes actitudes raras, pero a veces...»

—Parece que usted tiene cierta tolerancia hacia los conceptos difíciles —comentó Proft diplomáticamente.

«Sí. Ahora dudo que mi amnesia se deba al contacto con un kratch. Acabo de encontrarme con uno y lo neutralicé sin mayores complicaciones en mi memoria».

—¿Frustraste a un kratch? —Proft estaba asombrado.

«Lo condujo hacia un cometa y lo llenó de polvo», dijo Cirl emocionada. «Evitó que me devorara». Dio una vuelta discreta. «Es la segunda vez que me salva de la disolución».

«Esto es impresionante», admitió Proft. «Vuestra tolerancia a la violencia supera con creces lo que he visto en otros band. ¿Cuál creéis que es el camino a seguir en la crisis actual?»

Sospecho que el consejo de las otras Esferas es correcto. Los alienígenas se han enfrentado violentamente entre sí durante milenios. Los alienígenas están acostumbrados a conceptos asociales desde hace mucho tiempo. Nosotros, los band, debemos endurecernos para poder mitigar de alguna manera este impulso devastador. Porque si no lo hacemos, podríamos sufrir una destrucción colosal.

«Intelectualmente, entiendo su punto de vista», dijo Proft. «Sin embargo, no puedo apoyarlo. He estado expuesto durante mucho tiempo a diversas actitudes, por lo que tengo más tolerancia que la mayoría, pero jamás podría caer en el endurecimiento. Va en contra de mi naturaleza».

«Y de la gran mayoría de los band», coincidió Rondl. «Admito que la idea también me inquieta. Aunque no tanto como la idea de permitir que nos despojen de lo que tenemos».

Mientras conversaban, nuevas noticias se extendieron por la región. Los extraterrestres habían aterrizado en la luna Dinge, el satélite principal más externo del Planeta Band, y estaban provocando explosiones en su superficie. Las líneas magnéticas de la zona se estaban distorsionando, causando

la dispersión de los band. Se produjo otra oleada de desintegración.

—¿Nunca pararán? —exclamó Cirl, horrorizada.

—No hasta que consigan lo que quieren —respondió Proft con gravedad.

«Lo que podría significar la extinción de la especie band», añadió Rondl. «¿Cómo están reaccionando los bellatrixianos ante esto? ¿Acaso no tienen un enclave cerca de la luna Dinge?»

«Están vigilando, pero permanecen inactivos», dijo Proft. «En este sistema, respetan nuestras convenciones y no buscan la violencia, aunque creo que son capaces de ella».

—¡Desde luego que sí! —asintió Rondl con vehemencia, guiado por otro vago recuerdo—. Una vez tuvieron una guerra con la Esfera Mirzam, en la zona de intersección de sus respectivas Esferas, y destruyeron cincuenta naves de guerra con un solo... —Se interrumpió al ver su confusión y horror, y el recuerdo se desvaneció. De todos modos, no parecía tener mucho sentido: considerando las dificultades de la Regresión Esférica, ¿cómo podría tener lugar un enfrentamiento moderno de gran envergadura en los confines de las Esferas? —Lo siento. Mi recuerdo me pilló por sorpresa. Creo que era ficción, en cualquier caso. Pero

estoy de acuerdo en que los bellatrixianos no son belicosos aquí. Si los solarianos no atacan su enclave...

«Los solarianos parecen desconocer la existencia del enclave», dijo Proft. «Sin duda, está bien oculto, en un planetoide en la órbita de Dinge, y los bellatrixianos se mantienen al margen. Siguen nuestra política de no meterse en líos».

Algo en ese concepto de una base alienígena oculta en un planetoide intrigaba a Rondl, pero no lograba ubicar la idea. ¿Había estado en ese enclave en su vida anterior? Algunos recuerdos surgían con fuerza ante leves estímulos, mientras que otros permanecían latentes a pesar de sus esfuerzos, irradiando solo vagas insinuaciones de su naturaleza. Sin embargo, una impresión se afianzó: si los solarianos atacaban el enclave bellatrixiano, o incluso se aventuraban cerca de él con sus naves de guerra, se manifestaría otra faceta de la naturaleza bellatrixiana tal como band la conocía. Estaba seguro de ello, sin ninguna razón definible para su certeza. Quizás se debía a que los alienígenas de cualquier especie podían ser extremadamente sensibles respecto a sus operaciones.

Cirl volvió a dudar. «Tienes razón, Rondl. Debemos oponernos a esto. De alguna manera». Para ella, esta renuente aceptación de la idea de oposición representó un cambio considerable.

—¿Existe alguna autoridad encargada de la defensa? —preguntó Rondl.

—¿Autoridad? —preguntó Cirl con expresión inexpresiva—. ¿Defensa? Había asimilado un concepto ajeno; los demás seguían fuera de su alcance.

«Estos son otros asuntos esféricos», respondió Proft. «Los band no tienen gobierno en el sentido galáctico. Nos regimos únicamente por las convenciones y nuestra naturaleza».

—Entonces, ¿cómo puedo consultar con el ejército de los band...? —Se interrumpió al darse cuenta de que no existía tal cosa. ¿Cómo pudo haber pensado que sí? —¿O conseguir un puesto en la organización que se supone que debe preservar a los band de la extinción? —preguntó, frustrado.

«Debes nombrarte a ti mismo y reclutar a quien puedas», dijo Proft. «Así es como se sirve a cualquier causa. Quien tenga interés lo expresa y busca el apoyo de otros con intereses similares».

¡Pero no tengo autoridad! ¡Ni siquiera recuerdo!

'Estos son conceptos irrelevantes.'

«Pero tiene que haber alguna estructura. Alguna organización. Por ejemplo, ¿quién te nombró para tu puesto docente?»

«Yo mismo me autoproclamé», dijo Proft.

Rondl lo asimiló. ¿Ninguna administración central? «¿Quiere decir que puedo salir y pedirles a los band que trabajen conmigo, y que lo harán?»

«Quienes así lo elijan. Quienes tengan la voluntad. Depende de tu capacidad de persuasión.»

«¡Pero había tantas cosas que simplemente tenían que organizarse! ¿Quién estableció las relaciones comerciales con los bellatrixianos?»

Hace algún tiempo, cuando los bellatrixianos vinieron a ofrecer sus servicios, un grupo autoorganizado trabajó diligentemente para comprender el concepto, y tuvo tanto éxito que logró todos los beneficios que hemos obtenido de esa relación, incluyendo la construcción de estas prácticas paredes reflectantes para esta institución. Esto lo hizo un band, quien tenía una gran motivación y perspicacia; ahora es un héroe para nosotros. Wonr el Comerciante.

¿Qué reputación tendría Rondl si hiciera algo así? ¿Rondl el Guerrero? ¿Un belicista? Bueno, ¿por qué no?

Sin embargo, aquello parecía una vanidad absurda para alguien sin memoria. «Apenas puedo convencerme a mí mismo. Busco integrarme en un aparato ya existente».

—¿Aparatos? —preguntó Cirl.

«Usted percibe el problema», dijo Proft. «Si lo desea, lo invito a dar una charla en mis clases. Quizás algunos alumnos se unan a usted».

Llegó otra noticia de última hora: se habían avistado más naves solarianas que se dirigían a toda velocidad hacia el Sistema Band a velocidad sublumínica. Llegarían en pocos días.

«Deben tener una importante estación de Transmisión Materica instalada en esta zona», exclamó Rondl. «Les llevaría cientos de años viajar desde el Sol hasta Band a velocidad sublumínica».

«Tienes un conocimiento asombroso del espacio esférico», observó Proft.

«Sí, para ser amnésico». Pero no podía detenerse a pensar en eso en ese momento. «Creo que será mejor que acepte su oferta y hable con sus estudiantes. Deme tiempo para organizar mi caso y veré qué se puede hacer».

Rondl y Cirl se retiraron para consultar. «Debo intentar resumir el problema y proponer un plan de acción viable», dijo. «Pero el problema de las definiciones parece abrumador. Si empiezo por definir combate, contrainteligencia y disciplina militar, nunca llegaré al fondo del asunto».

¿Combate? ¿Contrainteligencia?, preguntó.

¿Lo ves? No puedo comunicarte esos conceptos, del mismo modo que tú no puedes comunicarme la forma correcta de hacer el amor.

Ella lo asimiló. 'Quizás *podría...'*

'¿Podrías?' De repente, esto se volvió más interesante.

«Si yo pudiera encontrar la manera de informarte, tal vez tú puedas encontrar la manera de informar a otros sobre tus conceptos».

'No estoy seguro de que eso tenga sentido. Aun así...'

'A veces es más fácil si otros lo hacen.'

'¡Pero *tenemos* que hacerlo!' De repente, no estaba seguro de que estuvieran hablando de lo mismo. Pero suponiendo que el tema era el amor, no quería comprometerse a hacer el amor con otra mujer, mientras que Cirl... ¡no! «No como una historia de otros. Otros hacen la guerra, sea lo que sea eso. Y aman.»

Oh. Una historia, más que una experiencia real... ¡Sí! Rondl se dio cuenta de que ella le ofrecía algo parecido a lo que había buscado antes: ver a otra pareja en acción. «Una historia de otros», asintió, aliviado. «Llámenlo Uno, llámenla Dos. ¿Qué hacen?»

Cirl reflexionó, aún encontrándolo difícil. «Uno deseaba... expresarse ante Dos, y ella estaba dispuesta a recibir la expresión. ¡Más que dispuesta! Así que él...»

Obviamente, para ella era sumamente incómodo presentarlo. Se le ocurrió que en muchas culturas galácticas había cosas que eran socialmente aceptables al hacerlas, pero no al describirlas. Otras cosas podían describirse, pero no practicarse. El asesinato gratuito de un miembro de la misma especie era un ejemplo de esto último, mientras que los procesos detallados de la procreación... sí. Esa era la barrera con la que se topaban. Quizás él podría ayudarla con la narración.

«Supongo que esto ocurrió hace mucho tiempo», dijo. «Ambas partes se disolvieron hace mucho, así que no puede haber ninguna ofensa en memoria de su historia».

—Sí —aceptó agradecida—. Hace mucho tiempo. Se separaron después de vivir muchas vidas. Quizás sus auras se fusionaron en el Círculo Viscoso, y fueron sublimemente felices por toda la eternidad, y después, fragmentos de esas auras se separaron para unirse a nuevos band, y partes de ambos están en nuestras propias auras... Pero eso se estaba volviendo demasiado personal, lo que la hizo retractarse. Cualquier cosa que hiciera la analogía demasiado evidente era tabú.

«Partes de auras primigenias están presentes en todos nosotros», dijo Rondl, siguiendo el juego de la mitología, que le resultaba fascinante. «Pero están tan dispersas, como resultado de siglos de viscosidad y dilución en otros seres, que ya no se reconoce nada. Lo único que tenemos es su historia, no sus espíritus».

Esto permitió a Cirl continuar. «Se dice que cuando llegó el momento, él... se posicionó de tal manera que...» Hizo una pausa de nuevo, su color palpitando de vergüenza. ¡Era asombroso lo que las fluctuaciones magnéticas podían hacerle al color de la superficie! «De manera que su haz de comunicación la interceptó...» Una vez más hizo una pausa, sus destellos borrosos con la supuesta vergüenza de lo inefable.

Un concepto ajeno se le presentó a Rondl: *la pornografía.* Lo que era natural y necesario en la vida se volvía, a través de la alquimia de la percepción social, indescriptible. Al reflexionar sobre ello, descubrió que el mal no residía tanto en el acto en sí, ni en su representación, sino en las actitudes retorcidas de quienes lo consideraban impuro. Sin embargo, su propia actitud había experimentado una transformación gradual con el tiempo. Hubo una época, en un mundo remoto y atrasado, pero ¿en qué estaba pensando? El recuerdo se desvaneció con la fugaz imagen de una criatura alienígena con tres cabezas. ¡Absolutamente sin sentido! «Hay cosas que no se deben expresar», exclamó. «Creo conocer este fenómeno en otras culturas».

'Verdadero.'

«Pero muchos extraterrestres son monstruos». ¿Engendros de tres cabezas? «Nosotros no lo somos».

—Sí —asintió ella. Y lo intentó de nuevo—. Así que estos dos invirtieron su...

Ella no pudo completarlo, pero Rondl lo había entendido. Al fin y al cabo, solo había un número limitado de posiciones que dos band podían adoptar uno con respecto a la otra. ¡La posición era la clave!

Se colocó de manera que la luz de su lente se cruzara con la de ella. Esto no servía para el diálogo, ya que ninguno podía comprender el mensaje del otro. Las lentes colocadas al revés no se comunicaban. No de forma inteligible. Pero resultó ser una excelente manera de expresarse en el amor.

Rondl sintió una emoción intensa cuando el flash de ella atravesó su lente invertida, y supo que ella estaba experimentando algo similar. La lente tenía un doble propósito, comprendió entonces: una forma de comunicación intelectual, la otra de amor.

'¡Amor, amor, amor!', proclamó, acercándose, orientándose más perfectamente hacia la luz del Sol Deslumbrante mientras ella se orientaba hacia el Sol Éclat. Y sintió su respuesta, más maravillosa que cualquier cosa intelectual: *Amor.*

—*¡Amor, amor!* Había comunicación, pero de naturaleza no intelectual, no objetiva. El amor no era intelecto, sino sentimiento. El otro lado de la lente.

Entonces Rondl dejó de pensar y se entregó por completo a los sentimientos.

Capítulo VI

GUERRA

Rondl flotó frente a una clase de veinte jóvenes músicos. Todos observaban atentamente su rayo mientras cruzaba el recinto y se reflejaba en la pared curva. ¿Lograría transmitir su mensaje?

«Esta es la historia del feo solariano y las tres especies inocentes», dijo. Tenía la persistente sensación de haber adaptado la historia de alguna otra narración, pero no lograba recordar cuál podría ser. No conocía nada similar en la tradición del band. «El solariano es una criatura física grotesca con extremidades llenas de huesos, torso lleno de carne y globos oculares llenos de líquido que se deslizan dentro de calcetines húmedos...»

Un estremecimiento de repulsión recorrió a los estudiantes. ¡Estaba exagerando el horror! Rondl interrumpió la descripción, para no perturbarlos demasiado. «Y una naturaleza asocial. Se encuentra con una criatura de otra especie que se baña en una luz favorable mientras contempla una noción estética. El solariano desea este punto de luz en particular, aunque hay mucha otra luz proveniente de este sol, así que aparta a la Criatura Uno y se queda con el lugar. ¿Cómo debería proceder ahora la Criatura Uno?»

Los estudiantes respondieron. «Debería cambiarse de sitio», contestó uno de ellos. «El comportamiento antisocial de una persona no justifica que otra lo haga».

Hubo destellos afirmativos: ese era el consenso. 'Entonces la Criatura Uno se mueve a un nuevo lugar', continuó Rondl. 'Pero el solariano concluye que el nuevo lugar debe ser mejor que el anterior, así que vuelve a empujar a la Criatura Uno. ¿Y ahora qué debería hacer Uno?

Había un atisbo de duda, pero de nuevo la respuesta fue seguir adelante.

«Y el solariano, decidido a que la Criatura Uno no tenga paz, lo persigue hasta allí. Parece que la Criatura Uno no puede evitar el mal simplemente moviéndose, pues el solariano es celoso de cualquier comodidad que pueda tener Uno. ¿Qué debe hacer este ahora?»

Las dudas aumentaban. «Está en una situación insostenible», concluyó un estudiante novato. «Lo único que puede hacer es disolverse». Los demás, tras reflexionar, estuvieron de acuerdo.

«Así pues, la Criatura Uno ha desaparecido», concluyó Rondl. «Ahora el Solariano busca y encuentra a la Criatura Dos, de una especie diferente. Intenta apartarla, pero esta, al darse cuenta de la inutilidad del intento, se niega a moverse. Es un ejemplar sumamente estético de su especie, pero estorba al solariano. Así que la destruye».

Hubo un destello sordo de horror. Pero no de incredulidad, pues la intrusión actual de los solarianos en el espacio del band era algo que ya sabían.

«¿Qué debería haber hecho Dos?», preguntó Rondl, obligándolos a afrontar esa incómoda pregunta. Al no poder responder, les incitó: «¿Qué podría haber hecho para salvarse de la destrucción?».

Ahora, a regañadientes, abordaron el problema. «Al fin y al cabo, podría haberse mudado», exclamó una estudiante blanca.

«Pero el feo solariano la habría seguido hasta que tuviera que disolverse», objetó una amarilla.

«Así que no habría ganado nada con la resistencia pasiva», concluyó una persona negra.

—Excepto quizás la dignidad —añadió uno de pelo gris.

«Necesitaba otra alternativa», dijo una mujer de piel morena.

'Sin embargo, si permanecer o eliminar son ambas opciones negativas...'

Se estaban metiendo de lleno en la pelea, tal como Rondl había previsto. Su hipotética situación los obligaba a enfrentarse a alternativas difíciles. Era hora de ayudarlos. «Me temo que la Criatura Dos está acabada; no tenía alternativas viables ante el feo solariano. Ahora el solariano vuelve a mirar a su alrededor con sus ojos llenos de líquido, pues su apetito por las travesuras parece insaciable. Divisa a la Criatura Tres».

—¡Oh, no! —exclamó la mujer blanca, ya horrorizada.

Rondl hizo una pausa, dejando que la morbosa curiosidad creciera en ellos. Se dio cuenta de que era un buen narrador; seguramente ya había contado historias similares. «Ahora, la Criatura Tres ha observado las dos historias anteriores. Se da cuenta de que es inútil moverse o quedarse. De hecho, sabe que no puede hacer nada para ayudarse a sí mismo, solo». Hizo otra pausa. El concepto clave estaba por llegar, y debía presentarse adecuadamente.

«Pero dos criaturas seguirían teniendo problemas», objetó un estudiante con el rostro enrojecido. «Primero el solariano movería a una, luego a la otra».

«A menos que actúen conjuntamente», sugirió Rondl.

La clase estaba en blanco. No entendían. Los band no trabajaban juntos, salvo para ayudarse brevemente o para aparearse. Las formaciones improvisadas eran excepcionales. Ahí radicaba el punto delicado.

Es hora de un tema aparte. «Cuando perdí el control, otro band me ayudó a recuperarme. Cuando mi amiga Cirl cayó al agua, la saqué. Hay muchos precedentes de un band ayudando a otro en apuros».

«Es cierto, pero fueron circunstancias especiales», dijo un estudiante de último año. «Fueron actos positivos. Habría sido antisocial permitir que otro sufriera cuando se podía prevenir fácilmente».

'Si tu amigo es atacado por un monstruo, ¿no sería positivo ayudarlo?'

Permanecieron en silencio, reflexionando sobre ello. Algunos habían escuchado la noticia fugaz de que Rondl acudió al rescate de Cirl cuando el kratch la atacó.

«Ahora la Criatura Tres ha reclutado la ayuda de un amigo. Juntos son más fuertes que el solariano solo». Rondl hizo una

pausa de nuevo. Había estado preparando esto gradualmente, intentando mantenerlos a su lado. ¿Lo lograría? «Ahora no tiene por qué haber un comportamiento antisocial. Las dos criaturas simplemente le dicen al solariano: “Si dañas a uno de nosotros, los dos te haremos lo mismo”. ¿Y ahora qué creéis que hará el solariano?».

Lo pensaron. «Se marchará», sugirió un estudiante de cabello morado, con cierta incertidumbre.

«Entonces nadie ha sufrido», concluyó Rondl.

Inmediatamente surgieron objeciones. "¿Pero qué pasa si empuja?" Todavía no eran capaces de expresar el concepto de "ataque".

«¿Acaso Solariano no se ha buscado él mismo el contraataque? Sabía que sus acciones tendrían consecuencias. Si chocaba contra una pared con sus toscas extremidades llenas de huesos, se detendría de forma abrupta e incómoda. Si se vaciaba los ojos, perdería la vista. Si empujaba a la Criatura Tres, dos criaturas lo empujarían hacia atrás. Había sido advertido; la decisión era suya. La Criatura Tres solo había preparado el terreno.»

Pero tenían problemas con esto. "¿Y si los solarianos traen otro monstruo para destruirlos a ambos?"

«Entonces, quizás la Criatura Tres deba buscar a más amigos».

'¡Pero esto se intensificaría! Sería...' Los estudiantes no pudieron encontrar el concepto aplicable.

Había llegado el momento. «Sería la guerra», dijo Rondl. Ahora estaban listos para comprender la definición necesaria: «El esfuerzo organizado de muchas criaturas para salvaguardar sus intereses contra la agresión de otras». ¿Se dispersarían algunos estudiantes, o los había convencido lo suficiente?

Ninguno se disolvió. La discusión se animó. «¿Cómo podrían organizarse tantas criaturas? Los band no se “organizan”».

«Deben tener a alguien visible», explicó Rondl. «Alguien que coordine la actividad de todos. Así podrán actuar con eficacia».

Lo consideraron, lo discutieron y lo cuestionaron. Pero no dejaban de recordar a los solarianos invasores, y, como era de esperar, terminaron estando de acuerdo con su sugerencia. De hecho, varios de ellos optaron por aceptar su liderazgo en el esfuerzo por salvar a los band de los feos solarianos de ojos líquidos.

—¡Pero yo no estaba reclutando! —protestó Rondl—. Solo estaba presentando el caso para ver si la gente lo aceptaba.

Proft había estado presente, pero sin llamar la atención. Ahora se unió a la conversación. «Es un buen caso, pero

debes estar preparado para completarlo. Sospecho que este será tu proyecto».

Rondl comprendió que si se retiraba ahora, parecería que no creía en su propia tesis. Alguien tenía que detener a los engendros invasores, y parecía que él debía ser quien lo intentara. «Reclutaré», dijo. «Pero insistiré en que cualquier persona que desee unirse a mí consulte primero con su familia y amigos, para no tomar una decisión precipitada. La acción que contemplo puede ser difícil de comprender o aceptar para los band, y sin duda puede ser peligrosa. Podrían ser dispersados».

«La disolución es simplemente un regreso al Círculo Viscoso», exclamó el estudiante rojo. «No es algo que deba temerse».

La creencia en el paraíso de los band parecía ser universal. Los riesgos no les preocupaban tanto como a Rondl, porque en realidad no creían en la muerte. ¿Era justo para ellos poner sus vidas en peligro por esa fe?

«No les animo a que se disuelvan simplemente porque no les importe hacerlo», dijo Rondl con cautela.

«Puede que aún les queden cosas importantes por lograr en esta vida». Esperaba que eso fuera a la vez preciso y diplomático. No tenía por qué menospreciar su fe, aunque la consideraba un mito o una superstición. «Así que piensen

bien antes de arriesgar sus vidas. La tarea que les propongo...» Dejó que la frase quedara implícita.

«Dispersémonos ahora y analicemos cada asunto por separado», sugirió Proft. «Quienes deseen unirse a la iniciativa de Rondl pueden hacerlo mañana. Hoy tiene otros compromisos que atender».

¡Otras clases! Todo avanzaba mucho más rápido de lo que había previsto. Sin embargo, tenía que terminar lo que había empezado.

Resultó que Rondl dedicó muchos días a dirigirse a diversos grupos. Tras el primer día, y después de cada clase, acudía un flujo cada vez mayor de reclutas. No todos los miembros de la especie que recibieron su mensaje decidieron unirse, pero uno de cada diez sí lo hizo, y con el paso del tiempo, la proporción mejoró. Pronto, Rondl contaba con más de cien reclutas.

Era hora de empezar a entrenar. Se preguntó si habría hecho algo parecido en su vida anterior. Sin duda, había tenido alguna experiencia similar, si no física, sí a través de la investigación. Resultaba extraño, sin embargo, que no hubiera noticias de ningún proyecto de esta magnitud; si lo hubiera hecho aquí, en el Planeta Band, alguien lo habría reconocido.

Primero tuvo que organizar a los voluntarios que tenía y clasificar las habilidades de cada miembro, teniendo en cuenta la tarea que debían realizar, su reticencia general a actuar de forma cooperativa y su predisposición a dispersarse antes que oponerse al ataque de un monstruo. Esto no iba a ser fácil. Primero tuvo que endurecerlos, prepararlos para contemplar la violencia y luego para participar en ella.

La técnica le surgió al formular el problema. Tenía que “des–especiar” a la oposición, hacer que el enemigo pareciera inferior como especie inteligente. Era más fácil oponerse a un monstruo que a otro ser inteligente. Los solarianos debían ser “monstruosizados”. Eso no debería ser demasiado difícil, ya que estaban prácticamente listos.

Rondl preparó una serie de representaciones con papeles asignados. Un planetoide adecuado representaba una nave espacial monstruosa. Como norma, ya no se refería a los solarianos; todos eran monstruos. El planetoide era un trozo de roca cilíndrico y parcialmente pulido, con diversas fisuras y afloramientos; era ideal para la ocasión. Sugería la forma tanto del kratch como de la nave espacial Solariana, reforzando la impresión de monstruosidad sin ser demasiado obvio.

Ciertos miembros curtidos de los band estaban apostados alrededor de la "nave" y se les asignaba la tarea de lanzar brutales impulsos de odio a cualquiera que se acercara. Esto

requirió práctica, y un aprendiz abandonó el grupo, pero con el tiempo, el simulacro de grupo de monstruos estuvo listo.

Rondl dirigió el ataque de práctica con un escuadrón selecto de sus reclutas más prometedores. Uno era Limn, un varón blanco amarillento cuya especialidad era la mecánica alienígena; entendía las naves espaciales y creía que podría inutilizar una si lograba entrar en ella. Así que estaba a punto de intentar entrar en la nave simulada. Otra era Tembl, una hembra azul oscuro de magnetismo encantador que planeaba estudiar filosofía, pero tenía mucha emotividad y se sentía impulsada a expulsar al invasor del espacio band. Un tercero era Blut, un estudiante gris de lenguas solarianas; sabía que los solarianos no eran monstruos, pero un amigo suyo se había disuelto prematuramente debido a la invasión y no quería que eso volviera a suceder. A pesar de su mitología, los band tenían cierta objeción a la disolución involuntaria o prematura; por un lado, un individuo disuelto prematuramente aportaba menos de la cantidad óptima de experiencia acumulada al Círculo Viscoso. Por lo tanto, no estaba maduro para la cosecha. Simplemente no era apropiado emprender una vida física solo para...

Regresar sin haber adquirido la experiencia completa. Esto representaba un cierto desperdicio del préstamo de un alma. Así que, aunque Blut era incapaz de concebirlo de esta manera, tenía cuentas pendientes con los solarianos, y Rondl se alegraba de contar con su pericia lingüística en el grupo. Quería poder hablar con los solarianos, aunque solo fuera

para advertirles que se retiraran. Eso era lo civilizado; su esfuerzo se legitimaría si los engendros ignoraban la advertencia.

¿Y si lo ignoraban, qué? Rondl sabía que solo la violencia los haría reconsiderar. Sería tan inútil razonar con un kratch como esperar que los solarianos desistieran simplemente porque alguien se lo pidiera.

Volaron hacia la nave. De repente, el odio emanó de ella: «¡ODIO! ¡ODIO!». Aunque era una trampa, un simulacro de ataque a una nave ficticia, y todos lo sabían, el escenario pareció cobrar vida de repente. Un verdadero mensaje de odio: ¡eso tuvo un impacto fenomenal! La mayoría de los band nunca habían experimentado nada parecido. La nave se volvió metálicamente amenazante, y las criaturas asociadas a ella se convirtieron en auténticos monstruos. «¡Odio!», repitió Rondl, y los band que lo acompañaban lo captaron, al principio con timidez, luego con más convicción. Después de todo, eran objeto de un odio irracional; ¿cómo iban a dejar de responder?

Se acercaron volando, mostrando su mutua animosidad, dejándose llevar por el terrible espíritu de la misma. Era como si una nube de malevolencia los envolviera. De repente, uno de los engendros simulados explotó. Partículas se dispersaron en una nube que se disipó.

¡Oh, no! Esa persona se había disuelto. Rondl se dio cuenta de que este ejercicio práctico se había vuelto demasiado serio. Había concentrado todos sus esfuerzos en hacerlo realista, en superar la reticencia natural de los band a recurrir a la violencia, sin darse cuenta de que el éxito podía ser tan perjudicial como el fracaso. Los locutores de odio no estaban preparados para soportar la respuesta de su odio. Tendría que abortar esta sesión y prepararse con más cuidado para la siguiente. «¡Alto! ¡Alto!», gritó en espiral.

Pero los demás, absortos en la batalla y enfrascados en ella, no recibieron su mensaje. La posición de los dos soles no era la adecuada; no pudo llamar la atención de sus compañeros. La carga continuó.

Los destellos del monstruo duplicaron su intensidad y frecuencia: «¡ODIO! ¡ODIO! ¡ODIO!». Estaban furiosos por la pérdida de su compañero. Una emoción largamente reprimida en su especie estaba resurgiendo; estaban regresando a un estado primitivo.

Uno de los grupos de Rondl se disolvió. ¡Fue terrible! Todos quedaron atrapados en el espíritu maligno de la batalla, sufriendo una sobrecarga emocional, y no pudieron liberarse. Incluso si algunos recibieron su mensaje de desistimiento, ya no eran capaces de responderle.

Rondl redujo la velocidad, con la esperanza de que sus compañeros también lo hicieran. Así podría alejarlos de la

nave monstruo y permitirles calmarse. Pero no funcionó; siguieron adelante sin inmutarse. Su reticencia solo dio la impresión de que estaba perdiendo el valor. Así que tuvo que retomar el liderazgo, con la esperanza de encontrar otra solución antes de que el desastre los arruinara.

Otro monstruo se disolvió; luego dos aliados más. Las bajas aumentaban, como en una batalla real. ¿Qué horror había desatado entre esta gente pacífica? ¿Acaso esto era mejor que la devastación causada por los solarianos?

Llegaron a la nave. Limn se acercó, intentando entrar para sabotearla. Los demás rodearon a los engendros restantes, lanzando destellos salvajes.

—¡Basta ya! —exclamó Rondl, destellando en una esfera completa—. ¡Basta! ¡Basta! Hemos logrado nuestro objetivo.

Pero seguían peleando, irradiando odio el uno hacia el otro. Otra band, abrumada, se disolvió; y otra más. ¡Fue una carnicería! La fiebre destructiva se apoderó del grupo, y no podían combatirla, solo luchar.

Por fin, el último defensor de la Nave monstruosa se disolvió, destruido por los mensajes de odio que lo bombardeaban desde todos los flancos. Victoria.

Entonces los band se calmaron, exhaustos, y finalmente prestaron atención a Rondl. Pero ya era demasiado tarde para nueve de ellos.

Ahora que tenía su atención, apenas sabía por dónde empezar. Se habían entregado demasiado a la violencia y habían pagado las consecuencias. Después de todo, en la esencia misma del band, aún quedaba una chispa de agresión, de violencia, y él la había sacado a la superficie con la consiguiente maldad. Había evocado otro tipo de monstruo: el que acechaba en lo más profundo de los propios band. Ahora deseaba no haberlo hecho.

Al menos eran capaces de aprender. «Así podría haber sido una batalla real», les dijo. «La guerra es un infierno. Ocurren cosas horribles. Hay que endurecerse ante la violencia, o esta nos vence. Perdimos a varios de nosotros en este ejercicio porque no estábamos lo suficientemente curtidos. Los que sobrevivimos somos los curtidos. Pero el odio de los verdaderos monstruos será peor. Debemos ser más disciplinados y más resistentes a los impulsos negativos si queremos tener alguna posibilidad contra el verdadero enemigo». Al decirlo, comprendió su veracidad: la disciplina. Esa había sido su mayor debilidad. Tenía que lograr que sus tropas respondieran a las órdenes del mando en todo momento.

Otra band se disolvió.

—¡Pero el ejercicio ha terminado! —protestó Rondl.

«Ahora nos damos cuenta de lo que hemos hecho», dijo Tembl. Ella era la filósofa; estaba analizando la situación. «Nos hemos convertido, aunque sea brevemente, en monstruos». Y cuando los demás recogieron su destello, otros dos se dispersaron.

Rondl había querido ocultarles este hecho, pero quizás era mejor que lo supieran. Al oponerse a la opresión, estaban perdiendo algunos de los valores por los que vivían. Esa era también la naturaleza de la guerra.

Capítulo VII

SUEÑO

Rondl revivió la batalla simulada en un sueño. Experimentó la euforia de la emoción cuando él y su tropa cargaron, luego el destello de "¡ODIO! ¡ODIO!" del pseudoenemigo. Qué poderoso era, como el "¡AMOR! ¡AMOR!" de Cirl, pero opuesto, lo que le hacía querer disolver el grupo. Y a su lado, otros *se* disolvían, dirigiéndose a su recompensa mítica. Creían en el Círculo Viscoso, y por eso sacrificaban sus vidas por nimiedades. Sabía que no debían hacer eso, pero ahora sentían una tentación casi irresistible. Dejar atrás esta desgracia y regresar cómodamente al Círculo Viscoso.

Despertó rebosante de horror. Cirl estaba allí para consolarlo. «Una pesadilla», le dijo. «Un sueño desagradable. Todas esas muertes innecesarias en esa

misión de entrenamiento, algunos de nuestros mejores compañeros perdidos...»

«Aquí no hay muerte», le recordó ella. No había participado en la batalla simulada, pues había estado ocupada ayudando a los nuevos reclutas a orientarse. Rondl le agradeció enormemente su ausencia. ¡El Círculo Gentil habría sido el primero en disolverse!

'Aun así, no deberían haberlo hecho...'

«La disolución de un grupo es perfectamente natural. No tienes por qué sentirte culpable por ello».

Ella también creía. Ella, sobre todo, creía. Era una de las cosas más agradables de ella. Él la amaba en parte por esa creencia; era su señal de fe e inocencia, cualidades de las que él carecía. «Sé que piensas así. Estabas considerando disolverte cuando nos conocimos», le recordó con cariño. «Incluso te molestaste conmigo cuando intervine».

—Es cierto —asintió con ingenuidad—. Ya no estoy molesta.

«Pero si te hubieras disuelto, ¿acaso el dolor no te habría acompañado al más allá?», preguntó Rondl, intrigado de nuevo por la idea de la muerte como una mera transición entre formas. La idea resultaba insidiosamente tentadora. Sin duda, sería un gran consuelo creer en algo así, pero él era

demasiado objetivo para ello. «¿Qué habríais ganado entonces?».

«Al principio no habría ganado mucho», admitió. «El aura disipada permanece discreta durante un tiempo, hasta que se orienta y encuentra su camino hacia el Círculo Viscoso. Pero poco a poco el dolor se desvanecería».

¿No se desvanecería de forma similar en la vida?

«Así ha sido», admitió. «Me alegro de no haberme disuelto en aquel momento. Jamás te habría conocido».

¿No os resulto repulsivo por mis ideas extrañas? ¿Porque comprendo los conceptos de guerra y violencia?

Reflexionó: «Creo que, llegado este punto, es necesario que alguien comprenda estos horrores. Tú eres quien ha asumido esta responsabilidad, por el bien de la sociedad».

En realidad, buscaba la confirmación de que ella lo amaba. Había obtenido una respuesta inquietantemente pertinente. ¿Podría ella también responder a sus dudas sobre el Círculo Viscoso? «¿Y si se hubieran disuelto entonces, y si el dolor que llevaban consigo hubiera sido demasiado intenso para desvanecerse en el más allá, qué pasaría entonces?». Ahora, en una perversa contracorriente, intentaba hacerle ver que la mitología era inútil, y esperaba que no lo fuera, que ella tuviera una respuesta suficiente. ¿No sería mejor abrazar tal ilusión, liberarse de su mórbido miedo a la extinción?

'Cuando el aura/alma individual se reincorpora al Viscoso en el círculo, todos los dolores se extienden, se difunden, se diluyen en la viscosidad de la totalidad y afectan al individuo solo levemente. Un gran dolor para uno es insignificante cuando lo soporta toda la masa del alma.

«¡Pero tú también te diluirías! ¡Perderías tu individualidad al mismo ritmo, mezclado con esa enorme masa!»

—Sí, esa es la belleza de la viscosidad —asintió ella—. Quizás deberías haberme dejado ir. Casi me dan ganas de hacerlo ahora. Si vienes conmigo...

Rondl ocultó su repentino horror. «Primero tenemos otras tareas», dijo apresuradamente. ¡Desde luego no quería que ella se disolviera ahora, ni que lo llevara con ella! «La carga que he asumido, por el bien de la sociedad...»

—Sí, sí, por supuesto —aceptó ella de inmediato—. Y debes descansar, porque aún queda mucho por hacer.

Rondl volvió a su sueño interrumpido, más tranquilo.

Y volvió a soñar. Esta vez fue más realista que antes. Sintió de verdad el estrés de la batalla, y el odio parecía provenir de auténticos alienígenas. ¡Qué maldad! Pero ahora Rondl le respondió con su propio odio fulgurante y, repeliendo la animosidad alienígena, condujo a su gente hasta la temible nave espacial. Ahora era una nave de verdad, con ojos de buey, torretas abultadas y grotescas armas que disparaban

luz brillante y proyectiles físicos. Pero Rondl dejó que la luz pasara por su lente, ignorando su maldad inanimada, y evitó los proyectiles más lentos. ¡Las armas monstruosas no podían dañar a los band vigilantes! Sin embargo, sus compañeros band no lo sabían y se estaban dispersando en masa. Tenía que alejarlos de allí para poder instruirlos sobre cómo afrontar este ataque. No los había preparado para la realidad, pensando que esto era solo un simulacro.

Pero no podía comunicarse con ellos. Todos a los que se dirigía, se dispersaban antes de comprender. Todas sus tropas estallaban en gases y partículas, hasta que solo quedó él.

Se abrió una escotilla solariana. Un apéndice grotesco con forma de cabeza de monstruo sobresalía. Sus globos oculares, turgentes como líquido, giraban espantosamente en sus cuencas gemelas para orientarse hacia Rondl. Su cavidad bucal, repugnante, se retorcía, revelando dientes desgarradores como los del trugd. De aquella espantosa abertura emanaba una atmósfera cargada de ruido.

«¡Y ahora, ringer, serás uno de nosotros!», proyectó el engendo. Lo más horrible de esta pesadilla era que Rondl, a pesar de carecer de un órgano para percibir el sonido, era capaz de asimilar ese patrón vibratorio gaseoso y burdo, y de comprender el terrible significado que encierra esa atmósfera vibrante.

«¡No!», gritó, con una voz atmosférica e imposible. Pero aquella cosa extendió un apéndice físico espantoso, repleto de torpes soportes óseos largos dentro de la carne tensa y articulaciones nudosas, para agarrar a Rondl. En el extremo de este aparato, la carne se dividió en múltiples extensiones diminutas, cada una con pequeños huesos y articulaciones, y estas extensiones intentaron cerrarse sobre el cuerpo de Rondl. Una de ellas atravesó su lente, como la punta de la espina del kratch. No se podía imaginar un contacto más horrible; incluso un kratch auténtico era mejor que esto, pues al menos era comprensible.

Despertó irradiando repulsión y miedo, y Cirl volvió a consolarlo. Lo abrazó con fuerza, luego se apartó lo suficiente para entablar un diálogo intermitente. Hablaron de los sueños y concluyeron que Rondl experimentaba la extraña emoción de la culpa por la forma en que había llevado a la disolución de una docena de band. «Es consecuencia de tu incredulidad», dijo Cirl. «Supones que se están muriendo, por eso te preocupas. Si tan solo creyeras...»

«¿Qué band se ha disuelto alguna vez y luego ha regresado para informar sobre el Círculo Viscoso?», preguntó.

«Pues ninguno, por supuesto. Ningún band regresa sin antes reincorporarse al Círculo; y a partir de entonces, queda completamente mezclado por la viscosidad y solo regresa

como elemento de band recién formado, a medida que se generan nuevos anfitriones».

—¿Se ha identificado alguno de estos fragmentos remezclados? —preguntó.

«El concepto de fragmento es inaplicable. Cuando un band se fusiona con el Círculo, pierde su identidad anterior, por lo que no existe un recuerdo real».

«La experiencia nos cambia día a día, pero recordamos», le recordó. ¡Su visión del mito era tan completa!

«Quizás algunos sí lo recuerden», asintió. «Así es como debemos haber aprendido sobre la vida después de la muerte».

'¿Cómo sabes que algún band no se lo inventó todo para ganar notoriedad?'

¿Para qué?

¡Otro concepto alienígena! 'Darse a conocer ampliamente entre los band'.

¿Quién querría ser ampliamente conocido?

'O por la razón que sea. Así que inventó...'

Ella estaba incrédula. "¡Ningún band inventaría algo así!"

Lo dejó. Su fe era hermosa, y formaba parte de lo que la hacía hermosa. ¿Por qué habría de intentar disminuirla? «En cualquier caso, no quiero que más band caigan en el olvido; ah, en el anonimato del Círculo Viscoso antes de tiempo».

—Sí, sería lo correcto —asintió ella—. Pero aun así, no tienes por qué soñar con los que ya no están. Tus sueños no pueden afectarles.

¡Aquí ella era más sensata que él! Por supuesto, sus sueños eran inútiles, incluso como disculpa. «Sin embargo, aún siento remordimiento por haber causado...»

—Tú no fuiste el culpable —le recordó con firmeza—. La disolución, incluso en circunstancias extraordinarias, siempre es una decisión individual. Ellos decidieron irse.

'¿Y qué pasa cuando el kratch...?'

«Es mejor disolverse que sufrir una destrucción física a manos de semejante criatura».

Así que incluso en ese caso consideró que era voluntario. Renunciar antes que ser despedida, fuera lo que fuese ese concepto tan ajeno. ¡Qué ingenuidad tan encantadora! Sin embargo, la presencia y la constancia de su fe hicieron que su infidelidad fuera más fácil de soportar. Se dieron la vuelta e hicieron el amor, y fue maravilloso.

Sin embargo, ni siquiera entonces Rondl quedó satisfecho. «Nunca nos hemos casado», dijo.

Ella hizo gala de humor. «Ya has usado ese término antes. Las criaturas alienígenas se casan. Los band pueden asociarse amistosamente ».

'Proft lo entendió. Dijo...'

«El profesor está familiarizado con conceptos alienígenas, e incluso puede olvidar que lo son. Sin duda entendió a qué te referías y habló directamente sobre el tema sin entrar en detalles». Ella irradiaba más luz ahora, disfrutando del momento.

«Sin embargo, debería haber cierto compromiso social, aceptación en la visión de la comunidad, una situación familiar para criar descendencia...» Rondl hizo una pausa, dándose cuenta. «¡Conoces el concepto! ¡Ibas a casarte con tu ex amigo! ¡Me estás tomando el pelo!»

Su risa irradiaba alegría. «¡Cuánto tiempo he deseado atraparte, aunque solo fuera una vez, en tu peculiar entramado de conceptos! ¡Por supuesto que entiendo lo que es el matrimonio!»

—¡Entonces cásate conmigo! —exclamó Rondl, aliviado.

Ella resplandecía. «Yo me encargaré de esto, si te place». Seguía irradiando satisfacción por haberlo confundido con

un concepto ajeno a los extraterrestres. Rondl se dio cuenta de que sin duda se lo merecía; la había estado confundiendo todo el tiempo con conceptos alienígenas.

Ella lo llevó al espacio y convocó otro círculo, y en esa sublime viscosidad del pensamiento común Rondl y Cirl acordaron amarse mientras les resultara conveniente y mutuamente satisfactorio, y asegurarse de que su pequeño band recibiera un trato adecuado a su llegada.

Después, varios band se dirigieron a Rondl. «Fue un gesto muy agradable», dijo una de color naranja. «Qué bonito que hayas hecho público vuestro amor para que todos lo aprecien. Creo que yo haré lo mismo algún día».

Rondl comprendió tardíamente que la mayoría de los band mantenían los matrimonios en privado entre las dos partes involucradas. Como no existían registros, en realidad no importaba quién más supiera de tales acuerdos. Así que, después de todo, había introducido un matiz ajeno en el asunto. Pero no se desanimó.

El entrenamiento progresó. Rondl procedió con mayor cautela, con ejercicios más suaves y diálogos frecuentes para advertir a los reclutas sobre las intensas emociones que probablemente surgirían de la naturaleza intrínseca del band. Gradualmente, logró convencer a algunos y persuadió a otros para que abandonaran el programa, hasta que formó

un núcleo de band muy fuertes y resistentes. Pero, ¿podrían realmente enfrentarse al enemigo y sobrevivir?

Solo había una manera de averiguarlo. Los solarianos avanzaban sin cesar, invadiendo los satélites exteriores del planeta Band, y era hora de ir a su encuentro.

Volvió a dormir y a soñar. Esta vez, sus tropas oníricas, receptivas a sus instrucciones, tomaron medidas evasivas. Varias sobrevivieron al ataque de las armas solarianas. Rodearon la nave enemiga e intentaron infiltrarse para provocar un cortocircuito en su sistema eléctrico. Pero de nuevo se abrió la escotilla y asomó la temible protuberancia de la cabeza solariana. Esta vez, el detalle era horriblemente completo. El monstruo tenía una especie de burbuja translúcida, similar a una lente, que rodeaba el apéndice, de modo que se podían ver todas sus espantosas excrecencias. Trozos de carne viva sobresalían por tres lados, con los globos oculares semihundidos y turgentes como fluidos situados cerca de una de estas proyecciones. Debajo estaba el orificio móvil, una herida que se abría y cerraba a intervalos irregulares, y los huesos de los dientes se veían solo parcialmente, como si la herida no estuviera del todo completa. El lado opuesto estaba cubierto de un pelaje largo y frondoso, vagamente parecido a los zarcillos del band, pero mucho más extenso.

La grotesca cabeza giraba sobre el cuello cubierto de carne y los orbes clavados en Rondl. El orificio se abrió para

mostrar con mayor claridad los dientes animalescos. Cada diente brotaba de un tejido rosado y húmedo, como roca desnuda y blanqueada en una pendiente de arcilla teñida. La criatura exhaló con su desagradable manera, expulsando ruidosamente el aire a través de la hendidura. Y los ruidos decían: «¡ringer, eres uno de los nuestros!».

De alguna manera, Rondl parecía estar siendo atraído hacia el monstruo, hacia su cabeza: no más allá del gas que emergía de su boca, sino directamente hacia la masa sólida que tenía encima. ¡Ese era un destino peor que la disolución! Luchó y lanzó destellos desesperadamente, como cuando quedó atrapado en la púa del kratch, y volvió a despertar.

La situación empeoraba. ¿Cuánto más podría soportar sin disolverse? El Círculo Viscoso, con toda su ilusión, se estaba convirtiendo en una alternativa más viable.

—Creo que tendrás que vencer a los monstruos estando despierto —dijo Cirl con sabiduría y tristeza—. Después, descansarás en tus sueños.

Tenía que tener razón. Rondl tenía muchas ideas sobre la acción y la violencia, pero la perspectiva de enfrentarse directamente a los solarianos lo aterrorizaba. Tenía miedo, pero debía hacerlo. De lo contrario, destruirían a toda la sociedad band.

Llegó el momento. Rondl y su compañía tomaron posiciones cerca de la siguiente luna en la trayectoria de los invasores, la luna Spare. «Esperaremos a que se acerquen», exclamó. «Entonces atacaremos, como hemos practicado». Ya podían tolerar semejante franqueza.

Sin embargo, sus preparativos parecieron insuficientes cuando la nave se aproximó. Tres band se disolvieron al aumentar la tensión. Para evitar más bajas antes de que comenzara la acción, Rondl ordenó a sus tropas avanzar.

La nave continuó su marcha sin reaccionar. No aparecieron armas, no se emitió ningún mensaje de odio. Rondl comprendió, con alivio y consternación, que la nave ni siquiera los había notado; o tal vez los consideró insignificantes. Volaron directamente hacia ella sin incidente alguno.

Esto era sospechosamente fácil. ¿Qué pasaba con el proyectado «¡Odio! ¡Odio!» y los láseres ardientes? ¿Dónde estaban todas las amenazas contra las que se habían preparado? Empezó a temer que esto fuera simplemente otro sueño, aunque estaba seguro de que no lo era. ¿Qué podían hacer, excepto seguir adelante? «Adelante, Limn», le dijo rápidamente al especialista amarillo–blanco en mecánica alienígena. Limn era la clave de su impulso. Si podía inhabilitar esta nave...

La nave era absolutamente enorme, muchas veces más masiva que el planetoide que habían atacado simuladamente con tanta pérdida. Limn se deslizó sobre su superficie, siguiendo líneas convenientes. Encontró una abertura por donde emergían gases calientes —un chorro estabilizador, Rondl lo sabía sin saber cómo— y se introdujo en ella. Los band no se veían afectadas por el calor de este nivel, aunque eso podría cambiar si la nave comenzaba a maniobrar más activamente. En ese momento, el casco simplemente iba a la deriva, sin desperdiciar energía durante su aproximación a la luna. Incluso los engendros debían ser conscientes del consumo de energía; no querían quedar varados en el espacio profundo.

¿Podría Limn realmente provocar un cortocircuito en el sistema de control? Habían estudiado modelos de naves alienígenas proporcionados por los bellatrixianos, pero nunca se había intentado algo así. Simplemente debían esperar a que Limn anulara los circuitos eléctricos críticos para que la nave no funcionara. Entonces Blut intentaría comunicarse con los monstruos, usando un código de destellos rudimentario que se suponía que los monstruos entenderían, para lograr que se rindieran. En ese momento, todo parecía sumamente improbable. Pero muy pronto lo sabrían.

De repente, la nave aceleró. Gases tremendamente calientes salieron disparados de sus respiraderos mientras avanzaba. No había rastro de Limn. «Me temo que fue

desintegrado por los gases de escape», exclamó Blut. Los band sabían lo de los gases de escape, pues era una característica de los kratch, que expulsaban polvo espacial junto con sus propios desechos. Ese era otro rasgo distintivo de los monstruos de cualquier tipo: tenían desechos. Esta nave estaba reaccionando exactamente de forma similar a como lo habría hecho un kratch.

Entonces la nave en movimiento dio media vuelta y regresó. «¡Dispersaos!», gritó Rondl. «¡Se han percatado de nuestra presencia!»

En efecto, así fue. Un objeto salió disparado de la nave. Los band huyeron por todos lados mientras el objeto volaba hacia el lugar donde se habían congregado. Allí explotó violentamente, lanzando fragmentos y radiación al exterior. El efecto se asemejó a una disolución, solo que mucho más exagerada.

Los band ya estaban lejos de la explosión, pero su potencia los alcanzó igualmente. Rondl salió despedido de su línea y atravesó el espacio.

Luchó por recuperar el equilibrio. Encontró una línea y se detuvo, mareado. ¿Cómo les había ido a los demás? «Informen de su presencia», dijo con movimientos circulares, formando una esfera de interrogación.

Solo llegaron unas pocas respuestas. La mayor parte de su grupo se había disuelto, no por la fuerza de la explosión, sino por la pura maldad que evidenciaba el ataque alienígena. En este sentido, la batalla simulada había sido acertada; en lugar de «¡Odio! ¡Odio!», había sido un misil. Blut había desaparecido, junto con los demás especialistas en los que confiaba. Solo sobrevivieron Tembl, Azul y unos pocos más.

—Sospecho que aún no estamos a la altura de los monstruos —dijo Tembl. Algo en su destello le hizo darse cuenta, más de lo que había estado hasta entonces, de que era mujer.

«Sin duda los perturbamos», respondió Rondl, como si eso justificara el desastre. «Limn debió de afectar su sistema, alarmándolos hasta el punto de que lucharon».

—Sí, eso representa un cierto progreso —coincidió, acercándose—. La próxima vez debemos ser capaces de detener semejante explosión.

La próxima vez tendrían que estar mucho mejor preparados en todos los sentidos, se dio cuenta. Más de veinte band se habían perdido en este intento, sin lograr prácticamente nada. Lo único que Rondl había conseguido era alertar a los monstruos de que los band eran, al menos en teoría, capaces de intentar resistir débilmente.

***

La pesadilla que siguió fue aún peor. Tenía muchas más vidas en su conciencia, y estas nuevas no habían sido en absoluto voluntarias. Había intentado proteger a sus tropas del odio de los monstruos, y había fracasado.

Él y sus compañeros atacaron la nave solariana tal como lo habían hecho en la realidad; de hecho, por un momento confundió el sueño con la realidad. La nave se parecía más que nunca a un kratch gigantesco, con una punta mortal y una abertura de alimentación en la parte delantera, y un escape de desechos inmundos en la parte trasera. Se acercaron sin dificultad, pues los miraba con desprecio. Esta vez, esperaban la aparición de un arma explosiva. Llevaban consigo a un band especialista en explosivos; él creía saber cómo usar su magnetismo para cortocircuitar el sistema eléctrico de una bomba o proyectil e impedir su activación.

Pero de nuevo se abrió la escotilla y apareció la cabeza odiosa. Los globos oculares hinchados se retorcían en sus confinamientos. «¡Serás nuestro!», gritó la voz repugnante.

Y de repente Rondl fue atraído hacia aquella cabeza espantosa, posándose sobre ella aunque no tenía espina, descendiendo hasta su repugnante superficie peluda, fusionándose con su carne grasa. Rondl intentó dispersarse, pero era demasiado tarde. Carecía del control necesario en ese estado onírico. Su consciencia penetró el terrible hueso sólido de la cabeza y se expandió para abarcar los órganos grotescos, incluso los globos oculares inflados de líquido.

Esos orbes parecían casi chapotear al deslizarse dentro de las cuencas óseas del cráneo. Eran esferas con carcasas cúbicas, clavijas redondas en agujeros cuadrados. Su único aspecto familiar era el cristalino del globo ocular: era pequeño, físico y cerrado, pero procesaba la luz. Rondl se centró en eso, esforzándose por establecer un bastión de cordura. Tal vez aún pudiera encontrar una manera de escapar de este horror.

El engendro retrajo la cabeza hacia el interior de la nave. Era macho, y sus apéndices óseos y carnosos le permitían mantenerse de pie sobre un soporte y alcanzar la escotilla para cerrarla. Un gas silbó en la cámara, presurizándola. El orificio de tejido carnoso lubricado del monstruo se abrió, y una mezcla de aliento, aire y gases residuales salió ruidosamente. «Otra vez los ringers», dijo. «¡Expulsémoslos del espacio!».

Las máquinas funcionaban, con una motivación terriblemente alta. La radiación brillaba en las pantallas. El grupo de discos bonitos del exterior se convirtió en pequeñas nubes de polvo. Los ringers habían desaparecido.

—Es como disparar a platos de arcilla —dijo el monstruo, mientras su cuerpo, convertido en fuelle, se agitaba de risa.

El horror de Rondl se volvió tan grande que toda su conciencia se hizo añicos. Porque él, en el cerebro gelatinoso del monstruo, había participado de hecho en este asesinato.

Dejó de intentar orientarse, de conservar la cordura o incluso la conciencia. Se desintegró, disolviéndose.

Y despertó. Cirl flotaba ansiosamente. «El peor hasta ahora», exclamó Rondl, casi temiendo que su comunicación se convirtiera en una explosión de atmósfera vibrante. «Entré en el cuerpo de un monstruo. Vi a mis compañeros destruidos».

«Pero solo algunos fueron destruidos», le recordó Cirl, para luego corregirse rápidamente. «Algunas se disolvieron. Los band no pueden ser destruidos; solo pueden ser llevadas rápidamente al Círculo Viscoso».

«¿Y si todos los band físicas se disuelven, qué pasará con el Círculo Viscoso?», preguntó, centrándose en esa pregunta en lugar de en la pesadilla que se desvanecía.

«¿Por qué? Tiene que haber *algunos* band físicos que sirvan de anfitriones para las partes del aura del grupo», dijo. «Si todas se disolvieran, el Círculo se quedaría sin fuentes de nuevas experiencias».

«Y así, poco a poco, se iría debilitando», señaló Rondl. Ya no intentaba debatir la existencia del aura incorpórea; era más fácil dar por sentada su validez en aras de la armonía y el diálogo con Cirl. «Así que debemos evitar que los band físicos se disuelvan. Al menos algunos de ellos».

—Es cierto —asintió, dándose cuenta de las repercusiones más amplias de la situación. Había apoyado a Rondl porque lo amaba; se había mantenido al margen del entrenamiento y el combate. Ahora parecía unirse a él tanto intelectual como emocionalmente.

«Solo yo sigo fracasando, y estas pesadillas amenazan con acabar conmigo», dijo. «Parece que no estoy a la altura. Intenté disolver el grupo. Al menos eso acabó con el sueño».

«Ningún band está capacitado para luchar contra engendros», dijo. «Quizás los sueños sean un reflejo de tu incertidumbre, lo que te lleva a cometer errores en tus intentos reales. Si pudieras superar los obstáculos mientras duermes, tal vez tendrías más éxito estando despierto».

«Tal vez», asintió con incertidumbre. A Cirl le encantaba conjeturar razones para sus fracasos, eximiéndolo de responsabilidad, y muchas de ellas parecían plausibles. Pero esta era la opuesta a la anterior, en la que había pensado que la conquista del realismo ayudaría a sus sueños. «Sospecho que tanto los sueños como los fracasos son meros reflejos de mi incompetencia, pero como nadie más intenta salvar a los band, tengo que hacer todo lo posible por ser competente».

«Te ayudaré a conquistar tus sueños», decidió. «Sé que puedes lograrlo, si tan solo cuentas con el apoyo adecuado».

Le conmovió su fe, pero seguía mostrándose escéptico. «Nadie más que yo puede entrar en mis sueños».

'Eso no es cierto. Puedo ir contigo.'

Parecía hablar en serio. "¿Cómo es posible?"

Ahora parecía reticente. «Hay una solución».

Ella siempre estaba así cuando estaba lista para hacer el amor. Sabía hacerlo, pero no describirlo. «Enséñame cómo», dijo él, sin creerlo del todo.

Ella dirigió su rayo con firmeza hacia el de él, en posición amorosa. Ella usó el sol Éclat, el sol deslumbrante, como siempre. Sin duda, no era amor lo que pretendía. Rondl se mantuvo firme, esperando su movimiento.

«Duerme, duerme, duerme», le envió. Él lo recibió emocionalmente, no intelectualmente, pues le llegaba al revés, al lado subjetivo de su perspectiva. El amor era ciego; también lo era este mensaje. Pero no necesitaba ver para sentir sueño.

Esperó, y ella se acercó: «Duerme, duerme». Él siguió respondiendo, cayendo en un estado de trance que rozaba el sueño; no podía imaginar una forma más placentera de alcanzarlo. Cirl se acercó a él y unió su círculo amarillo al verde de él. No era de extrañar que no hubiera podido describir el gesto, pues si hubiera sido amor, habría sido una

descripción demasiado gráfica. Pero en cambio, era sueño, del más placentero: abrazado y realzado por ella.

Rondl dormía y soñaba, y ahora Cirl estaba con él. «¡Estás aquí!», exclamó, asombrado y complacido. «¡Estás en mi sueño!».

—Por supuesto —respondió ella, despreocupada—. Dos personas no pueden formar un círculo vicioso, pero podemos crear una pequeña ilusión al unirnos emocionalmente. Esta vez no se refería al círculo espiritual, sino al físico. —Siempre estaré contigo cuando me necesites.

Pero el sueño ya los estaba arrastrando. Cargaron contra la nave monstruo, la escotilla se abrió y la cabeza de la horrible criatura asomó. «¡Ahora serás nuestro!», exclamó el monstruo con su atmósfera calentada, y Rondl fue atraído hacia él.

Él intentó resistirse, y Cirl intentó detenerlo, pero la secuencia de pesadilla fue demasiado intensa para ambos. Rondl y Cirl fueron absorbidos por el monstruo.

—¡Aguanta! —exclamó Rondl, más preocupado por ella que por sí mismo—. Es terrible, ¡pero se puede superar!

Resulta que Cirl rebotó en la cabeza masculina y aterrizó en la femenina. Esto era lógico; las auras masculinas solo podían habitar cuerpos masculinos, y las femeninas, cuerpos femeninos. ¿Se cumplía lo mismo en el Círculo Viscoso?

¿Cómo podían fusionarse allí las auras de ambos sexos? Tendría que preguntárselo a Cirl cuando despertaran.

Aunque ya no podía intercambiar destellos con Cirl, de alguna manera Rondl seguía en contacto con ella. Por suerte, en un sueño esto podía ocurrir.

El monstruo que ocupaba Rondl miró fijamente la pantalla plana. Rondl vio la imagen; incluso filtrada por el desagradable mecanismo de los globos oculares de saco acuoso, era bastante clara. «¡ringers! ¡Malditos sean!». Esto era igual que en el último sueño; o los monstruos o los sueños no se molestaban en ser originales.

—¿Son como si fueran anillos? —preguntó Cirl, perpleja. Como no podía teletransportarse en esa forma, la comunicación entre ellos carecía de sentido. Pero en realidad dormían juntos, unidos emocionalmente, y eso se traducía en una conexión intelectual en el sueño, de modo que podían conversar incluso cuando el sueño sugería que no podían. Los sueños no seguían las reglas normales de la vida, y eso era lo maravilloso y a la vez aterrador de ellos.

«Ringers: ese es el nombre que los monstruos le dan a los band», explicó Rondl. «Creo que denota desprecio».

¿Desprecio? Este era otro concepto nuevo para ella.

'Baja estima. Aversión. Los monstruos no respetan a los band.'

Ella no pudo evitar reír, sus destellos palpitantes se manifestaron ante él por la magia de la realidad bajo las imágenes oníricas. «¡Falta de respeto, de los monstruos! Sí, ahora percibo el pensamiento de este engendro. Hay corrientes de personalidad que se abren paso a través de este cerebro gelatinoso. No le importan los extraterrestres».

¡Extraterrestres! —exclamó Rondl, encontrando aún más humor en esta idea.

«¡Para los monstruos, nosotros somos los extraterrestres!». A ella también le pareció gracioso.

«Pero esta es nuestra pesadilla, no la suya. Quizás podamos transformar su desprecio en respeto». Rondl se concentró mientras la mano–extremidad del monstruo se extendía hacia la máquina que causaba las explosiones. Rondl obligó a la mano a retroceder, extendiendo su presencia a través de los tubos, las cuerdas y los depósitos de grasa que la componían, provocando una convulsión en el tejido muscular, y la cosa, en efecto, se desvió.

'¡Oye, mi mano no me obedece!', exclamó el ex monstruo con una enorme exhalación de aire.

—Déjame ver —exhaló la mujer. Convulsionó sus propias extremidades cubiertas de grasa, equilibrándose sobre los huesos y las articulaciones, y se movió por la habitación. Era grotesca, con pesadas masas de carne que acolchaban sus

huesos en lugares que distorsionaban sus configuraciones externas sin mejorar su eficiencia locomotora, y masas glandulares adicionales, también cubiertas de grasa, que colgaban de su torso, de modo que debían estar sujetas externamente con una banda de material especial. Sus brillantes orbes oculares se deslizaban dentro de sus cuencas malformadas, mostrando blanco alrededor de los bordes, y una masa de fibras extraordinariamente gruesa, completamente disfuncional, colgaba de su cabeza. Incongruentemente, estas fibras superfluas eran amarillas, del mismo color que la propia sustancia de Cirl.

Rondl quedó atónito. Vio al engendro hembra tal como era en todo su horror, pero el cerebro de tejido empapado del monstruo macho la percibía de forma completamente distinta. El monstruo la veía como una mujer ágil, esbelta y bien formada, con piernas excelentes, un busto excepcional, hermosos ojos verdes y una preciosa melena dorada. Las curvas de su torso al caminar lo llevaron inmediatamente a pensar en cuestiones reproductivas. Pero solo pudo mirar, no actuar, porque ella había comprometido su capacidad reproductiva con la atención de otro macho. Cualesquiera que fueran sus defectos, los monstruos tenían una sensibilidad brutal respecto al mestizaje.

Cirl también se sorprendió. «Esta hembra se cree atractiva para otro de su especie», comentó. «Piensa que los ojos de tu macho se están derritiendo al contemplar su carnosa anatomía. ¡Qué ilusión!».

—No es ninguna ilusión —respondió Rondl—. El monstruo macho quiere... —Pero interrumpió su explicación al comprender mejor la mecánica de lo que el macho haría para facilitar la reproducción, si tuviera la oportunidad. Sus acciones eran apenas comprensibles y completamente repugnantes.

Cuando la hembra intentó tocar la máquina de matar, Cirl impuso su voluntad y se lo impidió. «¡Algo me detiene!», exclamó la monstruo hembra, alarmada.

La atención del macho se apartó de la hembra y volvió a la máquina. Intentó alcanzarla de nuevo, pero Rondl provocó una convulsión muscular anómala. Los ojos líquidos de la hembra parecían a punto de estallar mientras miraba a su alrededor presa del pánico, su torso sacudiéndose de una forma que ya no resultaba tan atractiva para el macho.

La pesadilla de los band se estaba convirtiendo en la pesadilla de los monstruos. «¡Podemos controlarlos!», exclamó Rondl. «¡Podemos hacer que obedezcan nuestra voluntad!»

Entonces despertó. Cirl permaneció a su lado, anillo con anillo. Ya no podía comunicarse con ella objetivamente —qué extraño que la expresión subjetiva se volviera objetiva en el estado onírico—, pero sí podía hacerlo emocionalmente.

Entusiasmado por su éxito al controlar a los engendros de pesadilla, Rondl procedió a la otra utilidad de este puesto. No quiso admitir que la idea le había sido inculcada por los pensamientos del monstruo de pesadilla masculino, pero le gustaba. «¡Amor! ¡Amor!», exclamó.

Cirl respondió a sus señales. Pronto se sumieron en una dicha indescriptible. Sin embargo, Rondl se mantuvo firme; ¡juntos habían vencido las pesadillas! Habían evitado la aniquilación de los band, por esta vez. Ya no tenía que temer a los engendros de sus sueños, gracias a la oportuna ayuda de Cirl.

Capítulo VIII

CAMPAÑA

Rondl y Cirl reorganizaron su grupo, que, a pesar de las pérdidas anteriores, crecía enormemente a medida que un número cada vez mayor de band se alarmaba por la intrusión alienígena. Rondl estableció un organigrama de instructores y personal para que las habilidades de cada recién llegado se integraran al esfuerzo. Designó un cuerpo especial de encargados de registros que llevaban un registro de los demás, ya que los band no tenían registros escritos ni informáticos. Cuando necesitaba un buen geógrafo para trazar el patrón de líneas magnéticas en una región determinada del espacio, los band encargados de los registros lo identificaban; cuando necesitaba un buen organizador de círculos para una conferencia, lo localizaban.

Los band estaban intrigados por lo que Rondl estaba haciendo. Esta era su primera experiencia con la organización jerarquizada; lo consideraban un juego o una disciplina emocional, y una vez que dominaron los principios fundamentales, cooperaron bien. Un grupo de band estaba evolucionando y ganando en competencia. Rondl esperaba no volver a perder a la mitad de su grupo por disolución sin haber logrado nada.

Tembl, la filósofa azul, se volvió más valiosa. Siempre estaba cerca y dispuesta a realizar cualquier tarea, por pequeña que fuera. A Rondl se le ocurrió que tal vez ella estuviera tramando algo... pero no, se interrumpió, esa era su información alienígena que le estaba infundiendo ideas desafortunadas. Cirl era su amor.

Ahora bien, ¿cómo quedaron las cosas? Con la inestimable ayuda de Cirl, había vencido sus pesadillas, pero aún le quedaba por vencer a los monstruos. El problema radicaba en la naturaleza de los band: se disolvían con demasiada facilidad ante la mera insinuación de violencia y perdían la disciplina cuando finalmente se dejaban llevar por cierto fervor bélico. Claramente, se encontraban en un estado de locura que generaba una incómoda inestabilidad.

Necesitaba que experimentaran el combate directo contra un enemigo inferior a los monstruos, para seleccionar y fortalecer a sus tropas más eficaces. Tenía que hacerlo

pronto, porque los monstruos no se quedarían de brazos cruzados esperando a que se preparara.

¿Qué se le ofrecía? Necesitaba un enemigo real, no otro invento. Un verdadero desafío, pero no demasiado grande como para no poder superarlo. Algo como el monstruo acuático, o...

¡El kratch! ¡Menudo desafío! Los band veían maldad en muy pocas cosas, pero reconocían la maldad del kratch. Sería bueno que las rutas espaciales se libraran de semejante engendro.

Rondl se lo planteó con franqueza: «Aún no estamos preparados para enfrentarnos a los monstruos interestelares. Pero formaré mi equipo con aquellos que demuestren estar a la altura de las exigencias necesarias, desempeñando satisfactoriamente una misión provisional. No será fácil, pero creo que es más sencillo que lidiar con los solarianos».

—¿Pero qué es? —preguntó Tembl con entusiasmo.

«Vamos a eliminar a los kratch de la zona de escombros más cercana al planeta de origen, para que esta región sea segura para los band».

De repente, cundió el nerviosismo. ¡Esto era real! Los band se tambaleaban, se atenuaban y giraban de forma errática.

«Esto es voluntario», aclaró Rondl. «Solo quiero a quienes decidan unirse a mí, conscientes del peligro. Considero que los kratch representan una amenaza menor que los solarianos, y cualquiera que no pueda enfrentarse a los kratch no podrá oponerse a los verdaderos monstruos. Este es un proceso selectivo; no quiero que más band se vean envueltos en situaciones que superen su resistencia y se disuelvan en momentos críticos. Quienes no deseen enfrentarse a los kratch no tienen por qué renunciar al esfuerzo general; habrá otras tareas, como marcar el avance de los monstruos y transmitir mensajes; tareas menos estresantes, pero igual de importantes. Así que piensen bien qué tipo de participación prefieren. Esta misión en particular es para los más audaces».

Lo consideraron detenidamente. El kratch no era teórico; el kratch era terrible y directo. Ningun band podía enfrentarse a un kratch y ser ignorado. El kratch era la disolución involuntaria encarnada.

Al final, unos treinta band se ofrecieron como voluntarios para la misión del kratch. Rondl esperaba más, pero no estaba dispuesto a forzar la situación; eso sería contraproducente.

«Me persiguió un kratch», les dijo Rondl a este grupo selecto. «Me alcanzó, pero logré recoger un montón de polvo y se lo arrojé al bicho, provocándole indigestión. Creo que ese método es demasiado peligroso; necesitamos

alternativas más seguras. Pero esto demuestra que el kratch no es extremadamente inteligente y que se le puede ahuyentar con métodos bastante obvios. ¿Alguno de ustedes tiene alguna sugerencia?»

Con cautela, concluyeron planteando el problema. «Podríamos llevarlo a un lugar peligroso», sugirió una band amarilla. «Uno lleno de rocas».

«Ya lo intenté antes», dijo Rondl. «Me alcanzó y me atrapó antes de que pudiera encontrar un lugar adecuado. ¿Quién querría guiar al kratch de esa manera?»

Los band estaban intimidados. Ninguno de ellos estaba dispuesto a asumir ese tipo de tarea.

«En realidad, si tuviéramos una región de peligro seguro para el kratch y supiéramos con precisión dónde está, podríamos guiar al monstruo allí sin peligro, siempre que tuviéramos suficiente ventaja», dijo Rondl. «Es cuestión de margen. Si cree que puede atrapar a uno de nosotros, y sabemos que no puede, la tarea se vuelve factible. La preparación es clave». Ahora más miembros de los band se mostraron optimistas, pero aún nadie tenía una sugerencia.

Tras una pausa, Rondl continuó: «Tengo dos ideas sobre este problema que pueden considerar y juzgar. Primero, debemos explorar minuciosamente la región para saber exactamente dónde encontrar la formación adecuada, de

modo que no haya conjeturas peligrosas cuando se despierte el kratch. Repito: la planificación es fundamental».

'¿Pero qué pasa si el kratch nos ataca mientras buscamos?', preguntó una band de color azul oscuro.

—Ahora sí que estás pensando en el futuro —dijo Rondl con aprobación—. Aquí es donde entra en juego mi segunda idea. Voy a enseñarte el arte del cross–tag.

Se quedaron perplejos, sin entender a qué se refería. No era de extrañar; era otra idea extraña. «Es un juego en el que una persona persigue a otra», explicó Rondl. «Luego, un tercero se interpone entre ellas, y el perseguidor debe seguir al nuevo hasta que un cuarto se interponga, y así sucesivamente».

«¿Pero no se cansaría el perseguidor?», preguntó una band roja. Los band sí se cansaban al esforzarse; era difícil procesar energía al máximo durante mucho tiempo. Algunos band trabajaban arduamente para desarrollar un procesamiento de alta energía sostenido que les permitiera viajar entre las estrellas, pero la mayoría no se encontraba en esa condición.

—Así debería ser —coincidió Rondl.

«Entonces el juego no podría continuar», protestó la band. «El perseguidor no podría competir».

«No podía prolongarse más de lo que los jugadores deseaban», coincidió Rondl.

'Entonces, ¿cuál es la razón?'

«El kratch, a su debido tiempo, será el perseguidor en el juego que contemplo».

¡Pero el kratch se cansará y se negará a seguir jugando!

Rondl los dejó reflexionar sobre eso. En un instante, los band empezaron a comprender. «¡Para el kratch, esto no es un juego!», exclamó uno. «El kratch no podría atrapar...», comenzó otro. Entonces todos estallaron en una risa de alivio.

«Si dominamos este juego, no deberíamos temer al kratch», concluyó Rondl. «Podríamos escapar de él a voluntad. Si aún no hemos encontrado un lugar adecuado para deshacernos de él, simplemente podemos huir cuando esté demasiado cansado para seguirnos».

'¡Entonces será fácil!', mostró una band verde.

¡El exceso de confianza era peligroso! «No necesariamente», advirtió Rondl. «Siempre existe la posibilidad de lo inesperado».

«¿Inesperado?», la band verde parpadeó sin expresión. «¿Qué podría pasar?»

¡Era la ingenuidad de la inexperiencia! «Si algo puede salir mal, saldrá mal», les dijo Rondl. Y se preguntó cómo lo sabía. El propio Rondl tenía muy poca experiencia, según recordaba.

«¿Cómo podemos prepararnos para lo que va a salir mal si no sabemos qué esperar?», preguntó un miembro band de color blanco.

«Eso es difícil», admitió Rondl. «Creo que deberíamos organizar un plan de escape y desarrollar una forma alternativa de destruir a kratch. Así que necesitamos un nuevo conjunto de ideas».

Los band, sociables y serviciales, le siguieron la corriente. Formaron dos círculos y buscaron nuevas respuestas. Pronto dieron con algunas buenas. Un grupo ideó una forma para que varios band se alinearan y concentraran un rayo de sol con tal precisión que generara una gran cantidad de calor en su punto focal. Si otra fila de band concentraba un rayo del otro sol de forma similar y lo dirigía al mismo punto, la combinación podría ser lo suficientemente fuerte como para comenzar a vaporizar el material del kratch.

«¡Intentémoslo!», exclamó Rondl, complacido. Así lo hicieron, alineándose y enfocando la vista en un fragmento de roca. En cuestión de segundos, este se calentó y se partió. Rondl los animó a practicar esta maniobra. Un problema era que las líneas magnéticas sobre las que debían congregarse

los band no necesariamente estaban alineadas con la luz de los soles, por lo que las formaciones debían ubicarse con precisión. Podía ser difícil enfocar un objetivo en movimiento. Por lo tanto, necesitaban explorar la posición de las líneas magnéticas, así como la de las rocas.

El otro grupo quería localizar fragmentos metálicos que pudieran usar para bombardear al kratch. El problema era que necesitaban tiempo para localizar y recolectar las piedras, y correrían peligro al hacerlo. Además, no estaban seguros de que los pequeños trozos que podían manipular con magnetismo individual tuvieran la masa suficiente para dañar al bicho. Quizás podrían agruparse de dos en dos o de tres en tres para manejar piezas más grandes. Pero correrían peligro al localizar dichos objetos y colocarlos en su sitio. Los que enfocaban el haz podían practicar en un espacio despejado, pero los que lanzaban fragmentos tendrían que adentrarse en la zona de escombros, donde acechaba el kratch.

Acordaron ensayar primero las técnicas más seguras y luego ir a por las piedras. Si en ese momento aparecía el kratch, comenzaría el combate. Si no aparecía, reunirían un gran arsenal de piedras y localizarían varios lugares adecuados para tender trampas, preparándose para cuando apareciera el enemigo.

A Rondl se le ocurrió que podrían emplear circuitos magnéticos para fabricar una bomba: una roca que se

desintegraría violentamente al ser estimulada magnéticamente. Pero eso sería complejo, y tal vez requeriría un largo período de investigación; tendría que investigarlo más adelante.

Se pusieron manos a la obra. Los band, como era de esperar, eran cautelosos en esta zona, preocupados por la protección que el cinturón de planetoides ofrecía al monstruo. A pesar de su aparente confianza, no estaban del todo seguros de que esta exploración fuera factible.

Aparecieron lugares prometedores. Rondl los examinó a medida que le llegaban las noticias de su descubrimiento. Uno era un gran fragmento irregular de roca, parcialmente partido a lo largo de una falla, de modo que había una muesca por la que un band podría deslizarse, siendo demasiado pequeña para el kratch. Pero era demasiado poco profunda e inclinada para ser realmente efectiva; el kratch que lo persiguiera probablemente rebotaría y sería cauteloso a partir de entonces. Otra posibilidad consistía en dos rocas unidas por un istmo, todo girando lentamente. En el ángulo adecuado, había un estrecho pasaje entre las dos masas. Esto podría servir. Un band marrón fue designado como el último miembro del equipo; él guiaría al monstruo a través del centro.

El band marrón comenzó a practicar de inmediato, calculando su aproximación para que pareciera dirigirse hacia una pared plana de roca, llegando justo cuando la

rotación colocaba la grieta en su lugar. Dado que la abertura era demasiado estrecha para que pasara la masa del kratch, esto podría ser devastador. Pero si el bicho lo veía venir...

Pero ¿dónde estaba el kratch? Rondl esperaba que apareciera a estas alturas. ¿Acaso el monstruo andaba dando vueltas al otro lado del anillo de roca, haciendo que todos sus preparativos fueran en vano?

—Ahora recojamos rocas metálicas —dijo Rondl, disimulando su recelo—. Este ejercicio no serviría de mucho a menos que eliminaran al kratch.

Los band del cross–tag habían estado practicando su juego con mucho entusiasmo, aumentados por varios de los que al principio habían sido demasiado tímidos para ofrecerse como voluntarios. Parecía que este enfoque positivo había contagiado confianza, y ahora más band estaban listos para afrontar la tarea. Eso estaba bien; Rondl estaba seguro de que los que se unieron después de la debida consideración... serían al menos tan sólidos como aquellos que se unieron sin pensarlo. Todos estos band se estaban volviendo expertos en la maniobra de interceptación; disfrutaban del vuelo de precisión, y Rondl creía que eran lo suficientemente buenos para cumplir la misión. Se aseguró de que supieran dónde estaba el destino final, aunque no se acercaron a él; no tenía sentido delatar su plan al kratch, que bien podría estar al acecho y observando. No era que Rondl temiera que el monstruo fuera más inteligente de lo estimado, sino que la

cantidad de band en la zona podría hacerlo cauteloso; esa podría ser, de hecho, la razón por la que no había aparecido. La seguridad que proporcionaba el número podría estar interfiriendo con el proyecto.

«Quienes no estén buscando activamente, que se mantengan a cierta distancia», indicó. «Queremos que el grupo parezca lo suficientemente pequeño como para ser vulnerable».

El grupo de la piedra descubrió un rico yacimiento de rocas y comenzó a trasladarlas a una zona de depósito conveniente, formando así un pequeño meteorito artificial. El anillo de escombros estaba estratificado, con bandas de rocas más grandes, arena fina y fragmentos metálicos. Rondl se preguntó cómo se había formado, y se le ocurrió una idea peculiar: el «límite de Roche». Una luna no podía orbitar un planeta dentro de un cierto radio, porque las fuerzas de marea la desintegraban. Pero estaba seguro de que esto no era de conocimiento general entre los band; ¿por qué *lo* sabía él? Esa era la clase de pregunta que lo había inquietado desde el principio.

—Estás interiorizando las cosas otra vez —le reprochó Cirl.

«A una criatura hay que permitirle algunos defectos», murmuró, satisfecho en secreto por su atención. Le gustaba tenerla allí con él, a pesar del peligro que corría. Para empezar, Tembl solía mantenerse un poco más distante.

«La próxima vez, internalízalo externamente, para que pueda compartirlo», dijo con un destello.

Por supuesto, se trataba de una idea humorística. Pero lo que podría haberse convertido en un agradable intercambio se vio interrumpido por un destello de alarma: «¡engendro! ¡monstruo!».

De repente, todo se puso serio. «¡Equipo de relevos, ya saben qué hacer!», exclamó Rondl, lanzándose hacia la acción. «¡Ataquen al monstruo, manténganlo en movimiento, cansenlo!»

Ya habían provocado al kratch, y este se movía. Era un enorme monstruo de metal gris, que relucía bajo la luz del sol, y era terriblemente rápido. Los band cruzaban el mapa, y el sistema funcionaba; el kratch giraba para perseguir a cada nuevo band, porque parecía estar más cerca.

Pero Rondl estaba preocupado. Sabía, por la profunda experiencia que las cosas rara vez salían a la perfección, y si algo fallaba, perderían un band. Incluso si tenían éxito, podrían perder varios por disolución. Si fracasaban, podría ser terrible. Algunos band ya estaban abandonando la competición, pues la aprensión había vencido su entusiasmo inicial. Algunos eran los reclutas más recientes, pero otros eran los originales. Así pues, el estrés de la acción resultó ser un proceso de selección distinto al de la anticipación.

Afortunadamente, la mayoría del grupo permaneció, por lo que los band se mantuvieron descansados y con energía.

No había señales de ningún problema. El kratch era demasiado estúpido para darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Seguía a cada nuevo band que aparecía cerca, pero para cuando el monstruo alcanzaba el nuevo vector no estaba más cerca de lo que había estado de la presa anterior. Se requería energía para cambiar de dirección incluso ligeramente. Si el bicho finalmente se daba cuenta y se negaba a distraerse del band original que estaba siguiendo...

No lo hizo. Ahora se notaba que se estaba cansando, ya que las constantes correcciones de rumbo le exigían mucha energía. Tenía mucha masa y necesitaba mucha potencia para moverse. A corto plazo podía superar a un band, por eso era tan letal, pero en una persecución prolongada la ventaja se invertía. Era bueno saberlo; probablemente una cadena de tan solo tres band podría cansar a la criatura, permitiéndoles escapar.

Aunque el kratch se volviera más astuto y se aferrara a un sola band, ahora no podría alcanzarlo. Había gastado demasiados recursos. «¡Llévenlo a la trampa!», gritó Rondl.

Lo condujeron hacia la roca agrietada. El band de color marrón se mantenía al acecho, listo para hacer su parte en el último tramo.

Se produjo un nuevo estallido de alarma. «¡Otro kratch!»

¿Otro kratch? ¡Rondl no se lo esperaba! Claro que había más de uno. ¿Por qué no lo había pensado antes? Tenía que haber una población reproductora. Podría haber cientos. La misión se había complicado considerablemente de repente. Quizás el primer kratch se había retrasado porque estaba informando a sus amigos de la abundante cosecha.

«¡Equipo de relevos: provoquen al nuevo monstruo!», exclamó Rondl. «¡De la misma manera! ¡Podéis hacerlo!».

Podían lograrlo, pero este suceso había mermado su confianza. Ya no estaban frescos, aunque tampoco cansados. El nerviosismo los debilitaba. Así, se les resbaló la cadena y no consiguieron conectar con el band marrón en la trampa. Algunos de los miembros band guiaron al primer monstruo; otros fueron tras el segundo.

Ningún band se había disuelto, al menos. Pero ¿y si aparecieran más bichos? ¿Cuánto tiempo podría continuar el juego si siempre hubiera otro monstruo, uno nuevo reemplazando al viejo? Esto podría convertirse en otra forma de juego, con los kratch dictando las reglas.

«¡Es solo un nuevo desafío!», exclamó Rondl, intentando desesperadamente mejorar su determinación. ¡La inacción era un desastre! «¡Ánimo! ¡Ánimo!»

Ellos lideraban la persecución. No había nada más que pudieran hacer, pues una vez que un kratch iniciaba la persecución, nunca la abandonaba. Pero ahora reinaba la confusión: ¿quién debía interceptar a qué kratch? A veces dos band atacaban juntos; otras veces había una pausa peligrosamente larga entre las intercepciones. Era inevitable que surgieran problemas.

«Alejen al segundo del primero», dijo Rondl con voz temblorosa. «Separen los grupos para evitar confusiones. Son suficientes para enfrentarse a dos monstruos. Los bandos que estén cansados pueden unirse al grupo con el kratch cansado; en cuanto nos reorganicemos, lo arrojaremos a la trampa, como estábamos a punto de hacer antes de que nos confundiéramos». Esperaba que su aparente confianza los animara. La indecisión y la desorganización eran amenazas mayores que los dos kratches.

Accedieron y la situación mejoró. Ahora los dos equipos de lucha libre funcionaban a la perfección: uno rápido y otro lento.

«Conduzcan al primer monstruo hasta el final», sugirió Rondl. «Una vez que eso haya terminado, traigan al segundo bicho».

Entonces sonó una tercera alarma. ¡Había aparecido otro kratch!

Los band, ya conmocionados, perdieron el control por completo. Ambos equipos se separaron, dejando a dos monstruos persiguiendo a dos band desprevenidas.

¡Desastre! Rondl se quedó un instante paralizado por el horror, luego reaccionó con la rapidez de la desesperación. Dos band estaban cerca: Cirl y Tembl. Ambos eran jóvenes y competentes. Les dio órdenes rápidamente.

«Tembl, ve a interceptar al primer kratch y llévalo directamente a la trampa. Deja que el band marrón lo remate. Cirl, busca a un band que conozcas bien y haz que se una a ti para interceptar al segundo kratch. Yo me encargaré del tercero.»

—Pero… —protestaron ambas, preocupadas por él.

—¡Ahora! —exclamó con tono imperativo. Se marcharon.

Cuando los otros band vieran que el juego continuaba, esperaba que se arrepintieran de su necedad y se reorganizaran. El pacifismo de los band era más que una simple teoría; estas personas carecían de la resistencia necesaria para un esfuerzo sostenido en la adversidad. Sin duda, responderían al ejemplo adecuado. Pero si no lo hacían, o si aparecían más monstruos...

Necesitaba algo más inmediato que el envite cruzado para lidiar con los kratch. Algo obvio y devastador, para derrotar

a los monstruos y dar a los band valor instantáneo. Algo como la lente ardiente.

Pero era imposible organizarlo en medio de este caos. Tenía que improvisar algo sencillo, que no requiriera ajustes en medio de la confusión.

Vio a Tembl guiando al primer y cansado kratch hacia la zona rocosa. Eso acabaría con uno. Cirl guiaría al siguiente por el mismo camino. Rondl encontró una leve ironía en el hecho de que, de entre todos sus valientes band, dos de las hembras más dóciles eran en las que confiaba en este paso tan peligroso.

Dos Kratch neutralizados, por el momento. Pero el tercero, y posiblemente el cuarto, quinto, sexto… ¿qué sería rápido y seguro, incluso contra todo pronóstico?

De repente, lo comprendió. La defensa: ideal para el temperamento del band. La defensa era el mejor ataque. Pero esta nueva táctica requeriría valor, al principio. ¿Tenían suficiente valor estos band conmocionados?

«¡Todos los band libres, diríjanse hacia mí!», gritó en espirales. «¡Tengo una nueva formación que debería ser segura ante cualquier ataque!»

Eso les llamó la atención. Llenos de esperanza, se agruparon a su alrededor. «Formaremos un tubo», anunció. «Doble propósito: concentrará la luz para quemar al

engendro, pero también nos protegerá. Será un tubo de contacto corporal unido por nuestras fibras, no por alineación a distancia. Como un band que transporta a otro en caso de emergencia, solo que en este caso seremos una docena de band juntos. El kratch no puede digerir lo que no puede contener, y esta formación será demasiado grande para él. Lo único que se necesita es el valor para mantener la posición, pase lo que pase».

Se quedaron revoloteando, indecisos. Rondl no les dio tiempo a pensarlo. Pensar era peligroso para el valor. «¡Ustedes, síganme!», gritó.

La band Azul optó por el camino de menor resistencia y obedeció. Ahora eran dos juntos. «Tú, band Naranja, mantente junto a la azul», gritó Rondl a través de su lente doble. En un instante, eran tres: una formación prácticamente desconocida para los band.

Continuaron hasta los doce, y el tubo resultante era tan largo como un kratch. ¡Obviamente, esta masa no podía ser asimilada por el monstruo!

«¡Ahora formen un segundo tubo, y un tercero!», exclamó Rondl, recorriendo el tubo a toda velocidad. La maniobrabilidad se había visto afectada; esta estructura era torpe. Pero podía moverse con cuidado. «Practiquen concentrar los rayos de los soles, como hicieron antes. Intenten quemar piedras. Cuando llegue el kratch,

quémenlo». No estaba seguro de cuánto de su mensaje estaba llegando a los otros tubos, ni de cuán factible sería quemar al kratch, pero al menos este era un plan de acción positivo, y los miembros de su propio tubo lo entenderían.

Rondl dirigió su tubo hacia el kratch que seguía a Cirl. Aunque torpe, el tubo podía generar una velocidad considerable, pues la potencia motriz de los band era acumulativa. Se acercaron a Cirl. «¡Manténganse cerca!», gritó Rondl. «¡Estarán a salvo mientras no se separen del tubo!»

Cirl difícilmente pudo haber captado mucho de aquel torpe destello, pero vio la formación. Confiaba en él, y ahora estaba cansada. Tenía que aprovechar lo que se le ofrecía. Con un último esfuerzo, se inclinó hacia adelante y hacia un lado, y se aferró al extremo del tubo. El monstruo la seguía de cerca.

Cirl no podía comunicarse con Rondl; la comunicación era unidireccional. Pero sabía cómo reaccionaba ella, pues él mismo había estado muy cerca de un kratch. Le enviaba un mensaje tranquilizador: «Eres el final del tubo, Cirl; el kratch vendrá a por ti. Aunque su espina atraviese tu lente, la criatura no puede consumirte, porque formas parte de una estructura demasiado grande para ella. Y vamos a ponérselo aún más difícil».

Pues había ideado una nueva estrategia. Bajo la dirección de Rondl, el tubo se orientó hacia Eclat, volando directamente hacia el sol por la ruta más conveniente. Con los trece band esforzándose al unísono, su velocidad de avance superó la que kratch podía mantener. «¡Ahora podemos superar al bicho!», exclamó Rondl. «¡Pero no lo haremos! Vamos a exhibir a nuestro prisionero ante los demás band y luego deshacernos de él. ¡Todos deben saber que los band ya no tienen nada que temer de los monstruos!».

Hicieron un círculo lento, cambiando de línea con cuidado, y el kratch los siguió. Les mostraron a los demás band lo bien que funcionaba esta formación, y Rondl supo que el estímulo era tremendo. Ya no importaba cuántos monstruos hubiera; solo uno a la vez podía acercarse a un tubo. ¡Una docena de band podían atravesar una multitud de mil kratches de esta manera! Rondl había ideado la defensa perfecta.

Entonces recordó: había olvidado al tercer kratch, aquel del que él mismo había prometido encargarse. Ese estaba persiguiendo a una band Roja y se acercaba peligrosamente. La pobre band estaba a punto de disolverse. ¡Rondl tenía que ayudar!

Manteniendo su tubo intacto, cambió las líneas magnéticas y cruzó para discurrir en paralelo a la band Roja. Luego avanzó.

«¡Formen un tubo! ¡Formen un tubo!», gritó. Se orientó hacia los demás band y envió el mismo mensaje.

Comprendieron. Una band púrpura se elevó y se adhirió a la band roja. Luego se les unió una amarilla. Pronto fueron demasiados para que kratch pudiera controlarlos; estaban a salvo.

Entonces Rondl giró su propio tubo de regreso hacia Eclat. «Enfocad el rayo en el kratch», ordenó. Su kratch los había seguido obedientemente durante sus maniobras mientras se comunicaban con la band Roja; era asombroso el control que se podía lograr cuando se aprovechaba la estupidez y la determinación del bicho. «¡Quemadle la nariz! ¡Puede que el monstruo no pueda acercarse a nosotros en absoluto!».

Pero era difícil concentrarse desde una formación tan cerrada; los band no tenían experiencia en ello. Rondl estaba seguro de que podrían lograrlo con práctica, pero en ese momento el haz era difuso y generaba apenas un ligero calor. El kratch se acercaba peligrosamente.

—No podemos quemarlo esta vez —dijo Rondl con pesar. Esa técnica aún no la dominamos. Pero podemos resistir. Agárrate fuerte. Cirl, confía en mí. Aunque el monstruo se acerque, estarás a salvo, si te mantienes firme.

El monstruo se acercó. Su púa se introdujo en el tubo. Rondl esperaba que Cirl mantuviera la calma. Para una band,

no había nada más terrible que la aproximación del cuerno del kratch. Parecía que el kratch no se daba cuenta, ni siquiera ahora, de que se enfrentaba a un objeto imposible de consumir. Creía seguir a un solo band.

Como habría ocurrido, en efecto, si Cirl hubiera perdido los nervios y se hubiera desprendido. «¡Lo estás haciendo bien, Cirl!», exclamó. «¡Aguanta, aguanta!»

El temible pico apareció a la mitad del tubo. Rondl comprendió que los demás band estarían igualmente horrorizados. «¡Manténganse firmes, todos!», gritó Rondl sin cesar. «No pierdan la confianza. ¡Mantengan la formación y todo saldrá bien! ¡Todo saldrá bien!». Si alguna de los band perdía los nervios y se soltaba, todo el tubo podría desmoronarse, y Cirl ya estaba a la altura del cuerno del engendro. Si algún band del tubo se disolvía, el efecto sería el mismo. «Estamos venciendo al kratch. Estamos neutralizando su poder; por mucho que se acerque, no puede prevalecer. Tengan fe, tengan valor. La victoria está en la unidad. ¡Esta es una ocasión trascendental!». ¡Cuánto deseaba que así fuera! ¿Qué haría si la formación se rompía y Cirl perdía la vida, después de haber confiado en él?

El tubo se mantuvo hermético. Todos confiaban en él. El kratch se acercó, enterrando su espina por completo, intentando engullir el bocado, pero no pudo.

Mientras tanto, los band del tubo seguían trabajando en el foco del haz, haciéndolo más fino y caliente. ¡Nada como el estímulo de la amenaza para intensificar el esfuerzo! Rondl ralentizó la columna, y el kratch empujó con más fuerza hacia adelante, sin comprender.

«¡Podemos cansarlo rápidamente!», exclamó Rondl, sin estar seguro de cuánto de su mensaje había llegado a los band en la última parte del tubo, ya que sus lentes habían sido perforados por la punta. Probablemente estaban ciegos por el momento, procediendo solo por fe. «¡Podemos hacer que nos lleve a todos!»

Disminuyeron aún más la velocidad, y el monstruo seguía esforzándose por mantenerla. Pero, agobiado por esa masa inabarcable, perdió fuerza. Finalmente, el kratch se desplomó, exhausto, a la deriva, ahora demasiado débil para mantener el avance.

«Ahora podemos hacer con él lo que queramos», exclamó Rondl. «Lo hemos conquistado. Lo hemos enfrentado en batalla y hemos demostrado ser más fuertes». Reforzaba el ánimo: quería que todos los band partieran con la confianza de que podían derrotar a los peores enemigos, siempre y cuando mantuvieran la formación y la disciplina correctas. «Rompan la formación; formen un tubo de enfoque disperso».

Se dispersaron y volvieron a formar una línea más regular. Ahora era fácil enfocar el sol. En cuestión de segundos, un fino rayo tocó el cuerpo a la deriva del kratch, quemándolo en su costado.

El kratch saltó, luchando por evitar el calor. ¡Ahora sí que le dolía! La formación band lo siguió, reenfocando el haz y apuntando al mismo punto. El monstruo volvió a moverse, pero con menos vigor; ya no le quedaba energía.

Por tercera vez se formó el punto caliente, esta vez con dimensiones especialmente reducidas y más caliente que antes. El kratch se retorció, pero ya no pudo escapar. Un agujero comenzó a formarse en su piel metálica.

Se produjo una explosión de vapores al perforarse el flanco blindado de la criatura. Su presión interna se había liberado; estaba mortalmente herida.

Y dos band, horrorizadas por lo que habían hecho, se disolvieron. Estaban tan en contra de la violencia que incluso la destrucción de un bicho empeñado en matarlos les provocaba una reacción de horror. Pero el resto se había curtido lo suficiente; sobrevivieron. Que, al fin y al cabo, era el objetivo de este ejercicio: localizar y preparar a los supervivientes.

Aun así, Rondl intentó aliviar la tensión. «Irán a llevar noticias al Círculo Viscoso», dijo con un gesto, y luego se

preguntó si tendría razón. Al fin y al cabo, eran buenas noticias.

Ahora revisó a los otros equipos. El primero había logrado atrapar al primer monstruo. Tembl y el band Marrón habían cumplido su cometido. El kratch se había estrellado contra la roca doble y había quedado atascado allí, abollado. Desafortunadamente, eso significaba que ese lugar no podría usarse de nuevo: otra cosa que no había previsto.

El segundo equipo, o mejor dicho el tercer equipo, se había beneficiado del consejo de Rondl; el tubo seguía guiando a su monstruo. Rondl les mostró entonces cómo deshacerse de él, y así fue.

No tardaremos mucho en resolver ese asunto. Esta vez solo se disolvió una band.

Habían enfrentado al enemigo, pensó Rondl de nuevo con alivio, asombro y alegría, y lo habían vencido. Solo seis band se habían disuelto: tres por la victoria y tres por la euforia inicial ante la idea de enfrentarse simultáneamente a tres kratches. Ninguna por el combate propiamente dicho. Rondl contaba ahora con su grupo de tropas curtidas.

Y Cirl estaba a salvo. «Sabía que no me dejarías disolver», exclamó con voz brillante. «No crees en la vida después de la disolución, así que no me dejarías ir». Rondl se alegró vagamente de que así fuera.

Mientras tanto, los engendros solarianos avanzaban hacia el planeta Band. Se apoderaron de las dos lunas exteriores y de la mayoría de las lunas más grandes, dejando intacta solo la que servía de base a los bellatrixianos. Era evidente que los solarianos no querían problemas con la Esfera Bellatrix. El avance de los monstruos eliminó prácticamente a todos los band en las regiones exteriores. Ahora se acercaban a las lunas interiores.

Quedaba poco tiempo. Rondl no se sentía lo suficientemente preparado, pero sabía que tenía que actuar de inmediato. ¡Sus tropas, curtidas en batalla, debían estar a la altura!

Preparó una emboscada en la segunda luna, Glow. Sabía, por observación, que los monstruos solían acercarse a un cuerpo planetario con cautela, disparar varios proyectiles explosivos contra él, luego aterrizar sus naves en la superficie y desembarcar diversos vehículos para recorrer el terreno. Este recorrido era lento, pues cubrían cada rincón de cada planeta o luna, cruzándolos y deteniéndose ante cualquier formación inusual. Obviamente, buscaban algo, y ese era el misterio de su presencia. ¿Qué querían? En esas lunas no había más que roca, arena y gas.

En cualquier caso, había que disuadir a los monstruos, porque incluso si nunca encontraban el objeto de su búsqueda, destruirían la sociedad band en el proceso de búsqueda.

La destrucción de los solarianos no era la estrategia de Rondl. La mayoría de los band jamás tolerarían un concepto tan antisocial, ni siquiera para salvar su propia sociedad. Así pues, el objetivo era simplemente frustrar la invasión de los monstruos, preferiblemente sin destruir el paisaje ni causar bajas. Al principio, esto parecía una tarea imposible, pero Rondl consultó con sus asesores y elaboró un plan que, según ellos, podría funcionar.

Más de mil band partieron hacia Glow antes que los monstruos. La gran mayoría no había participado en la campaña contra los kratch, pero esta había tenido un efecto positivo en la moral de los band, y muchos más voluntarios se habían sumado. Dado que era necesario cubrir toda la superficie, había que recurrir a estas personas sin experiencia. Sin embargo, Rondl se aseguró de intercalar entre ellas a los veteranos, de modo que dondequiera que se desarrollara la acción, hubiera personas experimentadas para afrontarla.

Los band se escondían por todas partes, de mil maneras. Algunos se enterraban en la arena, otros en la escasa nieve y el hielo de las profundas sombras, y otros bajo rocas y cantos rodados. Se ocultaban cubriendo sus superficies con arcilla o escamas de roca, convirtiéndose así en discos o grumos rellenos, yacían esparcidos por toda la superficie lunar. Algunos flotaban en la tenue atmósfera, siguiendo las sinuosas líneas generadas por los extraños patrones magnéticos de esta región. Otros establecían órbitas físicas,

convirtiéndose en pequeñas lunas, ocultos entre los fragmentos de roca ya existentes. En resumen, los monstruos inevitablemente se topaban con los band, sin saberlo.

Existía un sistema de comunicación, con individuos seleccionados estratégicamente ubicados para recibir y retransmitir señales desde la superficie. Rondl y Cirl esperaban lejos de Glow con una tropa de reserva band. Este era el puesto de mando. Tal concepto ya no parecía extraño; era práctico. Las misiones a gran escala debían organizarse jerárquicamente, y una vez que les transmitió este concepto a sus tropas, cooperaron.

La flota de naves monstruo llegó según lo previsto. Dispararon contra la luna, como si buscaran provocarle un escalofrío de inquietud. Rondl esperaba que no hubiera ningún band en los lugares de las explosiones. Sin embargo, era un riesgo necesario; sabía que algunos podían disolverse aleatoriamente. Serían los primeras en informar del enfrentamiento al Círculo Viscoso. Rondl se sentía culpable por usar ese concepto para animar a los band, pero en ese momento debía facilitar las cosas como fuera. Si no detenían a los monstruos, ¡toda la especie band podría ir al Círculo Viscoso!

Tras la habitual falta de reacción de la Luna —¿qué esperaban los solarianos?—, las naves monstruosas se posaron en la superficie. En realidad, existían varios tipos y

tamaños. Las naves más grandes permanecieron en órbita, ya que no podían soportar la gravedad de la superficie. Las de tamaño mediano descendieron, y las más pequeñas se desplazaban entre ellas, transportando especímenes a las grandes. Rondl se percató de que, casualmente, esta operación estaba organizada de forma muy similar a la suya; el puesto de mando alienígena también se encontraba en el espacio.

Vehículos con ruedas emergieron de las naves desembarcadas y comenzaron su reconocimiento. Se movían rápidamente, ya que cada uno tenía un extenso territorio que cubrir. Dispositivos de percepción se extendían desde ellos, emitiendo radiación. Ahora, por fin, la lógica comenzó a manifestarse: el sistema de comunicaciones band transmitió noticias de que los monstruos reaccionaban a cualquier cosa metálica. ¿Acaso les faltaban metales? Seguramente no; sus naves eran en su mayoría de metal, lo que sugería que tenían cantidades sustanciales de él en su sistema de origen. Por lo tanto, era probable que el metal simplemente indicara la posible presencia de algo más que los monstruos deseaban. ¿Qué podría ser?

Rondl creía que debía saberlo. Pero cuando se concentró en ese pensamiento, este se desvaneció como si se escondiera deliberadamente de él. Lo dejó pasar, ya acostumbrado a esa frustración.

El cuerpo de los band era en gran medida metálico, aunque evidentemente no del tipo de metal que buscaban los engendros. Mejor así; habría sido terrible que los solarianos hubieran irrumpido en el planeta Band y comenzado a capturar band por su contenido metálico, ¡al estilo de los kratch! Ahora, algunos band eran localizados e ignorados; otros eran llevados a bordo de los vehículos terrestres. Parecía haber una preferencia por aquellos band que se habían recubierto de polvo y fragmentos metálicos, manteniéndolos en su lugar magnéticamente. Parecía que esta concentración adicional de metal las hacía interesantes. Pero no de forma convincente; los band simplemente eran arrojados a tolvas con otros objetos e ignorados. Eso era exactamente lo que Rondl quería.

Surgió una nueva pista. Había una concavidad en la superficie de una de las grandes llanuras de lava, y varios vehículos convergieron en ella. Los geólogos planetarios de Rondl ya le habían informado que esta concavidad era natural, resultado del colapso, hace mucho tiempo, de una burbuja volcánica de gas. En ocasiones, se había condensado agua en ella, dejando marcas concéntricas; ahora estaba seca. En realidad, no tenía mucho interés para nadie excepto para un geólogo, y resultó que tampoco interesaba a los monstruos, una vez que ellos también determinaron su naturaleza. Los vehículos continuaron su camino. Pero esta desviación indicaba que no se trataba simplemente de metal, sino de formas especiales que buscaban. Quizás

recogían los pequeños trozos de metal con la esperanza de que fueran fragmentos de la masa principal, de modo que una densidad creciente de ellos les permitiera trazar un mapa de su presencia.

Con el tiempo, los vehículos alcanzaron los puntos de encuentro y entregaron sus muestras a las naves de transporte. Estas despegaron entre llamas, humo y un gran derroche de energía, con algunos miembros band ocultos en su interior.

Ahora la cosa se pondría interesante. Cada miembro band había sido entrenado en el procedimiento y sabía qué hacer. Rondl no estaba en contacto con estos cautivos, pero no lo necesitaba. Los efectos de su estrategia pronto se harían evidentes.

La primera lanzadera se dirigió hacia su nave de mando. Se abrió una escotilla de acoplamiento en la nave más grande. La lanzadera entró sin problemas, pero calculó mal ligeramente y chocó con el borde de la abertura. Parecía un accidente fortuito, un pequeño fallo que provocó una desviación leve pero incómoda de la trayectoria.

Hubo una pausa. Luego, la nave abollada retrocedió, se reorientó y avanzó de nuevo, chocando contra el otro lado de la escotilla, quedando atascada con la punta.

«¡Está funcionando!», exclamó Cirl con una alegría casi antisocial. Su relación con Rondl la estaba volviendo inmune a la violencia, sobre todo durante los sueños y la cacería de kratch. «¡Nuestro plan les está causando problemas!».

Eso parecía. Había una band a bordo de la lanzadera, y esa band había usado su magnetismo para distorsionar las señales de control internas de la nave, provocando que se desviara ligeramente de su trayectoria. Los monstruos desconocían la causa; pensaron que se trataba de un accidente real. Al parecer, los monstruos estaban acostumbrados a las fallas de los equipos y lo tomaron con calma.

Llegaban otras naves de transporte. Se produjeron accidentes similares. Las naves tuvieron que permanecer en órbita, a la espera de que los robots de las naves de mando retiraran los escombros y repararan los mecanismos dañados. Se generó una cadena de complicaciones, ya que las naves retrasadas no pudieron reunirse con la luna según lo previsto, y los vehículos recolectores tuvieron que esperar para entregar sus cargas.

—Percance—dijo Rondl con satisfacción.

Cirl no estaba familiarizada con el concepto. Rondl comenzó a explicárselo, y él mismo se perdió. «Pero abarca lo que les está sucediendo a los monstruos», dijo.

Finalmente, los monstruos con trajes espaciales emergieron de las naves de mando y se dirigieron torpemente a las lanzaderas que habían estado fallando. Rondl sintió humor; sabía que los monstruos no encontrarían fallos reales. Los band permanecerían tranquilos mientras algún monstruo estuviera atento. Así que, por fin, algunas lanzaderas se acoplaron correctamente y se descargó su cargamento.

Las problemáticas band se encontraban ahora dentro de las naves de mando, sin ser descubiertos. La arrogante ignorancia de los monstruos, que no se percataron de la presencia de los band en su cargamento, estaba a punto de causarles graves problemas.

«La situación es normal», dijo Rondl.

El flujo de transbordadores se reanudó, hasta que se produjeron más accidentes. Un error de cálculo fue peor que la mayoría: el transbordador aceleró en lugar de desacelerar al entrar en el puerto de atraque. Como resultado, colisionó violentamente con el mecanismo interno del barco más grande.

"Todo está hecho un desastre", continuó Rondl.

Se oyó un destello de explosión. Una columna de humo salió por la escotilla y se disipó en el espacio alrededor de la nave. «Creo que el band manipuló el circuito equivocado»,

comentó Cirl. «No debían causar tanto daño». Pero no parecía demasiado preocupada.

Rondl le dedicó un gesto de satisfacción. Sus intentos anteriores por detener a los monstruos habían fracasado; este éxito repentino era sumamente gratificante. Pero no estaba seguro de cuánto duraría. Los engendros eran espantosos, pero no tontos; investigarían y, tarde o temprano, lo descubrirían. ¿Qué pasaría entonces?

Como se supo después, la confusión causada por la serie de accidentes impidió que los monstruos se concentraran en el origen de los mismos. La conexión band permaneció sin descubrir. Las señales se transmitían de nave en nave, comparando ubicaciones y acciones, y los band en órbita pudieron interceptar y modificar algunas de estas señales, causando más problemas. Una nave de mando cambió su órbita cuando no debía, interrumpiendo nuevamente el horario de los transbordadores.

Rondl no pudo resistir la tentación de participar. Localizó las lentes de la señal láser y se posicionó cuidadosamente entre las lentes de dos naves. Este era el tipo de maniobra para la que un band estaba naturalmente preparado. Los haces láser eran estrechos y claramente visibles para los band; interceptar un haz fijo era pan comido, como si se tratara de hablar con un band distante.

Efectivamente, los mensajes se cruzaban. Rondl esperaba interceptar galimatías, pues el idioma de los monstruos difería del de los band, e incluso traducido a la luz no debería ser inteligible. Pero, para su asombro, lo entendió. ¿Era otro sueño? ¡Seguro que no! Pero se negó a preocuparse por el momento; aprovecharía al máximo esta anomalía mientras pudiera. Al girar sobre su propio eje, podía captar ambas partes del diálogo. Los monstruos eran muy rudimentarios en la conversación; primero uno transmitía una idea completa, luego el otro. Eso le dio a Rondl tiempo suficiente para reorientarse.

Pensamos que esa era la directiva, señor. Lo tenemos grabado. “Órbita correcta según la especificación DL–11”. No cuestionamos...

En ese momento, la señal fue interrumpida por un potente rayo de anulación proveniente de la otra nave. Rondl se reorientó rápidamente.

Debería haber preguntado, Mayor. Sabe que no hemos completado la Etapa Cuatro de esta misión. ¡Ahora devuelva esa bañera a la órbita de encuentro de la Etapa Cuatro!

Rondl reaccionó con la habilidad propia de su especie, modificando el mensaje como si participara en una comunicación circular. No necesitaba tiempo para reflexionar; el mensaje que transmitía se integraba a su pensamiento, y su intervención era automática. El flujo más

diminuto y preciso de su lente magnética modificaba sutilmente la luz que la atravesaba. Así, el segundo «cuatro» se convertía en «cinco», alterando ligeramente la instrucción.

—¿A qué etapa debo regresar, señor? —preguntó el mayor, confundido. Rondl desconocía el significado de los números de las etapas, pero estaba seguro de que un número incorrecto causaría más problemas.

—¿Estás sordo? —replicó el oficial superior con la típica cortesía del monstruo—. ¡Te dije que eran *cuatro!* —Solo que Rondl lo cambió de nuevo a cinco. Era tan sencillo añadir un pequeño detalle a la secuencia correspondiente.

—Sí, señor —respondió el mayor con escepticismo. Todo esto era en láser, la forma traducida por máquina de la comunicación verbal del monstruo, pero Rondl casi podía ver los bordes móviles y carnosos de la boca de la criatura desgarrarse y sus globos oculares llenos de líquido contraerse con confusión—. Cinco. Y, por supuesto, Rondl lo convirtió de nuevo a cuatro.

Esa nave, fuera de lugar, expulsó sus voluminosos gases con la torpeza propia de estas máquinas, pareciendo el kratch más desaliñado del Sistema con indigestión (a Rondl le gustaba esa imagen), y se tambaleó hacia la nueva posición. Resultó ser la órbita de despegue para el viaje de

regreso a la estación base monstruo, instalada cerca de la luna Spare.

Rondl no pudo interceptar las siguientes comunicaciones entre las dos naves, ya que debía concentrarse en sus propias operaciones. Pero pudo intuir su naturaleza. Vio la nave del mayor alejarse, detenerse y luego regresar a su órbita correcta: Etapa Cuatro. Para entonces, las lanzaderas se habían acumulado de forma caótica y dos habían colisionado en el espacio; seguramente un accidente propiciado por los band a bordo. Había un enredo casi imposible de resolver.

Mientras tanto, los monstruos tenían otros problemas. Rondl sugirió a otros band que monitorearan las comunicaciones láser; los band no pudieron comprender el significado, pero informaron que los mensajes eran continuos y parecían cada vez más furiosos. Muchas cosas iban mal dentro de las naves, ya que los band en los cargamentos ejercían su influencia maliciosa. Más lanzaderas se extraviaron, causando más daños. Varios vehículos terrestres se perdieron, algunos se estrellaron en terrenos difíciles, lo que requirió expediciones especiales para rescatarlos. Algunas lanzaderas se confundieron y viajaron con horarios incorrectos, causando más obstrucciones.

Cuando la misión terminó, había durado tres veces más que la que la luna Spare había predicho, y los monstruos

estaban visiblemente cansados e irritables. Cada vez cometían más errores. Varios band se habían perdido, pero la mayoría logró regresar al cuartel general. El ambiente general era de satisfacción.

Rondl consideró que la operación de los band había sido un éxito. Habían trastocado el plan de los engendros, lo que les dio más tiempo para organizarse para su próximo ataque, y habían aprendido mucho sobre las vulnerabilidades del enemigo. ¡La próxima vez deberían ser capaces de realizar una interferencia más eficaz!

Cirl estaba especialmente complacida. Organizó varios círculos para que los participantes pudieran intercambiar información, asimilar perspectivas más amplias y planificar mejores estrategias futuras. Ahora todos sabían que existía una alternativa a la disolución masiva ante el avance de los monstruos. Era posible contraatacar sin recurrir a la violencia bruta.

Capítulo IX

MONSTRUO

Rondl despertó en otra pesadilla. Estaba de nuevo en el espantoso cuerpo de un monstruo, con sus protuberancias y orificios carnosos y esos horribles sacos oculares llenos de líquido. Había creído que habían vencido a esos sueños, pero evidentemente había bajado la guardia y había caído en la trampa de nuevo. Como esto había ocurrido inesperadamente, Cirl no estaba con él.

Pero esto era diferente, y mucho peor. Ya no era un simple prisionero en la mente del monstruo, sino que ahora ocupaba todo su cuerpo. No observaba las acciones del monstruo, sino que experimentaba sus sensaciones y recordaba sus recuerdos. Había logrado acceder a algunos

de ellos durante la última pesadilla, pero ahora estaba completamente inmerso en ellos.

De hecho, se había convertido en el monstruo. ¡Esto era realmente horrible! Pero al menos tenía la tranquilidad de saber que, con el tiempo, despertaría y escaparía de esto. La próxima vez que durmiera, se aseguraría de tener a Cirl con él para mitigar el efecto.

Esta vez no estaba en una nave espacial, sino en una estación planetoide. Parecía que su pesadilla se había expandido, eliminando la tediosa introducción; continuaba un poco más allá de la situación de la anterior. Su memoria monstruosa, confusa como la de un monstruo, completó los detalles de cómo los solarianos —no se consideraban monstruos, al igual que los band no se consideraban ringers— habían sufrido un problema de población en el Sistema de Sirio y tuvieron que colonizar varios planetoides, vaciándolos, presurizándolos y estableciendo extensos jardines hidropónicos, fábricas de refinación de minerales e instalaciones de producción. Cada planetoide era una ciudad autónoma, con su propia administración y su propio estatus legal. Este en particular era una base militar, desde donde se enviaban tropas y suministros según fuera necesario a otras regiones del espacio. No era un mal lugar para vivir; había amplias instalaciones recreativas para el personal fuera de servicio, incluyendo una piscina toroidal en la que los monstruos podían nadar en círculos sin doblar una esquina,

si no se mareaban. En el espacio de caída libre se podían conseguir algunos efectos interesantes.

Era asombroso lo mucho que sabía cuando se concentraba. Todos los fragmentos de información que Rondl no había podido explicar antes, ahora encajaban en un todo coherente; no había lagunas cuando se concentraba. No era de extrañar que hubiera sido bueno organizando la resistencia band a la invasión: había sido entrenado precisamente para eso. Transferirse a algún huésped alienígena, organizar a los nativos, fomentar una rebelión contra el gobierno que se opusiese a los intereses de los solarianos.

¡Ahora, espera! *¡Él* no había sido entrenado! ¡El monstruo de esta pesadilla había sido entrenado para estas iniquidades! Rondl no podría haber...

Se puso rígido de horror. No a menos que...

Forzó el pensamiento indeseado a través de las sinapsis nerviosas de su piel, resistiéndose. *A menos que él fuera el monstruo.*

Su memoria se llenaba sin cesar, como si se hubiera abierto un grifo y un torrente de información fluyera a borbotones en su habitación. Él, Ronald Snowden, un solariano, había sido enviado a una misión a la región espacial de los band,

con la memoria en blanco. Se había convertido en Rondl el Invocador. Era, en efecto, el monstruo.

¡Menuda pesadilla!

Ahora se encontraba sentado en una celda acolchada en la sección de interrogatorios de la Estación, como era procedimiento habitual para los agentes de Transferencia que regresaban. La readaptación solía llevar tiempo, y esto no podía apresurarse. Adaptarse a un nuevo huésped no era fácil, ni siquiera para un agente Transfer experimentado, y tampoco era fácil volver a ser uno mismo al instante. Había que adaptarse a sistemas de organización completamente nuevos, como los patrones magnéticos de estado sólido de los band y, ahora, los nervios fibrosos de la forma solariana.

La amnesia impuesta compliaba aún más las cosas. Su confusión actual lo confirmaba. Había conservado la identidad ringer. ¡Qué gracioso!

—¡Vale, vagos, ya he vuelto! —gritó—. ¡Sáquenme del baño!

Inmediatamente se soltaron las sujeciones de la silla y se abrió la puerta de la cámara. Rondl se levantó con cierta inestabilidad, estirando las extremidades. La Sociedad de Anfitriones cuidaba bien los cuerpos de los agentes de Transferencia, pero aun así siempre había cierta rigidez y algunas contracturas. El oficial encargado del interrogatorio

ya había pasado por esto antes y sabía que, independientemente de su condición física, una vez que Ronald se recomponía lo suficiente como para expresar su enfado, todo estaba bien.

Salió de la cámara y entró en la sala de interrogatorios. La pantalla del ordenador estaba encendida; la máquina siempre se encargaba de esta parte. Siglos atrás, un agente Transfer había regresado con una locura criminal; el hombre había sido lo suficientemente astuto como para ocultar su enfermedad al interrogador humano, y luego, al ser liberado, se volvió loco y asesinó a varias personas en nombre del «Fantasma de Ganímedes». Ni siquiera había estado en Ganímedes, y no creía en fantasmas. O eso había afirmado antes de su fatídica misión. Por desgracia, luchó contra su recaptura hasta la muerte, literalmente, por lo que no pudieron determinar la naturaleza específica de su enfermedad. Al gobierno de la Solesfera no le gustaba este tipo de complicaciones, así que desde entonces a nadie se le permitía el contacto con seres humanos hasta que la máquina lo autorizara. El ordenador exprimiría a Ronald al máximo antes de dejarlo en libertad. La mejor manera de salir adelante sin problemas era cooperar plenamente, sin albergar reservas secretas. En realidad, no era tan malo, con la actitud adecuada. De hecho, empezaba a ser algo rutinario.

«¿Encontraste el sitio arqueológico?», preguntó la computadora. Hablaba exactamente como un ser humano,

con sus modismos y pausas inciertas ocasionales en momentos incómodos, aunque, de hecho, cualquier duda que pudiera tener se resolvía en microsegundos. Tradicionalmente, a las máquinas inteligentes se las llamaba «Robbie»[3]; estas tendían a ponerse de mal humor cuando las provocaban, y tenían una enorme capacidad para las travesuras sutiles, por lo que los agentes de transferencia más astutos evitaban esa táctica en particular.

El Sitio Antiguo. Ronald lo había olvidado. «No. Me habría ayudado si me hubieran permitido conservar el recuerdo de mi misión». Se enfureció al recordar su confusión durante la Transferencia. «Me robaste mi principal recurso». Pronunció con dificultad la palabra «robaste», haciendo parpadear una pequeña luz de advertencia en el ordenador. Sabía que había sido una tontería, pero la ira lo había vuelto imprudente. «No tenía ni idea de lo que buscaba. De hecho, ni siquiera sabía que buscaba algo. ¡Ni siquiera sabía qué era un Sitio Antiguo, por Dios!».

La computadora lo ignoró. No tenía que justificar las políticas de la Esfera de Sol ante un simple agente de transferencia. «¿Has descubierto algo que pueda indicar la posible ubicación del Sitio Antiguo?»

Ronald reflexionó, aún furioso. «En realidad no. Podría haber estado buscando al Fantasma de Ganímedes. Toda mi atención estaba centrada en el avance solariano hacia el

3 Diminutivo de robot. [N. T.]

espacio band. Y esa es otra cuestión: ¿por qué demonios Sol inició la ocupación antes de obtener los datos esenciales? Eso complica toda la búsqueda y desperdicia recursos tontamente, por no mencionar que pone en peligro nuestra relación con la Esfera Bellatrix».

Una vez más, el ordenador ignoró la irrelevancia. "¿Identificaste algún individuo de la especie ringer que pudiera tener esa información?"

Ringer. Ese término irritaba aún más a Ronald. «La forma de obtener la información es mediante una búsqueda en el Círculo Vicioso».

Esta vez, la máquina, figuradamente, parpadeó. Pensó que se estaban burlando de ella, pero aún no estaba segura. «¿Cuál es la naturaleza y la pronunciación correcta de este lugar?»

«No es un lugar, es un efecto», dijo Ronald con total sinceridad, sabiendo que sus palabras eran captadas por los sensores de la máquina. Esta empezaba a dudar de su cordura.

'Esto no funciona. No se puede realizar una consulta para obtener un resultado.'

«¿Cómo lo sabes?». Ronald empezaba a disfrutar de esto. Siempre le había gustado provocar a la máquina con astucia, y sentía que ahora tenía una motivación legítima. Las

computadoras no eran las únicas capaces de generar travesuras sutiles, y esta computadora lo sabía. Hacía siglos que un hombre no podía vencer a la máquina en ajedrez ni en ningún otro juego bidimensional, pero en el complejo mundo del tráfico de influencias de la Estación, un hombre inteligente y sin escrúpulos podía plantarle cara a la máquina. «Tú mismo eres un efecto electrónico».

'Por favor, responda a la pregunta. ¿Cuál es la naturaleza y la pronunciación correcta de este efecto?'

Ronald se dio cuenta de que la máquina creía que estaba pronunciando mal el término "círculo vicioso". Dado que la computadora sabía que Ronald tenía un buen dominio del vocabulario, la pronunciación incorrecta podría ser significativa. Por supuesto, sería absurdo consultar información sobre un círculo vicioso. Sintió la tentación de seguir jugando con esta confusión, pero sabía que solo le traería problemas. No podía permitirse el lujo de enfadar abiertamente a la máquina. Los juegos eran juegos, pero debían mantenerse en un nivel intrascendente.

«Eso es “viscoso”, como la viscosidad: la consistencia de un fluido. Solo que en realidad no es fluido. Se crea un Círculo Viscoso simulado con luz para que los band puedan comunicarse mejor y aunar sus recursos».

«Por favor, omita el efecto simulado y defina el real».

¡Este artilugio se lo merecía! Ronald volvió a observar los sensores enfocados en su cuerpo, que revelaban sus reacciones físicas involuntarias. La computadora sabía cuándo mentía y cuándo algo lo ponía nervioso; eso le permitía centrarse rápidamente en los aspectos más relevantes. Ronald dudaba que esa capacidad le sirviera de algo ahora; la mayor parte de lo que sentía era humor irritado. A la máquina no le importaba cómo se sentía un agente de Transferencia respecto a los extraterrestres; simplemente debía obtener los datos clave y formarse una opinión sobre el equilibrio emocional del agente. Esta era una limitación mayor de la que la computadora podía percibir, porque a veces los sentimientos que estaban en equilibrio eran datos clave. Un asesino endurecido podría sentirse justificado al asesinar a un funcionario de la Estación, por lo que estaría en equilibrio emocional, mientras que un agente novato podría sentir una fuerte culpa por su reacción al ver a una mujer humanoide y estar en un grave desequilibrio emocional. A Ronald no le interesaba explorar sus sentimientos sobre los band en ese momento; lo haría cuando tuviera la privacidad adecuada.

«El verdadero Círculo Viscoso, según lo define la sociedad de los band, son las brumas anímicas arremolinadas, semejantes a nebulosas, de la especie. Las auras combinadas de todos los band muertos y no nacidos. Band no creados; no nacen de la misma manera que los solarianos. Todas estas auras se mezclan, como condimentos en un gran pudin. Así

que realmente es viscoso, pero no de mucha utilidad para gente como tú.»

«El aura no sobrevive a la muerte de su huésped natural», dijo la computadora. «No hay vida después de la muerte. Este Círculo Viscoso parece ser un concepto falaz».

'Estoy de acuerdo. Es todo un gran mito.'

«Entonces, ¿por qué sugiere que puede ser la fuente de la información que deseamos?»

'Yo no sugerí eso. Revisa tus circuitos.'

Cito sus palabras: “La forma de obtener la información es buscarla en un círculo vicioso”.

'Exactamente. *Un* círculo viscoso. Uno de broma. Pero me has llevado al *verdadero* Círculo Viscoso, que, según todos sabemos, no existe.'

En teoría, la máquina no tenía nada que perder, pero los agentes experimentados sabían que no era así. Su pantalla se nubló de forma alarmante. «Corrección anotada. Existe un Círculo Viscoso simulado. ¿De qué manera puede ser esta la fuente de información que buscamos?»

«El círculo viscoso simulado consiste en varios miembros band que comparten sus ideas. Uno o más de ellos podrían tener información relevante, y el círculo la sacaría a la luz».

Hablo con total sinceridad: esa es la forma de localizar el Sitio Antiguo.

«Esto requeriría otra misión al sistema en cuestión», refunfuñó la computadora. «Nos falta personal».

¡Falta personal! —exclamó Ronald—. ¡Enviaron a una docena de agentes!

Solo regresaron dos.

«¡Solo dos!», exclamó Ronald, asombrado, sin importarle cómo lo demostraran sus reacciones físicas. «¿Qué pasó con los demás? Se suponía que esta era una misión de riesgo moderado, ¡no una con un 90% de bajas!».

«Ochenta y tres por ciento de bajas». La máquina era muy meticulosa con los detalles.

¡Aún así, más que suficiente para un bono!

La máquina no reaccionó al tono medio jocoso del comentario. «La bonificación se ha abonado en su cuenta».

«¿Nos engañasteis? ¿Sabíais que pocos de nosotros volveríamos?» La incredulidad se estaba transformando rápidamente en justa indignación.

«No les hemos engañado. Anticipamos pérdidas mínimas, como las que ocurren habitualmente. Parte de nuestra

investigación ahora consiste en determinar el motivo de la desviación respecto a las expectativas estadísticas. ¿Tiene alguna hipótesis?»

Ronald reflexionó, sintiéndose tembloroso. Lo que para la computadora era una desviación estadística, en retrospectiva significaba cinco de cada seis posibilidades de que hubiera muerto. ¡Su encuentro más cercano con el olvido, cuantificado así de casualmente! Claro que siempre había bajas; esa era la parte sombría del atractivo de este trabajo: ese elemento de riesgo. Pero los accidentes les ocurrían principalmente a los descuidados y a los estúpidos, y él no era ninguna de las dos cosas. Era un superviviente. Lo había comprobado por las malas cuando se enfrentó al perro de tres cabezas ocho años atrás. No habría aceptado esta misión si hubiera sabido que las probabilidades eran peores que el 75 por ciento a su favor. Ahora resultaba que habían sido mucho peores.

Por supuesto, la alta tasa de bajas sería un misterio para las autoridades; no habían estado allí. Salvo algunas excepciones, la mentalidad militar nunca se había caracterizado por su flexibilidad o imaginación. Naturalmente, los espías Transfer habían tenido problemas. La sociedad band era completamente ajena a lo militar. El propio Rondl había estado en serios aprietos y casi pereció. Tuvo la gran fortuna de encontrarse con Cirl, la solitaria mujer band.

Cirl. No era nada, por supuesto. Simplemente una herramienta para usar y desechar. Sin embargo, sintió un tirón en su emoción. En el período en que se identificó como miembro band, la había amado. Ahora sentía cierto disgusto consigo mismo por esa falta de disciplina emocional, aunque no del todo. No era más que un toroide metálico volador, pero, a su peculiar manera, había sido una chica encantadora. La más encantadora.

La computadora supuso que sus fluctuaciones emocionales eran simplemente el horror que sentía al haber estado a punto de morir. Esa era la desventaja de los interrogatorios con detector de mentiras en lugar de la lectura directa de la mente. ¡Qué suerte que ningún ser humano ni máquina humana tuviera verdadera telepatía! —¿Cuál es tu hipótesis sobre la tasa de desgaste? —le preguntó Robbie.

«Los band, los anfitriones a los que nos enviaban, se suicidaban fácilmente. Un simple acto de voluntad y desaparecían. Agentes sin memoria de su verdadera naturaleza, confundidos; por supuesto que se disolverían.»

'¿Disolver?'

—Suicidio. —Chasqueó los dedos—. Así.

«El suicidio no es una característica de supervivencia. Explique la situación de forma más convincente».

«La sociedad de los band difiere sustancialmente de la nuestra. Los band no se adaptan bien a la jerarquización. Sospecho que nuestros agentes simplemente no pudieron adaptarse. Sus impulsos solarianos los habrían hecho parecer antisociales, y ser antisocial...»

¿No se emprendió ninguna acción militar contra ellos? ¿No se implementaron medidas de contrainteligencia?

Ronald se rió. «Ninguna. Los band no tienen instalaciones ni facultades para esas cosas. Ni siquiera tienen conceptos para ellas».

¿No crees que se tomaron medidas directas contra los agentes de transferencia? ¿Como por ejemplo, las de los bellatrixianos en esa zona?

'Estoy seguro. Simplemente se disolvieron.'

«No empleamos personal con tendencias suicidas».

«Ya no eran personal. Eran band inadaptados».

'Por favor, aclare el concepto.'

«¡Les arrebataste la memoria, insensato! Nos dejaste —a nosotros— sin nada que nos conectara con nuestra verdadera naturaleza. Todos nos convertimos en band e intentamos actuar como tales. Estos agentes estaban en blanco y confundidos. Tenían un problema grave, y una

solución extremadamente sencilla a su alcance, a pesar de que los band no tienen manos. Yo tuve suerte, y supongo que el otro superviviente también. Quizás debería hablar con él y comparar notas. Tal vez así pueda formular una mejor teoría sobre por qué sobrevivimos. Pero creo que la casualidad lo explica todo.»

«Le pondré en contacto con un agente humano». La máquina se daba por vencida. No comprendía el suicidio, la confusión alienígena ni la suerte, salvo como fenómenos estadísticos, y evidentemente había decidido que Ronald Snowden no estaba loco ni era potencialmente violento.

Entró el oficial solariano: el coronel Branst, un hombre con quien Ronald ya había trabajado. «¡Entiendo que le estás provocando un ataque de nervios a la calculadora!», comentó Branst con jovialidad. Naturalmente, habría estado escuchando toda la entrevista y tomando notas para su propio seguimiento.

«Sí. No puede entender por qué sobreviví». Ronald rió, nervioso de nuevo al recordarlo. «Yo mismo no estoy seguro. Una cosa es segura: habrá una demanda por incumplimiento de contrato si alguna vez me envían a otra misión con un 83% de probabilidad de mortalidad sin previo aviso».

«De todas formas, habrá una demanda. Ya tenemos que dar explicaciones a diez familias enfadadas. Algo salió muy mal».

La confesión le produjo cierta satisfacción. Ronald optó por un enfoque más positivo. «Me gustaría hablar con el otro superviviente. ¿Lo conozco?».

Branst sonrió. «Se llama Tanya Coombs. Es de otro planetoide».

Ronald negó con la cabeza, decepcionado. «Nunca he oído hablar de ella. ¿Podrías mostrarla en vídeo?»

«Lo siento, las normas lo impiden. La están entrevistando por separado. El ordenador sincronizará las dos entrevistas y determinará la superposición. Después, continuaremos. Tenemos que averiguar la ubicación de ese yacimiento arqueológico, y rápido.»

«La máquina no respondía: ¿por qué no esperaron nuestros informes antes de enviar tropas? Están causando un caos total allí.»

«Coordinación. Necesitamos ocupar el emplazamiento y comenzar la investigación de inmediato. Por eso estamos buscando bases adecuadas en las inmediaciones».

¡Por Dios! ¿Crees que no reconozco un patrón de búsqueda cuando lo veo? Estás buscando directamente el Sitio Antiguo.

Branst frunció el ceño. Era una frente ancha, con surcos marcados por esa expresión; se preocupaba mucho. —¿Viste el patrón en acción?

—¡Estaba luchando contra él! —exclamó Rondl.

'¿Qué dijiste?'

«¡Vuestros expertos en superestrategias, que apenas distinguen un agujero negro de un trasero, me borraron la memoria sobre mi origen! ¡Creía que era un band! ¡Luchaba para proteger mi especie!»

—¡Estabas luchando contra nuestra ocupación! —repitió Branst, captando la ironía—. Ahora entiendo por qué estabas tan enfadado por el lapsus de memoria. Menos mal que no hiciste ningún daño.

¿No hay peligro?

Según los informes, hemos tenido muchísimos fallos en el campo, pero ninguna resistencia técnica.

Así que nadie se había dado cuenta de la naturaleza de aquel desastre. Ronald decidió dejarlo pasar; si se supiera la verdad, podrían acusarlo de traición. «Bueno, en realidad nunca llegamos a tener nada», admitió. «Los band no son muy buenos para el combate».

'Afortunadamente. Mira, hay una buena razón para la eliminación de la memoria. No sabíamos qué tipo de sistema de verificación podrían tener los ringers. Claro, técnicamente son subsapientes y socialmente atrasados, y no tienen representación en la lista de Esferas de la Galaxia. Pero muchas culturas regresivas tienen formas bastante agudas de identificar entre ellos a los desconocidos. No podíamos arriesgarnos a delatar nuestra posición, no con un yacimiento arqueológico como objetivo. Así que borramos toda la información. De esa forma, ninguno de ustedes podría traicionarnos, ni accidentalmente ni por tortura. Un plan de contingencia.

—¡Sistema de seguridad! —Ronald resopló—. ¡Tienes suerte de que no haya encontrado la manera de destruir una de tus naves!

Branst sonrió con complacencia. «El riesgo es mínimo. No hemos detectado armas en ese sistema, aparte de las que posee el enclave bellatrixiano, y estamos respetando su neutralidad escrupulosamente. Saben lo que buscamos; nos han asegurado que investigaron los rumores del Sitio hace siglos y no encontraron nada que pudiera ser útil. Podrían estar mintiendo, pero al menos tenemos su garantía de mantenerse al margen. No tenemos motivos para temer a los propios Anillados, con o sin recuerdos humanos».

—¡Pero yo tampoco tenía memoria band! —exclamó Ronald—. ¡No podía orientarme!

'También había una razón para ello. Una transferencia normal habría sido obvia para el equipo de diagnóstico alienígena. Así que...'

«¡Los band no tienen ese tipo de equipo! ¡Ni siquiera se molestan en comprobar o clasificar las auras! Suponen que cada aura es solo un fragmento del Círculo Viscoso, al que regresarán con el tiempo, así que no se preocupan. Es una sociedad completamente abierta.»

«Eso suena a anarquía», comentó Branst. «En cualquier caso, no lo sabíamos y no podíamos arriesgarnos. Demasiadas otras especies podrían estar esperando el momento oportuno para intervenir, si alguna vez sospecharan que el Sitio Antiguo era algo más que un espejismo. Puede que sus espías ya estén entre los ringers».

'Allí ni siquiera existe un término para espía. ¡No hay ningún concepto para ello!'

'Pero existe ese concepto en otras Esferas. Así que hicimos arreglos para que nuestros Transferidos parecieran nativos. Trabajamos en un intercambio de auras, desviando las auras ringer en huéspedes humanos, de modo que solo hubiera un aura en cada huésped ringer. Pensamos que eso engañaría a todos excepto al proceso de verificación más sofisticado.

«Salvo que suponía un grave obstáculo para la capacidad de los agentes de sobrevivir, y mucho menos para desempeñar su función en la misión».

«Parece ser un error. Volveremos a incluir las auras de los visitantes en la próxima misión».

«El ordenador indicó que nos faltaba personal para otra misión».

«Cuando se trata de un yacimiento arqueológico, nunca hay escasez de personal. Si es necesario, contrataremos a un nuevo equipo de agentes. Pero por ahora contamos con dos».

«Quédate con los dos. Incluso con advertencia, los nuevos no serán competentes. Pero si regreso, que no haya rastro del ambiente del anfitrión. No quiero distraerme con un montón de recuerdos y obligaciones». Ronald se maravilló de sí mismo. ¿Acaso le importaban las obligaciones que pudiera tener el band anfitrión? «Yo mismo resolví las cosas; quiero terminarlas yo mismo».

Branst se encogió de hombros, puede que sea algo teórico. Con solo dos agentes restantes...

'Y aún no hay noticias sobre la ubicación del sitio'.

—Sí, supongo que tendremos que enviarte de vuelta. Con la memoria intacta. Y esperemos que el problema de las

bajas se haya resuelto. Incluso un solo agente es suficiente, si sabe lo necesario para sobrevivir y cumplir con su misión. —Hizo un gesto amplio—. Será mejor que descanses; tardaremos al menos un día en compilar los dos informes y planificar nuestro próximo movimiento. Seguro que tienes muchas ganas de ver a tu esposa.

—Claro que sí —asintió Ronald. Luego se preguntó en privado: *¿era cierto?*

Branst no tardó en captar la duda. "¿Tienes algún problema?"

Ronald extendió las manos, avergonzado. "Estamos cerca del final de nuestro acuerdo. No estoy seguro de querer extenderlo".

«No hay problema. Si crees que te queda poco tiempo con ella, aprovéchalo al máximo. Si no funciona, no habrás perdido nada.»

¡Imbécil!, pensó Ronald. Pero en voz alta asintió: «Tal vez. Es una buena mujer. Simplemente no congeniamos del todo. No le gusta el servicio de traslados».

«El Servicio puede organizar una sesión informativa en otro lugar durante un período prolongado», dijo Branst. «No tienes que verla para nada. Pero, ¿qué sentido tiene? Ve a resolverlo».

—Tienes razón —dijo Ronald. Era inútil discutir una situación emocional compleja con un militar. Se dieron la mano y él abandonó las instalaciones donde se realizaba la sesión informativa.

Capítulo X

MUJER

Entró en el sistema de gravedad cero y se lanzó hacia adelante. Siempre había disfrutado de este aspecto de la vida en la Estación, pero ahora le recordaba el modo de viaje de los band. Su construcción ligera y el uso de líneas magnéticas las hacían prácticamente flotar libremente. Ahora se veía a sí mismo no como un solariano temporalmente libre de gravedad, sino como un band en una forma diferente. Al menos esa era su impresión subjetiva del momento. Sabía que no era un band, por supuesto; simplemente estaba experimentando una reversión subjetiva temporal, como era común entre los Transferidos recién regresados. En unas horas su reorientación estaría completa, y toda la experiencia del band no tendría más fuerza que un sueño o un recuerdo lejano. Sin embargo, en ese momento el efecto era potente y conmovedor.

¿Cuánta fuerza tenía un sueño? Como miembro de los band, había sufrido lo que él consideraba pesadillas, que en realidad eran representaciones inconscientes de su verdadera naturaleza. Cirl lo había ayudado a combatirlas, y él le estaba agradecido. ¿Qué estaría haciendo Cirl ahora? ¿Lo creía muerto y disolvería el band? No le gustaba pensar en eso. Lamentaba haberla engañado, aunque en ese momento no se había dado cuenta de que la estaba engañando. No se había percatado de que era un monstruo.

El túnel se ramificaba hacia las distintas subdivisiones del planetoide: hidroponía, recreación, procesamiento de personal, instalaciones de entrenamiento, etc. Incluso había una zona silvestre cuidadosamente cultivada. Pero él se dirigía a casa, no porque estuviera realmente ansioso por enfrentarse a Helen, sino para encontrar un lugar privado donde pudiera relajarse sin vergüenza. No se sabía qué le depararía el futuro en un lugar como este, y necesitaba recuperarse lo antes posible.

Esta era una ciudad y también una estación militar. Era solo parcialmente autosuficiente. Si la guerra llegara a este sector del espacio, la Estación podría independizarse, pero a costa de sacrificar su preparación y eficiencia para el combate. Por lo tanto, no tenía sentido obsesionarse con la autosuficiencia. La Estación protegía sus fuentes de suministro protegiendo el Sistema Sirio, como debía ser. Sin estaciones como esta, la Esfera Solariana sería tan vulnerable a la invasión alienígena como lo fueron los band.

Ahí estaba de nuevo: esa inquietud persistente. Probablemente sería más difícil superar esta experiencia con los band que en misiones anteriores de Transferencia. ¿Había pasado demasiado tiempo en Transferencia esta vez, agotando su aura, o había algo más? Ese olvido había sido problemático, incluso perjudicial; a diferencia de otras misiones, esta lo había afectado, haciéndole creer que realmente era un extraterrestre. Tal vez eso lo explicaba; su continuidad de identidad se había interrumpido.

Entró en la zona residencial, desplegando automáticamente sus aletas para planear hacia abajo. Los band no hacían eso; solo se desplazaban por líneas magnéticas. Le pareció que el método de los band era mejor.

Helen lo estaba esperando. Su cabello, recogido en una ondulada nube roja, enmarcaba artísticamente su rostro, cuello y hombros. Llevaba un vestido azul translúcido que hacía juego con su peinado y unas zapatillas de duende. Era una mujer de figura espléndida, incluso después de cuatro años y medio de matrimonio, y lo sabía, y sabía perfectamente cómo lucir su cuerpo con elegancia.

¿Por qué, entonces, parecía un monstruo?

Ronald aterrizó mal, rozando una mazorca de maíz, pero su esposa pareció no darse cuenta. Se acercó a él con los brazos extendidos y una sonrisa radiante. «¡Bienvenido a casa!».

Ronald fingió tropezar. Cayó al suelo, evitando su abrazo. ¿Por qué se había arreglado para él? ¿Y por qué él no la correspondía?

—¡Oh! —exclamó ella—. ¿Estás herido? —Lo ayudó a levantarse.

«Solo un pequeño desfase con respecto a la transferencia», dijo. «Se necesitan unas horas para realinearla. Ya lo sabes».

—Sí, por supuesto —respondió ella de inmediato—. Entiendo que fue un día duro. Entra; te prepararé un té.

Té. Una bebida. Un líquido que bebían los monstruos. Los band nunca bebían. «No, gracias. Me quedaré aquí un momento para organizarme».

De nuevo se mostró de acuerdo. «Yo colocaré las sillas».

'Me temo que he estropeado el jardín.'

«No importa». Se afanaba en colocar las sillas. El espacio era limitado, aquí, en el espacio, así que la mayoría de los muebles eran provisionales. Un jardín no crecería bien debajo de una silla; necesitaba acceso a la lluvia prevista y a las horas de luz solar permitidas. Luz solar; aquí solo había un sol.

Así que ahora lo quería más a él que a su jardín. ¿Acaso la ausencia había hecho que su corazón calculador se encariñara tanto? Ronald desconfiaba de esto. Helen quería algo y planeaba usar la atención y el atractivo sexual para conseguirlo.

Lo mejor es abordar el asunto directamente. "¿Qué te preocupa?"

—¿Es que tengo algo en mente? —preguntó con picardía.

'Siempre. Yo te raspo la suciedad, tú sonríes. Eso significa travesura.'

Dejó de fingir. «Antes de que te fueras a la última misión, nuestro matrimonio se estaba hundiendo por la indiferencia. Mientras estabas fuera, pensé en eso».

«¿Por qué?» Él había apreciado su despedida, pero no se había hecho ilusiones sobre las perspectivas generales.

Parecía sorprendida. «Para salvar el matrimonio, por supuesto. ¿Por qué otra razón?»

Ahí estaba la pregunta que no había respondido. ¿*Por qué otra razón?* «Si el matrimonio va a fracasar, ese es el mejor momento para que suceda. Podemos simplemente dejar que expire el plazo y seguir caminos separados. No necesitamos recurrir a medidas heroicas para prolongar una relación insostenible. Ese es el objetivo del matrimonio

temporal: poner un final pacífico y previsible a los errores. En siglos anteriores, la situación era mucho más dura».

¡Ronald, pensé que querías extender el contrato!

Se dio cuenta de que era cierto. Ella era inteligente y atractiva, y llevaba bien la casa. Nadie sabía que trabajaba en un laboratorio, donde era bastante competente; se contentaba con ser ama de casa para él. Siempre que él volvía a casa, ella estaba allí, aunque seguramente eso complicaba su propio horario laboral.

Por eso se había casado con ella y por eso había querido seguir casado con ella. Pero la necesidad que ella tenía de él era menor que la que él tenía de ella, y ella no había hecho nada para cambiar esa situación, y ahora se daba cuenta de que eso lo había alejado gradualmente. No quería ser vulnerable. Ahora ella, inexplicablemente, había cambiado de opinión, y él se sentía aún más alejado.

—Que yo sepa, no he hecho nada que merezca que cambies de opinión —dijo—. Ni siquiera he estado aquí.

—Eso es todo —dijo—. Estabas fuera y tuve tiempo de pensarlo bien. De decidir si preferiría la vida contigo, sin ti o con otro hombre. Tenía una forma precisa de expresarse, sin titubeos, vacilaciones ni declaraciones erróneas de las que luego se arrepintiera, igual que Cirl.

¡Aún comparaba a los humanos con los band! Y era cierto: en este aspecto, y quizás en otros, se había sentido atraído por mujeres parecidas. ¿Acaso Cirl había sido una especie de sustituta de Helen: expresiva, competente, pero de carácter más dulce? «Es necesario reevaluar las cosas periódicamente», dijo con indiferencia.

'Por supuesto. No coincidimos en algunas cosas, pero no eres mala persona.'

—Gracias —dijo con ironía. Había esperado una valoración más positiva—. Tú tampoco estás nada mal, para ser un monstruo.

'¿Monstruo?'

«Imagen privada. Para la especie a la que me transferí, los solarianos eran monstruos». En realidad, él mismo les había impuesto esa imagen.

«Oh». Reacomodó sus piernas y su hilo de pensamiento. Sus ojos, inevitablemente fijos en una, mientras su mente se fijaba en la otra. «Entonces empezaron a llegar los resultados», continuó. «Seis agentes seguidos, aniquilados. Sin auras que regresaran. Me di cuenta de que tal vez no te volvería a ver jamás. Eso me hizo reflexionar mucho más profundamente. Por lo general, tus misiones no son de vida o muerte. Supe entonces que me importabas más de lo que

creía. Fue una especie de terapia de choque, una visión del infierno».

—El infierno no existe —dijo Ronald, sintiéndose incómodo.

«Eso depende de tu filosofía. Tú eres ateo; yo soy religiosa. No pretendo creer en un infierno literal, de esos con azufre, pero sí creo en un juicio final y en la perfectibilidad del espíritu. Ciertamente existe el infierno en la vida, y eso es lo que experimenté brevemente. Sin ti, sería menos de lo que soy, y eso es algo que apenas me interesa pensar. Así que no debatamos sobre el infierno literal, y simplemente admitamos que las visiones del infierno existen.»

Al igual que el círculo vicioso simulado, existía de nuevo esa similitud de perspectiva. Ronald se vio incapaz de responder directamente a su insinuación. Ella decía que lo amaba, o al menos que quería renovar su matrimonio. Antes de esta última misión, habría aceptado encantado. Ahora tenía dudas.

«¿Sabes?, los band no tienen ninguna visión del infierno», dijo, decidiendo poner a prueba su intuición de forma más abierta. «Pero sí tienen una del cielo. La llaman el Círculo Viscoso: una gran masa de almas que comprende todas sus auras mezclándose viscosamente».

—¡El cielo ringer! —exclamó sonriendo.

«No los llames "ringers". Son band.»

—¡Cumpliste tu promesa! —exclamó—. Intentaste comprender su punto de vista.

"Mi memoria quedó en blanco; no recordaba ninguna promesa."

«Inconscientemente, entonces. Eso era posible, ¿no?»

Ronald se sorprendió. 'Sí, lo era.'

'¿Qué opinas ahora de los ringers, de los band?'

Suspiró. «Es una sociedad utópica. No luchan, no hacen la guerra. Cada uno vive y deja vivir, y ayuda a cualquiera que parezca necesitarlo o desearlo».

¡Eso suena maravilloso! Pero ¿y si uno ataca a otro?

'Ninguno lo hace. No hay criminales entre los band.'

'Pero si alguna especie alienígena se instalara allí...'

'¿Como lo estamos haciendo ahora?'

Se mordió el labio inferior, luego el superior. Al hacerlo, parecía un monstruo. «Sabes, no me gusta nuestra política hacia los extraterrestres. Por supuesto que soy leal a mi propia especie, pero a veces la forma en que actuamos...

pero sí, ¿qué hacen los band cuando se enfrentan a la violencia?»

«Se disuelven en masa. Se suicidan. Van a su paraíso del Círculo Viscoso».

¿No luchan? ¿Ni siquiera para proteger su hogar?

«Solo luchó un grupo: el que yo organicé. Ahora entiendo por qué solo yo tenía la capacidad de hacerlo. Soy un monstruo.»

Ella lo miró con recelo. «¿Estás bromeando, Ronald? Es la segunda vez que llamas monstruos a miembros de nuestra especie. No me parece gracioso».

¡Ojalá lo estuviera tocando! Está resurgiendo con fuerza. Es una sociedad completamente pacífica, y la estamos destruyendo. Dentro de un año no quedará ni un solo band. ¡Genocidio! Recuperaremos un sitio arqueológico, ¡pero a qué precio!

¡Te pareces a mí!

Ronald lo pensó. «Supongo que sí. Nunca había entendido bien tu punto de vista. Pero ahora que he estado con los band, ¿te imaginas lo irritante que resulta oír a esas criaturas tan refinadas y civilizadas llamarlas ringers?»

«¡Me parece maravilloso, Ronald! Has visto la luz. Creo que eso era lo que nos separaba antes, aunque siempre tuve la esperanza y la convicción de que algún día cambiarías. Percibí en ti la capacidad para ese cambio. Eras un guerrero, que pisoteaba a otras especies como si fueran monstruos a los que exterminar, mientras yo intentaba protegerlas. Ahora tú también quieres protegerlas.»

Se dio cuenta. Había sido entrenado para vencer engendros alienígenas, empezando por aquel perro de tres cabezas, y había seguido haciéndolo, hasta esta misión. Ahora, el paso del tiempo no lo estaba realineando con los solarianos; lo estaba llevando a una mayor identificación con los band. Había sufrido una especie de conversión. Su orientación fundamental estaba cambiando; la esencia de su anhelo ahora era ajena. «Cuanto más dura es la caída…», murmuró.

'Es tu conciencia, largamente enterrada, que resurge.'

«¡Pero soy militar!», protestó. «O al menos estoy vinculado a una organización militar. Debo cumplir mis órdenes y completar la misión que me han asignado. Pronto me enviarán de vuelta, junto con el otro agente superviviente; esta vez con la memoria intacta. No tendré excusa para no localizar el yacimiento arqueológico».

—Podrías dimitir —dijo ella.

«Solo enviarían agentes nuevos. Serían menos eficientes y habría muchas más bajas, pero los nuevos podrían hacer el trabajo, ahora que he allanado el camino. Mi primer informe ya ha causado el daño. Sé que soy responsable de lo sucedido».

—Supongo que será mejor que vayas, entonces, y avises a los band...

«Lo cual significaría una traición a mi especie».

Ella frunció el ceño. «Comprendo el problema, Ronald. Aun así, me enorgullece que te hayas dado cuenta. Otras especies también tienen derechos, especialmente el derecho a existir. Tal vez podrías advertir a los band para que se alejen y así podamos tomar el Sitio Ancestral sin hacerles daño. No es lo ideal, pero podría ser práctico».

«No se moverán. No pueden moverse. Viajan sobre líneas de fuerza magnéticas que se extienden alrededor de su sistema solar. Prefieren disolverse antes que trasladarse».

¿Prefieren morir antes que llegar a un acuerdo? Eso no es razonable.

«Los band no son razonables desde nuestro punto de vista. No entienden nuestras exigencias. Y no les importa morir, debido a su absurda mitología del más allá. Consideran que disolverse es la forma adecuada de contrarrestar la agresión.

No se puede luchar contra una criatura que se suicida primero. Son los pacifistas por excelencia.»

«Sin embargo, mudarse sería menos drástico que morir, y los pacifistas no deberían oponerse a esa opción».

«Ya te lo dije, no pueden moverse. Si las naves solarianas realizan su habitual reconocimiento del planeta band, detonando proyectiles en la superficie y demás, el equipo band que genera todas las líneas quedará destruido. Todas las líneas desaparecerán. Sin las líneas de fuerza magnéticas, todos los band perecerán, la mayoría en cuestión de minutos, el resto en cuestión de horas. No habrá suficientes líneas naturales para sustentar a su población.»

«Es como devolver a la humanidad a la tecnología de la Edad de Piedra, dejándonos varados aquí en el planetoide», coincidió. «Sin nuestra tecnología, pereceríamos rápidamente. Pero me alegra que comprendas su postura».

La creciente frustración de Ronald se desahogó en ella, al más puro estilo de los monstruos. «Bueno, quizás también te alegre saber que me casé con una chica band. ¿Qué te parece *ese* agradecimiento?»

Helen hizo una pausa, pero logró asimilarlo con serenidad. «La fidelidad nunca fue un requisito de nuestro matrimonio. En Transfer, se espera que hagas lo que hacen los anfitriones. Es esencial para tus misiones. Y, por supuesto,

habías perdido la memoria. Es prácticamente una contradicción ser infiel a una fe que no está en tu mente. Dado que puede haber sido política o socialmente necesario alinearte con uno de los locales...»

«Piensas como un monstruo. Aquí no hay política ni necesidades sociales, salvo dejar a los demás en paz y ayudar a los necesitados. Me casé con Cirl porque la amaba».

—Sí, por supuesto —dijo, con un tono que denotaba que no lo creía ni por un instante—. Siempre es mejor hacer estas cosas por razones éticas. Pero ahora que has recuperado la memoria...

«Y sigo siendo un band de corazón. Un band en forma de monstruo. Al principio no me di cuenta, pero ahora lo sé. Y tú... eres un monstruo hembra asqueroso, carnoso y con ojos llenos de líquido. ¡No te soporto!»

Entonces ambos guardaron silencio, conmocionados por lo que había salido a la luz. ¡Menudo escándalo había destapado! Porque había dicho la verdad, aunque no se había dado cuenta de que era verdad hasta que esta se abrió paso a la fuerza. Realmente seguía siendo un band en su mentalidad, en lugar de un solariano. Y eso significaba...

¿Qué significaba? ¿Qué *podía* significar? Objetivamente, sabía que era un solariano. Había nacido y crecido como solariano, en este Sistema solariano de Sirio, en el corazón

de la Esfera Sol. Había pasado un tiempo relativamente corto en Transferencia como alienígena, y luego había regresado a su anfitrión original. La computadora lo había aprobado como normal, y la computadora no cometía errores de esa naturaleza. A menos que la computadora tuviera algún rencor contra alguna otra parte responsable, y por eso estuviera arruinando las aprobaciones de Transferencia, ¡no, ridículo! ¡Rondl, *Ronald* era solariano! Tenía que serlo.

—Helen, disculpa —dijo en voz baja—. Debo estar muy cansado o no estar bien aclimatado. Suceden cosas extrañas cuando el aura de una persona está desfasada. No es culpa tuya.

Recuperó la compostura con la eficiencia que la caracterizaba. «Lo entiendo. Y me interesa. ¿De verdad amas a esta criatura alienígena?»

'No quiero hablar de eso. Ni siquiera quiero pensarlo.'

'¿Y esa palabrota, con los ojos llenos de líquido? ¡Es preciosa!'

«Estás siendo muy educada. Los band no tienen ojos, ni líquido en sus cuerpos. Ni carne blanda. Son solo anillos duros, metálicos, sin partes móviles salvo una franja de tentáculos que apenas cuentan. Sus sistemas nerviosos son completamente magnéticos, como circuitos impresos, diodos de transistores, semiconductores. Solo que son

mucho más sofisticados. Pueden alterar corrientes aplicando magnetismo, sin cambiar la estructura física de nada. Algún tipo de sistema de impedancias finamente ajustado; no soy físico, no sé qué es, ni siquiera si existe algo como la impedancia magnética, pero funciona. Son los anillos mágicos originales. Así que para ellos, una forma de vida puramente física, con carne blanda, partes móviles, extremidades articuladas y líquido en flujos y sacos, un solariano es un conjunto de anatomía repulsivamente extraña. Reaccionan de forma muy parecida a como reaccionaríamos nosotros ante un barril lleno de huevos podridos y gusanos vertido en el agua de la bañera.»

Helen dejó escapar una risita ahogada. «¡Un champú de huevo, un champú de verdad!»

'Pero si no te importa cambiar de tema...'

«Huevos podridos», repitió. «Ojos hechos de huevos podridos, con pupilas de yema y...» Reprimió una carcajada. «¿Tengo ese aspecto?»

'¡Por supuesto que no! Eres...' Pero no se le ocurrió una refutación adecuada, porque sus ojos *sí* que parecían... ¡ridículos!

«Pongámoslo a prueba», decidió. «Si no puedo excitarte, entonces debo ser un monstruo». Inhaló profundamente,

acentuando sus pechos, y cruzó las piernas para mostrar más piel.

—¿Por qué todo tiene que volverse sexual contigo? —preguntó—. No quiero esto. Solo quiero relajarme y pensar, aclarar mis ideas antes de hacer el ridículo.

—Porque este ha sido mi único verdadero vínculo contigo —respondió con seriedad—. Yo no soy una criatura sexual, tú sí. Me da igual el sexo, pero siempre lo has necesitado, así que lo he perfeccionado para ti. Nunca coincidimos —con o sin fluidos corporales— en nada realmente importante, excepto en esto. El sexo es lo único que siempre te complace. ¡Apuesto a que tu chica band también se dio cuenta de eso enseguida! Así que si alguna vez dejo de excitarte, te habré perdido. El anzuelo se habrá soltado.

Respiró hondo otra vez y se inclinó hacia adelante, y sus curvas, que parecían sacadas de un viaje, se transformaron de una manera que normalmente le habría causado una profunda impresión. «Pensaba que eras un buen hombre a pesar de tus defectos, por eso me casé contigo», continuó. «Después de cuatro años, casi había perdido la esperanza de que tu peor defecto mejorara. Pero creo que mi impresión inicial se ha confirmado de repente. Soy una persona que se guía por las causas, como bien sabes, y tu redención ha sido una de las principales».

¿El número 7 era una de tus causas? ¿Junto con los tallos de maíz y los extraterrestres oprimidos?

«Por supuesto. Intuí que tenías la capacidad de comprender todo lo demás, y tenía razón. Solo que ahora has dado un giro completo, y no solo te compadeces de la difícil situación de una especie alienígena, sino que te identificas con ella. Crees que podrías amar a una hembra alienígena. Eso va un poco más allá de lo que yo te hubiera permitido, pero no es un desastre. Si de verdad la amas, no puedo competir. Pero si puedo *competir,* entonces no es cierto. Es decir, lo que crees que es amor por ella es simplemente una empatía recién descubierta. Sé que nunca has separado el amor del sexo; si no amas, no puedes...»

'Me apareé con ella.'

«Sí, ya me lo imaginaba. Cualquier hembra que valga la pena, de cualquier especie, aprende a controlar a su macho. Así que ahora quiero averiguar, mientras crees que amas a otra persona, si de verdad lo haces o si te estás engañando. Para mí es importante saberlo, entre otras cosas, porque...»

¡Era asombrosa! Y a pesar de su perspectiva alienígena cada vez más intensa, seguía siendo deseable para él. Es cierto que su carne estaba pesadamente hinchada por líquido y gel, ojos incluidos, pero ese era el modo de los monstruos. Y su reacción lo impresionó. La había insultado de más de una manera, y ella había aceptado el desafío de

inmediato. Él la llamó indeseable, así que ella propuso demostrarlo seduciéndolo. Probablemente era una prueba válida.

Sin embargo, algo faltaba. En realidad, no debería estar tan interesada en él. Había otros hombres en la Estación, y ella era una monstruo atractiva, y algunos de los otros hombres habían indicado, de la manera habitual en estos casos, que estarían interesados en Helen si alguna vez estuviera libre. De hecho, había otras mujeres que habían mostrado un interés similar en Ronald. En una Estación como esta, el personal habitual se conocía bastante bien, y existía un sistema estándar de comunicación privada que todos entendían a la perfección. Solo dentro del matrimonio parecía fallar la comunicación; no estaba seguro de si era por naturaleza o por ironía. Tal vez la emoción se interponía en el camino de la objetividad. O tal vez el culpable era el compromiso, ya que mucha emoción podía preceder a la alianza formal. —*¿Por qué* es importante para ti? —preguntó, dándose cuenta de que ella se había interrumpido como si esperara su desafío.

'Porque quiero tener un hijo tuyo.'

¡Aquella vez ella lo había golpeado con fuerza! Él había querido tener un bebé al principio, y ella no. Dado que era necesario que ambos tomaran pastillas para la fertilidad para poder concebir —contrariando la medicación anticonceptiva universal de la estación—, eso significaba

que no podían tener hijos. Conforme avanzaba su matrimonio, su interés en ese aspecto disminuyó. Quizás, inconscientemente, pensaba en contraer matrimonio en su siguiente etapa con una mujer que también deseara tener un bebé.

«Pero faltan menos de seis meses para que termine el mandato, así que tendríamos que renovar. De lo contrario, no nos darán las píldoras de anulación. Los hijos tienen que nacer dentro del matrimonio cuando queden al menos tres años de matrimonio».

—¿Alguna vez te has preguntado qué vi en ti? —preguntó ella—. Sabemos lo que viste en mí: el relleno natural de mi pecho y mis nalgas.

—Oh, había algo más —la corrigió él, sonriendo—. Otras tienen un relleno similar, pero tú lo has colocado con más acierto

«Eso requirió práctica», admitió. «Pero no *tienes* mucho relleno en esas zonas, y casi no lo mueves».

'Bueno, pensé que te gustaba mi personalidad. Mi carácter alegre...'

«Otras lo tienen. Tú no destacas en ese aspecto».

«Admito que llegué a dudar de mi valía, pero mientras estuvieras satisfecho, no me pareció oportuno indagar

demasiado. Algo así como que no hay que mirar a los caballos regalados con malos ojos.»

«Caballo de regalo», murmuró con tono sombrío. «Hubiera preferido otra analogía».

"En realidad no me fijé en tus dientes."

—¡Ya *sé* qué mirabas! —Lo recorrió con la mirada, pensativa, mientras retomaba su tesis—. Me gustaba tu mente. Despilfarrada en vanidades, pero bajo la apariencia de tu indolencia, tenías un intelecto de primera.

—¡Pero siempre hemos estado en desacuerdo intelectualmente! —exclamó el abogado, sorprendido.

«Y tu aura. No eres un 200, pero eres *un* 55, y eso es una intensidad tremenda. Cincuenta y cinco veces más intensa que la norma de los seres inteligentes.»

«El aura mínima para ser agente de transferencia es de 50, así que no es nada especial. Y tu propia aura es equivalente. Tú también podrías ser agente de transferencia si quisieras».

«Para la posteridad», dijo. «Quería un hijo con inteligencia y carisma. El carisma no parece transmitirse de generación en generación; aun así, me pareció mejor no conformarme con un padre con poco carisma. En cualquier caso, la inteligencia es en gran medida hereditaria, así que esa parte me pareció una buena inversión ».

'¡Pero podrías haber tenido a mi bebé hace tres años y medio, si eso era todo lo que querías!'

«Es cierto. Pero eso no era todo lo que quería. Necesitaba tener la certeza de que el matrimonio se renovaría al menos por un mandato, porque no me gusta la inestabilidad familiar. Menos aún para un niño. Sé que dicen que la guardería de la estación puede criar a un niño de tres años mejor que sus padres, pero no me lo creo.»

¡El 7 fue criado en una guardería!

«Ese es parte de tu problema. Te centraste en la Estación en lugar de en la humanidad. Careces de empatía, o la carecías hasta esta experiencia.»

Ronald no lo había pensado de esa manera. «Podría ser. Ahora mismo no me guío para nada por los monstruos. Prefiero la sociedad band».

«Sí. Quizás te faltaban raíces humanas muy fuertes, y ahora has encontrado otras más sólidas. Parece una sociedad agradable». Se recompuso, restándole importancia al atractivo sexual por el momento. «El entorno juega un papel importante, y una familia estable es *la* parte más importante del entorno. Teníamos diferencias tan persistentes que no estaba segura de que fuera a durar, así que tuve que esperar».

Ronald negó con la cabeza. "¡Eres una mujer calculadora!"

«En efecto. Ahora mis cálculos indican que puede funcionar, porque tu actitud hacia los inmigrantes de minorías ha experimentado un cambio prometedor, y quiero ese bebé».

'¿Justo cuando te digo que amo a otra persona, eso te excita?'

«Una extraterrestre no representa ninguna amenaza para mí, Ronald. Esta misión terminará y no la volverás a ver. Le debo mucho por haber hecho lo que yo no pude: despertar tu empatía fundamental, haciéndote apto para ser el padre del tipo de hijo que quiero criar. En una familia unida. Personalmente. A pesar de tu momentánea confusión, eres sin duda humano. Y estoy a punto de demostrártelo.»

—Estoy menos seguro que tú —murmuró—. No comparto necesariamente tu lógica. La prórroga de nuestro matrimonio está ahora más en entredicho que nunca, y sin embargo, de repente decides que todo está bien.

'No. Ahora que has comprendido la verdad sobre los extraterrestres, he decidido que podríamos ser compatibles filosóficamente durante más tiempo. Eres más humano.'

¿Se te ocurrió que si mi amor por mi esposa alienígena desaparece, también podría desaparecer mi comprensión de las causas extraterrestres?

La emoción pasa. La comprensión permanece. Tú lo harás.

Debemos seguir comprendiendo que no podemos simplemente pasar por alto a criaturas como los band. Ni siquiera cuando se trata de un sitio arqueológico.

—Eso es cierto —coincidió—. Tengo que ayudar a los band de alguna manera. Pero no sé cómo.

—Sé dónde mirar —dijo—. Te lo diré después de que hagamos el amor.

Él retrocedió. "¿Le estás poniendo precio?"

Ella se rió. «¡Touché! Eso es prostitución, ¿no? Y se supone que las mujeres no debemos ser tan obvias con ese tipo de cosas. Además, soy yo quien paga. Muy bien, te aviso ahora mismo. Tendrás que hablar en privado con la otra superviviente de la misión, Tanya Coombs. Sé dónde encontrarla».

—¡Buena idea! —coincidió—. Es la única otra persona que ha estado allí. Pero, ¿por qué te resistes a sugerirlo?

'Tengo entendido que es una mujer extraordinariamente atractiva.'

Ronald se echó a reír. ¡Tenía que ser *una* mujer quien pensara eso primero! Sabía que tenía fama de mujeriego, así que ella prefería mantener la tentación alejada de él.

Helen se acercó a él. La carne la cubría por completo, envolviendo los huesos y moviéndose bajo los tendones; sus globos oculares estaban llenos de líquido y brillaban con humedad, como si tuvieran goteras, y las fibras rojas de su cabeza estaban por todas partes. Sin embargo, a pesar de sus recuerdos cada vez más vívidos de los band, se encontró reaccionando positivamente ante la mujer solariana.

Era, en efecto, un monstruo.

Capítulo XI

TANYA

No fue fácil concertar su conversación con Tanya Coombs. Su Estación se encontraba en un planetoide al otro lado del Sistema; el viaje en transbordador duraría horas. Podría haberlo hecho instantáneamente mediante una Transmisión Matérica, pero el coste prohibitivo significaba que las autoridades jamás lo autorizarían. Despilfarrarían cantidades ingentes de energía enviando una flota entera de naves de guerra a una Esfera distante, pero nada para una sola persona dentro del Sistema. Y la Transferencia a un anfitrión en esa otra Estación estaba descartada; la Sociedad de Anfitriones controlaba demasiado de cerca todas esas transacciones.

No, un encuentro físico con ella no era factible, y quizás tampoco deseable. ¿Qué sabía ella de él, o él de ella? Solo que ambos habían sobrevivido. ¿Compartía ella su nueva preocupación por la sociedad band? ¿Le importaba que una especie estuviera a punto de ser exterminada? De no ser así, sería una tontería que le hiciera saber sus propias dudas. El mero hecho de que se escabullera para reunirse con ella en privado lo delataría; podría revelar su traición al universo. Porque la traición era realmente lo que rondaba por su mente: quería ayudar a una especie alienígena a costa de la suya.

Tendría que llamarla. Pero aquí también surgían problemas. Todas las llamadas desde y hacia las bases militares eran monitoreadas. No habría privacidad. De hecho, ni siquiera podía realizar la llamada sin la autorización de las autoridades de traslado. Quizás Helen podría llamar a una amiga suya en esa base, quien luego podría contactar a Tanya Coombs, pero esto sería tedioso e incierto, no le permitiría averiguar lo que necesitaba sobre sus actitudes privadas y, de todos modos, podría no pasar desapercibido para las autoridades, incluso si Tanya no lo denunciaba. Y si ella *compartía* su preocupación por los band, ¿cómo podía confiar en él? Podría confundirlo con un agente administrativo que ponía a prueba su lealtad. No le diría nada de sus verdaderos sentimientos. Ni por video. Así que, en efecto, estaba bloqueado; tenía que guardar sus preocupaciones para sí mismo.

Mientras tanto, tenía que pensar en Helen. ¿Sería prudente renovar su matrimonio temporal con ella? ¡Qué poco la conoció durante esos años del primer contrato!

Él creía que no existía conexión entre su vida profesional y personal, mientras que ella, todo ese tiempo, intentaba conciliarlas. Quería armonizar sus filosofías para crear un entorno propicio para su hijo. Él pensaba que ella simplemente había perdido el interés. Ella demostró que no era así, y también demostró que *él* no. Ahora se veía a sí mismo y a ella como monstruos, pero así como una persona puede adaptarse a circunstancias cambiantes, él podía adaptarse a un huésped extraño, o a su propio cuerpo, experimentado como ajeno. Los monstruos también podían amar.

Helen tenía razón: una vez terminada esta misión y el *Sitio Antiguo* estuviera en posesión de los solarianos, seguiría siendo un monstruo y tendría que lidiar con las cosas de los monstruos. El Paraíso band era solo un tentador interludio, imposible de integrar para un monstruo de forma permanente. Un demonio solo podía mirar a un ángel con envidia; no podía cambiar su propia naturaleza. Así que, si Ronald no lograba procrear con Helen, tendría que hacerlo con alguna otra monstrua. ¿Acaso había alguna mejor en su horizonte?

¿Pero podía concluir que aún la amaba? Su emoción seguía ligada a Cirl, la alienígena. ¿Por qué? Realmente no parecía

tener mucho sentido. Tenía que resolver la cuestión antes de volver a comprometerse con Helen. Y quizás antes de volver a ver a Cirl. No podía ser justo con ninguna de las dos si no tenía claro lo que sentía.

¿Qué hacía un militar con problemas emocionales? El protocolo estándar tenía la respuesta: acudía al capellán. Todo lo que se hablara con el capellán era confidencial. De hecho, el capellán podría ayudarle a contactar con Tanya Coombs en privado. Sin duda, valía la pena intentarlo.

Ronald se dirigió a la plataforma de lanzamiento residencial y se colocó en posición. Al pulsar el botón correspondiente, la plataforma se movió hacia adelante y hacia arriba, impulsándolo en la dirección opuesta al giro del gran cilindro. Así, se encontró suspendido en el aire, aparentemente surcando el paisaje, pero en realidad suspendido sin impulso mientras el cilindro giraba a su alrededor. Extendió sus aletas y aleteó hacia la salida central, apuntando lateralmente lo justo para contrarrestar la resistencia del aire que intentaba arrastrarlo con el giro. El aire era viscoso, moviéndose con el cilindro en el borde y permaneciendo casi inmóvil en el centro. ¡Ahora era mucho más consciente de la viscosidad que antes!

A su alrededor, el mundo cilíndrico se hacía más nítido a medida que ascendía. Ronald había perdido la noción de altura al volverse ingrávido; ahora era, más o menos, el centro de un mundo que giraba a su alrededor. Siempre

había notado este efecto y siempre lo había disfrutado. Quizás esto revelaba su narcisismo innato, su tendencia a verse a sí mismo y a su especie como el centro del universo. Su experiencia con los band le había demostrado que existían otros centros, tal vez más válidos que el suyo. Sin embargo, su deleite permanecía.

Los colores de los patios y los tejados de las casas formaban un patrón irregular; cuando entrecerró los ojos, impidiendo que siguieran automáticamente, esos colores se difuminaban como imágenes animadas. Era un enorme caleidoscopio: los tejados como trozos de cristal, el río como una pincelada azul grisácea. La caída del agua no era grande, solo unos pocos metros, pero se mantenía fiel a su cauce y se aferraba a su pequeño lago en la base, desde donde el agua se filtraba y se bombeaba a su origen en la montaña para su recirculación. Unos niños pequeños nadaban en el lago; oyó sus débiles gritos de alegría y vio sus chapoteos. Ah, sí, esto era lo más parecido al paraíso que los monstruos podían encontrar. La versión monstruosa del Círculo Viscoso.

Ronald llegó al centro y tuvo que tomar la salida para no obstruir el tráfico. Sintiendo una suave nostalgia por este paraíso de imitación y por el verdadero en el que creían los band, se agarró a las barras del borde y se lanzó a través del tubo. Ahora se imaginaba como un cohete volador, surcando esclusas y canales con boyas que marcaban la única ruta segura a través de un cinturón de planetoides. Era una fantasía infantil, pero una que podía permitirse en la

intimidad de su mente. El sistema band tenía muchos más cinturones de planetoides, alrededor de sus soles, alrededor de sus planetas y quizás incluso alrededor de sus lunas más grandes; allí sí que se podía jugar a esquivar los fragmentos. Quizás eso también lo atraía. Quizás, con la perspectiva del tiempo, sus diversos motivos se volvían más claros.

Dobló bruscamente una esquina y se dirigió a toda velocidad hacia los aposentos de los capellanes. En la Estación, todo tenía su lugar; bastaba con saber dónde estaban. No había señales ni indicaciones; esto formaba parte del sistema de seguridad de la base. Ningún extraño podía orientarse fácilmente, y desde luego ninguna criatura alienígena podría moverse con soltura. Solo los nativos desarrollaban la pericia necesaria, conociendo cada punto de apoyo y cuáles estaban configurados como alarmas. Los nativos se volvían inconscientes de todas las pequeñas trampas deliberadas mientras las evitaban, y así era como debía ser.

Ahora llegó al cilindro más pequeño y de giro más rápido de Neutrales, Alienígenas y Capellanes. No había gran panoplia aquí; las cámaras se abrían directamente desde el tobogán de caída libre, sin marcar. El primero era Polarian, el segundo Nath, y así sucesivamente a lo largo de la línea de aliados esféricos de Sol. Cualquier destacamento alienígena, por pequeño que fuera, tenía derecho a su propio capellán o equivalente. Era parte de ser un Alienígena Registrado. Los humanos no interactuaban mucho con los aliados

alienígenas, debido a las diferentes preferencias atmosféricas y gravitatorias; la noción de conquista planetaria alienígena era ridícula, porque ¿quién intentaría conquistar a un gran costo un planeta que la especie no podría utilizar? Pero muchas especies diferentes estaban estacionadas juntas aquí en el espacio. El espacio era igualmente inhóspito para todas las criaturas, excepto, recordó con una punzada renovada, para los band, que vivían en el espacio. Aquí, entre los monstruos, nunca era posible predecir qué habilidades particulares se requerirían en una emergencia de guerra, por lo que la mayoría de las criaturas disponibles estaban representadas. ¡El ejército no escatimaba en gastos para su preparación!

Se detuvo junto a la abertura Magnet, que estaba al lado de la de Sol. Los Magnets eran una especie metálica esférica que se propulsaba mediante el magnetismo. No eran realmente inteligentes, según él entendía; servían como guardianes o perros guardianes, y eran excelentes en ello. Un Magnet en vuelo de ataque se parecía mucho a una bala de cañón disparada, arrasando con todo a su paso. Se le ocurrió que los Magnets también se parecían a los band, por su modo de propulsión y su capacidad para sobrevivir en el espacio profundo.

Pero la criatura era mucho más que un simple sistema de propulsión. Los “imanes” eran en realidad motores flotantes que consumían carbón u otros combustibles para generar su magnetismo, mientras que los band obtenían su energía de

las líneas magnéticas. Los *imanes* debían estar cerca de metal; los band podían viajar mejor en el espacio profundo. En una analogía con las máquinas: los *imanes* eran como las antiguas locomotoras de vapor de la Tierra, mientras que los band eran como las modernas naves espaciales eléctrico–iónicas. Quizás existía algún parentesco entre las especies, pero no era más cercano que el que existe entre los dinosaurios bípedos y el hombre.

Ronald retrocedió, encontrándose en la entrada de Polarian antes de darse cuenta de adónde iba. ¡Seguro que no querría un capellán alienígena!

¿No? Si contemplaba la traición contra su propia especie, ¿qué podría ser más objetivo que una tercera especie, ni solariana ni band? Los polarianos eran famosos por su razonamiento circular, incomprensible para muchos solarianos, pero a menudo productivo de resultados positivos. Los polarianos se habían extendido a la Esfera Sol como resultado del poder enormemente creciente del Sistema Etamin, en la frontera entre las Esferas Solariana y Polariana. De hecho, el impulso actual para el *Sitio Antiguo* era una estratagema para evitar el cambio de poder dentro del imperio del Sistema Sol al Sistema Etamin. La lógica de los hombres no podía, al parecer, competir con la lógica de los dinosaurios, el término despectivo de jerga para los polarianos, basado en su supuesto parecido con los excrementos de los dinosaurios en el planeta Etamin de Outworld.

¿Qué tal si abordamos el asunto desde otro ángulo? Habla con el capellán polariano. Quizás no salga nada de ello, pero ¿quién sabe?

Ronald se deslizó lentamente por el agujero de los polarianos. Pronto sintió el peso al llegar a la parte exterior de aquel cilindro giratorio, y tuvo que agarrarse a las barras dispuestas para tal fin para no caer demasiado rápido. Llegó al fondo y se detuvo en la superficie lisa, sintiendo la cabeza ligeramente ligera. Esto se debía a que, en aquel pequeño cilindro, su estatura física marcaba la diferencia; su cabeza se movía más despacio que sus pies, por lo que realmente se sentía más ligero. Algunas personas podían sentir náuseas por este efecto.

Caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta del capellán. Esta se abrió justo cuando él estaba frente a ella. Allí estaba el polariano, con forma de lágrima del tamaño de un hombre, una enorme rueda esférica debajo y una pequeña bola al final de su trompa, arriba.

La pequeña bola rozó la pared más cercana, provocando vibraciones que sonaban como habla humana. La adaptación fue tan precisa que Ronald miró hacia la pared, casi esperando encontrar allí un intercomunicador, aunque sabía que no era así. «Es posible perderse en una estación de esta complejidad», dijo la criatura diplomáticamente. Los polarianos rara vez eran directos; preferían ser indirectos, y su forma de hablar lo reflejaba.

—En este caso, señor, no fue un accidente —respondió Ronald. Uno se dirigía a los oficiales como «señor» sin importar su especie, aunque Ronald, como agente semicivil, no tenía que respetar esta convención.

«Entonces, puede que desee entrar. Soy Smly de la Esfera Polaris, consejero de los necesitados». El extraterrestre no preguntó si Ronald tenía alguna necesidad; eso habría sido inapropiado.

Ronald no se presentó, pues prefería que la entrevista fuera anónima. El polariano podía descubrir fácilmente su identidad; la reticencia de Ronald era simplemente una señal. «Quiero cometer traición contra mi especie», dijo sin preámbulos. Ronald se preguntó distraídamente si los solarianos solían pronunciar el nombre de este polariano como *Smile* «Sonrisitas»[4] o *Smell* «Apestoso»[5]. Los nombres de los polarianos generalmente se prestaban fácilmente a la parodia, y las criaturas no parecían oponerse. Presumiblemente, reservaban sus emociones para asuntos de mayor importancia.

«Esto podría considerarse un impulso natural, si hubiera alguna justificación para ello», comentó Smly de forma indirecta.

---

4 Smile como Sonrisa [N. T.]

5 Smell, se traduce por olor. [N. T.]

Ronald explicó las circunstancias. El polariano rodaba por su pequeña cámara, escuchando atentamente, mientras su rueda dejaba una tenue estela de humedad. Sus movimientos eran gráciles, en contraste con los movimientos bruscos de la forma solariana.

—Eso es todo —concluyó Ronald su discurso—. Creo que amo más a la hembra alienígena que a la esposa de mi propia especie, y mi lealtad última parece estar con esa especie alienígena. Me temo que esto es traición.

«Nuestras definiciones pueden diferir de las suyas», dijo el capellán, haciendo sonar su pelota contra el techo. Si Ronald hubiera tenido los ojos cerrados, no habría podido distinguir que no era una persona quien hablaba, aunque parecía revolotear del suelo al techo. «Para nosotros, el bienestar del individuo es primordial. En caso de conflicto de intereses con el aparente bienestar de la sociedad, el individuo tiene la última palabra».

«Lo que es bueno para uno es bueno para todos», dijo Ronald, poniendo las cosas en perspectiva.

«Por lo tanto, puede que no haya traición.»

¡Pero yo no soy un polariano!

«La costumbre polariana es ahora una opción legal para el personal militar. Esto se relaciona con la composición y el equilibrio de intereses dentro de la esfera de influencia más

amplia de nuestro imperio; si su clase lo llevara a juicio o a un consejo de guerra por traición, podría invocar nuestra ley y ser exonerado.»

—Supongo que debería sentirme aliviado al oír eso —dijo Ronald—. Pero, por alguna razón, no lo estoy. Me preocupa más el aspecto moral que el técnico. No quiero traicionar a mi especie ni a mi sociedad, pero siento la necesidad de proteger a los band de la explotación o la destrucción. Mi bienestar personal es de poca importancia. ¿Cuál es, entonces, el camino correcto?

«Se trata de honrar tus principios fundamentales. Si tu lealtad a la mujer band y a la sociedad band es la más fuerte, esto es lo que debes apoyar. Solo tienes que asegurarte de que estas son tus lealtades.»

¡*No* estoy seguro! Por eso estoy en un dilema.

«¿Por qué alguien querría más a una band que a su esposa?» Una vez más, el polariano formulaba una pregunta directa de forma indirecta. Un polariano que no tuviera mucho contacto con los solarianos jamás habría formulado tal pregunta.

—¿De verdad? —preguntó Ronald, traduciendo lo indirecto a lo directo, como era típico de su especie. Sol era conocida por su cultura de «impulso», que avanzaba sin descanso. —Sí, supongo que sí. Creo que es porque Cirl me

necesita de verdad, y yo la necesito a ella. Estaba a punto de suicidarse, hasta que la rescaté y le di una razón para vivir. Yo mismo estaba perdido, hasta que ella me enseñó las costumbres de la sociedad band. Helen y yo no nos necesitamos tanto. Al menos, eso creía.

«Cabe preguntarse en qué se diferencia la sociedad de band de la sociedad solariana».

«¡Eso da para un ensayo entero, una biblioteca completa! Pero supongo que te refieres a en qué se diferencia *para mí»,* reflexionó Ronald. «En esencia, es una sociedad pacifista, muy parecida al ideal solariano de la utopía... ya sabes, de esas que aburrirían a la gente común en la práctica. Porque los solarianos somos muy belicosos; se nota en todos los aspectos de nuestras vidas, en nuestra constante competencia, en nuestro sistema de "libre empresa" que en realidad representa el derecho de cada uno a explotar y aprovecharse del esfuerzo y trabajo de los demás. Pero con los band este pacifismo funciona de verdad, y su visión del cielo —su Círculo Viscoso— es, en consecuencia, remota. Es un mito, por supuesto, pero... bueno, confieso que me atrae cada vez más. Ojalá pudiera ir al Círculo Viscoso cuando muera». Se rió irónicamente. «¡No creo en él, pero lo anhelo! ¡Quizás no sea tanto traición como la locura lo que me llama!».

«Entonces, el amor que uno siente por un extraterrestre podría ser una función de su anhelo por su sistema de creencias o su forma de vida».

¡Tiene que serlo! Es una creencia maravillosa, mejor que la nuestra. Los solarianos son tan prepotentes, tan infernalmente corruptos, tan parecidos a monstruos. Nunca me interesaron mucho las nociones filosóficas, pero de alguna manera... no sé. Tampoco creía en el pacifismo hasta que lo vi funcionar en la sociedad band, y claro, entonces tuve que enseñarles a luchar para que no los destruyeran. Supongo que estoy haciendo tanto por destruir su filosofía como el resto de mi especie por destruir sus cuerpos. Así que también estoy siendo un traidor a los band; quizás uno peor. Pero bueno, por eso estoy aquí. Soy un agente de un daño incalculable, como una célula germinal. ¿Qué puedo hacer?

«Puede haber ocasiones en las que uno deba plantearse si es ético informar a las partes de la verdad».

«¿Contarles a los band que soy un espía de los monstruos? ¿Crees que estoy loco? Ellos...» Hizo una pausa. «No, no lo harían. No reaccionan con ira. Simplemente aceptan los hechos.»

¿Es posible que la verdad les permita salvarse de una posible destrucción?

«No estoy seguro. Lo dudo. Preferirían disolverse antes que causar molestias considerables a otras criaturas. Esa es la ironía de su situación: las especies agresivas y codiciosas como los solarianos expulsan a las especies civilizadas y pacíficas como los band. Aun sabiéndolo todo, no lucharían, a menos que tuvieran un engendro incivilizado como yo para liderarlos.»

«Pero si se les informara de que lo único que desean los solarianos es el Sitio Antiguo, ¿se alejarían de él?»

«Sí, supongo que sí. Y eso podría solucionar el problema. Suponiendo que el Sitio esté bien alejado del planeta Band. Solo que...» Ronald hizo una pausa, intentando aclarar su reserva. Entonces lo entendió. «Solo que no quiero solucionarlo de esa manera. Ese Sitio Ancestral está en su espacio; ellos tienen el derecho legítimo sobre él. Si alguien debe beneficiarse de la ciencia Ancestral, deberían ser los band, no los monstruos. Los band, al menos, no abusarían de ella.»

«Entonces, puede que el problema no tenga solución».

«No de esa manera. No quiero que ganen las criaturas malas». ¡A Helen le alegraría oírlo ahora!

«Quizás sea conveniente que continúes como hasta ahora, permitiendo que las criaturas buenas resistan el ataque de las malas. Puedes engañar a los band sobre tu naturaleza y

motivación, pues si lo descubrieran, podrían transmitir la información deseada al mando de los solarianos, revelando así el Sitio Antiguo. ¿Concuerda esto con tus principios?»

¡Lo haces sonar terrible! Pero sí, soy un monstruo, con valores de monstruo. Puedo hacer lo correcto de la manera equivocada. Puedo mentir, engañar, robar y matar para lograr mis objetivos. No me gusta; desearía ser más como Cirl, hermosa por dentro y por fuera. Pero no lo soy, y desde luego no quiero que Cirl se convierta en mí. Si hay que mentir y engañar, prefiero hacerlo yo mismo, ya que soy un monstruo, y así evitarles cualquier pensamiento semejante. No quiero corromper a los ángeles del Cielo. Tengo que hacer lo que me dicta la conciencia, por mucho que la viole, por absurdo que parezca.

«Esto concuerda con los principios polarianos. Las necesidades del individuo son primordiales. La sociedad no tiene permitido juzgar los motivos del individuo».

'Quizás por eso vine a hablar contigo. Debí de darme cuenta de que aprobarías mi egoísmo.'

—Es posible —concedió la criatura sin rencor. Los polarianos eran así; realmente tenían una perspectiva ajena a la nuestra—. Sin embargo, parece que estás haciendo el máximo sacrificio, dejando de lado tus propios principios morales y escrúpulos para asegurar que los suyos permanezcan puros.

¿Y cuántos fanáticos habían hecho exactamente eso a lo largo de la historia de la humanidad, protegiendo salvajemente la moral de otros a pesar de la voluntad de estos? Ronald se sintió sucio. «Bueno, gracias, capellán», dijo. «Gracias a su consejo, ahora estoy decidido a traicionar a ambos bandos, para que solo se cumpla mi voluntad, sea correcta o incorrecta».

—Esa es la naturaleza de los monstruos —coincidió el polariano con ecuanimidad.

Ronald se presentó en la sala de interrogatorios según lo previsto. «Hemos decidido enviar de vuelta a ambos supervivientes, esta vez con la memoria intacta», anunció Branst. «Dudamos que se realice alguna prueba allí. De esa forma, uno de ustedes debería poder localizar el yacimiento arqueológico e informarnos. A partir de ahí, nos encargaremos del resto».

'¿Y la invasión física? ¿La suspenderán hasta que tengamos nuestro informe?'

'No. Eso continuará, en caso de que ninguno de ustedes pueda localizar el sitio rápidamente.'

En otras palabras, no confiaban plenamente en esos dos agentes, que ya habían fracasado una vez en su intento de obtener la información. Ronald no podía ganar tiempo. Si no conseguía lo que buscaban, localizarían el sitio por las malas.

Tuvo una idea. Era una apuesta arriesgada, pero valía la pena intentarlo. «Podría coordinarme mejor si conociera al otro agente de transferencias».

'Por supuesto. Aquí está ahora.'

¡Iban a dejar que la conociera! Después de que todas sus conjeturas no hubieran dado resultado, las autoridades lo estaban haciendo por él.

La pantalla de la pared mostró una imagen de una cámara similar a esta. Era como si la habitación hubiera duplicado su tamaño repentinamente. Ronald ya había experimentado este fenómeno muchas veces, pero, al igual que con el túnel volador, siempre le intrigaba.

En la otra mitad se encontraba una joven atractiva con uniforme militar, sin insignias de rango visibles, como era costumbre entre los agentes de Transferencia. Podía ser militar o civil; poco importaba. —¿Ronald Snowden, supongo? —preguntó.

'El mismo. ¿Tanya Coombs?'

Ella asintió en señal de confirmación, con el cabello ondeando. Era negro y le llegaba justo por debajo de las orejas, dejando ver su cuello. Era esbelta, de figura curvilínea y atlética, su cuerpo se esforzaba por expresarse a pesar de las restricciones del uniforme, y lo conseguía bastante bien.

Con ropa femenina, sería deslumbrante. —¿Deseabas intercambiar impresiones?

Sí, y planificar una estrategia. En privado.

Branst y el oficial que acompañaba a Tanya se marcharon, dejando a los dos solos. Claro que era una ilusión; no solo no estaban juntos, sino que tampoco tenían privacidad. Los oficiales grabarían la entrevista en pantallas separadas, y todo quedaría registrado por la computadora y analizado interminablemente en busca de información relevante. Aun así, parecía privado, y eso era lo que él quería. Para cuando el análisis de la grabación arrojara algún resultado, Ronald ya se habría marchado.

«Descubrí ciertas complicaciones», dijo Ronald. «Tenía la memoria en blanco, así que no recordaba que estaba casado. Por eso me casé con una mujer band».

Tanya sonrió con una sonrisa peculiar que realzaba su belleza. «Yo también», dijo con pesar. «Ahora tengo dos maridos. No quise avisarle a mi marido humano».

—Yo se lo conté a mi esposa, y ella lo entendió perfectamente. De hecho, le preocupaba más mi reacción hacia ti que hacia la extraterrestre. Pero, ¿qué le diré a mi esposa cuando regrese?

'No le digas nada. Mi marido, que es músico, disolvería el contrato si se enterara.'

Eso fue así. Creo que tú y yo deberíamos conocernos, para coordinar nuestra búsqueda del Sitio Ancestral. Ha habido tantas bajas en el grupo que creo que es demasiado arriesgado seguir operando de forma independiente. ¿Me autorizas a no decir nada inapropiado a mi esposa band?

Tanya asintió con comprensión. «Tú tampoco digas nada a mi esposo band. Es un buen tipo. No habría sobrevivido sin él y no quiero hacerle daño. Sin embargo, podemos evitar cualquier complicación simplemente manteniéndonos alejados el uno del otro. Creo que las investigaciones independientes serán suficientes».

'Pero pensé...'

«Acepté no decirle nada a tu compañera band si me la encontraba. No acepté reunirme contigo».

Su conversación había sonado prometedora hasta que ella reveló su preferencia por no reunirse con él en ese ambiente. Aquí no podía hablar con libertad; para tener verdadera privacidad, tenía que encontrarse con ella allí.

Tanya, al igual que él, se había sentido atraída por la filosofía band, al menos hasta el punto de casarse. Se preocupaba por su compañero alienígena. Pero, ¿había llegado su conversión tan lejos como la de él? No podía preguntárselo directamente, pero tal vez obtendría algunas pistas si la ponía a prueba. «¿Te gustó la sociedad band?»

¿Acaso eso no es irrelevante para nuestra misión?

Evasión. Eso era prometedor. «Quizás. Sin embargo, tenemos que entenderlo para sobrevivir dentro de ella. Diez agentes no lo hicieron. Yo casi no lo logré. Quizás teníamos algo en común. No sabemos si alguno de los demás se casó, pero es razonable suponer que no lo hicieron y, por lo tanto, no tuvieron ayuda».

Ella arqueó una ceja negra, seductoramente. ¿Qué hacía una criatura como esa en Transferencia? ¡Jamás debería querer abandonar su cuerpo anfitrión solariano! «Ambos sobrevivimos», dijo, «quizás gracias a nuestra aceptación de la sociedad band hasta el punto de casarnos con nativos. Creo que lo peor ya pasó».

«Sin embargo, tendremos que interrogar a los band con cuidado para obtener la información que necesitamos sin revelar nuestras cartas, o nuestros anillos, según sea el caso».

'No creo que eso importe'.

«Porque si se dieran cuenta, su brazo militar intervendría y establecería una guardia efectiva en el sitio, lo que dificultaría mucho nuestra adquisición».

—¿Su brazo militar? —preguntó con expresión inexpresiva. Sabía que los band no tenían tal cosa. Y esta era su confirmación de que, en efecto, estaba hablando con otro

agente de Transferencia, con un impostor (¡sin impostor, no hay band!), un farsante cuyo trabajo era interrogarlo. Si por casualidad esta Tanya no era la indicada, esto la descolocaría. La computadora y ciertos oficiales clave estarían al tanto de la naturaleza de los band, pero esa información sería clasificada como secreta, no porque realmente fuera necesario, sino porque así funcionaban los militares.

«Los militares pueden ponerse bastante feos cuando se enfadan», dijo Ronald. «Si el presidente band llamara a la guardia, nuestras posibilidades de éxito se verían mermadas».

—Ah, sí, su presidente —asintió ella débilmente. Los band no tenían presidente. ¿Acaso estaba captando lo que quería decir? Él desconocía la inteligencia de Tanya, y tal vez sus sutilezas. No la entendía. Pero no podía hablar con más claridad sin alertar a los oficiales que estaban escuchando a escondidas.

«Así que no quiero alertar a su administración», continuó. Se refería a la administración solariana: su propio gobierno. Corría un doble riesgo: que ella no se diera cuenta; o, si lo hacía, que no aceptara la artimaña. Podría arruinarlo desmintiendo sus comentarios si así lo deseaba.

—Sí, no sería bueno alertar a sus militares —coincidió finalmente Tanya—. Eso podría acarrear complicaciones letales.

Parecía que ella lo tenía y estaba siguiendo la corriente. Los traidores solarianos eran sometidos a un lavado de cerebro o ejecutados, según la situación. «Así que probablemente deberíamos reunirnos allí y coordinarnos. No podemos arriesgarnos a usar su sistema de comunicaciones públicas; tenemos que hablar en privado. Porque si descubren nuestra verdadera naturaleza...»

Tanya asintió. «Sí, creo que tienes razón. No podemos permitirnos que los militares band escuchen nuestros planes. Eso no sería nada seguro».

«Nos interrogarían y nos disolverían de inmediato», dijo Ronald. *Si ella lo traicionara ahora...*

«Claro que sí. ¿Cómo te encuentro allí? ¿De qué color es tu mujer? Mi marido es azul. Yo soy naranja.»

«Yo soy verde. Mi esposa es amarilla. Así que no podemos combinar nuestros colores fácilmente. ¿Podríamos encontrarnos en algún punto de referencia planetario conocido? ¿Donde haya algo de privacidad? Para que los militares no puedan interceptarnos...»

'Montaña Laberinto', dijo ella.

'No sé dónde...'

—Puedes preguntar. Te veo junto a la aguja naranja. —Muy conveniente, ya que el naranja era su color. —De acuerdo. Pero se preguntó si realmente existía un lugar como la Montaña del Laberinto. ¿Lo estaba despistando? Porque si...

¿Qué otra opción tenía? Se había arriesgado y le había dado a entender su verdadera actitud. Ella parecía estar de acuerdo, pero si todo era una artimaña, poco importaba si lo traicionaba en el Sistema Sirius o en el Sistema Band. Simplemente tendría que seguir adelante con fe y esperanza. Si no lo arrestaban por traición allí, y si existía una Montaña Laberíntica, probablemente ella estaría con él.

A menos que ella lo denunciara en privado y aún así lo encontrara allí, dándole más cuerda para ahorcarse...

Bueno, había abordado este problema de forma indirecta, por un camino distinto. No había encontrado una mejor manera. Tenía que intentarlo, correr el riesgo. La alternativa era participar en la destrucción de la mejor sociedad que había conocido.

Capítulo XII

DOBLE CÍRCULO

Rondl se encontró en los brazos de Cirl. "¡Oye, no estoy a la deriva!", exclamó.

Lo soltó inmediatamente y luego se movió lo suficiente a lo largo de la línea para obtener un ángulo adecuado sobre Eclat y devolverle la mirada. «¡Rondl! ¡Te has recuperado!»

De repente se dio cuenta de que habían dejado a su anfitrión del band sin supervisión. ¡Eso debió de ser un horror para Cirl! «Me he recuperado», asintió. «Pero he tenido pesadillas. Cuéntame qué pasó aquí».

«Estábamos durmiendo cuando te desconectaste», dijo. «Intenté despertarte, pero no reaccionaste. Te volví a conectar, pero seguías sin reaccionar. Me horroricé.

Comprendí que la tensión de esta campaña antisocial había sido enorme, y que la habías soportado sin disolverte, como ningún otro band podría haberlo hecho, pero que finalmente había sido demasiado para ti y tu aura había abandonado tu cuerpo. Pero no te habías disuelto. Recordé lo extraños que habían sido algunos de tus recuerdos, así que tenía la esperanza de que estuvieras ausente en esa extrañeza, y que regresarías cuando tu aura se recuperara. Así que sostuve tu cuerpo, manteniéndolo conectado, esperando esa recuperación, negándome a creer que te habías ido para siempre, aunque... ¡ay, qué miedo tenía!».

«¡Eso sí que lo entiendo!». ¿Debía decirle la verdad o fingir que había sido una casualidad? Su explicación era bastante convincente.

«¡Oh, Rondl! Si te disolvierais, ¡no sé qué sería de mí ni de nuestra especie! Creo que todos tendríamos que unirnos a vosotros».

¿Unirse a él en el olvido? Porque ellos no podían transferirse a los anfitriones de monstruos como él. Eso lo decidió. Tenía que ser honesto con Cirl, costara lo que costara su alianza personal; ella era a quien amaba. «Cirl, si no me hubieras ayudado, habría perecido». Al menos su anfitrión band lo habría hecho, imposibilitando su regreso, lo cual venía a ser lo mismo. «Debo contarte toda la historia, aunque gran parte te resulte dolorosa».

—Siempre has sido justo conmigo —dijo ella con alegría.

'Cirl, he recuperado la memoria.'

Eso la hizo palidecer. —¿Sabes quién eres? ¿Tienes otros compromisos?

Sí, esto iba a ser difícil. «Lo sé, y los tengo. Pero también tengo compromisos contigo y con la especie band. Ahora tengo dos vidas que conciliar. Me temo que no te gustará lo que he descubierto sobre mí mismo».

—¿Tienes que dejarme? —preguntó con tristeza.

'¡No! ¡No te voy a dejar!' *Sin embargo,* añadió mentalmente, sintiéndose culpable.

'Entonces, el resto lo puedo tolerar.'

Esperaba que ella tuviera razón. En realidad, no era propensa a disolverse fácilmente, pues no lo había hecho ni cuando su antiguo amigo la rechazó ni cuando el kratch la persiguió. Pero esta podría ser una prueba más dura. «Debo ir a una cita ». Pero eso no era lo que pretendía decir; estaba evadiendo el tema.

¡Yo iré contigo! ¿Dónde está?

¿Ir con él? ¿Conocer al otro monstruo disfrazado de band? ¿Pero cómo podría evitarlo? «La Montaña del Laberinto».

¿La conocería ella? ¿Existía siquiera? Quizás, en ese sentido, no tendría ningún problema.

—¡Puedo guiarte hasta allí! —exclamó—. ¿Con quién debes encontrarte?

Sus preguntas lo facilitaban; le servían de base para su confesión. «Una mujer —una mujer casada— que ha tenido pesadillas parecidas. La conocí en esta última pesadilla y debo hablar con ella».

¿Compartes tus sueños con otra band?

¡Dominio traicionero! «¡No como te las conté, Cirl! Simplemente nuestras pesadillas se superpusieron, y ahora debemos aclararlas en la vigilia para evitar más problemas». Voló un instante a lo largo de la línea, pensativo. «Peores problemas». Como un genocidio.

'Esta vez no pude entrar en tu sueño. Tu aura estaba ausente. ¿Cómo podía estar ella en él?'

—Esta es la peor parte —dijo—. Cirl, me temo que esto te hará daño, y te lo perdonaría si pudiera. Pero tengo que decírtelo...

'Dime. ¡Cualquier cosa es mejor que volver a disolverte, o disolverte a medias, y perder ese aura de nuevo!'

¿Por qué no se le había devuelto el aura original del band al cuerpo anfitrión durante ese intervalo? Este cuerpo sin duda habría muerto si Cirl no hubiera actuado con tanta devoción para salvarlo, y el anfitrión de Tanya podría estar muerto ahora por la misma negligencia. ¡Eso fue una negligencia criminal!

No, no era descuido, se dio cuenta al reflexionar. Existían riesgos prohibitivos asociados con el regreso del band original a su cuerpo. El band, habiendo experimentado la monstruosidad, podría reconsiderar este acuerdo y decidir no cooperar más. Podría horrorizarse por lo sucedido y disolverse de inmediato, privando a Rondl del cuerpo huésped disponible. En una misión de esta importancia, era inútil arriesgarse. También era posible que hubieran dañado al band original durante el intercambio, al no comprender la naturaleza de los band. Podría haber intentado disolverse en el huésped monstruoso. ¿Cuál sería el resultado? El cuerpo solariano no se desintegraría, por supuesto, pero bien podría morir. Así que tal vez no tenía aura para regresar a este cuerpo de todos modos.

En cualquier caso, tuvo que quedarse el anfitrión band en blanco durante el breve tiempo que Rondl estuvo de vuelta en el Sistema Sirio, sin darse cuenta del riesgo que esto suponía. Mejor para Rondl; prefería mantener a los engendros en la ignorancia. ¿Y si el band original hubiera regresado y se hubiera encontrado en los brazos de Cirl? ¿Qué le habría dicho? Eso podría haber sido otro desastre.

'Te lo cuento enseguida. ¿Qué han estado haciendo los monstruos mientras yo no estaba?'

«Permanecen entre las lunas. Creo que nuestra interferencia los ha hecho detenerse. Tenemos un respiro.»

«Bien». Rondl reunió fuerzas y valor mientras se dirigía hacia el planeta. Cirl lo guiaba de una línea a otra, llevándolo hacia una región del ecuador. Confiaba en su guía. «Esta última pesadilla era sobre los monstruos, como antes, pero más completa. No fui absorbido por un huésped monstruo, yo era el monstruo mismo. Interactué con otros monstruos. Una de ellas se llamaba Tanya, y acordamos reunirnos en nuestra forma band cuando terminara la pesadilla. No podíamos permitir que los otros engendros escucharan nuestra conversación, ¿entiendes?».

«Pero sigo sin entender cómo ella compartió tu sueño, cuando yo no pude».

«Porque en realidad no fue un sueño. Mi aura estaba realmente en un huésped monstruo, y la suya en otro».

«¡Pero no os desintegrasteis! Podía entender que vuestra aura se replegara a lo más profundo de vosotros, o que se debilitara tanto que no pudiera detectarla durante un tiempo, pero ¿cómo podía viajar mientras vuestro cuerpo permanecía intacto?»

«En las Esferas alienígenas existen dispositivos capaces de transferir un aura intacta de un huésped a otro. Uno de estos dispositivos fue utilizado en nosotros».

Ella lo asimiló. «Así que en realidad no estabas soñando. Te convertiste en un monstruo, por un tiempo».

'Es cierto. Realmente fui un monstruo.'

«Tus pesadillas lo presagiaban. Pero ¿cómo podían tus sueños saber lo que te iba a suceder?»

«Porque mi mente inconsciente, mi aura más profunda, lo sabía. Conscientemente no lo sabía, pues mi memoria había sido borrada, pero la información se filtró cuando mi consciencia dormía. Esto tiene que ver con la naturaleza de la represión de la memoria; no es tanto un borrado como un bloqueo. La eliminación completa de cualquier parte de un segmento determinado de la experiencia no puede lograrse sin un daño enorme a la personalidad. La memoria es como una imagen holográfica, impresa en cada parte y aspecto de...»

¿Holográfica?

'Un concepto visual. Quizás debería usar otra analogía. La memoria es como una lente: no se puede eliminar una parte de una imagen quitando parte de la lente'.

¡Por supuesto que no puedes! ¡La lente es una totalidad!

Sí. Lo mismo ocurre con la memoria. Así que bloquearon por completo mi conciencia de mi condición de monstruo. Gran parte de mi vocabulario estaba ligado a esa condición, lo que dio lugar a los numerosos misterios de mis comunicaciones, pero no podía superar ese bloqueo directamente. En lo más profundo de mi mente residía la certeza de que, tarde o temprano, me convertiría en un monstruo. Mis pesadillas eran fragmentos de esa conciencia, como desechos extraídos de las profundidades del océano.

Ignoró los conceptos ajenos de basura y océano. «¡Pero nadie puede prever el futuro!»

Rondl se dio cuenta de que ella no comprendía del todo lo que quería decir. Quizás se resistía a ello a nivel subconsciente. Lo intentó de nuevo: «No se trataba necesariamente de mi futuro. Puede que fueran mis pesadillas del pasado reflejadas, de forma distorsionada».

Volaron durante un rato en silencio, sin flash. Este era un punto crucial. Él había estado intentando guiarla cuidadosamente hacia la comprensión, de la misma manera que había aprendido a entrenar a los reclutas de su band, para que ella llegara por sí misma al concepto fundamental. De esa forma, crearía su propio apoyo emocional a lo largo del camino y se protegería de ser impactada hasta el punto de disolverse; su mente debía resistirse antes de aceptar un concepto demasiado devastador. No lo había logrado a la perfección, diciendo demasiado y demasiado poco, pero tal

vez funcionaría. «Antes de que nos conociéramos, en el tiempo de tu amnesia, ¿eras un monstruo?»

Ahí estaba; lo había logrado. «Yo era un monstruo. Un solariano. Por eso recordaba fragmentos extraños de conceptos alienígenas, que se filtraban por el bloque de memoria y desaparecían en el momento en que buscaba más detalles. Mi aura de monstruo fue enviada a un anfitrión band».

—¡Qué información tan extraña! —repitió ella.

«Por mi trasfondo solariano». Empezaba a relajarse al ver que ella lo aceptaba.

'¿Ahora lo recuerdas todo?'

'Sí.'

'Toda vuestra educación sobre monstruos, amigos... ¿Los monstruos tienen amigos?'

«Tienen amigos. Lo recuerdo todo. Comparto la perspectiva del monstruo. En esa vida fui un agente de Transferencia, alguien cuya aura se trasladaba a huéspedes alienígenas para obtener información sobre su situación. A veces, para sembrar el caos. Me enviaron aquí para encontrar algo importante.»

'¿Y cuando lo encuentres, regresarás con tu anfitrión monstruo?'

No tardó mucho en captar la esencia. «Cuando la misión termine, me devolverán a mi anfitrión monstruo. No tendré muchas opciones. Podría resistirme o evitar la retransferencia, pero como mi aura es ajena a este anfitrión del band, inevitablemente se desvanecerá con el tiempo. Solo puedo visitar esta forma; no puedo permanecer aquí. Esa es mi última pesadilla ».

—¡Entonces me disolveré! —exclamó furiosa.

«¡No lo hagas!», pensó al instante. «No *quiero* volver. ¡Quiero quedarme con vosotros!»

«No me refería a ahora mismo. Me disolveré cuando me dejes para siempre, pues esta vida no tendrá sentido para mí sin ti». Lo dijo con total naturalidad, y eso lo heló. Ya había considerado la posibilidad de disolverse cuando su antiguo amigo la abandonó; esta vez estaba segura.

«Pero no hay necesidad de que mueras solo porque yo no soy lo que creías que era. ¡No soy lo que yo *creía que* era! ¿Cómo podría vivir con mi conciencia sabiendo que has perecido por mi culpa?»

¿Los monstruos tienen conciencia?

'Algunos sí. Yo sí. Ahora.'

«Ningún band perece», le recordó ella. «En el Círculo Vicioso no hay culpa ni tristeza».

Así lo creía ella. Él no quería desengañarla de esa fe conmovedora. «Pero yo no soy un band; soy un monstruo. Los de mi especie no creen en el Círculo Viscoso. Estaría vivo sabiendo que jamás podría unirme a vosotros».

Se mostró inmediatamente atenta. «¡No había pensado en eso! ¡Tenemos que meterte en el Círculo Viscoso!»

¿Qué daño podía haber en aceptar? Era una idea tan bonita. «Me encantaría unirme a vosotros allí. Pero dudo que esté abierto a mí, a los de mi clase». Y descubrió que, en efecto, era muy triste. ¡Qué maravilloso sería si el mito fuera cierto y pudiera unirse! ¡Mejor que cualquiera de los míticos paraísos humanos!

—Debo preguntarle al Profesor —dijo ella con un destello—. Quizás haya una manera de introducir a un extraterrestre, incluso a un monstruo, en el Círculo Viscoso. Seguro que él lo sabe.

Al menos no había una amenaza inmediata de que se suicidara. Ahora tenía un aspecto positivo en el que centrarse. Él la quería mucho; su emoción era tan fuerte y profunda como el amor humano. En última instancia, él...

Se lo arrebatarían, pero él quería evitarle todo el dolor posible. «Por supuesto, pregúntale».

—¿Los monstruos se casan? —preguntó al cabo de un rato.

¡Otra vez problemas! «Sí, se casan. Debes saberlo; te burlaste de mí por mi supuesta concepción extraña del matrimonio».

Pero esta vez no respondió con una sonrisa burlona. "¿Estabas casado?"

'Sí. Antes de conocerte.'

«¿Así que tienes una esposa monstruo?» Esto parecía molestarle más que la idea de la muerte, tal vez porque el amor era más real para ella que la muerte.

«Tengo una esposa monstruo. Llevamos cinco años casados, casi se acaban». Estaba seguro de lo que se avecinaba, y lo temía. Las mujeres eran mujeres, la galaxia se acabó.

¿Tú también la quieres?

Eso era lo que temía. Sin embargo, la respuesta resultó ser sencilla. «No lo sé. Una vez creí saberlo. Luego te conocí».

Cirl no se dejó convencer por los halagos implícitos. "¿Qué piensa ella de mí?"

«Es competitiva, creo. Pero sabe que lo nuestro no puede durar. Sabe que las pasiones se desvanecen. Así que,

después de ti, estará ella, si decidimos renovar el matrimonio por otro período, algo que dudo. Esa es la realidad de mi situación».

—Pobrecita —dijo Cirl con compasión.

—Me alegra mucho que puedas aceptarlo —dijo Rondl con entusiasmo—. Estaba muy preocupada...

—No lo acepto —le corrigió ella—. Simplemente definí el problema.

'Pero pensé...'

'Ahora debemos convocar a un círculo y analizar el asunto adecuadamente.'

'Pero tengo que reunirme con...'

¿Otra mujer?

'Eso no es...'

Ella no tenía destello, y él se dio cuenta de que lo mejor sería aceptar unirse a su círculo. El Laberinto simplemente tendría que esperar. «Llévame a tu círculo», dijo con resignación. ¡Debería haber sabido que esto no sería sencillo!

Ella envió la convocatoria en espiral. Con el tiempo llegaron otros band, muchos de ellos, y pronto, pues ya estaban cerca del planeta, donde muchos se congregaban.

Esta vez, Cirl los dirigió hacia un doble círculo, uno fluyendo en una dirección y el otro en la opuesta. Las band estaban cuidadosamente intercaladas, de modo que cada una alternaba su presencia frente a frente. La propia Cirl se encontraba en el otro anillo, del lado subjetivo de Rondl. ¿A qué conducía todo esto? Desconocía la existencia de esta variación de la formación y no le inspiraba confianza. Pero confiaba en Cirl, así que cooperó.

La participación fue extraña. Había una corriente masiva y viscosa de luz, como antes, pero también una oleada igualmente masiva de sentimiento. Rondl sabía que esto era simplemente la inversión del flujo de comunicación de los band, entre ellas Cirl, pero la cualidad era potente. No era amor, pues eso era único de dos band, pero era similar: una profunda conmoción de la emoción fundamental. Nunca había experimentado nada parecido, ni en la existencia band ni en la solariana. Bueno, tal vez cuando los monstruos lo sometieron a terapia alucinógena; no, ni siquiera entonces. Parecía que todo el poder y la calidad de su mente y emoción se habían fusionado, amplificado y vuelto maravillosos de una manera que su ser solitario era incapaz de apreciar, porque era simplemente demasiado pequeño. Incluso cuando los fragmentos individuales de aura apenas podían abarcar la majestuosidad del Círculo Viscoso...

El impulso lo paralizó, y Rondl comprendió que Cirl le enviaba un mensaje desde otra conciencia. La exigencia era vaga, pero imposible de malinterpretar. ¿Qué secretos internos y reprimidos de su ser estaba descubriendo, leyendo su inconsciente? Seguramente comprendería su naturaleza, incluso aquellos aspectos que él prefería ocultar. Los solarianos eran una especie reservada, a diferencia de los band; la sensación de exposición, de desnudez, era parte de ser un monstruo. Tenía que cooperar, como quien se une a una colonia nudista, para que su omisión no lo expusiera.

Él cedió. Y el toroide que lo envolvía se desvaneció en las turbulentas y espesas corrientes de su viscosidad intelectual, y se convirtió en... un monstruo infantil. Tenía apéndices gordos y carnosos extendidos por huesos, y...

Y vagaba por el espacio, siguiendo una suave línea, observando los planetoides pasar por cientos ante las estrellas en sus miríadas. Buscaba algo, pero no sabía qué.

Incorrecto. Era un concepto casi ajeno a la naturaleza del band, pero ahora lo comprendía. De alguna manera, no estaba haciendo lo que debía. Pero estaba completamente atrapado.

Una corriente de este lado acudió en su ayuda. «Te has deslizado al otro lado y estás retomando conscientemente el tema inconsciente. No debes hacerlo; ese es el espejo de tu

consciencia, y solo debe hacerse consciente una vez que tu tema consciente esté completo».

Rondl no lo comprendía del todo, pero aceptaba el criterio de quienes tenían experiencia en este tipo de exploración. Formuló sus ideas, concentrándose en el aspecto solariano. En un instante lo entendió.

Ingería líquidos, los digería internamente y los asimilaba en su organismo desde dentro hacia fuera. Era prácticamente lo mismo que el modo de fusión band, que se produce desde el exterior.

Se mantuvo erguido sobre sus dos extremidades inferiores y miró hacia el cielo nocturno. Flotaba cerca del planeta y observaba su misterio nocturno. ¿Qué buscaba?

Incorrecto. Había vuelto al modo contrario. ¡Esto era complicado! En el doble círculo, como en la vida, la separación entre consciente e inconsciente era imperfecta. Pero esta vez le resultó más fácil encontrar su lugar.

Se hizo adulto y fue al espacio, fue a la Tierra. Y se alejó de lo Incorrecto. No de la Tierra, no en el sentido band. Espacio, en el sentido solariano. La gran frontera de lo desconocido, el espacio. Para los band, lo desconocido era la superficie planetaria.

No estaba seguro de estar preparado para la misión que anhelaba; el entusiasmo se mezclaba con la inquietud. ¿Y si

se encontraba en una situación totalmente desconocida, atrapado en un planeta rodeado de criaturas con las que no podía identificarse? Como hombre o como miembro del band, esto lo aterraba. Corrección: solo como hombre. En ese momento, exploraba conscientemente únicamente su lado monstruoso.

Así que emprendió una misión de entrenamiento. Fue transferido a un huésped humano en un sistema cercano al borde de la Esfera Solar ampliada, al planeta Hurri. Este era un mundo primitivo, aproximadamente al nivel de los antiguos sumerios de la Tierra; los colonos imaginaban que se parecían a los hurritas de ese espacio–tiempo, una tribu mesopotámica. Daba igual si su nivel representaba el año 2000 a.C. o el año 1000 d.C. en la confusa escala terrestre. Era anterior a la Transferencia, anterior a la era atómica, anterior a la era de las máquinas, en algún punto de la era de los metales.

¡Ah, metales! —coincidieron los band de este círculo, encontrando un punto de identificación en medio de la confusión de conceptos extraños—. Seguían los pensamientos de Rondl, enriqueciéndolos y clarificándolos, otorgándole poderes especiales de memoria y comprensión, pero ellos mismos estaban desorientados. Ahora comenzaban a comprender su marco de referencia.

El líder de la tribu con quien Ronald debía reunirse para esta práctica se llamaba Speed Steelthew. A Ronald le

resultó fácil reprimir su sonrisa, pues el hombre era alto, corpulento y musculoso, llevaba colgada de la cadera una reluciente espada de doble filo y en la mano izquierda una lanza de tres metros. Era un hombre de imponente presencia, aún fuerte, aunque algo decrépito.

Ronald encajaba perfectamente en ese perfil: robusto, con cicatrices en numerosos lugares, con diversas molestias e inhibiciones menores en las zonas donde el tejido cicatricial era abundante, pero de rasgos bastante atractivos. Su cabello era rubio y caía sobre sus hombros sin enredos, y su barba era corta pero igualmente fina. Era tan guapo como una mujer, a su manera. Se había contemplado en la superficie imperfecta de un escudo.

¿Bonito como una mujer? Bueno, casi, por ahora. Speed convocó a dos chicas cuyos atributos eran tan pronunciados como los que Ronald había visto. Quizás era el estilo de su vestido, con un escote que dejaba al descubierto partes provocativas de sus pechos sanos y otro por detrás que mostraba nalgas igualmente firmes. Sin embargo, la exposición no era completa; zonas clave permanecían ocultas, y hacia ellas su mirada se sintió atraída casi magnéticamente. Estas personas podrían ser primitivas, pero el arte del atractivo sexual estaba muy avanzado mucho antes de que la ciencia entrara en escena. ¿Se veía un pezón por delante? ¿Ocultaba una tela las hendiduras más profundas por detrás? No podía distinguirlo con certeza. Ese

misterio era exasperantemente fascinante, sobre todo porque su misión no era mirar con lujuria a las chicas.

—Aquí están dos de mis concubinas, Purrfurr y Wagtail —dijo Speed—. ¿Serán suficientes?

A Ronald le habían advertido que las costumbres eran diferentes en los planetas regresivos; la realidad se le había hecho patente de repente. Le ofrecían a estas jóvenes para su uso sexual durante su estancia allí. No podía rechazarlas con dignidad.

—Eh, sí, por supuesto —dijo, avergonzado. Tendría que usarlas también, para no ofender a su anfitrión. A su anfitrión invitado, que era el Jefe Speed, y a su anfitrión de Transferencia, cuyo cuerpo ocupaba y cuya mente era discretamente anónima. Los anfitriones de Transferencia profesionales, como bestias de carga bien entrenadas, obedecían la voluntad del amo con tanta fiabilidad que su presencia pronto se daba por sentada. El buen anfitrión no se entrometía. En cuanto a Ronald, esperaba ser un buen invitado: cuando estés en Hurri, haz lo que hacen los hurritas.

Pero por el momento las muchachas no eran más que adornos. Tomaron la lanza del jefe y le quitaron la suya a Ronald, lo cual fue una suerte, ya que él no tenía ni idea de cómo usarla. Se dirigieron al banquete, servido por varias muchachas sobre una manta de hojas verdes brillantes en el

suelo. Las muchachas no comían; no tenían el estatus para unirse a los hombres en una ocupación tan importante. A Ronald le resultaba desconcertantemente fácil acostumbrarse a esta doble moral. Creía en la igualdad de los sexos, pero sin duda era agradable ser atendido por este grupo de criaturas de formas atractivas.

Primero, los hombres se dieron un festín con sabueso de jabalí asado y huevos de ornitorrinco encurtidos; bebieron grandes cantidades de hidromiel, una bebida ligera, ácida, pero con poco alcohol. Tras el primer trago, Ronald se acostumbró a su peculiar sabor y, a medida que avanzaba la noche y dependían de la luz de la llama de la hoguera, incluso le empezó a gustar. La bebida estaba lo suficientemente diluida como para no dejarlo fuera de combate, aunque sí le provocaba mareos. Al principio, se preguntó si esta cultura tenía alguna afinidad real con los hurritas históricos, que seguramente habían sido más civilizados, con ciudades amuralladas, escritura cuneiforme y jardines irrigados; pero a medida que la hidromiel hacía efecto, concluyó que no había nada extraño en esta cultura. ¿Por qué no iban a comer los hurritas los alimentos que cazaban y recolectaban, al aire libre, frente a una hoguera?

Luego se acostaron con las concubinas, que fueron tan complacientes que no hubo ningún problema. Ronald no estaba acostumbrado a exhibiciones sexuales públicas, pero el Jefe Speed lo hacía con desenfreno, convicción y considerable destreza, ante los educados aplausos de las

muchachas que observaban, y Ronald tuvo que seguir el ejemplo de su anfitrión. El hidromiel le ayudó a entrar en ambiente; probablemente contenía un afrodisíaco. Con el tiempo, pudo desenvolverse con solvencia con Purrfurr, a menos que los aplausos de las doncellas fueran pura cortesía. Esto se debió en gran parte a la destreza de Purrfurr y a su propia lentitud en el clímax, lo que permitió una exhibición más larga y variada de lo que normalmente hubiera sido posible. El hidromiel, de nuevo: no solo redujo las inhibiciones, sino que también atenuó la respuesta sexual. Si hubiera bebido mucho más, habría podido ofrecer la exhibición más maravillosa del planeta, sin llegar al clímax.

Cuando por fin se habían saciado todos los imperativos humanos de hambre, sexo, notoriedad, competencia y expresión, aunque no la necesidad de recuperarse, procedieron a la reunión de negocios. Ronald luchaba por mantener los ojos abiertos y la boca cerrada, y por parecer debidamente atento, aunque su cráneo parecía estar desfasado con respecto a su cerebro por media cabeza y partes de sus entrañas parecían haber sido vaciadas por completo. ¡Menuda orgía había sido!

...el monstruo', explicaba Speed.

¡monstruo! Una vez más, los band se identificaron con este extraño recuerdo. ¿Acaso iba a desafiar a un monstruo?

¿Lo era? Ronald tenía dificultades para recordar, por así decirlo, lo que venía después. También se preguntaba por qué este episodio particular de su pasado, para nada del que se sentía orgulloso, estaba saliendo a la luz. Ahora, los band también habían asimilado su indulgencia incivilizada de la manera más grotesca.

«…infunde miedo y pesadillas entre nuestra gente», decía Speed. Pesadillas: se estaba estableciendo una conexión.

¡Qué fastidio! 'Le pone mala leche a las esposas, hace que los mocosos griten. ¡Molesto!'

Ronald asintió con la cabeza, evitando caerse de bruces al suelo. Las hojas restantes se habían recogido al terminar la comida; eran demasiado útiles para desperdiciarlas, así que se usarían para limpiar los cuchillos y como papel higiénico. «Qué fastidio», asintió.

'...destruye a Cerbero... donde entras tú.'

—Por supuesto —asintió Ronald con ecuanimidad. Ahora, por fin, estaba entendiendo su misión, la tarea de muestra que debía realizar para beneficiar a esta gente primitiva—. Permítanme sacar un rifle láser adecuado de Suministros...

Speed sonrió, disfrutando de un humor privado. 'Sin láser, Diablillo.'

Ronald forcejeó con esto aturdido. "¿Diablos?"

'Ese eres tú. Tratamiento cortés para un Sol Imperial Represensible.'

¿Cortés? Ronald lo dudaba. Pero en ese momento le faltaba la lucidez mental para debatir el tema. «¿Sin láser?»

«Aquí, en los mundos del interior, hay muy pocas armas modernas operativas».

Ah, claro. Se requería tecnología para mantener los láseres, que necesitaban recargarse periódicamente. «Entonces, una pistola de proyectiles sólidos. Con una caja de balas y una selección de casquillos explosivos. Torpe, pero suficiente».

"Todas las balas se agotaron hace un siglo."

«Pero se pueden enviar suministros nuevos mediante cargueros sublumínicos. Debería haber un flujo constante de dichos suministros». Su mente se estaba aclarando un poco. La sensación no era agradable.

«La próxima nave llegará en seis años solares. Lleva doscientos años en camino. Se extremarán las precauciones, pero las balas son escasas. Los suministros se agotarán en cuestión de semanas.»

«¡Pero no debería ser así! La munición solo debería suministrarse a las tropas imperiales».

Speed, ocioso, rebuscaba entre las brasas del fuego moribundo con un palo, observando cómo se carbonizaba la madera. «Señor Ronald, Imp, señor, ¿cuánto tiempo guardaría sus balas si Purrfurr las quisiera?». Y la sensual mujer reapareció, entrelazando su voluptuoso cuerpo con el de Ronald. Era tan ágil, curvilínea y achuchable que él volvió a sentir excitación a pesar del agotamiento total de sus fuerzas. «Te dará todo lo que desees, absolutamente todo, a cambio de una bala. ¿Cuánto tiempo más podrás negarte?».

Con dificultad, Ronald se contuvo de responder al atractivo experto de la mujer. Dudaba que hubiera podido mantenerse firme incluso estando sobrio y fresco. ¿Una bala? ¡Habría dado su alma por más placer con esa criatura! «Entendido. Nada de balas», dijo, aclarando un poco su mente mientras Purrfurr hacía un puchero coqueto y sacaba su arma. Deseó haber tenido una bala para darle. «Pero eso nos lleva de vuelta a la... la ballesta». Sus conocimientos sobre armas antiguas eran algo limitados, pero pensó que era lo correcto.

«Incluso esa tecnología está fuera de nuestro alcance», dijo Speed con cierta satisfacción. «Simplemente no estamos tan avanzados. Podemos forjar acero plano —cuando la suerte nos sonríe con las aleaciones adecuadas en nuestro hierro toscamente refinado— y fabricar buenas espadas, lanzas y armaduras primitivas. Pero esto agota nuestros limitados recursos. La ballesta requiere engranajes para

aumentar la tensión, y los engranajes son mecanismos complejos».

«Sin embargo, a Sol le resultaría fácil enviar una nave factoría, colocarla en órbita fuera del alcance de las mujeres nativas y producir y mantener las armas más modernas».

—¿Durante siglos? —preguntó el jefe retóricamente—. ¡Esa nave en órbita retrocedería más que el planeta! Pero incluso desde el principio, es discutible si una nave en órbita estaría realmente fuera de alcance. Los astronautas son famosos por sus camareros de permiso; rara vez se conforman con la comida a bordo, sea cual sea. Creo que pronto se encontrarían con Purrfurr o alguien como ella, y el resto vendría después. Las chicas siempre acaban en puestos militares. Speed se encogió de hombros. —Pero hay otro aspecto. Generalmente, las armas ofensivas y defensivas se complementan: la armadura contra la lanza y la flecha, el bazooka contra el tanque, el láser contra el misil balístico, el disruptor de materia contra el acorazado estelar. Poner armas ofensivas avanzadas en manos de primitivos de la Edad de Hierro que carecen de los recursos o la filosofía para mitigar su impacto conduciría a una guerra fratricida, tal vez aniquilando colonias enteras. Es mejor que las armas se adapten a la cultura. Nada de gas mostaza sin máscaras antigás.

«Eres sorprendentemente elocuente para ser un primitivo», observó Ronald. ¿O acaso la embriaguez del hidromiel solo hacía que pareciera así?

Soy práctico, no ignorante. Sería prudente que tú también lo fueras. La Regresión Esférica es una fuerza que domina todas las culturas de la Galaxia. De todas las especies conocidas, solo los Antiguos estaban libres de ella, lo cual es quizás lo más fascinante de ellos. Cuanto más alejado del centro de la civilización se encuentra un planeta, mayor es su grado de regresión. Esto sirve como límite natural al tamaño de los imperios; la periferia de una cultura no puede anexionarse el centro de otra alienígena, porque los alienígenas en esa posición estarán tecnológicamente más avanzados que la primera cultura. Sé que la transmisión masiva de materia es posible, pero es tan terriblemente costosa que cualquier especie que intentara construir y mantener un imperio interesférico utilizando ese método pronto se arruinaría y colapsaría. Por mi parte, me conformo con que sea así. Aquí no nos enfrentamos a ninguna amenaza de invasión alienígena; la Esfera alienígena más cercana, Antares, también se encuentra en la periferia de esta región del espacio. Comerciamos pacíficamente con las pocas Medusas que encontramos; cualquier otra cosa es inútil.

Así que a los antarianos, que eran alienígenas inteligentes y tecnológicos, los llamaban medusas aquí, al igual que a los agentes de la Esfera Central los llamaban Duendes. Un

desprecio bonachón hacia los forasteros. «Pero supuse que tenías esa intención; que necesitabas a un hombre civilizado para manejar armas civilizadas que vosotros, los primitivos, no entendéis».

Speed se atragantó con un trago de hidromiel. «¡Oh, qué rico!», exclamó. «¡Armas civilizadas!».

—¿Entonces para qué me necesitas? —preguntó Ronald, irritado—. ¡Desde luego que no voy a ir tras tu monstruo con una espada de hierro forjado!

«Es lo mejor que tenemos para ofrecer», dijo Speed con tono serio. «Mucho mejor que un arma sin balas. Creo que cumplirá su función».

«¡Pero cualquiera de ustedes puede hacer eso! No estoy entrenado para usar un arma así. Sería peor que nada».

«No es así, Imp. Solo tú o los de tu calaña podéis cumplir esta misión. Por eso solicitamos un Transferido de la Esfera Central genuinamente civilizado. Tu anfitrión sabe manejar la espada; la domina a la perfección.»

Eso era cierto, recordó Ronald. El transferido asumía las capacidades del anfitrión, si este cooperaba. Este, sin duda, cooperaría para salvar su cuerpo de los estragos de una bestia, por no hablar de asegurarse una recompensa extra como la buena voluntad de Purr–furr. Sin embargo, no era suficiente. «En algún lugar, oh jefe primitivo, me has

perdido. Mi cuerpo anfitrión puede ser competente con el arma, pero aun así, esto no se beneficia en nada de mi entrenamiento civilizado. Además, desconozco el terreno, la naturaleza del monstruo...»

'Cerbero infunde miedo y pesadillas'.

—Agriar la leche —coincidió Ronald—. Eso no nos da mucha información.

«Nosotros, los primitivos, estamos influenciados por la superstición y la magia», dijo Speed con seriedad. «Es parte de nuestra cultura, profundamente arraigada. Usted, como hombre verdaderamente civilizado, no se preocupa por esas tonterías. Sabe que *la* magia no es más que una explicación ignorante para las ilusiones y los fenómenos naturales, exagerada para los crédulos por curanderos y otros charlatanes. No permite que tales conceptos lo engañen ni por un instante».

«Por supuesto que no». Evidentemente, el jefe se deleitaba en llamarse a sí mismo primitivo, del mismo modo que algunas personas complejas se autodenominaban simples. No era ningún ingenuo, y Ronald desconfiaba de aquello a lo que se dirigía. «Pero eso no sirve de nada en una lucha entre espadas y monstruos».

«¡Ah, pero sí que lo hace, diablillo! Porque no tendrás miedo. El terror de inspiración sobrenatural no te detendrá. Los engaños de la magia no te afectarán.»

Ronald entrecerró los ojos mirando al Jefe, sin estar seguro de si se estaban burlando abiertamente de él. Este hombre obviamente no tenía ningún respeto especial por los representantes de la Esfera civilizada; ¿por qué se mostraba tan efusivo respecto a su objetividad? ¿Era esto el resultado de algún cisma político tribal que obligaba al Jefe a pedir ayuda que creía innecesaria? «¿Tienes miedo de enfrentarte a este monstruo? ¿La magia te detendrá?»

'No exactamente. Pero el miedo me impide acabar con Cerbero yo mismo.'

¿Acaso no es lo mismo? Has insinuado que utiliza magia para asustar a la gente crédula. Tú mismo no eres crédulo.

'Para nada. Dije que el monstruo proyecta miedo.'

¡Eso es una tontería! El miedo no se puede proyectar. Tiene que haber algo a lo que una persona pueda temer, ya sea real o imaginario.

«Justo lo que esperaba que dijeras. Eres una persona verdaderamente civilizada. No serás vulnerable.»

«Creo que el hidromiel ha inhibido mi comprensión. ¿Por qué no debería ser vulnerable a algo a lo que tú eres vulnerable?»

—Usted es civilizado —repitió Speed con paciencia—. Yo soy primitivo. Estoy irremediablemente atrapado en la superstición.

El mero hecho de que puedas hablar con tanta racionalidad como lo has estado haciendo desmiente eso. Me has estado dando vueltas intelectualmente como la tortuga alrededor de la liebre. ¿Qué tramas, Speed?

«La tortuga alrededor de la liebre», repitió el jefe sonriendo. «Me gusta esa frase, Imp. Sospecho que tienes más ingenio del que creía. Si mal no recuerdo, esa leyenda tiene su lógica».

—¡Ya sabes a qué me refiero! La liebre alrededor de la... —Ronald hizo una pausa. La tortuga había ganado esa carrera. Sin embargo, la analogía parecía invertida. El hidromiel seguía irracionalizando sus procesos mentales. La liebre debía representar a la persona civilizada, lo que significaba...

—Puedo dialogar racionalmente, según tu definición —dijo Speed con seriedad—, porque conozco bien la historia de la civilización. Sé cómo piensan ustedes, la gente avanzada. Pero no es mi forma de *pensar.* Soy producto de mi cultura, y no podría desprenderme de ella aunque quisiera.

Ronald reflexionó sobre ello con detenimiento, ahuyentando la niebla de hidromiel hacia los rincones más recónditos de su cansado cerebro. —¿De verdad crees en la magia?

'Sin duda.'

¡Pero sabes que no es nada! ¡La magia no existe!

«*Tú* lo sabes. Yo sé que no es así. He sido tocado por el poder de la magia».

«Pero has demostrado ser tan racional. Sabes cómo funciona la ciencia. ¿Cómo puedes hablar con tanta sensatez y no creer?»

Creo en la ciencia porque la he visto funcionar. También creo en la magia porque la he visto funcionar. Supones que son mutuamente excluyentes. No lo son. De hecho, son simplemente nombres diferentes para la misma cosa, como se muestra en la baraja de conceptos del Tarot. Lo que nosotros, los primitivos, llamamos magia, vosotros, la gente civilizada, lo llamáis ciencia.

'Pero...'

¿Cómo puedes cometer fornicación pública con una muchacha a la que nunca habías visto antes, de quien sabes que es la esposa de tu anfitrión, en presencia de ese hombre, cuando toda tu cultura tiene valores contrarios?

Ronald se quedó perplejo. Concubina, esposa. Prácticamente lo mismo. Era culpable de los cargos. «Bueno, cuando estés en Roma...»

«Si estuviera en el centro de la Esfera de Sol, inmerso en el ambiente de esa cultura, podría permitirme el lujo de prescindir de las creencias y los prejuicios de mi origen cultural. Pero no es el caso».

Ronald no estaba seguro de que fuera una comparación justa, pero no tenía intención de discutirlo. Las fuerzas de la conformidad cultural eran poderosas. «Muy bien. La magia solo afecta a quienes creen en ella, sea cual sea el motivo. Yo no creo en ella, así que el monstruo no puede lanzarme un hechizo de miedo. Pero aun así, si la criatura es horrenda, como un grifo o un dragón, podría tener miedo, y con razón. No me considero un hombre valiente. ¿Cómo sé que puedo vencer a esta cosa con una simple espada?»

«Exageras la situación. Cerbero no es ni grifo ni dragón. Es simplemente un cánido. Sisea y muerde, pero cualquier hombre podría cortarlo en pedazos sin dificultad.»

«Cualquier hombre que no tenga miedo».

'Lo tienes, Imp.'

Lo había entendido. Pero Ronald apenas lo creía. ¡No podía ser tan sencillo! Tenía que haber algo que no le habían contado.

Los band también lo consideraron. Parte de la narrativa del inframundo comenzó a filtrarse. Ronald la reprimió, como un remordimiento, pero en el proceso perdió un poco de su narrativa humana. La retomó unas horas más tarde, en sus propios términos, pasando por alto lo que, en retrospectiva, supuso que había sido un sueño reparador en los brazos del neumático Purrfurr.

Capítulo XIII

CERBERO

Tras recuperarse en parte de una resaca primitiva, Ronald se dispuso a matar al monstruo mágico. Llevaba una espada enorme y pesada que su propio cuerpo difícilmente habría podido manejar. Por suerte, su cuerpo huésped era un bruto musculoso cuyos reflejos estaban adaptados a esa arma. Pudo controlarla durante un breve tiempo, y eso, según le había asegurado Speed, sería suficiente. Tres buenos golpes acabarían con el bicho.

La marcha comenzó con una pompa primitiva. Los hurritas no usaban animales para el transporte, así que iban a pie. No era mucha distancia, le aseguró Speed: un cuarto de día de caminata. Tiempo suficiente para cumplir con su cometido y regresar al anochecer para otro festín y atender a la otra

concubina prestada, Wagtail, cuyo trasero estaba dislocado por el descuido de la noche anterior.

Un gran tambor marcaba un ritmo que obligaba a cada paso a seguir el compás de los demás. Varios nativos tocaban rudimentarias trompetas de tubo retorcido para marcar el compás de la marcha. banderas de tela y mimbre ondeaban en las puntas de picas elevadas. Era bastante impresionante, a su manera primitiva.

Ronald, al igual que los demás guerreros, vestía una armadura meticulosamente confeccionada según los contornos de su cuerpo. Grebas metálicas se unían a sus piernas y brazos, y un jubón de placas metálicas superpuestas cubría su cuerpo. Llevaba guanteletes sorprendentemente bien articulados y botas blindadas, además de un casco que parecía sacado de la historia de la Tierra. Menos mal que su cuerpo huésped era robusto; el peso de todo ese metal era considerable.

Marcharon a través de una llanura, siguiendo cuidadosamente los cauces establecidos para no pisotear los cereales que allí crecían. Ronald comentó de pasada que, después de todo, esta región estaba irrigada. Esta sociedad no había retrocedido más allá del nivel neolítico; los cultivos eran importantes para la supervivencia. Quizás la sociedad de los hurritas históricos era el objetivo, no el estado actual; dentro de un siglo, este mundo podría parecerse mucho más al modelo histórico.

Al borde de la llanura, comenzaron a aparecer colinas onduladas, salpicadas de maleza en flor y algunos árboles dispersos. En ese punto, un tercio del grupo de escolta se detuvo. «Primera línea de defensa», explicó Speed. «El monstruo sabe que nos acercamos y desata su magia hostil con sus aullidos».

—No oigo ningún aullido —dijo Ronald.

«¡Ah, pero ellos *sí que lo* hacen!», dijo Speed, señalando a la gente que se retiraba. «La magia los toca insidiosamente, y el miedo les llega enseguida».

Oh. Como con el antiguo vudú terrestre y otras rarezas religiosas, la creencia lo impuso. Algunos de los acompañantes de Ronald eran más sensibles que otros, y habrían reaccionado en este puesto de control incluso si no existiera ningún monstruo. Era pura magia geográfica, que los limitaba a ciertas regiones. Un tabú. El jefe ni siquiera intentó combatirlo.

Quizás el monstruo no existía. Si nadie, excepto el jefe, se atrevía a acercarse, eso le otorgaba poder al cargo. Una excelente manera de mantener a raya a los subordinados.

«Cerbero existe», le aseguró Speed. «Lo he visto. Y todos hemos sufrido los estragos del miedo que infunde. Sobre todo de noche, su influencia se extiende más allá, hasta

nuestro pueblo, perturbando nuestro sueño y haciendo que los bebés se despierten y lloren».

«Por la leche agria», asintió Ronald con ironía. Probablemente las madres lactantes oyeron un aullido en el bosque, se pusieron tensas y los bebés reaccionaron. «Prueba suficiente. ¿Viste al bicho, pero no pudiste matarlo tú mismo?». Ronald comprendía por qué el jefe querría confirmar la existencia del monstruo que nadie más veía y mantenerlo con vida para intimidar a la tribu, pero ¿por qué traería a un forastero para eliminar esa fuente de su beneficio?

«A Cerbero no se le puede matar ni con arco ni con lanza. Hay que cortarle las cabezas.»

¿Sus *cabezas?* ¿Cuántas tiene?

'Tres, por supuesto.'

—Por supuesto —asintió Ronald, presa de una tonta oleada de incertidumbre—. Cerbero, recordó ahora, era el perro de tres cabezas que custodiaba las puertas del Infierno. Naturalmente, el monstruo local tenía un nombre muy apropiado. La antigua mitología terrestre era común a todas las colonias solarianas. No le entusiasmaba la idea de intentar cortar tres cabezas con una sola espada. ¿Qué harían las otras dos mientras él atacaba a la primera?

Coronaron una colina y descendieron hasta un arroyo que comenzaba a formar su valle, como si este mundo fuera tan joven como su cultura; aún quedaba mucho por desarrollar. El lecho del arroyo estaba lleno de cantos rodados alrededor de los cuales el agua cristalina corría y burbujeaba alegremente. ¡La alegría de la juventud! No habría problema en cruzar; había más roca que agua. Pero otro contingente considerable de hurritas se resistió, incluyendo la banda de tambores y cuernos.

—El miedo ataca de nuevo —murmuró Ronald.

—Una observación perspicaz —coincidió Speed—. El poder de Cerbero aumenta a medida que nos acercamos, y su bramido se hace más fuerte.

Además, pensó Ronald, las tropas se estaban cansando. Marchar cualquier distancia con armadura de hierro no era nada divertido, ni siquiera para guerreros fornidos. Él mismo sudaba incómodamente dentro de su coraza metálica.

Navegaron por el arroyo y avanzaron con las fuerzas reducidas. «Si tiene tres cabezas», preguntó Ronald con una naturalidad que no sentía, «¿cómo es posible cortarle una sin que otra lo muerda?».

'Oh, tu armadura es a prueba de eso.'

¡Su armadura! ¡Precisamente aquello que había estado maldiciendo en secreto! ¿Cómo podía resentirse de su

coraza de hierro sin apreciar la utilidad que tenía? Claro que eso ayudaría; ningún canino podría morder una extremidad sin dañarse más los dientes que Ronald.

Se sentía seguro. ¿Por qué, entonces, él, un hombre civilizado, experimentaba una creciente inquietud?

Ronald no solía preocuparse por nimiedades. Si algo le inquietaba, era algo real. Solo tenía que identificarlo. Así que se concentró, y pronto lo encontró.

Todo este disparate tenía su razón de ser. El jefe Speed contaba con una ventaja gracias a este mítico engendro mágico; la tribu se unía a su líder en la constante crisis de miedo. No tenía motivos reales para eliminar a Cerbero, pero debía aparentar que quería hacerlo, por el bien de la tribu. Así que, periódicamente, tenía que intentarlo, y fracasar. Ahora había pedido ayuda externa, y a Speed le convendría que el forastero también lo intentara y fracasara. Eso demostraría una vez más lo terrible que era el monstruo.

Ronald era civilizado, no propenso a la superstición. Haría falta un verdadero monstruo para asustarlo. Así que, si Cerbero era físicamente más formidable de lo que se mostraba, y Ronald se retiraba de la bestia, describiéndola tal como era, eso sería prueba de que él también había sido presa del miedo. O si luchaba contra ella y perdía: mejor aún. ¿A quién le importaba un diablillo? El dominio de Speed sobre la tribu se reforzaría sin dolor.

Pero Ronald estaba allí para eliminar a ese monstruo. Estaba atrapado en su compromiso. Tenía que seguir adelante y esperar que su espada y armadura realmente le dieran una oportunidad justa. No era un héroe, pero generalmente terminaba lo que empezaba. Tenía orgullo, y hasta cierto punto eso sustituía al valor.

El paisaje se transformó en un bosque. Los árboles tenían corteza marrón rojiza y hojas hexagonales bastante bonitas, verdes por encima y amarillas por debajo. Pero a medida que el bosque se volvía más denso, impidiendo el paso de la luz, Ronald sintió una opresión en su percepción. Probablemente era la disminución de la visión; eso solía provocar nerviosismo en la gente. Sí, sin duda era eso.

Continuaron su avance y los hurritas siguieron desapareciendo, a medida que cada hombre alcanzaba su límite personal. De hecho, el miedo, cada vez más intenso, era casi palpable.

—Imposible —murmuró Ronald—. ¡Un hechizo no puede asustar a la gente!

«Sobre todo a una persona civilizada», asintió Speed. Pero el jefe mismo parecía pálido. Respiraba con más rapidez de lo que cabría esperar por el esfuerzo, sus ojos se movían nerviosamente y sus mejillas parecían hundirse por una fuerza interior. Evidentemente, estaba sintiendo los efectos

de la magia. Solo quedaban seis en el grupo, y todos tenían un aspecto verdoso.

Ronald comprendió la razón. Toda esa gente, visiblemente asustada, lo estaba provocando sin querer: contribuían al ambiente, reforzando el miedo entre ellos. ¡No era de extrañar que la tensión también le afectara!

Ahora que lo entendía, Ronald ya no tenía por qué verse afectado por ello. Siguió adelante con renovada confianza.

Se oyó un aullido extraño, feo y de muchas voces.

Los cuatro guerreros restantes retrocedieron con rigidez, intentando preservar su dignidad a pesar de su evidente cobardía. «Nos estamos acercando», dijo Speed innecesariamente. «Esta vez *sí* lo oí». Bajo la protección parcial del casco del jefe, el sudor perlaba su rostro, y ahora Ronald percibió el verdadero olor del miedo.

Así que esta era la primera vez que el jefe oía al bicho. Pero si el punto de oír era el punto de retirada, ¿cómo era que el propio Ronald lo había oído? "¿Hasta aquí llegas?"

«Soy jefe porque puedo acercarme a la bestia más que cualquier otro miembro de la tribu», admitió Speed. «A veces puedo verlo. Pero no puedo ir mucho más allá. Tú, un hombre civilizado, no estás en condiciones de comprenderlo».

¿No? Ronald mantenía el rostro impasible y el cuerpo erguido con un extraordinario esfuerzo de voluntad. Aquel aullido lo había petrificado. ¡Realmente había un perro de tres cabezas delante!

—Puedo encargarme yo, jefe —dijo Ronald, sorprendido por lo bien modulada que estaba su voz. Tenía más agallas.

¡Bajo una presión mayor de la que jamás había imaginado! «Ahora no hay problema para localizar a Cerbero; si puedes oírlo, debe estar muy cerca».

El hombre aceptó la insinuación junto con el halago: el visitante civilizado no había oído el aullido del monstruo. «Sí». Speed pareció aliviado. «Justo delante, a no más de cien pasos, junto a la grieta del infierno que custodia. No tiene pérdida».

'Estoy seguro de que no puedo.'

'Tres chuletas, eso es todo. Una por cada cabeza.'

«Elemental». Ronald deseaba que el hombre cediera ante su miedo y se marchara.

—Un corte por cada cabeza —repitió Speed, como intentando convencerse a sí mismo—. Los cuellos son estrechos. No tendrás ningún problema.

—No hay problema —respondió Ronald—. Me reuniré con ustedes en breve. Se puso de frente y caminó con determinación. Era evidente que el orgullo de Speed no le permitiría retroceder; estaba resistiendo al límite.

Cuando Ronald estuvo fuera de la vista del jefe, con árboles y una roca entre ellos, se detuvo, paralizado por el miedo. Había actuado para impedir que Speed lo viera. La armadura le había servido de consuelo, ya que ocultaba la mayor parte de su cuerpo y, de todos modos, le hacía caminar con cierta torpeza. El orgullo le había dado la fuerza para seguir adelante. No quería que se supiera que él, un hombre supuestamente civilizado, también estaba afectado por la magia del engendro.

Pero, de todos modos, se sabría si no mataba a Cerbero: las pesadillas seguirían atormentando a las madres. Ronald solo podría reivindicarse actuando.

La bestia volvió a aullar tres veces. Ronald se quedó paralizado. Sentía como si la sangre se le coagulara en las venas, que se le estaban osificando.

¿Cómo iba a matar al monstruo, si el mero sonido del mismo le aterrorizaba?

Ronald luchaba por recuperar el equilibrio. ¡Maldita sea, era *civilizado;* la magia no podía afectarle! Por eso estaba allí.

Sin embargo, la Regresión Esférica ya lo había privado de armas modernas, lo había enfundado en esa tosca armadura de hierro y lo había traído solo hasta este paso. La Regresión era una fuerza sutil pero poderosa. ¿Era posible que la magia, después de todo, pudiera afectarlo? ¿Porque se había adentrado en su ámbito de poder, lejos del reino de la autoridad científica en el centro de la Esfera?

No. La magia no era impotente contra él por ser civilizado; era impotente porque era fraudulenta. La magia nunca había tenido validez; siempre había sido una explicación para fuerzas naturales malinterpretadas. El jefe Speed lo había dicho claramente. Los hurritas habían aceptado la magia como válida por ser primitivos; la Autoridad Imperial había asumido que esto era puramente psicológico.

Ahora estaba en una situación comprometida. El honor de la civilización dependía del desempeño de Ronald, y él no tenía ninguna ventaja sobre los primitivos. Porque la magia, en efecto, lo estaba afectando.

Sin embargo, conservaba su capacidad de razonamiento. Sabía más que los primitivos. Sabía que el miedo que lo paralizaba carecía de fundamento racional. Literalmente, no temía a nada. Sabiendo esto, tal vez podría idear una estrategia que anulara el miedo, tal como Perseo había ideado el escudo–espejo para contemplar a la gorgona y evitar la petrificación.

¡Ahí estaba él, pensando otra vez en términos de magia!

No, el método científico era aplicable en cualquier lugar. La frontera entre ciencia y magia residía en su mente humana, no en ningún marco geográfico. Perseo había usado su intelecto para encontrar una manera de desviar la carga de la gorgona; Ronald debería hacer lo mismo aquí.

Tenía miedo, pero ¿a qué le temía realmente? ¿A un monstruo mítico o a otra cosa? Ya había llegado a la conclusión de que el jefe Speed se beneficiaría si Ronald no lograba matar a Cerbero; sin embargo, el argumento que se le dio fue que Ronald, como hombre civilizado, debería ser capaz de matarlo. ¿Por qué, entonces, Speed había cooperado tan bien? Aquello no tenía mucho sentido. Un hombre sensato no dejaría su bienestar personal al azar, al azar de que un desconocido pudiera tener éxito en su misión.

Entonces lo comprendió: ¡quizás no existía ningún engendro! El jefe podría haber inventado a Cerbero, aprovechándose del aullido escalofriante de algún animal inofensivo del bosque para crear un mito de terror que gobernaba a toda la tribu. ¡Después de todo, nadie más que el jefe había visto al monstruo!

Pero seguramente había algunos escépticos valientes en la tribu. ¿Por qué no habían traicionado el secreto, después de buscar a Cerbero y descubrir que era un impostor?

Porque cualquiera que se acercara a la región secreta había muerto. No de miedo, no por las tres cabezas del monstruo, sino por una emboscada. La velocidad simplemente los había asesinado, contribuyendo al poder del mito. Y si Ronald marchaba alegremente hacia allí...

Probablemente el asesino ya estaba allí, dando vueltas mientras Ronald reunía valor. Seguir adelante ahora sería arriesgarse a recibir una flecha en el ojo o caer en una trampa oculta. El diablillo desaparecería, y se sabría que el bicho había vencido incluso a un hombre civilizado. Así, Speed tendría aún más poder, y pasaría mucho tiempo antes de que fuera necesario presentar más pruebas de la existencia del monstruo. Las pesadillas empeorarían, y más bebés llorarían.

Pero era mejor asegurarse de que su teoría fuera correcta. Ronald dejó su roca y rodeó sigilosamente el lugar donde supuestamente lo esperaba el jefe. Naturalmente, Speed ya no estaría allí.

El jefe permanecía inmóvil en el mismo lugar. Su semblante reflejaba miedo. ¿Por qué mantenía esa actitud si creía que nadie lo observaba?

Ronald se mudó. Ahora sus conjeturas sobre Speed le parecían ridículas. Además, seguía sintiendo miedo. ¿Por qué habría de ser así, si ya había descubierto un origen válido y no sobrenatural para su preocupación?

Cerbero aulló de nuevo, y una vez más el pavor invadió a Ronald. Cayó al suelo y se acurrucó entre las hojas secas y crujientes del bosque. No, tenía que creerlo: en efecto, había sentido un ataque de miedo.

Se incorporó al desvanecerse el aullido y disminuir su terror. Tenía miedo, pero no se había rendido. Primero debía comprender este fenómeno. La criatura podía proyectar miedo; ahora no cabía duda. Pero eso no significaba necesariamente que el poder de Cerbero fuera mágico. ¿Qué explicación científica podría haber?

La mente de Ronald comenzó a procesar este problema en particular. ¿Y qué hay de las ondas sonoras? El sonido, extendido por encima y por debajo del rango de percepción auditiva humana. Las notas muy graves podían infundir miedo; eso se había demostrado. Quizás también podían cortar la leche, o al menos poner tensas a las madres lactantes.

Pero los sonidos de este monstruo eran audibles. Posiblemente poseía otro mecanismo, un segundo par de gargantas; pero esto parecía improbable. ¿Para qué molestarse en emitir sonidos audibles?

¿Y qué hay de la telepatía? Algunas especies galácticas la poseían; el fenómeno no era desconocido. ¿Podría explicarse así por los efectos conocidos?

Pesadillas, ¡sin duda! Malos pensamientos o estados de ánimo inyectados en las mentes vulnerables y relajadas de las personas dormidas. ¿Leche con mal sabor? Lo más probable es que se tratara simplemente de la percepción de los bebés afectados. La actitud mental podía alterar la percepción del gusto. Para comprender el efecto, bastaba con imaginar que el delicioso postre que estaba comiendo estaba hecho de saltamontes triturados.

Vaya, algo de esa bazofia que se comió anoche. El hidromiel, por ejemplo. Los pueblos primitivos usaban fuentes naturales de proteína. ¿Jugo de saltamontes? Probablemente se relamerían y pensarían que era una gran broma a costa del diablillo. Ronald empezó a sentirse mal.

Desechó la idea. Su pregunta había sido respondida. Sí, la telepatía era factible. Debería haberlo pensado antes. La simple y literal proyección del miedo. Algunas mentes eran más receptivas que otras, y una educación civilizada sería un excelente contrapeso. El jefe Speed, a pesar de sus protestas, era un hombre culto e inteligente; se veía menos afectado que otros de su tribu. Ronald se veía menos afectado aún, pero no mucho. Así que la historia que Speed le había contado era cierta; solo la interpretación la hacía coherente. ¿Acaso había mucha diferencia entre la telepatía y la magia?

Faltaba un elemento: el motivo. ¿Qué ganaba Cerbero infundiendo miedo en la población? El miedo podía ser una

defensa formidable, pero proyectarlo sobre criaturas inofensivas resultaba contraproducente. Como ahora: Ronald estaba allí para matar al monstruo, debido al miedo superfluo que este propagaba; ese miedo se había convertido en una amenaza para el monstruo, en lugar de un beneficio. La vergüenza de ser vulnerable a esa emoción había disminuido, ahora que tenía una explicación honorable, pero la emoción en sí persistía.

En realidad, se dio cuenta de que el miedo disminuía un poco mientras reflexionaba sobre este concepto. Si su intento de comprender a Cerbero lograba eso, el éxito podría completar la tarea. ¡Así que debía seguir pensando!

La naturaleza no hacía nada al azar. Necesitaba algún tipo de energía para proyectar ese miedo, muchísima energía para abarcar la vasta área habitada por los humanos. ¿De dónde obtenía Cerbero esa energía? Cualquier presa que cazara huiría desesperadamente; así que, como arma de caza, simplemente no tenía sentido.

¿Podría el engendro invertir la emoción, atrayendo presas para consumirlas fácilmente? El jefe Speed no había mencionado nada al respecto; era razonable suponer que la proyección era completamente negativa. Si personas o animales hubieran sido atraídos a una perdición, Speed sin duda se lo habría dicho.

Así pues, los misterios persistían: ¿por qué lo hacía Cerbero y cómo se alimentaba? Si Ronald lograba encontrar las respuestas, tal vez sabría cómo salir victorioso.

Reflexionó, pero no logró comprenderlo. Las cosas eran más sencillas cuando se veían como magia. La magia no necesitaba explicaciones prácticas. No necesitaba tener sentido. Se regía por su propia regla absurda.

Magia. Analicemos eso de nuevo. El mitológico Cerbero era el guardián del Hades. Su propósito era permitir que solo las almas condenadas cruzaran el río infernal hacia los reinos del terror, impidiendo que escaparan. El miedo sin duda sería útil allí: las almas condenadas no tenían opción sobre su ruta; todos los demás se mantendrían bien alejados.

¿Acaso este perro de aspecto siniestro custodiaba la puerta de un infierno local? ¿Enviaba Satanás carne fresca para alimentar al monstruo?

No, eso no podía ser literal. Pero sí figurado. El bicho podría estar custodiando algo, algo ancestral, anterior a la llegada de los colonos humanos. Algo que los extraterrestres no debían conocer. Por eso, el perro de tres cabezas les advertía constantemente que se mantuvieran alejados. Si no lograban matar a Cerbero, tendrían que abandonar la colonia, y ese podría ser el propósito de esa proyección de miedo.

Ronald sentía una gran curiosidad por saber qué era lo que custodiaba el monstruo. ¿Una riqueza incalculable? ¿Algún paraíso planetario? ¿O tal vez el tesoro más valioso de todos, un antiguo yacimiento arqueológico en funcionamiento? ¿O algo demasiado ajeno a la comprensión humana?

Su temor se había desvanecido casi por completo. Ronald avanzó a grandes zancadas, y el paisaje pasó rápidamente a su lado. Pronto llegó a un claro, donde el suelo se tornó oscuro y abrasado. ¿Una región volcánica, tal vez? Tales fenómenos podrían adoptar diversas formas en planetas alienígenas. Débiles volutas de vapor emanaban de una estrecha grieta.

Allí, junto a la grieta, se encontraba Cerbero. Era, en efecto, vagamente canino, enorme y gordo, con tres cabezas pequeñas y feroces. Su piel colgaba en pliegues sueltos y correosos, con manchas y un pelaje ralo. El monstruo no era precisamente atractivo, pero su aspecto no era lo suficientemente feroz como para representar un peligro físico serio. Las tres cabezas eran más grotescas que imponentes.

El monstruo lo vio. Primero una cabeza se giró para mirarlo con furia; las otras dos la imitaron, como guiadas por algún instinto. Cada una era «normal», con dos fosas nasales, dos ojos y una boca cruel. Cada ojo estaba rodeado de un rojo enfermizo, como si no hubiera dormido recientemente. La mirada siniestra de las seis era paralizante.

Tú difieres.

Ronald dio un respingo. No cabía duda sobre el origen del mensaje: provenía de Cerbero. Tenía una curiosa cualidad triple, como si tres colores o matices mentales de significado, emoción e intensidad se hubieran superpuesto para la proyección, conformando un mensaje completo y armonioso. Ninguna de las bocas siniestras se había movido; un fino hilo de saliva descendía de cada una. Había sido telepatía.

Tu mente es compleja.

¿Por qué habría de sorprenderse? Ronald ya había deducido que el bicho debía ser telepático. Quizás tres cabezas eran mejor que una, cada cerebro proyectando una porción manejable del pensamiento, un aspecto del mismo. Tal vez el pensamiento ordinario no pudiera transmitirse de esta manera, pero sus componentes sí, así que las tres señales se recibían y recombinaban dentro del cerebro de Ronald como los componentes de sonido y luz de una transmisión de vídeo. Evidentemente, la criatura también podía recibir, anulando la barrera del lenguaje con este modo de transmisión. Al fin y al cabo, el lenguaje no era más que la vestimenta de los pensamientos.

«Soy civilizado», dijo Ronald, dejando que el habla centrara el pensamiento. La mente humana estaba constituida de tal manera que difícilmente podía formular un pensamiento

coherente sin la ayuda de la vocalización o la subvocalización. Así, la vestimenta se convirtió en la mente. Quizás esto se debía a que el hombre tenía dos cerebros, los hemisferios izquierdo y derecho, de naturalezas distintas, que no podían combinarse internamente; tenían que superponerse externamente, como lo hacían los tres cerebros de Cerbero, y el lenguaje era el mecanismo de esa superposición. El hombre era una criatura del lenguaje; eso lo había sacado de la jungla y la llanura.

Vienes a matarme. Aquí no había ni miedo ni desafío, solo aclaración.

'Sí. Porque asustas a mi gente.'

Así es como vivo, pensó el monstruo. Había cierta belleza en su triple articulación mental, como cuando tres instrumentos musicales tocaban en armonía.

'Lo sé. Es una gran molestia para nosotros. ¿Por qué lo haces?'

"Es como vivo", repitió Cerbero con una manipulación cambiante, casi viscosa, del énfasis y los elementos.

«Sé perfectamente cómo funciona. La telepatía, una transmisión general de emociones, interpretada por cada cerebro receptor. Me pregunto *por qué.* ¿Por qué crear este malestar innecesario a la gente?»

La criatura lo intentó de nuevo. Evidentemente había confusión. La transmisión directa del significado no excluía algunos malentendidos. *Debe. Necesita. Alimentarse.*

¿De qué manera te ayuda a alimentarte asustar a la gente?

Alimento del miedo.

Entonces Ronald lo entendió. "¡Consumes emociones!"

El monstruo aceptaba *alimentarse del miedo.*

Es como cebar la bomba. Envías un poco y recibes mucho más.

—*Alimento* —respondió Cerbero. Evidentemente, no era extraordinariamente inteligente. Con ese sistema de sustento, no le hacía falta serlo.

«¿Pero por qué tiene que ser negativo? ¿Por qué no difundir amor y alimentarse de la felicidad?». Pero mientras hablaba, supo la respuesta. El miedo era una de las emociones más fuertes y menos racionales. El miedo predominaba, así que Cerbero estaba sintonizado con él; probablemente era incapaz de transmitir ninguna otra emoción. Tal vez sus ancestros lejanos habían experimentado con otras emociones y la selección natural se había centrado en esta.

Eso significaba que no había una salida pacífica. El monstruo era una amenaza para la sociedad humana y debía ser eliminado.

Como los engendros solarianos eran una amenaza para la sociedad band...

Pero ese pensamiento provenía del inframundo: el del doble anillo. No tenía cabida aquí, por muy relevante que fuera para su situación actual. En ese recuerdo tenía un propósito; por su orgullo, por el sentido de su vida, tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Sin embargo, incluso en el recuerdo, no se sentía tranquilo. No le gustaba la destrucción y buscaba otra solución. Recordaba que la violencia era el último recurso de los incompetentes. Los miembros de las tribus primitivas no veían otra alternativa que matar al monstruo; Ronald, más civilizado, buscaba algo mejor. Incluso el jefe Speed seguía siendo primitivo, a pesar de estar muy informado sobre asuntos esféricos; en su interior, buscaba venganza y victoria sobre un enemigo —un enemigo percibido— en lugar de confraternizar con una criatura de talento extraordinario.

—¿No te irás? —preguntó Ronald—. ¿A alguna otra parte del planeta, donde no infundas miedo a los seres humanos? Tal vez podrían llegar a un acuerdo.

En respuesta, Cerbero atacó. No físicamente; los hombres cuentan. La fuerza del miedo, que había permanecido latente durante su conversación, se intensificó terriblemente. La criatura podría parecer torpe al lidiar con los pensamientos y el diálogo, pero era sumamente hábil en la manipulación de esta emoción.

Ronald jamás había sentido tanto miedo. El temor le oprimía la garganta, el terror le paralizaba el cuerpo y su mente era un torbellino. Creía haber vencido la emoción con su lógica, con su entendimiento civilizado, pero no fue así. La bestia simplemente había contenido su poder. Quizás así ocurría con todos los horrores de la imaginación humana: nunca se conquistaban del todo, sino que solo se limitaban temporalmente.

¡Vanidad, vanidad! Creía que, como hombre civilizado, era inmune a la magia. Se equivocaba; la magia resultó ser telepatía. Bajo ese otro nombre, atacaba con la misma ferocidad. Pensaba haberla vencido mediante la comprensión; se equivocaba de nuevo. Se había engañado a sí mismo; su fe en sí mismo era arrogancia. Al final, la emoción siempre se impone a la razón; por eso la gente va a la guerra. Permaneció paralizado por el terror.

Sin embargo, curiosamente, a pesar de la emoción y la recriminación constantes, no huía. El miedo lo azotaba como una tempestad, pero algo lo mantenía anclado. Un rastro de

curiosidad morbosa se filtraba entre la marea de sentimientos negativos: ¿por qué?

Lentamente, como un árbol que se endereza al amainar el viento que casi lo quebrantó o arrancó de raíz, se dio cuenta de que su frágil fuerza se estaba fortaleciendo. Aunque el miedo lo había invadido, ni siquiera ahora era su rasgo más fundamental. Podía sentir alegría, ira, amor y miedo, pero no era un animal que se dejara dominar por completo por estas emociones. Había algo más en él que, al final, prevalecía sobre todas ellas.

Era orgullo. Ronald no tenía mucho que decir sobre su estatus excepcional. Su aura era alta, pero no realmente notable en sí misma; lo calificaba para ser un agente de Transferencia rutinario, nada más. En su forma natural, era sano y apuesto, pero de nuevo, no en un grado realmente destacable. Era inteligente, pero había conocido a muchas personas que lo superaban en intelecto. Pero Ronald tenía la capacidad de movilizar todas sus capacidades, de cualquier naturaleza, grandes o pequeñas, para tener éxito en la mayor medida posible. Tenía un historial prácticamente perfecto: todo lo que se proponía, lo lograba. Su índice personal de eficiencia era alto. Por supuesto, no abordaba las cosas tontamente; siempre se aseguraba de tener una posibilidad razonable. Una proporción significativa de su éxito radicaba en su juicio preciso de lo que era factible y lo que no. Conocía sus límites.

Esta vez se enfrentaba a un desafío mucho mayor del que había previsto. No había tenido la oportunidad de evaluar los riesgos con antelación. Lo habían enviado sin preparación a una situación de desafío incierto. Pero esa era la naturaleza del servicio de transferencia: las criaturas alienígenas eran el elemento impredecible por excelencia. Necesitaba descubrir si podía sobrevivir cuando no había podido elegir cuidadosamente basándose en la información disponible. Si quería conservar este puesto, ya no podía jugar a lo seguro. En cambio, tenía que estar a la altura de las circunstancias, superando sus debilidades personales.

Esto requería un cambio en su filosofía. Siempre había jugado a lo seguro mientras aparentaba correr riesgos. Ahora tenía que correr riesgos reales y tal vez sufrir pérdidas. Se dio cuenta de que nunca había reflexionado sobre la naturaleza del servicio de Transferencia. Se había dejado cegar por los placeres, la novedad, la notoriedad. Tal vez, después de todo, no era el empleo adecuado para su tipo de personalidad. Seguramente sus superiores, que tenían impresiones de computadora exquisitamente detalladas y con referencias cruzadas de todas sus cualidades, eran conscientes de sus defectos. No estaban seguros de si era apto para el trabajo. Así que le habían dado más que la tarea rutinaria de allanamiento que había pedido. Lo habían colocado deliberadamente en una situación tan desafiante como lo sería una misión de Transferencia alienígena. Primero, el cambio abrupto en los valores sociales, como la

privacidad de las relaciones sexuales, que había tenido que afrontar la noche anterior. Segundo, este terror espantoso. Esta era la crisis: ¿podría manejarla?

Podía dar marcha atrás. Podía admitir que aquello era demasiado para él; que, después de todo, no estaba capacitado para ese tipo de desafío. ¡Mucho mejor era hacerlo ahora que descubrir en un huésped alienígena que no podía con ello! Si no estaba destinado a ser un agente de Transferencia, lo más sensato era reconocerlo ahora, aceptar las consecuencias y buscar otro empleo. Al menos estaría vivo.

Pero ahora que la crisis lo acosaba, Ronald descubrió que su orgullo era mayor que su practicidad. Quería, incluso más que el éxito, lograr algo significativo en su vida. El éxito llegaba a muchos hombres; el significado a pocos. Podía tener éxito redactando informes rutinarios en alguna oficina planetaria, haciendo un trabajo que cualquiera podría hacer. Pero para tener *significado,* para eso, tenía que hacer un trabajo que nadie más pudiera hacer. O uno que nadie más que tuviera la capacidad *haría.* Un trabajo como integrarse en la cultura local, acostarse con una voluptuosa nativa en público sobre una mesa de banquete, enfundarse en una armadura arcaica y sudorosa, y batirse en duelo con un monstruo mágico. Pocas, muy pocas personas civilizadas se doblegarían lo suficiente como para hacerlo con la chica, y pocas serían capaces de resistir la terrible telepatía del

monstruo. Quizás solo él, Ronald, estaba en posición de hacer ambas cosas.

¿Era esto lo que realmente quería? Y la respuesta era que no estaba seguro. Su orgullo lo frenaba; apenas se atrevía a desear algo que estuviera más allá de sus posibilidades, por temor a que su orgullo lo doblegara. Pero si lograba vencer aquí, entonces podría permitirse desear más. Podría ampliar sus horizontes.

El terror aún lo paralizaba. Pero no lo había hecho huir ni había detenido sus otros pensamientos. Si bien no había ganado, al menos no había perdido. Simplemente no podía renunciar a esa última parte de su sueño: en parte porque la vergüenza del fracaso sería peor que la liberación del miedo; en parte porque el primer paso que diera lejos de Cerbero también lo alejaría de su sueño de aventuras en planetas lejanos, entre criaturas completamente extrañas. Prefería, *sí, prefería* morir allí, antes que sobrevivir despojado de su orgullo y de su sueño del posible sentido de su existencia.

La emoción disminuyó. *No huyes,* pensó Cerbero, perplejo. *Mi poder te destruye, y sin embargo te quedas.*

Ahora la criatura estaba insegura. Ella también había encontrado más de lo previsto. Podía comprender la resistencia en respuesta a su emisión, pero no esta susceptibilidad impasible. Un individuo aterrorizado siempre

huía, produciendo una rica cosecha de deliciosa emoción. ¿Cómo podría ser de otra manera?

—Soy civilizado —dijo Ronald con voz débil. Fue toda la explicación que pudo dar.

De nuevo el terror lo atormentó, peor que antes. Pero una vez más el árbol se aferró a la tierra. Ronald comprendía mejor sus propios motivos, y eso le infundía fuerza. Ya se sentía sereno. El miedo podría matarlo, pero no lo haría huir.

El asedio fue más corto esta vez. Cerbero había invertido más energía en este esfuerzo, recibió menos a cambio y se cansó más rápido. Él también tenía sus límites. Por primera vez, Ronald percibió un leve aroma a victoria.

Ahora era el momento. Dio un paso adelante, con la pierna pesada como el plomo. El bicho lanzó otra oleada de emoción, con un filo cortante de desesperación. Pero era la desesperación de Cerbero, no la de Ronald; el poder de la criatura se estaba debilitando.

Pero vencer el miedo no fue suficiente. Aún quedaba por enfrentarse al canino físico de tres cabezas, y eso ya era bastante formidable. Todas esas mandíbulas...

Lentamente, Ronald desenvainó su espada. Su brazo también se sentía pesado, con una aparente fatiga y debilidad muscular. El miedo lo invadía. Paso a paso, avanzó a través de una ruina emocional que se fundía con el terreno

físico. En su mente, como en la tierra, emanaban vapor y humo volcánico. No le gustaba la idea de matar a una criatura de talento excepcional, pero no había otra opción a menos que el monstruo cediera y se retirara. Y no lo haría, pues su orgullo y su bienestar estaban en juego. Si Cerbero perdía esta batalla al retirarse ante un enemigo aterrorizado, estaría acabado.

Ronald se dio cuenta de que estaban inmersos en una batalla de orgullo. No había nada correcto ni incorrecto; una fuerza tenía que prevalecer sobre la otra. En cualquier caso, no le correspondía juzgar méritos; simplemente tenía que hacer su trabajo: ayudar a los hurritas y demostrar que podía tener éxito como Agente de Transferencia.

Ahora se encontraba al alcance de la espada del monstruo. Cerbero evidentemente no estaba acostumbrado a este tipo de combate; sus movimientos eran torpes. Quizás milenios atrás, cuando su especie evolucionaba, había sido un luchador feroz con sus tres cabezas. Pero la eficacia de la telepatía había hecho innecesario tal combate, y su cuerpo se había atrofiado tanto como la cola y el apéndice en el hombre. Úsalo o piérdelo: ley de la naturaleza.

Una cabeza se sacudió hacia adelante. Las fauces se abrieron de par en par.

La espada de Ronald dio un tajo. No fue un corte limpio. Le partió la cabeza por la mitad, longitudinalmente. La sangre brotó a borbotones y la cabeza lanzó un leve grito.

Las otras dos cabezas convergieron. Una intentó morderle la pierna. La armadura la detuvo, y en un instante le cortó la cabeza, con mayor precisión, por el cuello. Luego, azotó a la tercera con la espada de revés, cortando en diagonal, y la cabeza cayó al suelo, crujiendo contra la tierra.

Todo había terminado. El miedo se había desvanecido. Ante él yacía una mole grotesca, temblorosa y sangrienta. Ahora solo sentía asco, que se transformaba en una apatía total. ¿Había sido correcto matar a Cerbero? No podía decirlo, emocionalmente hablando, porque la muerte de la criatura había borrado cualquier sentimiento de ese tipo. Ronald no podía *sentir* remordimiento.

Apoyó un pie contra el cuerpo tembloroso y empujó. El cadáver se deslizó torpemente por el borde del abismo y desapareció de la vista. Ronald esperó a oír el impacto contra el fondo.

Entonces, una punzada de aprensión lo atravesó. Ronald miró a su alrededor. Allí, en una pequeña grieta cerca de la superficie de la fisura, había un nido rudimentario. En el nido había un pequeño perro de tres cabezas.

Ronald apoyó el pie contra el nido, a punto de empujarlo junto con su carga hacia las profundidades del abismo. Pero se detuvo. Era un Cerbero joven, incapaz de aterrorizar a gran escala. Pasarían años, quizás décadas, antes de que alcanzara su tamaño y poder máximos.

Ronald bajó sus manos enguantadas y sacó a la criatura del nido. Esta intentó morderle los dedos, pero retrocedió con dolor.

—Cerbero Junior —dijo Ronald, intentando concentrarse para que pudiera entenderlo—. Debes buscar comida solo. El adulto había sido macho; tal vez la madre había muerto en otro lugar, o quizás se escondía, carente de telepatía. Así que o bien el cachorro podía sobrevivir sin mamar, asustando ardillas o cualquier otro animal pequeño que habitara la zona, o bien le quedaba un progenitor. —Tu padre atacó a un hombre y murió. Tú jamás debes atacar a un hombre. Vete, escóndete en el bosque, sobrevive. Pero aléjate de este lugar. Nuestro miedo no es por ti.

El bebé gimió, como si hubiera comprendido. Ronald lo colocó con cuidado al otro lado de la hendidura y lo vio escabullirse. Sí, había captado el mensaje.

Y él, Ronald, había demostrado su valía. Sería Agente de Transferencia.

Capítulo XIV

LABERINTO

'¿Qué significa?', se preguntaban los band.

—Eso lo decides tú —respondió Ronald—. Has evocado el recuerdo.

Lo intentaron. Era un dilema moral. ¿Había sido correcto violar sus principios sociales al copular con la mujer hurrita? Si no, ¿podía justificarse su compromiso con Cirl, para él una mujer alienígena? ¿Había sido correcto matar al monstruo del miedo? Este era un concepto incomprensible para la mentalidad band antes del entrenamiento de Rondl y la llegada de la invasión de los monstruos. Ahora, tras la muerte del kratch, podían comprender, hasta cierto punto, su razonamiento.

«El monstruo del miedo se parecía al kratch», se extendió la idea, haciéndose eco de esa corriente. «Buscaba engrandecerse a costa de los demás. Esto era antisocial».

«Sin embargo, destruir una vida también es antisocial», argumentó Rondl, adoptando el papel de defensor.

«Hasta este punto nos hemos convertido en monstruos», pensaron los band, y desde el otro extremo coincidieron. «Ahora entendemos que a veces hay que responder al mal con el mal. Pero nunca se debe iniciar el mal».

«Los monstruos solarianos inician el mal», pensó Rondl. «Es su naturaleza. Es *mi* naturaleza, pues soy uno de ellos. Este recuerdo solo muestra el trasfondo de mis acciones entre ustedes. Pude matar a Cerbero y al kratch porque yo mismo ya estaba corrompido por el mal. Ustedes, los band, deben permanecer incorruptos».

«Sin tu liderazgo, volvemos a nuestra naturaleza», coincidieron. La gran mayoría de los participantes eran desconocidos, pero algunos habían formado parte de las fuerzas de combate de Rondl, y estos aportaron comprensión al grupo. «Si lo que hacemos es malo, es por tu instigación. Sin embargo, no podemos condenarte, pues ahora comprendemos tu naturaleza. Este recuerdo nos lo ha demostrado. Ha revelado tu motivación más profunda».

—Me entiendes mejor de lo que yo te entiendo a ti —dijo Rondl con un destello—. ¿Pero es eso suficiente?

'No. Ahora debes cambiar de círculo.'

¿Cómo hago eso?

'Cirl está frente a ti. Gira con ella, intercambiando miradas e indicaciones mientras nos mantenemos firmes.'

Rondl lamentaba no poder unirse a Cirl en su propio círculo. Pero al menos así ella podría asimilar el aspecto consciente de su memoria, en lugar del inconsciente. Él giraba con ella, intercambiando lugares y círculos. ¡Qué intrincado mecanismo era este doble círculo!

Ahora se desplegó ante él el arquetipo del héroe explorador del band. Había volado a un planeta extraño, buscando algo, y se había acercado a la superficie. El terreno se había vuelto realmente extraño, un laberinto de superficies y colores; de grandes montañas, profundos valles y aguas tranquilas. Habían aparecido criaturas, algunas aparentemente amigables, otras hostiles. Esa hostilidad era una experiencia nueva para el Rondl del band, una emoción que había creído ajena. Por supuesto, su conciencia superior le decía que este fenómeno se relacionaba con la emoción que se generaba al otro lado del círculo, cuando un hombre se acerca a una cultura extraña o a un monstruo; pero aquí la otra experiencia se traducía en confusión y duda. Sin

embargo, también había un elemento positivo. Las criaturas amigables pensaban que había venido a ayudarlas a eliminar a las hostiles, pero él se sentía emocional y físicamente mal preparado. ¿Cómo podía él, un visitante, hacer lo que los nativos no podían? ¿*Debía* hacerlo? La violencia no era su naturaleza.

No, la violencia no era necesaria. Solo la ayuda. Si tan solo pudiera dialogar con el elemento hostil, averiguar cómo mitigar la objeción, podría comprender su naturaleza y descubrir una forma pacífica de apaciguar su animosidad.

Rondl se dio cuenta de que el enfoque del band difería del de los solarianos ante un problema similar. Los solarianos nunca habían considerado la perspectiva del monstruo del miedo; solo buscaban eliminar a la criatura. Los band no buscaban la eliminación, sino la adaptación. Pero quizás eso no sería más fácil que para los solarianos.

Sin embargo, debía intentarlo, pues era la costumbre del band ayudar al prójimo. Aceptó buscar a la otra parte. Inmediatamente voló más lejos a través del extraño terreno, siguiendo las líneas magnéticas, hasta llegar a la región del otro.

Llegó y descubrió cosas horriblemente extrañas. Alarmado, se desvió del camino y se encontró capturado.

La sola idea de capturar a un band era ajena a su naturaleza, pues los band eran entidades completamente libres. Sin embargo, ahora existía un número limitado de líneas disponibles, y a través de cada una de ellas se extendía una masa globular de criatura con múltiples apéndices. En el centro de cada masa había un disco emisor de luz. Cada disco parpadeaba en una primitiva imitación de comunicación.

¿Comunicación? ¿Era posible? ¿Podrían estos animales ser inteligentes a pesar de no tener lentes magnéticas?

Rondl se dio cuenta de que esto había ocurrido hacía mucho tiempo, antes de que los band comprendieran que existían otras especies inteligentes en el universo. Todas las especies que conocían antes, que no pertenecían a los band, eran animales.

—¿Entonces quiénes eran esas criaturas amigables? —preguntó—. Creía que eran extraterrestres inteligentes.

—No exactamente —respondieron los band de este lado del círculo—. Tenían lentes, pero carecían de civilización. Es difícil aclarar esto.

Sin duda. Rondl volvió al mito–memoria, dejando los detalles del orden de descubrimiento de las especies alienígenas inteligentes para otra ocasión.

A modo de experimento, dirigió un rayo de luz solar hacia una de las grotescas criaturas. «Reunión», dijo con cautela.

«Meeng», respondió la cosa, generando sus propias y torpes fluctuaciones. Sin embargo, era un esfuerzo encomiable. ¡Realmente estaba intentando comunicarse!

Con esa confirmación, Rondl comprendió por qué había venido. Lo que las criaturas amistosas habían interpretado como hostilidad era, en realidad, un simple intento de entablar un diálogo. Él, un miembro civilizado del band, tenía la inteligencia suficiente para apreciarlo. Podía tratar con las criaturas en sus propios términos, tal vez para beneficio mutuo.

Rondl se estableció durante una buena parte de su vida y estudió el idioma y las costumbres de las Luciérnagas. Cuando hubo asimilado todo lo que pudo, se disolvió.

Eso sacudió a Rondl y lo sacó de su identificación con el papel. ¡No estaba listo para disolverse! «¿Pero no debía irse a casa primero?», preguntó.

'¿Por qué?' Los band estaban perplejos.

¡Para compartir su descubrimiento con los demás! ¡Para que todas los band sepan!

«No, se separó sin volver a Sistema Band. No había necesidad.»

«Pero entonces nadie más lo sabría. El mayor descubrimiento de su tiempo, el de la vida inteligente extraterrestre, quedó sin revelar. ¡Todo fue en vano!»

'Al contrario. Fue su conclusión definitiva.'

«¿Aprenderlo todo y luego suicidarse sin avisar a nadie?». Rondl seguía mostrándose escéptico ante esta idea.

«Había cumplido su misión de aportar experiencia. Aportó al Círculo Viscoso una riqueza de conocimientos sin precedentes. Por eso se convirtió en una leyenda, una figura de nuestra mitología.»

—¡Eso sigue siendo un enigma para mí! —exclamó Rondl.

En el círculo reinaba un humor tolerante. «Nuestro otro círculo comprende la aventura que compartiste con él. Quizás con el tiempo asimiles nuestra mitología».

«Quizás», asintió Rondl con escepticismo. Sospechaba que su problema radicaba en su incredulidad sobre la existencia del Círculo Viscoso. Lo que para los band representaba la máxima contribución, para él era el máximo desperdicio.

'¿Podrías transmitir la esencia de esa otra experiencia? Sentimos la enorme emoción que conllevaba.'

«Fue un episodio de mi pasado, en el que, tras haber tenido dudas, comprendí la naturaleza de mi misión en la vida».

«¡Entonces es un fiel reflejo de esa experiencia! Pero si no te disolviste en aquella ocasión, ¿cuál era la naturaleza de esa misión?»

«Venir aquí y aprender vuestra filosofía. Ayudaros a defenderos de los monstruos». Porque sin esa victoria sobre Cerbero, jamás habría sido un Agente de Transferencia exitoso. Claro que no había emprendido esta misión con la intención de ayudar a los band a resistir a los solarianos, pero a medida que se enteraba de la situación, esa se había convertido en su misión. Los funcionarios en su país lo llamarían traición; eso no importaba. Las definiciones de monstruo ahora le resultaban demasiado limitadas.

—Eso parece cierto —asintieron los band, comprendiendo—. Una vez que nos entiendan lo suficiente, podrán disolverse.

Justo cuando creía que su comprensión era suficiente, le recordaron lo mucho que aún les quedaba por avanzar para salvar la brecha entre las especies. «Sin volver a mi especie para informar», exclamó con ironía. Dudaba que su comprensión llegara a ser completa. Dominar un tema y luego suicidarse sin dejar rastro: eso seguía siendo ajeno a él.

Entonces el doble círculo se disolvió, habiendo dominado su objetivo correctamente, y volvieron a ser individuos. Cirl se reunió con él. «Tienes que viajar más lejos para llegar a nosotros que nosotros para llegar a ti», exclamó alegremente. «Ahora por fin comprendo lo suficiente de tu naturaleza».

—Eso parece —coincidió Rondl—. Aun así, me alegra que me aceptes tal como soy.

«O como puedas ser», dijo. «No es fácil ni para ti ni para mí, pero el amor y la comprensión pueden salvar la distancia que nos separa».

Eso, y Transferencia, pensó. ¡Qué experiencia había sido ese doble círculo! Le llevaría mucho tiempo asimilar todas sus revelaciones e implicaciones, pero estaba seguro de que valdría la pena. Sin comprensión, ¿cómo podía tener sentido la vida?

Pero ahora tenía asuntos más inmediatos y prácticos que atender. Iba de camino a encontrarse con la otra transferida solariana, Tanya, para ver si realmente tenía intención de estar allí y si había sobrevivido. Su anfitrión podría haberse perdido mientras ella estaba de vuelta entre los monstruos. Él y Cirl siguieron volando, observando cómo los demás band se dispersaban en una nube que se disipaba hacia otras regiones, siguiendo las líneas que se extendían. Pronto no quedó nada del fantástico círculo excepto el recuerdo de

Rondl y la aceptación de Cirl hacia él, con todo y su pasado de monstruo. Por supuesto, estas cosas eran suficientes.

Llegaron a su debido tiempo a la Montaña del Laberinto. Era una elevación con varias puntas que sobresalían, alrededor de las cuales serpenteaban las líneas magnéticas. Los band entraban y salían alegremente, sus colores destellaban junto con sus exclamaciones de luz. Toda la escena era muy bonita, como solían ser las congregaciones de los band. Ser un band significaba ser pacífico, estético, amante de la diversión y feliz, por lo general.

«Es un laberinto, ¿sabes?», dijo Cirl. «Intentas pasar rápidamente junto a cada aguja creando un patrón estético. O bien, grupos de personas integran patrones. Es divertido».

—Se supone que debo encontrarme con Tanya junto a la aguja naranja —dijo. No se le había ocurrido que esa región estaría tan concurrida.

«Crea un patrón hasta que la encuentres», sugirió Cirl.

Rondl encontró un hueco en el tráfico y se lanzó, con Cirl siguiéndole de cerca. La línea era fuerte, proporcionando mucha potencia, y entre las púas se cruzaba con otras líneas, por lo que era fácil cambiar de dirección sin perder impulso. Rondl pasó junto a una aguja azul, cambió de línea y pasó una verde. Otros band cruzaron, recorriendo sus rutas y mostrando sus colores. ¡Esto era divertido!

De repente, divisó la aguja naranja, pero su ruta era errónea y no pudo alcanzarla. La vio desaparecer tras él. Tendría que dar un rodeo y esperar alcanzarla en el siguiente intento. Esto era más complicado de lo que había pensado. ¡Era un verdadero laberinto!

Tras varios intentos, encontró la línea de acceso correcta y entró en órbita alrededor de la aguja naranja. Cirl se unió a él.

Se encontró aún en medio de la multitud. Grupos de ambos sexos y de todos los colores lo rodeaban. ¡Al parecer, este era un punto de encuentro popular! Pero ¿cómo iba a saber cuál era Tanya, o incluso si estaba allí? Había varias hembras de color naranja, y no se había molestado en averiguar el nombre de su grupo. No habían fijado una hora específica para reunirse, aunque los grupos apenas eran conscientes del tiempo y no tenían términos para las horas exactas. Incluso el ciclo normal de día y noche era irrelevante, porque los grupos no estaban confinados al planeta, y en el espacio no existía el día ni la noche. El espacio estaba brillantemente iluminado cerca de un sol y oscuro entre soles, así que la ubicación importaba más que el tiempo de rotación planetaria.

Bueno, pensaba como un band, cuando debería haber pensado como un monstruo. Los monstruos rara vez sufrían descuidos en el contacto personal. Eran prácticos. Si no sabían dónde estaba una persona, enviaban una citación.

Una citación. ¿Funcionaría aquí? ¿No para un círculo, sino para un individuo? Lo intentaría. «Soy Rondl», anunció lo mejor que pudo a los demás que orbitaban la aguja. «Busco a una mujer que viene de lejos, que se llama Tanya». Pero el nombre no se tradujo bien a los destellos band, y lo pronunció mal.

No hubo respuesta. Rondl lo intentó de nuevo, y de nuevo no obtuvo ninguna.

«Parece que no está aquí», dijo Cirl tras varios intentos fallidos. Habían pedido una pulsera naranja, y había varias, pero ninguna era la que buscaban.

«Tal vez aún no haya llegado», dijo, aunque temía que nunca lo hiciera. Podría estar muerta; o podría haber rebotado en Transferencia debido a un anfitrión perdido; o simplemente podría haber decidido no encontrarse con él, podría no haber tenido nunca la intención de encontrarse con él. Desconocía sus intenciones, por eso tenía que encontrarse con ella. Si ella era más leal a la Esfera de los monstruos que él...

Siguió intentándolo, reacio a rendirse fácilmente. Si Tanya volvía a ser una band y su actitud hacia ellos era diferente a la suya, debía *convencerla* de que cambiara. De lo contrario, podría echar por tierra todo lo que él estaba intentando hacer y toda una especie podría desaparecer.

De vez en cuando, una mujer recién llegada respondía, preguntando si podía hacer algo por él, y él explicaba que no. Había dejado de preguntar por una band naranja; tal vez era su naturaleza monstruosa la que actuaba, pero decidió que prefería tener una contramedida, saber cuándo alguien intentaba engañarlo, aunque sabía que ninguna band practicaría el engaño. Solo un monstruo haría eso, y era un monstruo lo que buscaba. Así que continuó con sus peticiones, descartando sin reparos a todos los que no fueran naranjas, y cada vez se preguntaba más si este intento de *rendez vous*[6] valía la pena.

Se dio cuenta de que no era nada positivo. No tenía ningún interés personal en Tanya, aunque su forma de monstruo le resultaba bastante interesante. Simplemente quería impedir que completara la misión de monstruo. Tenía que saber exactamente qué pensaba ella de los band y actuar en consecuencia.

¿Qué haría si su lealtad permaneciera firmemente con los monstruos? ¡Qué pregunta tan desagradable! No le gustaba pensar en términos de asesinato y no estaba seguro de cómo un band podría disolver deliberadamente a otro; tal vez fuera imposible. Así que era mejor buscar otras alternativas.

Pero el tiempo corría y Rondl tenía que organizar su ejército. Pronto los monstruos lanzarían otro ataque, destruyendo más band. Rondl no podía permitirse el lujo de

6 "Rendez-vous" significa encuentro o cita en francés. [N. T.]

esperar indefinidamente en la Montaña del Laberinto. De hecho, eso podría ser una estratagema de Tanya: mantenerlo esperando mientras ella tramaba sus fechorías en otro lugar.

—Desconfío de esto —le espetó a Cirl—. Esa mujer es un monstruo, y sus valores podrían ser monstruosos. Debo velar por la defensa del Sistema Band.

—La esperaré aquí —ofreció Cirl—. Puedes seguir con tus asuntos y te la traeré cuando llegue.

¡Bendita seas! —Es un gran favor —dijo agradecido—. Volveré aquí lo antes posible para que tú también puedas encontrar alivio.

Salió del laberinto y se dirigió rápidamente a la zona del cuartel general de sus tropas. Fue una buena decisión; su ausencia había desmoralizado a la población y el número de reclutas había disminuido. Ahora, con la tranquilidad de saber que estaba presente y en condiciones de entrenar, sus tropas recuperaron el ánimo.

Rondl preparó algunos ejercicios nuevos y trasladó un contingente considerable a las cercanías de Fair, la próxima luna del Sistema Band: el cuerpo celeste que los monstruos probablemente atacarían a continuación. Luego convocó un círculo y planteó la pregunta: ¿existía un Sitio Antiguo en el

espacio Band? Describió el concepto lo mejor que pudo, ya que los band desconocían la existencia de los Antiguos.

Para su sorpresa, obtuvo una respuesta inmediata: existía tal construcción, en Glow, la última luna invadida por los monstruos.

Pero ¿por qué, entonces, se estaban reuniendo los monstruos para atacar la luna más interna, Fair? Si ya habían logrado su objetivo...

Una investigación más exhaustiva dio con la respuesta: el sitio tenía una configuración atípica, por lo que el patrón de búsqueda de los monstruos no lo habían reconocido. Rondl mismo lo había pasado por alto, por supuesto, pero en ese momento no tenía memoria.

¿No lo reconocieron? Los solarianos contaban con equipos sofisticados y sabían exactamente lo que buscaban. ¿Cómo *pudieron* pasarlo por alto?

Gradualmente, con la ayuda del círculo, lo fue descifrando. La mayoría de los Sitios Antiguos eran enormes extensiones de materia planetaria y presentaban tremendos montículos o concavidades, con extensas madrigueras bajo la superficie. Algunos pocos contaban con equipo operativo; la mayoría tenía equipo inactivo que podía estudiarse para descubrir sus secretos. Esto era lo que hacía que los Sitios fueran tan valiosos; las especies que los explotaban solían obtener un

conocimiento considerable sobre algún aspecto de la avanzada tecnología de Transferencia o Transmisión Matérica. Dicho conocimiento se traducía fácilmente en poder. Por supuesto, los arqueólogos también estaban interesados; siempre habían querido reflexionar sobre la naturaleza y la historia de esta misteriosa cultura que abarcaba toda la galaxia.

Este yacimiento en particular, ya fuera por diseño o por accidente, era diferente, y no solo en apariencia. Coincidía con el contorno natural de la superficie de la luna Glow, de modo que ninguna fotografía ni estudio sonoro lo revelaba. Los artefactos antiguos estaban dispuestos en forma de vetas metálicas estratificadas en la roca, interrumpidas por la erosión geológica de la superficie. La luna Glow sí tenía una mínima presencia de atmósfera y agua, aunque sus contornos eran en realidad más pronunciados de lo que cabría esperar de procesos naturales. Los antiguos lo habían esculpido, con un propósito que nadie podía precisar. Los monstruos, con su visión limitada de lo que debía ser un yacimiento antiguo, habían sido engañados.

¿Será que a los Antiguos no les gustaban los monstruos? Hace tres millones de años, no podían saber que estas criaturas en particular vendrían en busca de este lugar. Pero tal vez sí sabían qué tipo de criatura lo desearía y lo ocultaron de ese tipo. ¿Hasta qué punto fueron previsores los Antiguos? ¡Obviamente, no lo suficiente como para evitar su propia extinción!

En cualquier caso, había efectos magnéticos pronunciados alrededor de Glow, como habían experimentado los invasores. Los band, por supuesto, habían sido más sensibles a estos; de hecho, Rondl ahora sabía que el avance de los band hacia la civilización interestelar se había visto impulsado en gran medida por su fascinación con las anomalías de Glow. Se habían dado cuenta de que otros, además de ellos, habían utilizado líneas magnéticas. No habían concebido a los Antiguos propiamente dichos, pero habían reconocido la obra de criaturas inteligentes anteriores. Así, el lugar se había convertido en una especie de santuario, además de un campo de juego. Los band iban allí para perfeccionarse. No se habían dado cuenta de que había mucho más disponible, ya que los band normalmente no forzaban las cosas. Ser pacifista, en este caso, significaba carecer de la vanguardia de la curiosidad científica que poseían las criaturas más agresivas. ¿Para qué llevar lo inanimado al límite? Eso no era cortés.

Pero Rondl, con su perspicacia y determinación propias de Solaria, comprendió que los circuitos magnéticos, aparentemente naturales, representaban un complejo potencial extraordinario. El Sitio era como una placa de circuito impreso con detalles microscópicos, a escala planetaria. Estudiado correctamente, podría revelar secretos para transformar la tecnología de esta región de la Galaxia.

Los monstruos ya lo tenían en su poder, y no lo sabían. Rondl no pensaba informarles. Tampoco Tanya, si podía asegurarse de que guardara silencio.

Era hora de regresar a la Montaña del Laberinto. Tenía *que* interceptarla, si es que llegaba allí. Si hubiera perecido, no tendría problema, pero si sobrevivía en forma band, no podía permitir que se fuera. A menos que ella estuviera de acuerdo en su análisis.

Dejó instrucciones a sus tropas para que pudieran continuar con la organización para el próximo encuentro, y luego voló de regreso al planeta Band. No estaba seguro de si esperaba encontrar a Tanya allí o si deseaba que nunca apareciera.

Cirl permaneció vigilante. Rondl la relevó, agradeciéndole su esfuerzo, y se puso en órbita alrededor de la aguja naranja. Ella partió para consultar con Proft sobre la salvación teórica de los monstruos. Quería que Rondl cumpliera los requisitos para ingresar al Círculo Viscoso.

En el instante en que Cirl se marchó, una mujer band, vestida de naranja, le lanzó una mirada a Rondl. «Soy Tangt, a quien buscas».

Se sorprendió. "¡No te vi llegar!"

—Llegué hace un rato, pero no me pareció apropiado responderle a la mujer. ¿Es tu compañera band?

Salían del Laberinto. «Es cierto. Ella observaba mientras yo estaba ocupado en otra parte, para no perderme tu presencia. Debo encontrarla ahora para avisarle que...»

«No quiero tener problemas con ella, como acordamos, igual que tú no quieres tener problemas con mi compañero. Son asuntos que ellos no entenderían.»

Así que ella había respetado su acuerdo de no contarles a sus respectivas parejas sobre los matrimonios de los monstruos. «Le conté a Cirl sobre mi esposa Helen. Pensé que era lo mejor. Ella lo entiende».

«No le informé *a mi* amigo. No lo entendería. Así que mejor no involucremos a los amigos en esto».

Quizás tenía razón. 'Necesito saber tu postura sobre...'

'A su debido tiempo. Vayamos a un lugar privado.'

'Pero primero debo, al menos, notificar a Cirl dónde estaré.'

«Nuestra comunicación dejaría de ser privada. Déjala ir. Esto no tardará mucho. Puede que volvamos antes de que regrese de su recado.»

Incomodado, Rondl hizo lo que le ordenaron. En cierto modo, estaba engañando a Cirl. Pero, ¿cómo abrirse camino

a través de un laberinto de lealtades sin cometer errores por el camino?

Capítulo XV

CÍRCULO VICIOSO

Volaron hacia un complejo de cuevas que Tangt conocía. Estas, al igual que la Montaña del Laberinto, habían sido acondicionadas para que los band pudieran disfrutar del acceso, con líneas magnéticas que las atravesaban densamente. Pero esta región era más extensa que el Laberinto y menos frecuentada, por lo que ofrecía mucha más privacidad. Ella lo guió a través de un pasaje inundado y luego a una pequeña cavidad llena de aire con dos fuentes de iluminación artificial.

—¡No sabía que los band tenían luces eléctricas! —exclamó Rondl, utilizando una de ellas.

«Los band comercian con otras especies, aunque de forma limitada», le recordó Tangt, usando la otra luz. Obviamente,

esta cueva había sido diseñada precisamente para ese tipo de conversaciones privadas. Debido a la roca circundante, sus haces de luz no podían ser interceptados por otros, y el acceso restringido impedía cualquier intrusión sorpresiva. «Tenemos pocas necesidades, pero la luz para las zonas inferiores es una de ellas. Se trata de sistemas alienígenas completos, alimentados por un generador central instalado por los bellatrixianos, una especie con gran destreza mecánica».

Los bellatrixianos: por supuesto. Sabía de su enclave en la órbita de la luna Dinge. Esta era una de las pruebas tangibles de su actividad comercial.

«Ya veo. Ahora terminemos nuestra conversación iniciada en el Sistema Sirius. Tengo otros asuntos urgentes». Él también estaba inseguro de por qué ella había llegado a tal extremo para mantener su diálogo en secreto, incluso de Cirl. Nadie husmearía. Eran los monstruos quienes debían ser engañados, no los band. Si ella tenía algún plan oscuro en mente...

—¿Algún otro asunto? —preguntó, y su color naranja pareció intensificarse. Ronald recordó, sin importancia, lo atractiva que había sido en su forma de monstruo. Fibras de cabello negro, figura esbelta pero voluptuosa, rasgos faciales estéticos; incluso sus globos oculares llenos de líquido parecían armoniosos, por difícil que fuera imaginarlo en ese

momento. ¡Eso demostraba la diferencia entre los gustos de los monstruos y los de los band!

'Sí'. Pero decidió no describir aún su proyecto para combatir a los monstruos; no hasta que supiera cómo se sentía ella.

«¿Te parecí sexualmente atractiva en forma humana?» ¿Qué era eso? ¿Acaso le estaba leyendo la mente? «De hecho, sí. Pero eso no viene al caso…»

'Y yo te encontré igual. Ambos estamos casados allí, ¡así que no se podía hacer nada abiertamente!'

Ahora Rondl lo entendió. "¿Creías que buscaba una relación romántica?"

¿No lo crees? Esta es una oportunidad única. Confío en que apruebes la privacidad que he acordado. Creo que este es un lugar excelente.

'Tangt, creí que lo habías entendido. ¡Yo también estoy casado en este huesped!'

Sí. Yo también. Por lo tanto, era necesario tener mucho cuidado. Nadie sabe que estamos aquí.

¿Por eso no contestaste la llamada de Cirl? ¿Para establecer una comunicación entre nosotros sin su conocimiento?

¿Por qué otra razón?

¿Por qué otra razón? ¿Tenía aquí a una ninfómana? «Tangt, has malinterpretado mi señal. No deseo engañar a mi esposa solariana ni a mi esposa band, y desde luego no busco relaciones con socios comerciales». Había creído que ella lo había entendido, en su intercambio solariano; ¿cómo pudo haberse equivocado tanto?

¿No me deseas?

Ahora tenía que tener cuidado. No tenía sentido enemistarse con ella; podría traicionarlo por despecho. 'Si las circunstancias fueran otras, me interesaría en ti. Ciertamente eres atractiva, tanto física como espiritual, tanto en forma humana como band. Pero me he vuelto una persona con ciertos escrúpulos y tengo otros compromisos. Quizás los hombres que has conocido antes sean diferentes. Yo tenía un propósito completamente distinto al venir aquí.

—Entonces parece que no interpreté mal tu señal —dijo ella.

¡Pero lo hiciste! ¡No busco ninguna relación romántica!

—Yo tampoco —dijo ella, mostrando un destello.

¡Ahora sí que me has confundido por completo!

Tu actitud cuando conversamos en la Esfera Sol admitía dos interpretaciones, suponiendo que no fueras ni estúpido ni loco. En lugar de traicionarme innecesariamente, estaba dispuesta a someterme sexualmente. Eso al menos preservaría mi vida.

Rondl se dio cuenta de que había recurrido a una estratagema bastante ingeniosa. Sexo en lugar de traición: ¡eso era sin duda más seguro! «¿Cuál es tu interpretación alternativa?»

«Si entendí correctamente tu señal en el Sistema Sirio, has perdido la simpatía por los objetivos solarianos».

Ahora la traición había quedado al descubierto, al menos entre ellos. «Es cierto. La intrusión de los monstruos está diezmando a la población band. Creo que eso está mal».

«Estoy de acuerdo. Pero usted comprende que cualquier acción perjudicial para los objetivos inmediatos de nuestra especie implica exponerse a graves consecuencias si se descubre».

Rondl sintió alivio, pero también una renovada aprensión. Estaba de acuerdo con él, salvo que su aparente afinidad podría ser una artimaña. Podría estar intentando tenderle una trampa para que se incriminara por completo. ¿Cómo podía estar seguro de que era de fiar?

Decidió que simplemente tenía que correr el riesgo. «Lo entiendo perfectamente. Contemplo la traición, según la definición de mi especie original. Pero ya no me considero un solariano; me identifico con los band. Debe haber muchos solarianos cuya conciencia coincida con la mía. Sencillamente, no está bien destruir una especie, especialmente una inteligente, para el beneficio marginal de unos cuantos individuos de la otra».

«Un yacimiento arqueológico difícilmente puede considerarse marginal».

«Comparado con el genocidio, ¡sí que lo es!». Se desvió un momento de su discurso y luego decidió abordar el tema con franqueza. «Mi afinidad, como ya dije, está con los band. Mi conciencia humana ha despertado y debo hacer lo que creo correcto. Entiendo que no puedo estar seguro de tu postura y corro el riesgo de ser traicionado por ti. Espero que tu acuerdo conmigo sea sincero y que me ayude a salvar a los band. Pero intentaré ayudarlos de todos modos. La cuestión no es de qué lado estoy yo, sino si estás conmigo o contra mí».

—Lo has expresado muy bien —dijo ella—. Estoy en una situación similar. No puedo estar segura de ti; no hay honor entre los monstruos. Pero es razonable suponer que sientes lo mismo que yo. La sociedad band se parece mucho al ideal que los seres humanos siempre han dicho anhelar, pero que nunca han practicado realmente. Ningún band critica a otro

ni permite que otro sufra daño sin intentar ayudar. Ningún band perjudica a otro. No hay robos, ni asesinatos, ni tergiversaciones, ni peleas. Como creo que sabes, me encontré sin memoria en el campo band. Un hombre band me ayudó y me casé con él. Dudo que hubiera sobrevivido sin él.

De hecho, otros diez agentes sucumbieron porque no lograron encontrar amigos así, aunque podrían haberlos tenido con solo pedirlos, si tan solo se hubieran dado cuenta. Quizás su propia desconfianza los mató, como era de esperar. Yo era feliz. Luego sufrí pesadillas...

'¡Yo también!'

Y finalmente volví a mi propio cuerpo anfitrión solariano, y fue horrible. No solo el cuerpo, sino también la sociedad. ¡Esa sospecha arraigada y ese egoísmo estrecho! Había saltado involuntariamente del paraíso a la cloaca. Quería ser una band, pero las circunstancias me convirtieron en un monstruo. No sabía qué hacer. Así que fui a lo seguro actuando como una solariana, y la estúpida computadora me exoneró. Pero con el paso del tiempo no me adapté al modo monstruo. El sistema band tenía el atractivo de alguna droga poderosa, una buena droga, que me hacía volver a él. ¡El paraíso es adictivo!

—¡Esa es exactamente mi experiencia! —coincidió Rondl. Vi que si no hacía nada, los band serían destruidos. Las

fuerzas de Satanás estaban invadiendo el mismísimo Cielo, ¿y cómo podía quedarme de brazos cruzados? No es que los solarianos pretendan cometer un genocidio; es que apenas son conscientes de lo que está sucediendo, y apenas les importa. Podrían encontrar mosquitos zumbando en su camino, dada la poca consideración que los monstruos tienen por los band. Para cuando se pudiera presentar alguna protesta por los cauces legales, los band ya se habrían extinguido. Así que tuve que actuar. Cuando supe que solo había otro superviviente...

Sí. Seamos realistas: cualquiera de nosotros puede traicionar al otro en el momento en que volvamos a ser anfitriones de Sol. Cualquiera de nosotros puede revelar la ubicación del Sitio Antiguo.

¿Sabes dónde está?

«Todavía no. Pero seguro que puedo averiguarlo preguntando por ahí, y tú también. Los band no guardan secretos. Así que ninguno de los dos tiene seguridad en este sentido».

«Sin embargo, si hubieras querido traicionarme, podrías haberlo hecho sin siquiera conocerme aquí», señaló Rondl.

'No. Puede que haya malinterpretado tus señales. Quizás solo buscabas una mente humana en band para tener un romance. Hay muchas maneras de obtener placer sexual.'

«Así que exploraste ese aspecto primero. Fue inteligente. Nunca se me había ocurrido. Pero, ¿qué habrías hecho si...?»

Como dije, estaba dispuesta a cumplir mi palabra. Amo a mis maridos, a ambos, y no soy promiscua. Pero tampoco soy suicida, y puede que el mayor premio de la galaxia esté en juego en el Sitio Antiguo. Si el sexo contigo hubiera salvado mi vida a pesar de mi traición, habría sido por necesidad. Pero no habrías contado ni con mi amor ni con mi respeto.

«Lo mismo digo. Pero creo que te estás ganando el respeto. Me alegra que hayas organizado una entrevista tan privada; era fundamental que aclaráramos nuestras dudas. No queremos ni necesitamos la complicación de una relación sentimental entre nosotros.»

'De acuerdo'. Pero había algo en la forma en que lo mostró que lo hizo dudar. Era hermosa en cualquiera de las dos formas, y podría haber sido agradable...

No. No quería sucumbir a la inconstancia del impulso masculino.

«Ahora creo que tendremos que planificar una estrategia si queremos ayudar a los band», dijo. «Quizás no podamos impedir que los monstruos descubran el Sitio, pero tal vez podamos despistarlos».

'Ya lo han pasado por alto.'

¿Ya? ¡Pero su método de búsqueda es exhaustivo!

«El lugar está en una luna. Parece terreno natural. Jamás lo encontrarán». Un último vestigio de cautela le impidió mencionar el nombre de la luna. Creía que Tangt era una buena persona, pero no tenía sentido correr riesgos innecesarios. Claro que, de todas formas, podría descubrirlo.

'Entonces nuestro problema está resuelto. Simplemente informaremos que no pudimos encontrarlo.'

«Y su búsqueda continua erradicará a toda la sociedad band», dijo con tristeza.

'Me temo que tienes razón. Entonces, al final, tendremos que cederles el terreno.'

¿Dárselo?

«Es preferible que los monstruos encuentren un Yacimiento Ancestral a que cometan un genocidio incidental en su vana búsqueda. Hay que elegir entre dos males.»

Rondl no había reflexionado seriamente sobre esa opción. «Organicé una especie de ejército band para repeler el avance de los monstruos. Prefiero expulsar a los monstruos del espacio band por completo. ¿Por qué permitir que su violencia les beneficie?»

¿Tienes band con los que pelear? ¡Los que yo conozco preferirían disolverse!

«Requiere un entrenamiento especial. Perdimos a varios miembros por disolución del grupo. Ni siquiera lo consideran un suicidio; para ellos es fácil.»

«Lo sé. Me pregunto cuántos seres humanos se suicidarían en algún momento de sus vidas si fuera tan fácil como pensar una sola cosa y desaparecer sin dolor. Especialmente si tuvieran la seguridad de ir instantáneamente al cielo para disfrutar de la felicidad eterna.»

«La mayoría de ellos. En algún momento, aunque sea brevemente, todos queremos morir. Sin duda sería mejor que luchar contra una enfermedad progresiva o la degeneración de las facultades en la vejez.»

Dio una vuelta pensativa. «¡Su creencia en el Círculo Viscoso es tan firme! ¿Qué valor de supervivencia puede tener la creencia de una especie en la fantasía? Es casi como si alguien les hubiera inculcado esta ilusión para exterminarlos».

«Así lo veo yo», coincidió Rondl. «Sin embargo, su fe es coherente con su pacifismo. Cualquier elemento agresivo, negativo o emocionalmente desequilibrado desaparece, porque es el individuo inestable el que tiene más probabilidades de suicidarse. Lo que queda es lo mejor. Sería

ideal que la sociedad band estuviera aislada de las Esferas más agresivas; si tan solo fuera posible».

"Estaban aislados hasta que apareció la posibilidad de este yacimiento arqueológico. Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre."

«Pero no podemos. Debemos volver a nuestra forma de monstruo, o nuestras auras se desvanecerán lentamente hasta desaparecer. Ninguna transferencia es permanente.»

¡Ya lo sé! Para nosotros no existe el Nirvana. Pero debemos intentar reservarlo para los band. —Se deslizó con indecisión a lo largo de la frase—. No sabía que los band pudieran luchar. ¿De verdad crees que pueden expulsar a los monstruos?

Rondl reconsideró con seriedad. «No. No solo. Probablemente he reclutado a los menos estables de los band, los que están más dispuestos a correr riesgos y ser antisociales. Incluso en el fondo son buenas personas que no participarían en la guerra tal como la conocen los monstruos. Tenemos que intentar oponernos a la invasión por medios no violentos, y eso es difícil. Solo retrasamos el asedio de la lunav Glow; no lo detuvimos. Lo haremos mejor la próxima vez, pero en el mejor de los casos es una acción defensiva. Y solo nos queda una luna por defender antes de que asedien el propio planeta Band. Necesitamos más.

«Lo que necesitamos», exclamó con entusiasmo, «es el uso de ese yacimiento arqueológico. Nunca ha habido un yacimiento arqueológico en buen estado de conservación que no haya transformado la situación de la cultura descubridora».

«Por eso Sol quiere el Sitio», asintió Rondl con tristeza. Pero la idea le resultaba atractiva. ¿Qué podría hacer su grupo de band entrenados si sus poderes se magnificaran repentinamente gracias a la tecnología de los Antiguos? Los band no eran atecnológicos; solo lo parecía porque tenían muy pocos artefactos tangibles. Podían fabricar componentes electrónicos complejos simplemente concentrándose en la estructura magnética de objetos metálicos. Quizás podrían crear bombas si se lograba una liberación controlada de magnetismo intenso; y láseres superpotentes. Y dispositivos no más grandes que granos de arena podrían interrumpir los circuitos informáticos de las naves más grandes. Las posibilidades eran infinitas, con un poco más de información tecnológica a su disposición.

«Podrían expulsar a los monstruos del Sistema y preservar la Esfera Band para siempre», concluyó Tangt por él.

Ojalá pudiéramos recurrir al Sitio», dijo Rondl. «Pero no podemos».

«Es un círculo vicioso. Necesitas el Sitio… para alejar a los monstruos del Sitio».

«Y si no conseguimos el Sitio, los monstruos enviarán a todos los band al Círculo Viscoso», asintió Rondl.

«Por otro lado, si les decimos a los monstruos dónde está el Lugar, probablemente podamos salvar a los band. A los monstruos simplemente no les importan los band, en ningún sentido».

«Simplemente no les importan», repitió Rondl.

«¿En qué luna está?»

Ahora llegaba el momento de poner a prueba su fe en ella. Era insuficiente. «Dinge», mintió. «La luna Dinge, la más pequeña, la más lejana, la más tenue».

—Bueno, queda una luna antes de que ataquen el planeta Band —concluyó—. Intentemos tu método primero. Intenta combatirlos, contenerlos, salvar esa luna.

«La luna Fair, la más cercana, la más grande, la más brillante, la más bonita», coincidió. «Si logramos mantenerlos alejados de una luna, tal vez podamos ahuyentarlos de otra y, finalmente, recuperar el Sistema». ¿Era un sueño ingenuo?

«Y si fracasamos, si la luna Fair cae, entonces informaremos debidamente a los de nuestra especie que el Sitio Antiguo está en la luna Dinge», dijo.

—Sí —aceptó, sintiéndose culpable. ¿Por qué se repetía a sí mismo que era un monstruo? Ningún band podría haber mentido así, y menos a un amigo. —Lo denunciaremos si fracasamos.

«Entonces estaremos unidos», exclamó con entusiasmo. «Quizás podamos romper el círculo vicioso; y si no podemos, al menos salvaremos a los band».

—De una forma u otra —aceptó.

"Casi me arrepiento de haber venido aquí por negocios. Creo que la otra opción no habría sido tan mala."

Ahora la culpa de Rondl era doble: por la mentira que la había vuelto dócil y por su creciente deseo de obtener esa misma docilidad. Ella era magnéticamente atractiva; entre los band, la atracción era literal, aunque también usaban la palabra en sentido figurado. «Vámonos de aquí», sugirió, pues no quería estar cerca de ella mucho más tiempo, por ambas razones.

Capítulo XVI

LA LUNA FAIR

Rondl y Tangt se separaron; él fue a buscar a Cirl, ella a reunirse con su esposo band. Si el ejército de Rondl lograba hacer retroceder a los monstruos, Tangt ayudaría a difundir la noticia y a reunir más apoyo para el esfuerzo continuo entre los band. Si Rondl fracasaba, posiblemente siendo disuelto él mismo, ella esperaría a salvo hasta ser llamada de regreso a su huésped humano, y luego presentaría su informe. Ella entregaría el Sitio Antiguo —o eso creería— a los solarianos, en la esperanza de que perdonaran a los band.

Rondl esperaba que su mentira a Tangt no causara más problemas que la peor interpretación posible de la verdad. Simplemente no estaba seguro de haber actuado correctamente, ni ética ni prácticamente. Sin embargo, no

estaba dispuesto a rectificar la mentira; eso podría ser un error aún mayor. Así que, más le valía lograr que los monstruos volvieran a su campo de batalla.

Llegó a la cita: Cirl estaba allí. De repente, se alegró doblemente de verla. Ella era a quien quería, no un monstruo disfrazado de miembro band, ni siquiera uno como Tangt.

«Cuando regresé a Montaña del Laberinto, ya no estabas», dijo con un destello. «Otros comentaron que te habías marchado con una mujer de color naranja, así que supuse que había llegado. ¿De qué hablaron?»

«Quiere entregar el Yacimiento Ancestral a los monstruos, confiando en que así nos dejarán en paz. Pero primero accedió a que yo intentara ahuyentar a los monstruos. Quizás esta vez lo consigamos».

¿Eso era todo lo que quería?

«Eso fue todo lo que consiguió. Ha vuelto con su marido a esperar».

Cirl parecía satisfecha. 'Hablé con el profesor. Dice que no conoce precedentes, pero cree que un alienígena en un cuerpo band debería poder unirse al Círculo Viscoso si se disuelve mientras está en ese huésped, y si realmente desea unirse al Círculo.

—Si tiene fe —dijo Rondl con pesar.

«Sí. Así que puedes unirte, si de verdad quieres. Proft dice que cree que cada band tiene que encontrar su propio camino, y que ese camino se puede encontrar si hay suficiente voluntad. Por lo tanto, los únicos que se pierden son los que no quieren unirse.»

Rondl no tuvo respuesta. El razonamiento de Proft era circular: el fracaso significaba el deseo de fracasar, más que cualquier otra realidad teórica. Si ningún band alcanzó el Nirvana, fue porque ninguno lo quiso. El propio Rondl sí deseaba alcanzar el Círculo Viscoso, pero no creía en él. Su capacidad de autoengaño había disminuido últimamente. Lo mejor para él era dejar el asunto en suspenso.

Se pusieron manos a la obra con la reorganización de su ejército. El éxito parcial de la defensa de la luna Glow había atraído mucha atención; había demostrado que era posible resistir la devastadora intrusión alienígena sin violar la naturaleza fundamental del band. El mensaje de Rondl se había extendido: había que detener a los monstruos o la cultura band desaparecería.

Esta vez, Rondl planeó con mayor ambición. No solo quería frenar el avance de los monstruos, sino hacerlos retroceder por completo; no solo conservar la luna Fair, sino recuperar la luna Glow. No les informó de la importancia de la luna Glow, porque la noticia podría llegar a oídos de los

monstruos. Los band sabían que el Sitio estaba allí, pero desconocían que era el objetivo de los monstruos. Así que Rondl simplemente incluyó la luna Glow como el siguiente gran objetivo de los band para revertir la invasión.

Se instalaron de forma muy similar a como lo habían hecho antes. Pero esta vez los band se concentraron en un área que se asemejaba vagamente a un Sitio Antiguo convencional. Transportaron minerales metálicos desde otras partes de la luna hasta este sitio. Cada band atraía magnéticamente todo lo que podía y lo depositaba siguiendo el patrón que Rondl le indicaba. No sabían por qué, y Rondl solo les dijo que creía que así atraerían a los monstruos.

Se formó un círculo gigante, obviamente artificial, que sugería el aspecto superficial de una construcción profunda. En el centro, los band formaron un montículo de mineral similar, con pasadizos que conducían a su interior, y artefactos cilíndricos semienterrados en la arena. Rondl esperaba que estos cilindros fueran confundidos con artefactos antiguos y transportados a las naves de mando con una prisa imprudente.

Sus horarios se vieron interrumpidos.

Rondl intentó interceptar uno de los haces de comunicación láser entre las naves, pero esta vez los monstruos utilizaban un codificador multibanda, con fragmentos de mensajes que se enrutaban mediante láseres

de diversos tipos, ubicaciones e intensidades; era imposible que un solo band interceptara más que fragmentos inconexos. Algún técnico de los monstruos había sido muy astuto.

El patrón de búsqueda se desarrolló sin problemas; solo hubo problemas puntuales. La luna Fair era, en su mayor parte, un cuerpo celeste poco interesante para los monstruos. Casi no tenía atmósfera, y no había evidencia de civilización previa (aparte de la recién creada), ni existía vida nativa actual. Era simplemente un mundo estéril, cubierto de volcanes extintos, mares evaporados, cráteres de meteoritos, montañas, tormentas de polvo anémicas y todavía estaban trabajando, perfeccionando la trampa, cuando llegó la flota de los monstruos. Esta vez había más naves, y se desplegaron con mayor cuidado, evidentemente decididos a evitar que se repitieran las dificultades encontradas en la conquista de la luna Glow. A los monstruos no les gustaban las finas capas de hielo. Durante sus ciclos cálidos, la atmósfera se espesaba, momento en el que se producía la mayor parte de la erosión lenta; en los ciclos fríos, la luna Fair era prácticamente eterna. Casualmente, era una época cálida; o quizás los monstruos habían programado su ocupación en consecuencia, ya que preferían calor y atmósfera.

Los band podían recorrer la luna Fair libremente en cualquier momento, pues poseía un fino patrón de líneas magnéticas adecuadas y varias superficies naturalmente

reflectantes que facilitaban la conversación. Se llamaba Fair porque era hermosa vista desde el espacio; tenía un alto albedo, y su luz reflejada se utilizaba para una comunicación silenciosa. Todos los band encontraban la luna Fair hermosa, sin importar nada; pero su simbolismo como la última propiedad antes del planeta Band le otorgaba ahora un significado especial. Aquí era donde debían plantar cara, y miles de band lo entendían, aunque el término "plantar cara" en sí mismo les resultaba opaco. Los band nunca se plantaban cara; flotaban en el lugar. Pero el plantar cara debía hacerse de la manera correcta, pues Rondl sabía que los band nunca serían verdaderos guerreros. Solo él mismo, un monstruo con forma band, podía luchar de verdad.

Se produjeron explosiones; Rondl comprendió entonces que no se trataba de simples travesuras de monstruos, sino de un estudio sísmico coordinado y un análisis de la superficie. Los restos que salieron disparados por las explosiones fueron analizados espectroscópicamente y se trazaron los patrones de vibración del suelo. Los monstruos podían aprender muchísimo durante la destrucción que causaban. Sin embargo, debido a sus definiciones demasiado limitadas, aún así no habían logrado lo que buscaban. Lo cual era parte de la ironía del mundo de los monstruos.

Los tanques aterrizaron y recorrieron el terreno con sus sensores en alerta. Tomaban muestras de suelo y aire y emitían señales de sonar hacia el suelo. En esta misión, la

asimilación del planeta por parte de los solarianos era informativa, no física.

Entonces los tanques divisaron el círculo artificial, o quizás el reconocimiento desde el espacio lo había localizado y los había dirigido hacia allí. Los mensajes se propagaban sin cesar; Rondl podría haber interceptado uno, pero era inútil: había cientos, demasiados para combinarlos, y en cualquier caso, esta vez quería que la información de los monstruos viajara con precisión. Los tanques se agruparon como las moscas que Rondl recordaba del país de los monstruos. La trampa había sido tomada.

Naves más grandes aterrizaron. monstruos disfrazados emergieron, avanzando con sus grotescas y gordas extremidades de hueso recubiertas de carne hacia el círculo. Se tomaron más muestras y se realizaron más estudios visuales, sonoros y electrónicos. Algunos individuos avanzaron con cierta cautela hacia el montículo central y entraron en los túneles.

Pronto aparecieron, cargando los cilindros que habían colocado allí para ellos. Su entusiasmo era evidente: ¿habían encontrado auténticos y valiosos artefactos antiguos?

Hasta ese momento, los band no habían interferido con la actividad de los monstruos. Algunos band habían sido llevados a bordo de las naves, pero habían permanecido inactivos, esperando la señal. Los monstruos no habían

descubierto el alcance de la resistencia band, pero se habían dado cuenta de que los band capturados al azar habían contribuido a los fallos en la ocupación de la luna Glow. Tal vez comparaban a estos band con insectos en la maquinaria, causando cortocircuitos con su sola presencia. Así que ahora se protegían contra tal infestación de insectos y estaban alerta ante la presencia de ringers en este planeta. Pero algunos band estaban camuflados como rocas metálicas, y otros como losas de metal; estos habían pasado desapercibidos para los monstruos.

Cuando los cilindros estuvieron a bordo de las naves de mando, Rondl dio las instrucciones finales y voló hacia la nave monstruo más grande. Cirl había querido acompañarlo, pero él se negó. «Esto puede volverse desagradable. Tengo temperamento de monstruo; no me rendiré ante la presión del momento. Pero tú tendrías problemas. Espérame en el espacio; guía a los demás band cuando sea necesario. Te amo». Y con eso, ella tuvo que conformarse.

Se colocó lo más cerca posible de una nave sin ser detectado y esperó. La señal llegó según lo previsto. Los band que volaban alrededor de la luna retransmitieron el destello a las naves de los monstruos. Cada ventana visual se iluminó con el mensaje; cada receptor monstruo lo transmitió al interior. *AHORA.*

Los monstruos notaron el destello, pero no comprendieron su significado. No era cegador, ni siquiera particularmente

brillante, para sus ojos. Era simplemente un parpadeo, un brillo fugaz, como el de una faceta de diamante. Pero los band en las naves estaban atentos a ese destello y, habiendo ensayado para ello, sabían qué hacer ahora.

Los band ejercían fuerzas magnéticas. Las lanzaderas se desviaban y perdían sus misiones. Las computadoras de a bordo fallaban, enviando información errónea. Los mensajes se distorsionaban. Todos los problemas que habían asolado el asedio de la luna Glow cayeron ahora abruptamente sobre esta expedición. Antes, los esfuerzos de los band habían sido en gran medida experimentales; ahora sabían lo que hacían. Rondl les había explicado el funcionamiento de las computadoras y les había instruido sobre qué circuitos localizar y modificar. Desde el punto de vista de los monstruos, todo había salido mal de repente.

En medio de la confusión, Rondl se lanzó hacia la bahía receptora de la nave, justo delante de la lanzadera. Ejerció su magnetismo sobre el circuito de control de la esclusa interior, y esta lo dejó entrar. ¡Cuánto más podía hacer ahora que había recuperado la memoria! Sabía cómo funcionaban las naves solarianas; ya no eran un misterio para él. Sabía que un poco de magnetismo aplicado a puntos clave podía obrar maravillas: desbloquear escotillas de presión, cambiar interruptores de control, alterar el funcionamiento de las computadoras. Pronto se encontraba en el interior presurizado, la zona residencial y de control de la nave,

uniéndose a los band que habían sido llevados allí como especímenes camuflados.

Ningún monstruo se percató de lo que les sucedía a los valiosos cilindros de artefactos antiguos. Temblaban y se fracturaban, desmoronándose. Los fragmentos individuales eran... más band. Los tubos resistentes a los kratch ahora servían para engañar a los monstruos. Cientos de band ocupaban ahora las naves de mando, y sabían exactamente qué hacer allí.

Se colocaron junto a las subestaciones de soporte vital y de emergencia. De repente, las luces se apagaron. Los monstruos gritaron alarmados, tambaleándose mientras las grandes naves giraban erráticamente. La atmósfera dentro de las naves se enrareció, lo que provocó que los monstruos jadearan en busca de oxígeno. En las pantallas de comunicaciones aparecieron mensajes: RENDÍOS. La configuración era irrelevante para los band, pero Rondl les había asegurado que tendría un impacto en los monstruos.

Lamentablemente, los solarianos no acataron la directiva. Lucharon como los monstruos que eran, con una brutalidad espantosa. Algunos se lanzaron hacia los controles de soporte vital, otros hacia las instalaciones de emergencia. La mayoría de los equipos contaban con controles de anulación manual de emergencia, y estos entraron en acción en ese momento. El magnetismo no podía afectarlos como sí podía afectar las pequeñas corrientes de las computadoras.

Los band, desprevenidos ante la ferocidad de la reacción, cedieron. Las luces se encendieron de nuevo, y ahora los monstruos estaban alerta. Vieron a los band flotando. «¡ringers!», gritó uno; Rondl no pudo oír el sonido, pero sabía que estaba presente.

«¡Fuera de alcance!», exclamó Rondl, usando la linterna a su alcance. Había esperado capturar la nave de un solo golpe; ahora se avecinaba una lucha complicada, razón por la cual no quería a Cirl a bordo. Lo inesperado había sucedido. «¡Escondeos! Pero seguid reduciendo la atmósfera e interrumpid las luces de nuevo». Porque había otros lugares donde interrumpir los circuitos, lugares que los monstruos aún no habían cubierto.

Lo intentaron, pero los monstruos eran demasiado rápidos y salvajes. Los solarianos extendieron sus horribles extremidades llenas de huesos y estrellaron sus manos desgarradoras contra los band. La disolución fue inevitable. Pronto, el número de band en esta nave se redujo a la mitad, y los supervivientes tenían pocas posibilidades. Rondl estaba seguro de que a los band en las otras naves no les iba mejor.

La pantalla de comunicaciones se encendió. En ella apareció la parte superior de un monstruo. Su orificio de absorción atmosférica se abrió, dejando ver los dientes blancos, la característica más distintiva del reino de los monstruos. El trugd tenía dientes, y el kratch tenía atributos similares. Cualquiera que fuera la nave de la que emanaba

esa imagen, seguramente había sido recuperada por los monstruos.

Otro rostro de monstruo apareció en la pantalla, con una imagen de fondo diferente. Eso significaba otra nave perdida. Este intento de resistencia, como el anterior, estaba fracasando; solo causaba molestias a los monstruos, no lograba deshacer su control. Los brutos eran todos guerreros y no podían ser contenidos por los dispositivos relativamente delicados de los pacíficos band. El esfuerzo por impedir la toma de la luna Fair no estaba teniendo éxito.

¡No! Quizás los band no podrían hacerlo, pero Rondl no era un band. Tenía los reflejos de un monstruo. ¡Se negaba a que su gran esfuerzo fracasara así! Puede que las otras naves se hubieran perdido, ¡pero *esta* iba a pasar al control de los band! «¡Eviten a todos los monstruos!», gritó. «¡Vuelen erráticamente! ¡Sigan mis instrucciones!»

Los band supervivientes reaccionaron. Ya no tenían que pensar por sí mismos, y pensar por sí mismos era ahora peligroso. Los monstruos los perseguían, y lo mejor era dejar que el band procedente de los monstruos pensara por ellos. Esa decisión alivió la presión para disolverse.

«Todos los band verdes, acompáñenme», anunció Rondl. «Todos los band azules, concéntrense en el aparato de comunicaciones. Interfiéranlo, impidan que lleguen señales útiles». Los band eran de colores, pero no estaban

codificadas por colores; los usaba simplemente como medida de emergencia. «Pero todos los band deben mantenerse alejados de los monstruos. No permitan que les toquen; manténganse en constante movimiento evasivo».

Los band azules se agruparon alrededor de la pantalla y sus conexiones. La imagen de los monstruos se desvaneció. Este tipo de equipo era especialmente vulnerable a la influencia magnética, y ningún control manual podía evitarla. La nave ya no podía recibir órdenes del exterior.

«Los band negros se orientan a los sistemas de soporte vital alienígenas», continuó Rondl, parpadeando. «Rastreen sus circuitos de alimentación. Localicen las entradas de los sedantes químicos: gas somnífero o similar». Pero, por supuesto, los band no tenían ni idea de tales cosas; muy pocos químicos tenían efecto alguno sobre ellos. «Al menos identifiquen cualquier peculiaridad del sistema; examinaré lo que encuentren. No teman dañar a los alienígenas; el gas somnífero solo los volverá pasivos». Rondl sabía que sus reclutas simplemente no cometerían la violencia extrema de matar. Enrarecerían el aire para incomodar a los monstruos; hasta ahí llegarían. De lo contrario, habría sido posible dejar esta y todas las demás naves completamente fuera de servicio abriendo las válvulas de alivio de presión y dejando escapar todo el aire al espacio.

Pero los monstruos ya los estaban presionando con fuerza. Los band necesitaban crear distracciones. «band Amarillas,

jueguen al escondite con los monstruos», ordenó Rondl. «Igual que con el kratch. Acérquense rápidamente y luego aléjense. Si pueden, orbiten alrededor de sus extremidades superiores. Esto los irritará. Háganlo lo más posible sin acercarse tanto como para que puedan tocarlos. Es un juego; estén alerta y sean astutos, no se preocupen».

Los band amarillos iniciaron su macabro juego. Flotaban cerca de los monstruos, retrocediendo rápidamente cuando estos intentaban atacarlas torpemente; pronto se hizo evidente que los band tenían mejores reflejos que los monstruos, al menos en una situación como esta. Sin embargo, las líneas los limitaban. Afortunadamente, las líneas abundaban en este lugar debido al metal de la nave, pero había huecos aquí y allá. Algunos band se salían de las líneas en momentos cruciales, quedando atrapados y desintegrados, disolviéndose a la fuerza. Con el tiempo, todo estaría perdido.

«¡Band rojos, ayuden a los band amarillos!», ordenó Rondl. «Recuerden, es un juego; debemos demostrarles que somos mejores jugadores». ¡Ojalá le hicieran caso!

Un band negro parpadeaba para Rondl. Rondl voló a través de ella; volar en línea recta no suponía ningún problema. La maquinaria de la nave consumía tanta energía que generaba muchas líneas por sí sola.

El band Negro había localizado una unidad conectada al sistema de generación de atmósfera. Parecía ser un activador de oxígeno, una enzima artificial utilizada para potenciar el efecto del oxígeno en el sistema monstruo. En su forma band, a Rondl le costaba reconocer la unidad con certeza, pero la recordaba de su experiencia previa. Era un plan B en caso de que una nave en el espacio profundo se quedara sin oxígeno, como podría ocurrir debido a un impacto de meteorito o como resultado de una acción enemiga. La enzima permitía al personal funcionar con oxígeno reducido y, por lo tanto, podía extender un suministro limitado hasta en un cincuenta por ciento.

¡No tenía sentido darles nada de esto a los monstruos ahora mismo! Quería que fueran ineficaces, que no estuvieran en su máximo rendimiento a pesar de la leve falta de oxígeno a la que estaban sometidos.

Recordó vagamente que había un par de contraindicaciones para el uso de esta enzima. La vitalidad fundamental del cuerpo del monstruo tendía a agotarse después de un funcionamiento prolongado con ella, lo que requería una convalecencia de un período similar; eso podría serles incómodo en combate. Y si se usaba cuando el contenido de oxígeno del aire de la nave era normal, el efecto era acumulativamente intoxicante. Por lo general, esto no era una complicación grave, por supuesto; pero las cosas podían ponerse difíciles cuando había que mantener la disciplina. Había historias...

¡Embriagador! Eso le dio una idea a Rondl. Claro que los band no tenían ni idea de la naturaleza de la intoxicación monstruo; la mente de los band siempre estaba clara. Pero cambios de conciencia... ¡Claro que sí!

Rondl voló cerca del mecanismo de activación de la unidad enzimática. Usó su magnetismo para alcanzar el relé correspondiente y lo activó. Esto envió la sustancia química al sistema de circulación de aire; Rondl esperaba que pronto afectara a todos los monstruos a bordo.

«Dejen que la atmósfera vuelva a la normalidad», le dijo Rondl al band Negro. «Pero mantengan esa válvula abierta».

Voló de regreso a la acción principal. Ahora tenía nuevas ideas. ¡Esto podría volverse espectacular! «band azules, interrumpan los sintetizadores de alimentos». De nuevo tuvo que explicar, pues los band no consumían alimentos. Así que revisó sus instrucciones, describiendo el funcionamiento de las máquinas y animando a los band azules a producir la mayor cantidad y variedad de sustancias posible.

Pronto, sólidos, líquidos y geles comenzaron a derramarse por los orificios de la máquina, esparciéndose por el suelo, estorbando a los monstruos y aplastándose bajo las extremidades de las piernas llenas de huesos. Furiosos y mareados por el efecto inicial de la enzima, algunos de los monstruos recogieron lo que Rondl reconoció como pseudo

tomates sin piel, huevos de cáscara blanda y bulbos de bebida, y se los arrojaron a los atormentadores band amarillos. Naturalmente, fallaron; los band eran excelentes esquivando objetos voladores. Una sustancia roja y amarilla salpicó los mecanismos de control de la nave. ¡*Esto* sí que prometía!

«Provoquen a los monstruos, colocándose entre ellos y el equipo, o entre un monstruo y otro», indicó Rondl.

Así lo hicieron, dejándose llevar por el espíritu del juego. Como era de esperar, los monstruos, algo ebrios, empezaron a lanzar comida a los band que los provocaban, pero en lugar de eso, se golpeaban entre ellos. Una monstrua recibió un chorro de pudín de chocolate en la nuca; furiosa, giró, agarró un pastel de merengue y se lo restregó en la cara al monstruo que tenía más cerca.

Ahora los band pudieron retirarse y simplemente observar con creciente asombro. Los monstruos, fieles a su naturaleza, se entregaban a una orgía de abuso de comida. Calabazas maduras con cáscara de papel rebotaban contra los huesos del cráneo de los monstruos en pie; bulbos de bebidas explotaban bajo los huesos de los pies. Platos de langosta falsa clavaban sus decorativas pinzas rojas en los huesos sueltos de los dedos de los monstruos. Patatas asadas explosivas bombardeaban las nalgas de los monstruos que se agachaban para recoger más munición; salchichas se enroscaban alrededor de extremidades y

cuellos. Espaguetis bien aderezados se deslizaban por la parte delantera de una recatada monstruo hembra, por fuera y por dentro de su blusa de uniforme; ella dejó escapar un grito que hizo vibrar las paredes y comenzó a acostarse violentamente a su alrededor con un puñado de zanahorias. El líquido de la bebida carbonatada burbujeaba sobre la sección de los pantalones del almirante que una vez había comandado esta nave, y burbujeaba en su ropa interior. El almirante hizo una danza de incomodidad, ira y confusión, con la boca abierta formando una O tan redonda como un band. Luego se lanzó sobre un cargamento de éclairs[7] rellenos de crema que acababa de salir de una máquina y comenzó a practicar su propio tiro al blanco.

«Están distraídos», exclamó Rondl, satisfecho. «Regresad al mecanismo de guiado de la nave. Dirigid la nave hacia el espacio profundo, lejos de las naves controladas por los monstruos».

Los band se pusieron manos a la obra, experimentando con los mecanismos desconocidos. Podían afectar los circuitos magnéticos, pero el control era muy diferente de la interrupción. Era mucho más fácil impedir que los monstruos usaran la nave que usarla ellos mismos. La nave se tambaleó, pareciendo tan ebria como los monstruos que la habitaban.

---

7 Los éclairs, son pasteles franceses de forma alargada, elaborados de pasta choux, que una vez estando fríos se rellenan con crema pastelera y se bañan en chocolate. Estas deliciosas masas dulces y rellenas también se conocen con otros nombres como relámpagos o petisús. [N. T.]

Pero poco a poco se estabilizó y se movió de la manera deseada.

Una cabeza de monstruo apareció en la pantalla de comunicaciones abandonada, con sus orificios formando una mueca de enfado. «¡Bloqueen esa transmisión!», gritó Rondl. Varios band volaron hacia la pantalla, que volvió a apagarse.

Pero Rondl se sentía inseguro. Los monstruos de esta nave habían sido neutralizados, pero este efecto era temporal; cuando recuperaran la sobriedad, causarían problemas. Tampoco sabía qué harían los demás monstruos de las otras naves. Necesitaba averiguarlo.

Bajo la dirección de Rondl, recibían los mensajes entrantes en forma láser, sorteando la engorrosa pantalla. Ignoraban las entradas multifrecuencia codificadas y solo aceptaban las no codificadas. Ahora podían interceptar un cierto porcentaje de mensajes sin alertar a los monstruos lanzadores de comida.

Las noticias no eran buenas. «...última advertencia. Den la vuelta y regresen a la órbita asignada, o abriremos fuego en nueve minutos».

¡Problemas! Los band individuales podían esquivar los proyectiles explosivos de los monstruos espaciales, pero esta

nave no. Si la nave era destruida, todos se disolverían con ella. Tenían que huir de inmediato.

¡No! Una vez más, Rondl reaccionó como un monstruo, no como un band. Había capturado la nave; lucharía violentamente para conservarla.

Excepto que sus band no lucharían de esa manera, e incluso si lo hicieran, no serían capaces de afrontar las complejas exigencias del combate espacial. Solo los monstruos podían luchar al estilo de los monstruos. Solo Rondl mismo podía hacerlo, y no podía hacerlo solo.

¿Acaso era necesario? ¿Por qué no extender el sistema disciplinario que había establecido para el entrenamiento de los band? Los demás no tenían que luchar ni comprender la mecánica espacial; solo tenían que seguir instrucciones sencillas. *Apunta este tubo... conecta este circuito... ¡ahora!* Y un proyectil podría estar en camino para interceptar otra nave. Solo él, Rondl, tendría que comprender el conjunto.

Pero tenía muy poco tiempo. Las otras naves estaban a punto de dispararle. «Todos los band disponibles, diríjanse a los aparatos defensivos», ordenó con urgencia. Era una característica de la nomenclatura monster que los aparatos más agresivos y ofensivos se denominaran defensivos. En este caso, esa ficción resultó útil.

Los band acudieron en masa a los aparatos y comenzaron a dominar sus circuitos. Desconocían la situación general; cada uno trabajaba en un aspecto particular, de modo que los circuitos individuales respondían a la voluntad de Rondl.

De esta forma, Rondl logró que las armas del barco funcionaran y apuntaran hacia las naves que lo perseguían. Cuando comenzó el fuego, Rondl respondió. Sus armas no tenían buena puntería, pero al menos la acción les advirtió a los monstruos que no podían atacar impunemente. Tal vez desistirían y él lograría escapar con la nave. ¡Qué ventaja sería tener un arma equivalente a las de los monstruos! Podría usar la nave para luchar, para entrenar a los band y...

¿Y convertir a los band en una especie tecnológica y belicosa como los solarianos? ¡Siempre se enfrentaba a ese horror! ¿De qué serviría semejante progreso? ¡Ganar esta guerra era perderla!

Entonces un proyectil enemigo estalló contra el casco. El barco se sacudió. Se escapó aire. La presión bajó. Esto no afectó a los band, pero sí a los monstruos, que seguían luchando. De repente, hubo escasez de oxígeno.

Un robot reparador colocó un soporte en el agujero y detuvo la fuga. Se inyectó aire nuevo para restablecer la presión. Pero esos momentos de falta de oxígeno hicieron que la enzima potenciadora funcionara como debía. Los monstruos jadeaban y, de repente, estaban sobrios.

De repente hubo organización. Los monstruos sacaron sus trajes espaciales de emergencia: procedimiento operativo estándar bajo fuego. Ahora no dependían del suministro de aire de la nave ni eran vulnerables a él. Ya no se alimentaban de la enzima.

Los monstruos con traje estaban por todas partes, tomando el control del equipo. Los band no pudieron contenerlos ni distraerlos. La nave se había perdido repentinamente.

¡Fuera de aquí! —exclamó Rondl—. ¡Concéntrense en el mecanismo de expulsión espacial; háganlo que nos expulse a todos!

Se agruparon allí. Esta maniobra pilló por sorpresa a los monstruos; antes de que pudieran reaccionar para impedirlo, los band fueron expulsadas al espacio.

¡Dispersaos! —exclamó Rondl—. ¡Evitad su ataque!

Los monstruos a bordo de todas las naves intentaron derribar a los band, pero no lo consiguieron. El espacio se llenó de inútiles rayos láser y proyectiles explosivos. Pronto, todos los band quedaron fuera de alcance. Habían escapado.

Pero Rondl sabía que los band habían perdido la batalla, y la guerra. Lo habían intentado con todas sus fuerzas, habían engañado a los monstruos, pero no lograron capturar una nave de los monstruos ni impedir significativamente su

avance hacia el planeta Band. Ahora, como resultado de este esfuerzo, los monstruos sabían de lo que eran capaces los band y no volverían a ser atrapados de esa manera.

Tangt, al enterarse de la derrota, intentaría salvar a los band a su manera. Quizás lo lograría, salvo que Rondl le había dado información errónea. Y no estaba seguro de poder localizarla para corregir la mentira antes de que ambos fueran devueltos a sus anfitriones solarianos.

Capítulo XVII

LA MENTIRA

Pero para cuando Rondl encontró a Cirl, había cambiado de opinión. Demasiados band se habían perdido, y la causa de los monstruos era demasiado injusta como para permitir una simple entrega del Sitio Antiguo. Casi prefería arriesgarse a la destrucción de todos los band antes que conceder la victoria a los monstruos. Además, no estaba convencido de que los monstruos fueran magnánimos en la victoria. Podrían «darles una lección a los ringers» exterminándolos como especie.

Eso era lo que el monstruo pensaba que estaban haciendo, lo sabía, pero la sola idea de beneficiar a las fuerzas del mal, simplemente para mitigar más injusticias, le resultaba repulsiva. La conciliación tenía un sabor amargo en cualquier

contexto. Y si todas las especies hicieran eso, la menos escrupulosa heredaría la galaxia. Había que poner un límite en algún punto.

Sin embargo, tenía que ser honesto con los band. Su especie estaba en juego.

Cirl lo recibió con gusto, y en ese instante supo que lo hacía todo por ella. Ella tenía derecho a su propia forma de vida, y su sociedad tenía derecho a beneficiarse de la tecnología de los Antiguos para protegerla.

«Círculo, debemos convocar un círculo», dijo de inmediato. «Tengo una discusión urgente que iniciar».

—Por supuesto —asintió ella—. Los monstruos se acercan a nuestro planeta.

Reunieron a todos los reclutas de Rondl que sobrevivieron al enfrentamiento con los monstruos y formaron un enorme círculo. «Esta es la situación», dijo Rondl, visiblemente emocionado. «Hemos intentado detener la invasión de los monstruos, pero hemos fracasado. Se dirigirán al planeta Band y seguirán con su rutina de búsqueda habitual, exterminando de paso a la especie band, a menos que tomemos una de estas tres medidas».

Estaban con él. Habían luchado contra los monstruos y sufrido unas bajas del cincuenta por ciento. Sabían que solo Rondl tenía la capacidad de ayudarlos.

«Primero debo informarles a todos lo que algunos ya sabían», continuó Rondl. «No soy un verdadero band. Soy un monstruo con forma de band». Una onda expansiva recorrió el círculo, con remolinos viscosos y ondas de retorno. Algunos band lo *sabían,* pero evidentemente habían respetado su privacidad y no lo habían divulgado. Si les hubiera revelado esta noticia a cada uno individualmente, algunos se habrían disuelto; pero el poder del círculo los mantenía firmes. Solo una onda expansiva lo suficientemente fuerte como para destruirlos a todos destruiría a alguna; el círculo los unificaba, proporcionándoles la fuerza de la masa.

«No sabía esto cuando comencé esta resistencia», continuó Rondl. «Tenía amnesia. Creía ser un miembro band con un talento especial para la organización. Tenía pesadillas con monstruos. Luego fui llamado de vuelta al cuerpo de un monstruo, con extremidades llenas de huesos y ojos hinchados, y supe que me habían enviado aquí para traicionar a la especie band». De nuevo la conmoción; esto era lo que los monstruos llamaban medicina fuerte, administrada abruptamente. Pero estos band lo conocían; habían trabajado con él. Confiaban en él. Cirl lo estaba ayudando, irradiando un pulso constante de aceptación en el círculo, haciendo que su fea confesión fuera más aceptable. Ella lo amaba, a pesar de lo que sabía. Ella lo hacía parecer mejor de lo que era. ¡Qué haría sin ella!

«Pero había llegado a conocer el modo de vida de los band. Es mejor que el modo monstruo. Así que, aunque sabía que era un monstruo, intenté ayudar a los band. Lamento haber tenido que emplear tácticas monstruosas de violencia y confusión; era la única manera que veía de detener a los invasores. Y lamento que no fuera suficiente.»

Todos lo lamentaban; todos habían fracasado.

El círculo le preguntó: ¿cuáles eran los tres caminos que veía para detener a los monstruos?

«Ninguna de ellos es agradable», dijo Rondl. «El primero es reunir una fuerza aún mayor de band y luchar con más violencia que antes». Un escalofrío recorrió el círculo al oír la palabra «luchar», así que rápidamente la cambió por «resistir». Luego continuó: «La última vez intentamos simplemente interrumpir el avance de los monstruos y apoderarnos de sus naves. Esta vez tendríamos que intentar destruir naves y matar monstruos. Cortarles el soporte vital...» Pero tuvo que detenerse; la reacción fue tan fuerte que todo el círculo corría peligro de ser destruido. Los band, sus veteranos curtidos en la batalla, simplemente no podían tolerar tal amenaza.

«Esto es inaceptable», exclamó Rondl rápidamente. «Lo describo solo para mostrar cómo actuarían los monstruos. Los monstruos son incivilizados; creen que los fines de la conquista justifican los medios de exterminio. Al menos

algunos lo creen; algunos monstruos son menos incivilizados que otros. No todos son malvados». Pensó en su esposa solariana, Helen, cuyas ideas acababa de comprender. «Si los band adoptaran las tácticas de los inmorales monstruos, esos band serían como yo: monstruos con forma de band. Como sois verdaderos band, debéis rechazar esto». Y el horror se disipó. Eran *band,* y lo rechazaron.

«El segundo paso es darles a los monstruos lo que quieren», dijo Rondl con un destello. «Hay un Sitio Ancestral en el Sistema Band, que conocemos como un agradable refugio. Fue construido hace tres millones de años por una especie desconocida que sabía más sobre magnetismo que cualquier especie galáctica actual. Creo que los primeros band descubrieron este Sitio y se basaron en su naturaleza para dar forma a los dispositivos que canalizan las líneas por las que viajamos. Así, la sociedad band se volvió interplanetaria e interestelar, con individuos que viajan por el espacio de una manera que ninguna otra especie que yo conozca puede. Sin ese Sitio, los band podrían haberse limitado a líneas naturales primitivas, principalmente alrededor del planeta Band; habrían tenido que competir por un área de vida y recursos limitados, volviéndose menos pacifistas. La civilización tal como la conocemos ahora no habría sido factible. Pero ya no necesitamos poseer el Sitio; ya tenemos la tecnología que necesitábamos para crear las líneas que nos dan libertad de espacio y conciencia». Si entregamos el Sitio a los monstruos —si les decimos dónde

está, para que ya no tengan que buscarlo de forma tan destructiva— podrían apoderarse de él e ignorar a los band. Se nos permitiría existir; dado que el Sitio no está en el planeta Band, no deberían ir allí.

El círculo lo consideró. No hubo una gran conmoción ni repulsión. Este era el tipo de acción que los band podían aceptar, tal como Tangt había pensado.

«Sin embargo, no estoy seguro de que esto funcione», dijo Rondl. «Los monstruos podrían decidir que el sitio es demasiado valioso como para dejarlo cerca de una especie alienígena. Podrían decidir expulsarnos de todos modos, o podrían sospechar que hay otros Sitios Antiguos en este Sistema y buscarlos, destruyéndonos igualmente. La codicia de los monstruos no tiene límites conocidos; siempre quieren más de lo que poseen, construyen imperios y aun así no se satisfacen, siendo limitados al final solo por la fuerza. Así que, aunque este camino sea factible, no confío en él; se basa en la buena voluntad de criaturas que tienen poca benevolencia hacia los alienígenas».

El círculo volvió a deliberar. Los band consideraron que la reserva de Rondl era válida; era una opción viable, pero no la ideal. Estaban dispuestos a considerar la tercera opción.

Llegaron más band. «No pueden participar en este círculo ahora», dijo Cirl con un destello. «No están preparados para

la magnitud y la violencia de estos conceptos. Libérenme y formaré un círculo menor con ellos para explicarles».

—Pero te necesito aquí —protestó Rondl—. Has estado estabilizando este círculo.

—Iré —dijo Tembl, el filósofo azul—. Puedo explicárselo.

Había una corriente de acuerdo. Tembl había estado haciendo un buen trabajo, ayudando a organizar; era competente. El círculo atenuó su corriente viscosa momentáneamente, permitiéndole salir sin consecuencias negativas, y luego cerró el hueco que dejó. Sería devastador para un miembro del círculo irse sin previo aviso, pero cuando había acuerdo general y preparación, se volvía posible. Las corrientes de pensamiento se reanudaron, ligeramente modificadas por la ausencia de Tembl. Rondl se dio cuenta de que cada círculo era un poco diferente de los demás.

Rondl reanudó su explicación: «La tercera opción es encontrar la manera de repeler a los monstruos sin matarlos y sin renunciar al Sitio. Ganar sin violencia. Para ello, necesitaríamos tecnología superior a la suya. Quizás rayos tractores que se adhieran a sus naves, las hagan girar y las lancen inofensivamente de vuelta a la Esfera Sol, su hogar. Quizás una forma de hacer que el Sistema band les resulte repulsivo, de modo que huyan voluntariamente. O una forma de modificar sus auras para que se asemejen más a las

de los band; entonces los monstruos no actuarían como lo hacen ahora y podrían coexistir con los band. Las posibilidades son infinitas, si tan solo logramos descubrir la tecnología necesaria».

Ahora el círculo vibró de acuerdo. ¡Este era el mejor camino de todos! Los band individuales ya se adelantaban, intentando descifrar lo que Rondl había descubierto. «¡El Sitio Antiguo podría tener esa tecnología!»

—Podría ser —coincidió Rondl—. Ese yacimiento nunca se ha explorado por completo; la mayoría de sus secretos permanecen intactos. Pero este tipo de descubrimientos son característicos de los yacimientos antiguos. Sin duda, merece la pena intentarlo. Lamentablemente, en la actualidad no tenemos posesión de ese yacimiento. Se encuentra en un territorio ya invadido por los monstruos.

El círculo reflexionó sobre ello, asimilando la situación.

Un círculo vicioso con el que él y Tangt se habían topado: ¿cómo podían usar el Sitio para prevalecer, cuando el enemigo ya lo tenía en su poder?

«Debemos recuperar ese emplazamiento», exclamó Rondl con firmeza, y el grupo asintió. «Quizás solo por un breve tiempo, el suficiente para encontrar la tecnología que nos permita prevalecer. No podemos hacerlo por la fuerza; ya

hemos descartado esa opción. Debemos encontrar otra manera».

Estaban con él, sus haces de luz rodeaban el círculo con creciente convicción. "¿Por dónde?"

«Debemos lograr que los monstruos abandonen temporalmente la luna Glow, donde se encuentra el Sitio», dijo Rondl. «Que se marchen voluntariamente. Entonces podremos entrar, ocuparlo, estudiarlo y tal vez comprender sus tesoros a tiempo para salvar el planeta Band».

Ahora surgía la duda. ¿Cómo se podría persuadir a los monstruos para que abandonaran la luna Glow?

'Tendremos que engañarlos', dijo Rondl. 'Hacerles creer que el Sitio está en otro lugar. Entonces irán allí, abandonando las otras lunas, y los band estarán accediendo al Sitio original sin dificultad

Había una creciente inquietud. El círculo tenía dificultades para asimilarlo, pues el engaño era ajeno a la naturaleza de los band. Rondl tuvo que repasar el principio una y otra vez, intentando transmitir su concepto de la mentira.

Al principio hubo una tremenda resistencia, ya que el concepto escapaba a casi todas las mentes band: ¿un malentendido deliberado? ¡Una contradicción en sí misma!

Pero finalmente, algunos miembros band empezaron a comprenderlo, gracias a la valiosa contribución del círculo. Su revelación, llena de asombro, provocó fuertes impulsos a través de la viscosidad. Cirl se esforzó por mantener la corriente bajo control, aunque ella misma tenía dificultades para comprender el concepto.

Estos pocos contribuyeron con su comprensión al yo en su conjunto, apoyándose en el círculo completo para mantener su equilibrio. Otros también lo entendieron y se mantuvieron de manera similar.

Fue una creciente ola de emoción y temor a medida que un mayor porcentaje se daba cuenta. Finalmente, se elevó hasta convertirse en la corriente más poderosa hasta el momento, una potente emoción unificada de…

«¡Oh, Rondl!», exclamó Cirl, con un destello de desesperación, discretamente entre el torrente. «¡monstruo!». La emoción era pura angustia.

Y se dio cuenta de que con la comprensión no había llegado la aceptación, sino la repulsión total. Los band finalmente habían captado la naturaleza extraña de su pensamiento y lo rechazaban por completo. Exactamente como habían rechazado el concepto de guerra, antes, y...

El círculo se disolvió. Todos sus componentes se desintegraron, no en band constituyentes, sino en polvo. El

Círculo Viscoso era una entidad en sí misma, efímera, pero poseía, mientras existió, las prerrogativas de una criatura viviente y sapiente. Desmantelado adecuadamente, con la aceptación del grupo, volvía a los individuos que lo componían; desintegrado catastróficamente, como en este caso, moría. Cuando murió, también lo hicieron sus partes.

Solo Rondl, un extraterrestre, logró mantener la cohesión personal. No era su estilo disolverse ante un concepto tan terrible, y para él, dicho concepto no era terrible. Ante varias alternativas nefastas, había elegido la menos destructiva. Un pequeño sacrificio de honor a cambio de una enorme ganancia en vidas. Era práctico, a diferencia de los band, él también era un monstruo. Su supervivencia a la destrucción del círculo lo demostró. Si hubiera sido un verdadero miembro band, como Cirl, también habría perecido. Aun así, quedó profundamente afectado y, con extrema dificultad, logró mantener la cohesión del grupo.

La mentira. Todo comenzó con la mentira que le había contado a Tangt sobre la ubicación del Sitio Antiguo. Se había salido con la suya y, de alguna manera, asumió que podía hacerlo impunemente en la cultura band. Pero Tangt no era una band, sino un monstruo como él. No se disolvería al enterarse de la mentira, pero cualquier band auténtico lo haría.

No, la mentira había comenzado mucho antes, cuando engañó a Cirl yendo con Tangt. Aquello había sido media

mentira, pues en realidad no había querido hacerlo. Se había dejado llevar por la conveniencia del momento.

Debió haberse negado a ir con Tangt hasta haber informado a Cirl. Ahí estaba el paso intermedio. La conveniencia se había impuesto a la verdad, y después de eso la mentira se había vuelto factible. Él mismo se había buscado este problema al no reaccionar desde el principio de forma ética en lugar de práctica. Había elegido el camino del monstruo, y ahora estaba pagando las consecuencias.

¡Rondl! ¡Rondl!, alguien le gritaba. ¿Qué pasó?

Era Tembl. Había escapado de la disolución porque se había unido al otro círculo antes de la mentira.

¿Qué había hecho? Mientras se acomodaba en algún tipo de equilibrio, se dio cuenta de que no solo había perdido a todos sus band entrenados excepto a uno, sino que había perdido a Cirl. Su amor, su esposa.

De nuevo sintió el terrible impulso de disolverse, de suicidarse, de unirse a ella en el olvido. Pero se aferró a la vida, en parte porque el suicidio no era su camino, y en parte porque sabía que solo él tenía la posibilidad de salvar a todos los band restantes de un destino similar. La amenaza para la especie persistía, independientemente de su situación personal.

«¿Era una mala idea?», insistió Tembl.

—¡Era mentira! —le espetó con vehemencia, esperando que ella también se desmoronara. Pero la idea la superó; no la comprendió, así que no le afectó.

La especie band prefería la extinción a la lucha; la prefería a ser cómplice de una mentira. Así debía ser, así debió haberlo sabido. Había actuado precipitadamente; jamás debió haberles planteado esa idea. Ahora, demasiado tarde para salvar a sus amigos, a sus reclutas o a su esposa, se daba cuenta de ello.

Sin embargo, parecía que no había otra forma de salvar a la especie que esa mentira, ahora más que nunca, pues sus tropas entrenadas habían desaparecido. Rondl era un monstruo; era capaz de mentir. Solo él podía salvar a los band, tanto de los monstruos como de los conceptos monstruo. Debía usar la mentira, y usarla él solo, sin revelar a ningún otro band su terrible secreto. Esta carga era solo suya. Y lo haría, honrando la memoria de Cirl, a quien había amado. A quien siempre amaría. Los monstruos eran, en última instancia, responsables de su muerte, pues *habían* invadido; *habían* enviado a gente como Ronald Snowden para interferir en su vida. Los monstruos pagarían. Hasta que lo hicieran, difícilmente podía permitirse el lujo del dolor. Eso era parte de su propio castigo, merecido con creces, por ser lo que era. Un monstruo.

—Déjame ayudarte —dijo Tembl, manteniéndose cerca.

La percibió con la claridad que da la distancia emocional. Ella ansiaba ocupar el lugar de Cirl. Era lo suficientemente atractiva. Era competente, inteligente y sumamente adaptable para un band. Pero era *una* band. ¿Acaso iba a llevarla por el mismo camino que Cirl, hacia la comprensión de su verdadera naturaleza y, por consiguiente, al suicidio? ¡Se merecía algo mucho mejor!

—Vete —gritó.

Herida, sin comprender, se marchó. Tenía la fuerza para no disolverse. Rondl se sentía más monstruo que nunca. Todo lo que tocaba se convertía en polvo. Pero esta vez, creía, no había optado por la vía fácil: la de permitir que Tembl lo complaciera, lo atendiera, compartiera su carga. Había dado el paso difícil del rechazo, liberándola así para que viviera la vida de una verdadera band.

Ahora estaba solo. Todos sus band, entrenados y curtidos, habían desaparecido. Entrenar nuevos band llevaría tanto tiempo que los monstruos arrasarían primero el planeta natal. Y si entrenaba nuevos band, ¿qué les impediría disolverse ante la necesidad de actuar con eficacia, como habían hecho estos? La cruda realidad era que los band no estaban constituidos física ni socialmente para luchar. ¿Por qué seguía engañándose a sí mismo? Luchar era prerrogativa de los monstruos.

Rondl tendría que hacerlo solo, como ya había concluido. Pero, ¿qué podría hacer un solo monstruo por sí mismo?

Tenía la respuesta: podía contar su mentira. No solo una mentira para distraer a los monstruos, pues eso ya no bastaba. Una mentira para matarlos. Justicia poética: monstruos destruidos por un monstruo que era la herramienta de otros monstruos. Por quién era y lo que era, tal vez podría lograrlo.

Ahora tenía un propósito. Aceleró, dirigiéndose hacia el planeta. Necesitaba localizar a Tangt para perfeccionar su mentira revisada.

Llegó a una fila muy concurrida. «Busco a Tangt», dijo en voz alta. «¿Alguien puede indicarme el camino?»

Nadie aquí conocía a Tangt. Bastaba un instante para comprobarlo; las comunicaciones band eran muy eficientes cuando se usaban correctamente. Voló a otra línea muy transitada y volvió a lanzar señales, otra vez sin éxito. Deseaba que hubiera una mejor manera de localizar a una persona, pero sabía que no la había. Que la sociedad de los band fuera anárquica formaba parte de su encanto, pero en ese momento resultaba frustrante.

Siguió intentándolo, examinando cientos de band al azar. Y finalmente, de un individuo púrpura, obtuvo una respuesta:

«Ayer me encontré con una band naranja con ese nombre en la región de las llanuras verdes del planeta».

«¡Gracias!», exclamó Rondl. Se dirigió rápidamente hacia la región indicada. Para los monstruos, la superficie de un planeta representaba el ochenta por ciento de su percepción; para los band, solo el treinta por ciento. Una band podía estar en cualquier lugar del espacio, cerca de una luna o de un planeta. Lo que importaba no era la materia, sino el trazado y la intensidad de las líneas magnéticas. Sin embargo, un planeta ofrecía un terreno muy variado, que proporcionaba interés y entretenimiento, y ese era un aspecto atractivo. Muchos lugares de placer para los band se encontraban en superficies planetarias. Al igual que otros seres inteligentes, los band apreciaban la novedad.

¡Oh, Cirl, eras de este planeta!

Por su naturaleza, la había matado, obligándola a la autodestrucción. Pero no: no podía permitirse pensar en ella. Todavía no.

Cuando las montañas se aplanaron formando una llanura y la vegetación local reverdeció, Rondl volvió a indagar. Esta vez las respuestas fueron más numerosas. Pronto localizó a Tangt, que merodeaba cerca de un afloramiento de roca gris. «¡Tangt!», exclamó. «¡Soy Rondl!».

—Por favor, váyase —dijo con voz temblorosa—. Estoy distraída.

'No puedo. Necesito tu ayuda para salvar a los band.'

'Ahora mismo no puedo preocuparme por eso.'

¿Qué le pasaba? —Debes ayudar —insistió—. De lo contrario, toda la sociedad band estará perdida, ¡incluido tu propio marido!

—Mi marido ha muerto —dijo ella.

¿Muerto? No lo había previsto.

«Cuando le conté cómo era yo, pensando que si tu esposa podía soportarlo, tal vez él también podría... él... se derrumbó. Justo aquí. Creí que lo amaba.»

«Mi esposa también se disolvió», dijo Rondl, sorprendido por este paralelismo. «Cuando conoció mejor mi carácter. Sé que la amaba».

—¡Él simplemente no creía que la disolución fuera el final! —exclamó—. Me dijo que podía unirme a él...

«Por si sirve de algo, Cirl consultó con un miembro instruido de los band que opinó que debería ser posible que los monstruos disfrazados de band se unieran al Círculo

Viscoso, si creen en él, o incluso si no creen, siempre y cuando realmente quieran encontrarlo».

«¡Eso no vale mucho!», exclamó, para luego volver a su tristeza. «Era una persona tan buena, pero se aferró a su superstición. "Si eres más band que monstruo, sígueme", me dijo, y así, sin más, se disolvió. Y no puedo seguirlo».

«Simplemente no creen en la muerte, ni en la guerra, ni en el engaño», asintió Rondl. «Es una debilidad común a toda la especie. Quizás eso es lo que se necesita para ser verdaderamente pacifista: poner la otra mejilla, o lo que sea, porque incluso si el enemigo te mata, en realidad no te ha hecho daño. Los humanos luchamos hasta el final porque no creemos en la vida después de la muerte, no realmente, sin importar las creencias que digamos tener o lo que especifiquen nuestras diversas religiones. Nuestro absoluto horror a la muerte lo convierte todo en una mentira. Solo tenemos esta vida, así que nos negamos a renunciar a ella fácilmente, incluso cuando la continuación es dolorosa. Haremos trampa, mentiremos...» Interrumpió su destello. Se estaba preparando para mentirle ahora, otra vez, y no quería delatarse. ¡No hay honor entre monstruos!

«No creen en la muerte», asintió. «Ni en ningún otro mal. De verdad que no creen. Entonces, ¿por qué estoy aquí, marcando la tumba de un compañero que no dejó cuerpo? ¡No hay tumba! Si tengo razón, está más allá de toda ayuda

y dolor; si él tiene razón, o se ríe con indulgencia de mí o siente lástima por mi ignorancia».

—Exacto —asintió Rondl, sintiendo cómo su propio dolor reprimido se aliviaba un poco—. Los band mueren felices. Para ellos es como minimizar las pérdidas retirándose pronto de un juego. No entienden el dolor. Solo los monstruos lo experimentan.

«¡Solo los monstruos se lo merecen!» Se apartó de la piedra. «Sí, es justo que suframos. ¿Por qué me buscaste?»

«Mi intento fracasó. Todo mi ejército se disolvió, excepto una mujer que escapó por casualidad. La envié lejos para no arriesgarme a que siguiera el mismo camino».

«Entonces debe ser a mi manera. Debemos decirles a los monstruos dónde está el sitio».

Ahora, la mentira. Rondl la odiaba, pero se armó de valor; era la única opción. Ya había pagado las consecuencias de su mentira; ahora tenía que sacarle el máximo provecho. Irónicamente, tuvo la suerte de que el dolor de Tangt por el difunto esposo le impidiera comprobar la ubicación del yacimiento arqueológico. «Sí. En la luna Dinge».

—Eso dijiste. Pero necesitamos precisar mejor el problema, ya que antes no lo detectaron.

«Tenían motivos para no verlo. En realidad está cerca de Dinge, no justo allí». La mentira se hacía cada vez más evidente; ¿podría salirse con la suya?

«¿Cómo puede haber un Sitio *cerca* de la luna?», preguntó. «¿Te refieres a que es un satélite? Deberían haberlo detectado».

«Hay un planetoide en la misma órbita. Ya sabes lo poblado que está este Sistema de escombros, con anillos y material band por todas partes. Este es solo uno de esos trozos de roca anónimos, similares a los que usamos para las Estaciones en el Sistema Sirio, que no está realmente cerca de Dinge espacialmente, pero lo parece por su órbita. Designación similar: cuarta órbita desde el planeta Band. No es lo suficientemente grande como para ser considerado ni luna ni subsatélite, pero sí lo suficiente para un Sitio. Está realmente escondido ahí fuera, entre miles de trozos similares. Pero es fácil viajar de un lado a otro, de la luna al Sitio, cuando se conoce la ubicación». Lo que decía tenía tanto sentido que casi se lo creía él mismo.

«¿Un yacimiento antiguo en un planetoide en órbita lunar?», preguntó, mostrando un aparente rechazo a la idea. «Los antiguos solían construir sobre tierra firme».

«Así que los monstruos lo dieron por sentado, y pasaron por alto el Sitio. ¿Qué sabemos de los Antiguos? La mayor parte de lo que vemos son sus subterráneos que han

sobrevivido durante tres millones de años. No es de extrañar que la redada de los monstruos pasara por alto este, y quizás muchos otros en la galaxia. A nadie se le ocurrió revisar los planetoides.»

«¡No es de extrañar!». Pero parecía aceptar la idea. Al fin y al cabo, los monstruos no *habían* encontrado el Sitio, así que se necesitaba una explicación. «Bueno, ahora no habrá problema en localizarlo. ¿Crees que es un Sitio activo?».

'Hay buenas posibilidades. Nunca se sabe con los Antiguos.'

—¡Eso es seguro! —Dio un giro brusco, ascendiendo en línea recta—. No debemos contarles esto a los band —recordó de repente.

«De acuerdo». En realidad, a los band no les importaba el Sitio en sí; de hecho, lo entregarían con gusto para lograr la paz. Él lo sabía; los había observado. Había sido él quien dudaba de la eficacia de esa estrategia, temiendo la continua codicia e ignorancia de los monstruos. Pero si los band supieran la verdad ahora, podrían enviarle a Tangt la información correcta sobre el Sitio Antiguo, y eso destruiría la mentira de Rondl. Así que la propia naturaleza furtiva de Tangt fue su perdición; estaba protegiendo la mentira que la había engañado.

—Eres el único que lo entiende —dijo ella, con un gesto despreocupado.

«Se necesita un monstruo para entender a otro monstruo». De nuevo se sintió atraído por ella. No era el amor que había sentido por Cirl; ese sentimiento lo había reprimido por el momento para poder hacer lo que tenía que hacer. Con Tangt, la atracción era una simple comprensión.

—Esto es una locura —dijo con un tono fugaz, teñido de romántica invitación—. Pero, ¿nos vamos...?

Y pensó, ¿por qué no? Esto no era la Esfera Sol, y sus compañeros band ya no existían.

Sin embargo, Rondl tenía sus reservas. Primero, la pérdida de Cirl no lo liberaba automáticamente para amar a otra; aún la amaba. Ella, al menos, había sido fiel a sus convicciones, a su forma de vida. Ciertamente, sentía cierta camaradería con Tangt. Pero era una afinidad con los aspectos monstruosos de su naturaleza, más que con lo sublime. Claro que ambos querían salvar a los band; ese era un motivo sublime. Pero eso no significaba que tuvieran que hacer el amor. Tangt no era mejor que él, salvo que ella no lo estaba engañando para que participara en una mentira.

Eso lo hizo dudar. Ella era de su clase, capaz de violencia, engaños y todos los demás crímenes propios de un

monstruo. ¿Cómo podía estar seguro de que *no* lo estaba engañando?

¿Pero de qué manera podría hacerlo? Habían acordado entregar el Sitio Antiguo a la Esfera Sol; esa era su mentira. Cada uno había perdido a sus compañeros band, y ahora ella recurría a él en busca de consuelo y comprensión; ¿dónde estaba el problema?

La pregunta reveló la respuesta. Las monstruas no operaban de esa manera. Rara vez eran genuinamente generosas; vendían su sexo por algún tipo de ventaja, pequeña o grande. Su esposa monstruosa, Helen, siempre lo hacía. Hablaba de amor, pero lo que quería era un entorno adecuado para su descendencia. Era un objetivo loable, pero le había dado un trato conyugal poco amable durante años hasta que recientemente decidió que estaba bien. ¿Y nunca se le había ocurrido que él también podría querer un entorno adecuado para su descendencia? ¿Que podría querer a su hijo tanto como ella, y no necesitar ningún soborno para hacer lo correcto? A las mujeres que vendían sus cuerpos abiertamente se las llamaba rameras; a las que los vendían en secreto se las consideraba decentes. Ambas perjudicaban a sus hombres y a sí mismas con su desprecio por el misticismo masculino. ¡monstruos, todos!

¿Qué era lo que Tangt buscaba? ¡Seguro que no era su color verde ni su personalidad franca! Ni siquiera su camaradería; no lo había echado de menos hasta que la

encontró, justo ahora. Así que este interés había sido espontáneo, como antes. ¿Por qué no se interesaba por él cuando estaban separados y deseaba hacer el amor cuando estaban juntos?

Porque, tal vez, ella tenía que presentar su propio informe, no necesariamente el acordado. Su ausencia podría significar que había muerto, por lo tanto, no había de qué preocuparse. Su presencia significaba que había sobrevivido; por lo tanto, debía actuar. Así que lo estaba haciendo. Pero ¿cuál era su verdadera intención?

—Pareces pensativo —dijo Tangt con un destello—. ¿No te gusto?

¡Definitivamente tramaba algo! ¿Cómo debía manejar esto? ¿Existía alguna manera de aniquilar a un band bajo el pretexto de hacer el amor, tal vez mediante algún pensamiento horrible que la obligara a disolverse instintivamente? ¿Era eso lo que ella planeaba hacer? ¿O simplemente intentaba comprometerlo, usando el acto como palanca para que respaldara su historia ante los monstruos? Podría temer que él cambiara de opinión más adelante e intentara impedir que informara sobre la ubicación del Sitio Antiguo; sería menos probable que cambiara si tuviera un compromiso más personal con ella. Por lo tanto, podría estar usando el sexo simplemente como una precaución estándar, un recurso para asegurar su lealtad.

Sin embargo, si él la rechazaba, ella sabría que él sospechaba de sus motivos.

Lo mejor era ganar tiempo hasta que comprendiera mejor sus intenciones. «Me pareces muy atractiva, Tangt. Pero yo amaba a mi esposa, Cirl».

'Antes de que muriera. Por supuesto. Y yo amaba a Fomt. Sin embargo, ahora que cada uno se ha ido...'

¿Qué mujer recién enviudada que amó a su marido estaría, a las pocas horas, buscando sexo con otro hombre? Eso lo decidió. «Ahora mismo no puedo amar a otra band. El recuerdo está demasiado reciente». Y no mentía.

«Bueno, pronto seremos llamados de regreso con nuestros anfitriones naturales.»

Para hacer sus informes. Pero eso sucedería de todos modos. ¿Cómo podría el romance —o el sexo— afectarlo? Esto realmente lo inquietaba; no quería caer en la doble trampa de creer a Tangt a pies juntillas o ofenderla y crearse una enemiga innecesariamente. ¡Ser un monstruo era tener problemas de monstruo! Luchar entre la mentira y la posible mentira, sin estar nunca del todo seguro de uno mismo ni de sus compañeros. ¡Cuánto mejor era el camino band! «Tal vez deberíamos hablar de nuevo. Como monstruos. En privado».

«En privado», asintió, tras una pausa durante la cual, sin duda, consideró las consecuencias de esta contraoferta.

Sabía que era inusualmente atractiva como anfitriona monstruo, así que un hombre bien podría preferirla de esa manera. «¿Antes de hacer nuestros informes?»

«Eso podría resultar incómodo, ya que el ordenador se adelantará. Quizás incluso antes de finalizar los informes».

«Antes de finalizarlos», asintió ella. Sin duda, ahora sospechaba, pero él también. ¿Qué juego estaban jugando entre ellos? ¿Quién era el autor de la mentira más profunda?

Localizaron un bucle en la línea, un lugar donde podían dejar a salvo a sus anfitriones band. Un anfitrión podía sobrevivir un tiempo sin aura, si se mantenía en un entorno razonablemente seguro y libre de peligros. Dado que los band no necesitaban nada más que una línea para subsistir, no habría problema con la alimentación.

Se instalaron en una órbita en miniatura alrededor de un afloramiento rocoso y charlaron inocentemente mientras esperaban la recuperación de sus auras mediante la Transferencia. «Me alegra que ya no estemos en los viejos tiempos en que un Transferido tenía que llegar a una unidad de Transferencia alienígena para regresar a su huésped natural», exclamó.

«Por eso los primeros agentes, como Flint de Outworld, debían tener auras de alrededor de 200», coincidió Rondl. «No solo sufrían una pérdida de aura mucho más rápida en

Transferencia, sino que además tenían que supervisar la construcción de una unidad de Transferencia para enviarlos de vuelta. ¡Se necesitaba verdadero valor para viajar a un anfitrión extranjero en aquel entonces! Pero este nuevo sistema sigue siendo incierto. Algunas de las pérdidas en esta misión podrían deberse a Transferencias erróneas».

—Sí —asintió ella—. El viejo...

Capítulo XVIII

TRIÁNGULO

Se encontró de nuevo en el cuerpo del monstruo. Fue un shock, y no fue más fácil de aceptar la segunda vez. ¡Ese cuerpo le repugnaba!

¿Le repugnaba? ¡Era su propio huésped natural! ¡Era un hombre, no un band! ¿Cómo podía sentir repugnancia por su propio cuerpo?

Porque, se dio cuenta, ahora se identificaba por completo con el anfitrión band. Había sido corrompido por la forma y la cultura band. Parecía que cuanto más tiempo pasaba como visitante, más fuerte era el efecto.

¿Era algo físico? No podía ser, porque lo único que se transmitía era su aura. Así que tenía que ser algo mental o emocional.

Eso era todo. Había visto el Cielo. En comparación, la condición humana era el Infierno, y su propia participación en ella, algo infernal. Deseaba poder deshacerse de los atributos monstruosos de su personalidad. Estaba contando la gran mentira para salvar a los band, algo que ellos no podían ni querían hacer para salvarse. Quizás fuera la única opción, pero también era su vergüenza. ¿Cómo podía uno de los secuaces de Satanás unirse a la compañía del Cielo, por mucho que lo deseara?

Jamás veré el Círculo Viscoso, pensó, y la tristeza lo invadió. Tan corrupto estaba que ni siquiera podía creer que existiera.

Cuando la computadora lo entrevistó, mintió. Utilizando los recursos mentales y emocionales para los que había sido entrenado, casi se convenció de que era verdad, de modo que la computadora no pudo detectar la falsedad. Las computadoras se creían infalibles; era la ilusión de la máquina. Fueron creadas por monstruos, con defectos monstruosos, y en cualquier caso, la voluntad humana seguía siendo más compleja que la programación de la máquina. Cualquier monstruo con su experiencia y motivación podía engañar a la computadora, esencialmente ingenua.

Sin embargo, no del todo. «Aquí falta un elemento», dijo la máquina.

Rondl reprimió una reacción de miedo, sabiendo que eso lo delataría más rápido que cualquier palabra. La transformó en justa indignación ante el desafío. «Puedes contrastar mi informe con el del otro agente Transfer», señaló, contemplando sus extremidades huesudas con sus ojos hinchados de líquido. ¡Había tantas cosas que le desagradaban de ese cuerpo!

'A ella también le falta un elemento.'

Todo encajaba a la perfección, casi demasiado bien. «Quizás deberíamos volver a consultarnos».

«Eso parece poco aconsejable en este momento».

¿Sospechaban las autoridades? Tendría que dejarlo pasar, al menos por ahora. «Como quieras. Ahora es tu turno». Pero esperaba volver a ser anfitrión del band antes de que se llevara a cabo la ocupación del supuesto Sitio. El infierno de los monstruos se convertiría en un verdadero infierno una vez que se descubriera su mentira. El consejo de guerra sería solo el principio. Y tenía asuntos pendientes en la región de los band. Sin su participación, los band serían aniquilados igualmente.

Lo dejaron irse a casa. Quizás estuviera bajo sospecha, pero había cumplido con su cometido y no tenían pruebas

tangibles en su contra. No podían intervenir sin una causa evidente; otros agentes se pondrían recelosos si se dejaban de lado las prácticas habituales. Al fin y al cabo, era de esperar que los agentes que regresaban presentaran algunas peculiaridades.

Recorrió el pasaje en caída libre, sin sentir ya la emoción de la ingravidez. El presentimiento crecía: había traicionado a su especie y también había perdido a su esposa. Las autoridades solarianas seguramente debían saberlo, a menos que estuvieran completamente desconectadas de la realidad. Su futuro se convertía rápidamente en un callejón sin salida. La traición a la propia especie era un asunto funesto, tanto por razones internas como legales.

Helen lo estaba esperando. Iba ataviada con un traje de tela ajustada de lo más atractivo, su cabello peinado con maestría mediante electricidad estática y sus ojos iluminados con gotas oftálmicas luminiscentes. ¡Qué artificios tan repugnantes!

Enseguida se dio cuenta de que no funcionaban. "¿Tu compañera ringer es tan importante ahora?"

Sabía que esa terminología le resultaba ofensiva; ¿por qué la empleaba? «Mi esposa band, ha muerto. Me dirijo a toda velocidad hacia un muro en blanco».

Helen no era tonta. «Entonces será mejor que te lleve a dar una vuelta por el espacio. Allí hay pocas paredes».

¿Qué tramaba? Ronald no soportaba las intrigas. De hecho, deseaba no tener estómago, pues ese era un aspecto especialmente repugnante del mundo de los monstruos. «Creo que nuestros planes necesitan una revisión».

«¡Vamos! Un paseo te vendrá bien. Sácate esa depresión post–transferencia de encima». Ella lo sacó a la fuerza del patio y lo condujo por el camino hasta una salida subterránea. Subieron a la plataforma, que se deslizó bajo su peso, llevándolos hasta el borde mismo del barril que era la sección residencial. Allí, las naves espaciales privadas estaban suspendidas como botes salvavidas, que es lo que serían si la Estación sufriera una avería grave. Cada familia residente estaba obligada a mantener su nave en condiciones aptas para el espacio y a usarla con la suficiente frecuencia para mantener sus habilidades de pilotaje en óptimas condiciones. También era política militar mantener un cierto porcentaje de las naves en el espacio en todo momento, para que, en caso de ataque, algunos de los solarianos aquí presentes sobrevivieran. Este porcentaje variaba según la estimación del alto mando sobre la situación interestelar; por lo general, era lo suficientemente bajo como para que las excursiones voluntarias lo llenaran. En ese momento, era elevado debido a la «acción» en el Sistema Band. Oficialmente no había guerra, pero la Estación estaba en alerta. Ronald, al estar de permiso, no tenía la

obligación de enviar su nave al espacio, pero podía hacerlo si así lo deseaba. Eso eximiría a un conscripto de dicha obligación.

No hubo ningún problema con el permiso de salida; Helen fue muy eficiente con esos detalles.

Se abrocharon los cinturones y soltaron la nave de su amarre. Cayó en el conducto de escape mientras su motor se activaba, deslizándose suavemente en espiral hacia el espacio. El piloto automático se encargó de esta parte; maniobrar en la estación era demasiado importante como para dejarlo en manos inseguras del operador. Ronald se contentó con observar cómo la campana del conducto se expandía como un instrumento musical grotesco, hasta que la nave salió disparada sobre el terreno rocoso y accidentado del planetoide. Ahora era como si estuvieran a un año luz de la civilización, en la inmensidad del espacio.

Entonces, el bosque de antenas, chimeneas hidrotermales y ópticas de telescopio apareció en el horizonte cercano, y la brutal civilización había regresado. Un planetoide no tenía mucha superficie.

Si los alienígenas bombardearan esta estación, ¿cómo reaccionarían los monstruos? Como avispas saliendo de un nido sacudido. En este planetoide reinaba una gran hostilidad y agresividad, al igual que en cualquier base

militar o enclave comercial. Los monstruos de cualquier Esfera siempre llevaban sus armas consigo.

Luego, en una trayectoria tangente, se adentraron repentinamente en el espacio profundo, con el sol Sirio resplandeciente. Pero no era como estar en el Sistema Band, volando libremente por las líneas a la luz de dos soles. Ronald se sentía encerrado, limitado y asfixiado. «Lo único que necesitamos es emborracharnos con enzimas», murmuró.

—¿Borrachera en el espacio? —preguntó Helen—. No mientras no esté sola.

'Nosotros no. Ocurrió en Sistema Band.'

¿Los band se emborrachan?

«No exactamente. Era un almirante espacial solariano, con burbujas en los pantalones y una guerra de comida lanzada en su camarote. Deberías haber visto a la teniente a la que se le metieron espaguetis con salsa en la blusa».

Tras fijar el destino, Helen dejó los controles en modo automático y se giró hacia él. «¿Y ahora qué es esto? Ibas a salvar a los band, y resulta que no lo vas a hacer. Algo raro está pasando, y creo que tengo derecho a saberlo».

—Supongo que sí. —Sabía que ella lo había traído allí para que no los oyeran. La radio de la nave se mantenía en contacto con la estación, pero no captaba la conversación

del piloto para su transmisión a menos que se activara para ello. No tenía sentido malgastar energía que pudiera ser necesaria para la propulsión.

Helen era, en cierto modo, una mujer problemática, pero jamás lo traicionaría. «Amaba a Cirl, mi esposa band, y quería quedarme con ella. Luché con ahínco para frenar la invasión de los humanos, empleando métodos semipacifistas, porque los band no pueden ser violentas. Intentamos apoderarnos de una nave de mando emborrachando a la tripulación con oxienzima, pero no lo conseguimos. Así que después intenté salvar a los band con una mentira. Pero cuando un grupo de band comprendió esto, se disolvieron —todos los que conocieron la idea— y Cirl se fue con ellos».

—¡Oh, lo siento! ¡Te había sentado tan bien! —dijo Helen, y él supo que lo decía en serio. Helen sentía compasión por todas las criaturas inferiores, y consideraba a los band como pertenecientes a esa categoría. Le había dicho que no le preocupaba Cirl como rival, y no lo habría dicho con falsedad.

—Sigo trabajando en la mentira —continuó—. Es una abominación, y no quiero volver a mentir jamás después de que esto termine, sea como sea, pero tengo que seguir adelante con ella. Se la conté a Tangt, a Tanya, la otra agente de Transferencia superviviente. Ella se lo cree —creo—, aunque también está intentando ayudar a los band.

Simplemente no podía arriesgarme a que se pusiera en mi lugar.

¿A su manera?

«Ella quiere entregarles el Sitio Ancestral a los monstruos directamente, con la esperanza de que así dejen en paz a los band. Pero yo no me fío de eso».

—¡Ni lo sueñes! Recuerda a Pizarro y a los incas —dijo con una mueca—. Los indígenas le dieron un rescate enorme en oro, pero él los aniquiló de todos modos. Una y otra vez, quienes confiaron en la clemencia de los conquistadores se arrepintieron.

«Pero ahora he cometido una traición manifiesta contra mi especie. Cuando se enteren... Se acabó, Helen. Tengo que volver a ser invitado de los band; al menos allí moriré feliz. Siento haber arruinado tus planes, pero así son las cosas.»

Reflexionó con serenidad. Ahora parecía menos un monstruo; parecía que su acuerdo con sus ideas la hacía físicamente más atractiva. ¡Qué tremenda diferencia marcaba el factor subjetivo! «Supongo que esperé demasiado. Pero aún no te he perdido. Es precisamente lo que te convierte en traidor lo que, irónicamente, también te hace valioso como hombre. Esta vez, nuestra especie simplemente se equivoca. Ahora entiendes mis motivos. No es traición intentar corregir los abusos que provienen de una

filosofía errónea; es humanismo. La historia, a su debido tiempo, corregirá los hechos. Mientras tanto, debemos buscar ayudar y proteger a las especies inferiores».

—No existen especies inferiores —dijo Ronald secamente.

Exactamente. Solo existen especies con poder y especies con menos poder. La fuerza no siempre da la razón.

«Sin embargo, fue mi relación con Cirl la que me mostró esto, no mi vida contigo».

«Ella debe tener algo que yo no tengo». Helen se encogió de hombros. «Quizás, después de todo, soy un monstruo, necesariamente imperfecta, como todos en este sistema. Supongo que cualquiera de nosotros sería corrompido por el Cielo si lo visitáramos. Cualquiera se enamoraría de un ángel auténtico».

—Eres muy comprensiva. —Pero él permaneció frío.

¿Le pasó lo mismo a Tanya Coombs?

'Lo mismo. Ella amaba a un miembro de los band, y cuando le reveló su verdadera naturaleza, él se separó de ella.'

«Así que probablemente me habría pasado a mí si hubiera estado allí. Ojalá hubiera estado».

'Podrías solicitar un traslado.'

—No, tengo asuntos que atender aquí. —Se giró para mirarlo fijamente—. Ron, te propongo un trato. Te ayudaré a volver a ser anfitrión de los band para otra gira y te ayudaré a librarte de la acusación de traición cuando regreses. A cambio, serás mío a partir de entonces.

—Eso es muy generoso, Helen. Pero creo que ya no te quiero.

'Bueno, después de que las cosas se calmen...'

Dudo que vuelva a ser el hombre que conocías. Ya no soy una de tus causas. He alcanzado mi objetivo final. Sería mejor que me dejaras en paz.

«¿Y ahora que te acabo de encontrar? ¡Imposible! Puedo vivir sin tu amor, igual que tú viviste sin el mío. Creo que no vas a amar a ningún solariano por un tiempo, pero mientras tanto puedes hacerme mucho bien. Y quizás con el tiempo vuelvas a amarme. Ahora tenemos una base mucho mejor sobre la que construir. Te entiendo mejor que cualquier otro “monstruo”.»

«Excepto quizás Tangt. Ella ha pasado por el mismo cambio que yo. Ella también ha tenido tratos con los ángeles».

'¿El otro agente? Interesante confusión de nombres. ¿Qué tan cercanos eran ustedes dos allí?'

'Intentó seducirme.'

«Seguro que quería algo de ti. No es que seas feo; es que es una militar calculadora. Conozco a ese tipo de mujeres. Busqué su expediente mientras no estabas. No se deja llevar fácilmente por el amor.»

Así lo había concluido Ronald por su cuenta. Tangt sin duda había querido a su marido, miembro de los band, pero había vuelto a su habitual comportamiento cínico y manipulador en cuanto él se marchó. «¿Una mujer calculadora analizando a otra?»

«Tu comprensión de lo esencial está mejorando. Pero, ¿qué querría ella? Creía que la estabas engañando.»

Sí. Puede que ella sospeche, sin embargo. El ordenador sospecha, estoy casi seguro, pero como su relato corrobora el mío, la máquina aún no puede llegar a una conclusión.

«Eso bastaría. Si la amaras, no le mentirías. O al menos serías menos propenso a hacerlo. El amor está sobrevalorado como medio para promover la verdad, pero ella podría considerar que vale la pena mejorar las apariencias. Para protegerse. Si tú eres un traidor, ella también lo es ahora mismo. No tiene ninguna intención de dejarse arrastrar por tus estupideces masculinas.»

«Ese pensamiento me había pasado por la cabeza. Pocas mujeres ofrecen amor por el simple hecho de amar».

Ella se rió. «¡No intentes provocarme! Si los hombres insistieran en que el amor tiene algo que ver con el amor, serían mucho más difíciles de engañar».

«Ella misma hizo una tontería», dijo Rondl. «En lugar de verificar mi información, se quedó a llorar la pérdida de su amado músico».

¡Menuda sociedad! ¿Así que ella también se ha convertido de verdad?

«*Es* una sociedad muy distinta. Es todo lo contrario a la nuestra. Intentas proteger culturas ajenas, pero en realidad no las has experimentado. Eres objetiva con ellas y, por lo tanto, te pierdes su esencia. Es como intentar definir el concepto de amor objetivamente. Nunca lo lograrás. Tangt —tienes razón en eso, hay una transformación en la Transferencia de nombres— realmente quiere salvar a los band, a su manera.»

'O eso te dice ella. Puede que esté intentando averiguar tu plan para poder sabotearlo.'

«Podría haberme denunciado de todos modos, sin ningún problema. ¿Por qué iba a apoyar mi historia si no está conmigo?»

¿Por qué no habría de hacerlo? Las autoridades quieren el yacimiento arqueológico. Ella quiere entregárselo. No tiene

ningún conflicto de intereses, y su aparente acuerdo contigo te impide intentar apartarla del asunto.

Fue toda una revelación. «¡Claro! Me dejó hacer el trabajo peligroso, manteniéndose a salvo, en su "duelo". Pero ¿por qué no comprobó mis datos?»

¿Cómo sabes que no lo hizo?

¡Pero ella corroboró mi informe!

«Abiertamente, sí. ¿Qué dijo en secreto?»

Ronald se quedó atónito. "¡Dios mío! ¡He sido un tonto!"

«Los hombres lo son, especialmente con las mujeres. Y más particularmente con las mujeres que se parecen a ella.»

«Pasé tanto tiempo dudando si dejarme seducir por ella, que nunca me di cuenta de que eso era precisamente lo que *quería.* Que dudara. Que me distrajera con ella, en lugar de pensar con lógica». Suspiró. «Tienes razón. Una mujer me ha engañado. ¿Pero por qué no me han arrestado?».

Están esperando a sacarte toda la información posible. Eres un agente muy capaz, y gran parte de lo que has hecho y pensado no se lo has contado a nadie. Podrías estar tramando una doble traición, dándoles información veraz disfrazada de mentira, para que la desenmascaren y caigan en el engaño. Fuiste tú quien venció al perro de tres cabezas,

hace mucho tiempo, ¿recuerdas? Sabes cómo tratar con personas y máquinas que pueden leer tu mente, o que creen poder hacerlo. Incluso si han descifrado la información correcta, basándose en lo que Tanya les ha dado, podría haber problemas. Todavía no saben quiénes son tus cómplices. No saben si estoy involucrada, y si lo estoy, con qué fundamento, ni si tienes contactos en otras partes del Sistema. Pueden arrestarte en cualquier momento; no hay nada que ganar apresurándose. No te deshaces de la mala hierba arrancándola presurosamente; la arrancas con cuidado, con raíz y todo. Lo mismo ocurre con el cáncer de la traición ideológica. Cuanto más tiempo te den, más les mostrarás. Deberías saberlo.

—Sí, *lo* sé —asintió Ronald, disgustado consigo mismo—. Me permití olvidarlo. Como band, pienso mucho como un humano; como monstruo, pienso mucho como un band.

«Por otro lado, podría tratarse de un simple fallo rutinario, una falta de coordinación entre máquinas y departamentos. ¡Nunca subestimes la estupidez de la burocracia! La historia está plagada de ejemplos de errores garrafales basados en fallos de comunicación ridículamente simples.»

—Eso es cierto —asintió Ronald con desgana—. ¿Podemos decir que mis posibilidades son del cincuenta por ciento?

«Significa que hay esperanza para ti. Debes saber cómo sortear este embrollo, maximizando tus posibilidades sea cual sea el resultado. Es tu especialidad.»

«Engañándolos mientras ellos me engañan a mí. Claro. Solo necesito volver a ser huésped de los band, sacar a Tangt...» Negó con la cabeza. «Helen, la trampa que les he tendido a los monstruos, si funciona —y la probabilidad ahora parece ínfima—, garantizará que nunca me dejen escapar. Jamás podré volver a mi forma humana. No puedo hacer ese trato contigo.»

«Bueno, al menos estás haciendo lo que *yo* no puedo: salvar a los band. Eso ya es la mitad del trabajo. Y si las cosas salen bien, en el improbable caso de que hayamos juzgado mal a Tanya y no te haya delatado, y eso es posible, ya que los motivos de las mujeres son complejos…»

«Te estás haciendo ilusiones ingenuas, Helen. Me seguirán considerando un traidor cuando se active esa trampa. Estaré mejor muriendo en el mundo de los band».

«No necesariamente. Podrían arrestarte y aplicarte todo el peso de la ley, pero mientras tanto se correrá la voz sobre lo que has estado haciendo en el Sistema Band. Esas criaturas son inteligentes y están organizadas a su manera; simplemente se trata de una organización no autoritaria. Podrían ser clasificadas como una Esfera de derecho consuetudinario a pesar de su aparente falta de

cualificaciones. Si las autoridades de la Esfera Sol no solo invaden y destruyen esa Esfera, sino que también procesan a quien intentó impedir que cometieran este crimen, podría haber un escándalo de proporciones galácticas. Podría convertirse en una causa de mayor envergadura.»

—Y tú sabes cómo promover una causa —dijo Rondl con una sonrisa algo sombría.

'Sí sé cómo. Puede que salgas de esta como un héroe.'

'O un mártir.'

«Puede que no quieran correr el riesgo. La apariencia suele ser más importante que la sustancia. Podrían sobornarte con un puesto ventajoso y un ascenso».

«O podrían planear mi liquidación “accidental”, para que no les resultara ninguna vergüenza».

«Eso es cierto. Los monstruos son monstruos. Así que lucharemos para salvarte, pero en caso de que fracasemos, hay dos cosas que puedes hacer y me quedaré satisfecha. No feliz, ¿entiendes? —me gustas mucho más ahora que quizás sea demasiado tarde, y me encantaría tenerte un año más, o quizás debería decir que te tendría para amarte, pero satisfecha de haber obtenido todo lo que podías darme».

'No entiendo. ¿Qué dos cosas?'

'Segundo, tendrás que seducir a Tanya.'

'¿Qué?'

En forma de monstruo. Para asegurarte de que te tiene bajo su control. Si tiene dudas, si aún no ha hecho su informe privado, esto la tranquilizará hasta que la conviertas en huésped band. Tienes que parecer abrumado por sus encantos. Eso no debería ser demasiado difícil.

¡No puedo creer que mi esposa esté diciendo esto! ¡Enviándome con otra mujer, creando un triángulo amoroso!

«Te quiero, Ronald. Quiero salvarte. Quiero ganarme tu lealtad si sobrevives a esto. Soy el amigo más leal que tienes entre los monstruos. No tenemos tiempo ni ocasión para celos mezquinos.»

—Debe ser cierto —asintió, aturdido—. Ojalá te hubiera entendido mejor hace años.

«Las crisis sacan a relucir las cosas. Nunca sabes lo fuerte que es un árbol hasta que sobrevive a un huracán».

«Así me sentí cuando me enfrenté a Cerbero, antes de casarme contigo. Era como un arbolito, un retoño, casi doblado por el suelo por la fuerza de la mente de ese monstruo —sus tres mentes— por el terrible miedo que proyectaba. Pero entonces empecé a fortalecerme, a

recuperarme. No sabía que tenía esa reserva hasta que se manifestó.»

«Sabía que la tenías. Pero nunca lo demostraste cuando no estabas en crisis. Ahora te enfrentas a una crisis de otro tipo, y esa fortaleza de carácter se manifiesta de nuevo. Eso confirma mi decisión.»

¿Tu decisión de casarte conmigo? «Me has dicho lo segundo que puedo hacer, lo cual todavía me asombra. ¿Qué es lo primero?»

Manipuló el panel de control, reajustando el rumbo. La nave inició una aceleración en curva. «Ahora nos dirigimos a Coomb, la estación de Tanya. Tardaremos un rato. Así que hay tiempo».

'¿Tiempo?'

'Para que me seduzcas.'

'No estoy seguro…'

—Quiero a tu bebé, Ronald. Aunque estés muerto, lo tendré si lo consigo ahora. Y puedo conseguirlo ahora mismo.

'Los neutralizadores…'

«Has dejado de usar el esterilizador durante toda tu misión. Apuesto a que ahora eres fértil. Yo empecé a tomar anuladores de los anticonceptivos la semana pasada. Y un reforzador de concepción, programado para hoy. Estoy lista ahora mismo. Hay dos probabilidades a una de que funcione.»

Ronald no pudo evitar reírse. "¡Sin duda planificas con antelación!"

«Por supuesto que sí, cuando tengo un motivo. Llevo cuatro años esperando esta coincidencia y no pienso perdérmela. No perdamos el tiempo. Esta hora puede ser la única que tengamos.»

A ver si lo he entendido bien. Quieres que te seduzca ahora mismo, y a Tanya dentro de una hora, si es que "seducción" es un término apropiado en ambos casos. ¿Se te ocurrió que podría haber ciertas dificultades prácticas?

—¿Dificultades prácticas? —preguntó con fingida inocencia—. La verdad es que no se me ocurre ninguna. Estoy segura de que estarás a la altura. Es una mujer muy guapa, y siempre está la emoción de una nueva conquista.

¿En una hora? Apenas podré disfrutarlo como podría hacerlo de otra manera.

—Sí, puede que no lo disfrutes en absoluto —admitió con aire de suficiencia—. Pero es una tarea necesaria.

¡Qué bien lo había planeado! Había dispuesto sus cartas para sacar el máximo provecho de una situación muy difícil. Habría sido una excelente agente de transferencias. Y lo hacía todo para salvar lo máximo posible de él.

De repente, Ronald se encontró ardiendo de pasión por ella. No era amor; el amor era lo que sentía por Cirl, por inútil que fuera ahora. Pero tampoco era meramente sexo; el sexo era lo que usaría contra Tanya, revirtiendo su propia estrategia. Era fascinación. La emoción que, cuando las condiciones eran las adecuadas, podía convertirse en amor. La fascinación era una casa construida sobre arena. Si sobrevivía a esta misión, esa arena bien podría estabilizarse en roca y volvería a amarla. Helen era mucho más mujer de lo que se había dado cuenta. Pero ahora mismo...

En cuestión de segundos, los asientos quedaron totalmente reclinados. Ella se volvió hacia él, y sus rasgos fluidos y óseos se volvieron, subjetivamente, atractivos, y así comenzó todo.

Capítulo XIX

TRAMPA

Sus anfitriones band habían sobrevivido. «Así que los convencimos de que nos enviaran aquí una vez más, para advertir a los band que se mantuvieran alejadas del Sitio», dijo Tangt con entusiasmo. «Admito que me siento satisfecha. Me gustaría quedarme aquí para siempre, incluso sin mi compañero band».

—Yo también —coincidió Rondl—. Pero no puede ser.

«No creo que podamos hacer mucho aquí para impulsar la misión o el destino de los band. Podemos convocar círculos para explicar las cosas, pero de todos modos no se reúnen mucho en la órbita de la luna Dinge. Simplemente tenía que estar aquí de nuevo, de alguna manera. Por eso te acompañé. Habría aceptado cualquier cosa con tal de

reunirme con este anfitrión, aunque solo fuera por una hora.»

'¿Esa era la única razón por la que te acercaste a mí? ¿Para volver aquí?' Porque ella había resultado ser sumamente seductora en el estado de monstruo, y Ronald había disfrutado de la experiencia más de lo que Helen hubiera considerado apropiado.

«No. Tenía miedo de que hicieras alguna locura masculina y pusieras en peligro el bienestar de los band. Así que quería estar presente para asegurarme de que los band sobrevivieran. Por si acaso.»

Ronald desconfiaba de eso. Tenía razón al sospechar de su «loca estratagema masculina», pero poco podría hacer para impedirlo en forma de band. Puede que le gustara su anfitrión band, pero ¿por qué les importarían sus preferencias a las autoridades solarianas? Debían tener razones más convincentes para acceder a esta tercera Transferencia innecesaria; difícilmente les importaría si algún band era aniquilado cerca del Sitio. Lo más probable es que todavía la estuvieran utilizando para explorar el alcance de su traición.

'¿Eso es todo?' preguntó. '¿No te importan los monstruos? ¿Se apoderarán del yacimiento arqueológico?

'Como profesional, me importa. Esa es mi misión. Pero como persona, preferiría que el Sitio estuviera en posesión de los band. Lamento que su programa de resistencia no tuviera éxito.'

¿Podría haber malinterpretado sus motivos? Era cada vez más importante saberlo. «Necesito informar a más band sobre la situación. Todos mis reclutas anteriores, excepto uno, se han ido. Hay un santuario en la luna Glow donde se congregan los band instruidos...»

—Iré contigo —dijo ella con un destello—. Después de lo sucedido, necesitan explicaciones y tranquilidad. Y, por supuesto, la advertencia de mantenerse alejados de la luna Dinge y su órbita. Me duele que los monstruos se apoderen permanentemente de cualquier parte del Sistema de band, pero es un mal menor.

Partieron hacia la luna Glow. «Pensé que estarías más interesada en promover la causa solariana», dijo Rondl, aún intentando descifrar su verdadera motivación.

«Al igual que tú, me convertí a la causa de los band. Tenía muchas esperanzas de que tu programa para hacer regresar a los monstruos funcionara. Quizás me entretuve a propósito, rezando para que no fuera necesaria ninguna otra acción.»

Rondl se sentía cada vez más culpable por la mentira que le había contado. Ella parecía estar siendo sincera con él. Sin embargo, aún dudaba en decirle la verdad. Podría ser una trampa, una forma de conseguir que confesara justo a tiempo para que los monstruos rectificaran su estrategia y descubrieran al verdadero Sitio Antiguo.

Con el tiempo llegaron a la luna Glow. Los monstruos partían; las grandes y torpes naves aceleraban hacia afuera, en dirección a la órbita de Dinge. La luna no se encontraba directamente frente a Glow; eso ocurría solo en raras ocasiones. Pero la ubicación del Sitio Antiguo que había indicado era bastante conveniente. Las naves se impulsaban hacia afuera, permitiendo que la inercia orbital las llevara hacia adelante. Con la coordinación adecuada de los vectores, se acercarían a las proximidades del Sitio Antiguo sin una gran pérdida de impulso. La maniobra parecía pesada, debido a las aparentes anomalías orbitales que afectaban a las enormes naves.

—¡Está funcionando! —exclamó Tangt—. ¡Los monstruos están abandonando las otras lunas!

Eso parecía. Pero ¿habría seguido funcionando si hubiera proporcionado la ubicación real del Sitio? Rondl había asumido que los monstruos no se conformarían por mucho tiempo con el Sitio genuino; que tarde o temprano limpiarían el Sistema de band, como si los band fueran simples insectos molestos. Así que la conciliación no era la solución a largo

plazo. Sin embargo, Rondl no estaba seguro, y si se equivocaba...

Mientras se acercaban a la luna Glow, vieron destellos distantes en el espacio. —¿Qué es eso? —preguntó Tangt. Este anfitrión tiene una percepción visual mucho mejor que los ojos gelatinosos de los monstruos, pero no puedo decir...

Ahora, por fin, tenía que revelarlo. «La trampa se ha activado», respondió Rondl. «Los solarianos atacaron un enclave bellatrixiano. Eso ha provocado que Bellatrix adopte medidas de defensa».

'¿bellatrixiano?', exclamó con expresión impertérrita.

¿Recuerdas a los extraterrestres que crearon el sistema de iluminación de la cueva? ¿Unos saltamontes gigantes, inteligentes y con gran destreza manual? No son pacifistas.

¡Por supuesto que sé quiénes son! Pero, ¿por qué los solarianos los atacarían?

Ella realmente parecía no saberlo. «Podrían ser considerados rivales por la posesión y explotación del sitio arqueológico».

«Si los bellatrixianos hubieran querido el Sitio, ¡lo habrían tomado hace siglos! Se contentaban con comerciar pacíficamente aquí, por muy agresivos que sean en otros

lugares. No creen en apropiarse de los recursos de las Esferas pacíficas.»

«Todo eso es cierto. Pero sospecho que los solarianos, imprudentemente, han provocado a los bellatrixianos a tomar represalias armadas.»

—¡Esto no tiene ningún sentido! —exclamó furiosa—. Los solarianos quieren el Sitio, no una guerra entre las Esferas.

«Me temo que tendré que dar explicaciones», recordó Rondl. ¡Esto no le iba a gustar nada! «La ubicación del Sitio Antiguo que les dimos a los monstruos era en realidad la del enclave de Bellatrix. Lástima que los monstruos estuvieran tan ansiosos por entrar que no comprobaran las coordenadas».

¡El enclave de Bellatrix! Pero si las naves solarianas convergen sobre él en masa...

«Y llevarán a cabo su bombardeo inicial con detonaciones de reconocimiento», añadió Rondl.

'¡Y empezar a desembarcar barcos y vaciar tanques... eso provocaría una reacción explosiva!'

«Esa fue mi valoración de la situación. Me temo que estamos ante una batalla espacial entre esferas en pleno desarrollo.»

'¿Pero cómo pudiste cometer un error así? ¡Dijiste que sabías dónde estaba el sitio!'

'Sí lo sé. No fue ningún error.'

¡No te equivoques! ¿Quieres decir que los bellatrixianos ya poseen el Sitio? ¿Construyeron su enclave allí?

'No, el sitio está en otro lugar.'

'Tú deliberadamente...'

«Sentí que los bellatrixianos podrían hacer el trabajo que los band no pudieron: expulsar a los monstruos».

¡Entonces me mentiste! ¡Y me hiciste mentir a los solarianos!

«Eso parece». Sin duda, se mostró sorprendida y disgustada por los acontecimientos, lo que sugería que no le había estado jugando una mala pasada. La teoría del fallo burocrático debía ser correcta. Había tenido suerte. ¡Qué lástima que se sintiera tan culpable!

—¿Por qué? —preguntó, distraída.

«Porque no creo que la conciliación sea efectiva contra los monstruos. La única forma de salvar a los band es que utilicen los recursos del Sitio Antiguo para expulsar a los solarianos».

«Pero no pueden, porque los monstruos ya controlan la ubicación del Sitio. Los band necesitan el Sitio para obtener el control del Sitio. Es ese círculo vicioso del que hablamos antes».

«Los monstruos acaban de abandonar esa región. Los band ya pueden instalarse allí».

—¿Dónde está el sitio entonces? —preguntó.

'Aquí en la luna Glow.'

Voló sin usar el flash, dándole vueltas al asunto. La mentira ya había salido a la luz y era demasiado tarde para corregirla. La trampa se había activado; la sangre del monstruo había corrido peligro.

—¿Te das cuenta de que ahora no hay vuelta atrás? —preguntó después de un rato.

¿Querías hacerlo?

'Claro que sí, por un tiempo. Para poner en orden mis asuntos.'

«Retomaremos el plan previsto cuando nuestras auras sean recuperadas. No tenemos otra opción, ya que no podemos permanecer indefinidamente en huéspedes alienígenas». En realidad, Rondl contemplaba precisamente eso: dejar que su aura se desvaneciera lentamente hasta

convertirse en su huésped y no recordar su origen. Era una forma de morir tan pacífica como cualquier otra.

«Volveremos a los interrogatorios y encarcelamientos que nos destrozan la mente, y posiblemente borrado mental, para que nuestros cuerpos vacíos puedan servir de anfitriones a otros, a visitantes más leales o a transferencias alienígenas. ¡Nos has condenado!»

«Me condené *a mí.* No a ti. Eras inocente; el interrogatorio lo demostrará».

«No. Yo también conspiré contra los monstruos. Simplemente, cedí más que tú. Intenté sobornarlos en lugar de luchar contra ellos. No sospeché lo suficiente de tus motivos, así que también soy culpable. Ahora la lucha ha comenzado.»

«Pero sí querías que los monstruos se quedaran con el Sitio. Eso tiene su valor».

«No mucho. Sentí que darles el control del sitio sería la opción menos perjudicial. Eso no significa que me guste. Me gusta tu método.»

¿Te gusta que te mientan?

«Eso no, aunque ya debería estar acostumbrada, tratándose de hombres. Creía que teníamos un acuerdo.

Creía que confiabas en mí como yo confiaba en ti. Ahora veo que fui una tonta.»

No era ni la mitad de tonta que Rondl, pensó. Había desconfiado de las intenciones de Speed, el jefe hurrita, durante el episodio del perro telepático. Speed había sido honesto. Ahora había hecho lo mismo con Tangt, perjudicando de nuevo a una persona honesta. ¡Qué daño podía causar una sospecha tan infundada! «Si hubiera estado seguro de tus intenciones, no te habría mentido. Ahora me arrepiento de haberlo hecho».

'¿Y nuestro enlace en el anfitrión solariano? ¿Eso también es una mentira?'

'Mi esposa solariana me envió.'

—¡Cuidado con los monstruos! —exclamó. —¿Te envió tu *esposa?*

«Ella sospechaba de tus motivos, así que pensé que debía fingir estar prendado de ti. Para darte una falsa sensación de seguridad. Así que te seguí el juego.»

Se registró otro aspecto. 'Fuiste muy lento en responder. Antes de que vinieras a mí, ¿ella...?'

'Sí. Quiere un hijo mío.'

«¡Y yo que pensaba que estaba perdiendo mi toque!», dijo con un gesto melancólico, como si negara con la cabeza con aire de resignación. «Me pregunto qué habría podido hacer contigo si me hubieras dado una oportunidad justa».

—Considerablemente —admitió Rondl—. Sin embargo, incluso así, era bastante...

¿Nunca se les ocurrió a ninguno de los dos que pudiera sentirme atraída por ustedes? ¿Que pudiera gustarme por cómo son? 'Estás casado/a...'

«Un contrato, no renovable. Sin relevancia actual. Supuse que era igual para ti. Es tiempo de explorar, y considerando la experiencia única que compartimos...» Su voz se apagó de forma más abrupta, como encogiéndose de hombros.

—Eres una agente de Transferencias entrenado —continuó Rondl a la defensiva—. Deberías controlar tus emociones. La mayoría de los agentes lo hacen. Supuse que me estabas utilizando.

«Sin duda fui una tonta. Normalmente no me relaciono con conocidos. Parecías ser la única persona que comprendía el atractivo de la sociedad band. Eso te hacía especial. Supongo que simplemente quería creer en ti.»

Rondl se sentía cada vez peor. ¿Se había tendido una trampa a sí mismo? Quería salvar a los band por encima de

todo. Quizás eso me cegó. Te juzgué mal y lo siento de verdad. Eras menos importante que los band.

Se relajó y su vuelo se volvió más tranquilo. «Lo entiendo. Me pasa lo mismo. Si no hubieras apoyado a los band con tanta firmeza, no me habría interesado en ti. Pero si hubieras confiado en mí, todo habría sido mucho mejor».

Así que su mentira había arruinado lo que podría haber sido una buena relación, ¡más que buena! Pero, ¿qué más podía hacer? Ni siquiera ahora podía confiar plenamente en ella. Después de todo, ¿qué ganaría ella, en las circunstancias actuales, reprendiéndolo? Lo mejor que podía hacer, si no estaba de acuerdo con él, era ganarse su confianza ahora, por si acaso surgía la oportunidad de revertir el desastre que había provocado. No estaba seguro de qué podía hacer ella en ese momento, pues seguramente las naves solarianas estaban siendo destruidas por el poderío militar del enclave Bellatrix, pero seguía receloso. ¡Qué triste que la sospecha interfiriera tanto en las relaciones interpersonales! Sin embargo, esta también era una cruz que los monstruos necesariamente cargaban.

Por muy malo que fuera, esto no era todo. «Puede que esto no te sirva de consuelo», espetó Rondl, «pero amo —o amaba— a mi compañera band, Cirl, y puede que ame a mi esposa solariana, Helen. Aunque confiara plenamente en ti, no podría amarte ahora mismo».

—Lo entiendo —dijo con voz tensa. O era experta en imitar sentimientos sutilmente heridos, o...

Habían llegado al Sitio. No había band presentes. Los monstruos habían abandonado la luna hacía demasiado poco. «Esto parece un paisaje natural, y los patrones magnéticos no se parecen a los de las máquinas comunes», explicó Rondl. «Pero este es el Sitio Ancestral, donde los band dominaron por primera vez la tecnología de las líneas magnéticas artificiales y se convirtieron en una especie interestelar».

«Sin reconocimiento galáctico», comentó. «Quizás ese era el camino que deberíamos haber tomado. Solicitar el estatus de Esfera para los band, obtener una orden judicial contra la interferencia alienígena hasta que se resolviera el asunto, para que su territorio no pudiera ser saqueado. Una posibilidad remota, lo admito, pero...»

«Los band no tienen gobierno ni interés en obtener estatus galáctico», le recordó. «Y una petición en su nombre por parte de alguien ajeno a los band, como cualquiera de nosotros, no sería aceptada por las autoridades galácticas».

«Pero si hubieras entrenado a tus reclutas en la mecánica de un gobierno simbólico, en lugar de en una guerra simbólica...»

—Es cierto —asintió Rondl, reflexionando. No había considerado todas las opciones—. Sin embargo, los engranajes galácticos giran lentamente. A veces crean comités que ni siquiera giran. Mucho antes de que se les pudiera otorgar el estatus de Esfera, los band podrían haberse extinguido ilegalmente. Los monstruos no habrían acatado ninguna orden judicial; habrían enviado un grupo encubierto para asegurar el Sitio de todos modos, y si se les hubiera desafiado, habrían alegado que los asaltantes eran forajidos.

«Sí, así es como operan los monstruos», asintió con pesar. «Sus acciones son aún más horribles que su apariencia. Así que ahora depende del Sitio. No era el camino que tenía previsto, pero ahora solo me queda esperar que funcione. Recemos para que el Sitio tenga lo que necesitamos».

Entraron en el oscuro pasadizo que conducía al santuario. El camino serpenteaba a través de una serie de cavernas de aspecto natural hasta que describía un bucle en la excavación de un río subterráneo, donde estalagmitas y estalactitas se unían para formar columnas ornamentadas. Pero estas formaciones no eran del todo naturales; el núcleo de cada una era de construcción antigua, con metales dispuestos en capas especiales e imbuidos de intrincados patrones magnéticos.

Las columnas eran físicamente hermosas, con multitud de colores pastel y diseños, pero lo que resultaba fascinante era

su entramado interno. Rondl y Tangt, como band, pudieron detectar lo que los sensores de los monstruos habían pasado por alto: el artificio exquisitamente intrincado de cada columna individual y una sugerencia de cómo interactuaba el conjunto de columnas. Toda esta cueva era la unidad de control del Sitio principal, y estaba casi completamente operativa. Un caparazón había interrumpido una parte; pero el dispositivo Antiguo ya lo había compensado redirigiendo su red alrededor del hueco, sin modificar nada físicamente. Aparentemente, se trataba de la más preciada de las rarezas de la Galaxia: un Sitio Antiguo operativo.

«Estoy asombrada», exclamó Tangt. Se había instalado iluminación artificial de Bellatrix para facilitar la comunicación instantánea. «Como miembro del band, puedo sentir el esplendor, aunque es tenue, muy tenue. Estoy segura de que no existe nada parecido en ningún otro lugar».

«La máxima expresión del magnetismo», coincidió Rondl. «Nunca ha habido nada que iguale los logros de los antiguos».

«¿Pero por qué los band no aprovecharon esto para desarrollar aún más sus poderes?», preguntó con tono lastimero. «¡Los datos están al alcance de la percepción de los band! ¡Podrían haber usado esta información para convertirse en la potencia dominante de esta región de la galaxia!»

«Excepto que los band son completamente anarquistas y pacifistas», dijo. «Jamás abusarían del poder. De hecho, ni siquiera lo usan. Se basaron en esta tecnología para crear líneas que extendieron su alcance a Esferas vecinas, como Bellatrix, y más allá. Su único objetivo era establecer contacto con extraterrestres, no conquistarlos. Facilitar la libertad de su sociedad. Esa es su naturaleza».

«Esa es su naturaleza», asintió levemente. «La especie que más merece el poder se niega a tomarlo. Y sabes, ahora que lo entiendo, no lo cambiaría. Los band son únicos; deben ser preservados tal como son».

«Tal como son», repitió. «Un modelo para todas las demás culturas. Un problema que tuve fue que, al intentar que los band lucharan por salvarse, intentaba convertirlos en monstruos. Si lo hubiera logrado, habrían perdido lo que los hace valiosos».

«Sin embargo, seguramente habrá que llegar a un compromiso, si la alternativa es sufrir la extinción».

«Esas son las fauces de la trampa. En cualquier caso, el paraíso está perdido. A menos que el potencial de este Sitio Antiguo pueda proporcionar una salvación rápida, adecuada y milagrosa.»

«Has apostado la supervivencia de la especie a esta esperanza», dijo Tangt. «Espero que ganes».

«Yo también lo espero. Ahora analicemos este sitio. Si la clave está aquí, debemos descubrirla antes de que los monstruos se den cuenta, hagan una tregua con los bellatrixianos y reanuden su conquista.»

«No tengo formación en electrónica ni en magnetismo», protestó Tangt. «Como band, puedo percibir los circuitos que nos rodean y deleitarme con su complejidad artística, pero no logro comprenderlos del todo. Mi especialidad es la ingeniería social. Esa disciplina se desperdicia en gran medida en esta misión».

«Puedo con eso». Rondl se acercó a una columna, integrando su entrenamiento solariano con su percepción band. Como un monstruo que usa un bisturí para abrir un cadáver interesante, palpó el interior a través de los complejos campos magnéticos. Era como realizar una microcirugía en una ballena. La sensibilidad inherente band al magnetismo era extremadamente precisa; ninguna percepción ni máquina de monstruos podía igualarla. Esta antigua construcción era una maravilla de complejidad y eficiencia; Rondl jamás había imaginado tal elocuencia, ni en concepto ni en aplicación.

La esencia estaba ahí. Ahora comprendía que aquello no era un Sitio «activo». La mayor parte de su función se había perdido, y no lograba comprender cuál era. Solo una pequeña fracción de su circuito funcionaba según lo previsto por los constructores. Pero podía leer el circuito inerte, del

mismo modo que un turista contempla las ruinas del Partenón y se maravilla ante su grandeza incluso en ruinas. ¡Menuda lección!

Intuía que, mediante impulsos magnéticos amplificados, los band podrían dominar una forma de Transmisión Matérica. Parecía existir un límite de escala inherente, pero la masa de los band, quizás no por casualidad, se encontraba justo en su límite superior. En lugar de seguir las líneas, los band podrían saltarlas, pasando prácticamente instantáneamente de un punto a otro dentro del marco. Un viaje de varios minutos luz en un solo paso, con escaso desperdicio de energía. Nada parecido existía en los horizontes científicos de los monstruos; sería difícil para cualquier monstruo que no fuera un band comprenderlo o aceptarlo. Pero era cierto. Con esta habilidad, los band podrían evitar a los monstruos por completo.

—¿Transmisión Matérica? —preguntó Tangt mientras le mostraba su descubrimiento—. Es cierto, eso ayudaría, pero ¿cuánto tiempo les tomaría a los band desarrollarlo?

'No más de veinte años solarianos; la tecnología es bastante clara, pero implicaría una construcción inicial compleja. Los bellatrixianos podrían...'

«Cualquier cosa que dure más de veinte *días* no les servirá de mucho. Los monstruos invadirán el planeta y los aniquilarán».

Había estado considerando los aspectos técnicos en lugar de los prácticos. «¡Tienes razón!», exclamó, visiblemente molesto. «Ni siquiera la Transmisión Matérica los salvará si la mejora de las líneas necesaria proviene de equipos instalados aquí o en el planeta Band. Los monstruos simplemente destruirán el equipo. No es ninguna solución».

«Lo que se necesita es algo que pueda detener de verdad a los monstruos, como un enorme campo magnético que inutilice todo su equipo».

—Aquí no hay nada de eso —dijo Rondl con pesar—. Esta tecnología no afecta en absoluto al equipo de los monstruos. Solo las criaturas pequeñas y sensibles al magnetismo, como los band, pueden usarla. Los monstruos necesitarían siglos para adaptarse a este nivel de sofisticación, e incluso entonces, jamás podrían usarlo para transportar nada de su tamaño. El servicio postal es, probablemente, su mejor aplicación para los monstruos.

—¿Quieres decir que los monstruos no pueden usar este Sitio Antiguo? —preguntó, asombrada.

«No sirve para aumentar el poder de los monstruos. Se trata simplemente de una tecnología de masa pequeña, como las líneas magnéticas que los band ya han desarrollado. Para los band es maravillosa, y científicamente es tan sofisticada como cualquier otra cosa que conozcamos; para los monstruos, simplemente no funciona.»

«Porque son monstruos», dijo.

'Porque son monstruos. Como corresponde.'

«¡Pero entonces los monstruos no tienen ningún motivo para tomar este sitio! Toda esta invasión es un esfuerzo inútil para ellos.»

Irónico, pero cierto. Los monstruos destruirán una especie superior, cometerán genocidio, por algo que ni siquiera pueden usar. ¡Si tan solo lo hubieran sabido desde el principio! —Hizo una pausa, reflexionando—. Debe ser por eso que los bellatrixianos no estaban interesados. Seguramente habían localizado este Sitio en el curso de sus tratos con los band. Después de todo, ellos instalaron estas luces. Sabían que el Sitio era inútil para su especie, para el tipo de criatura que necesita pesadas naves espaciales para viajar entre planetas. Eso incluye a la gran mayoría de todas las especies inteligentes. Cualquiera de ellos que hubiera investigado en siglos o milenios pasados lo habría descubierto. Solo los solarianos avanzaron a la fuerza sin reconocer el terreno para asegurarse de que para conseguir el Sitio valdría la pena el posible derramamiento de sangre.

«Así que lo único que tenemos que hacer es decírselo a los monstruos, y se irán a casa. No porque les importe la preservación de los band, sino porque nunca gastan energía sin la promesa de una ganancia material inmediata.»

—¡Eso creo! —asintió, dándose cuenta—. Deberíamos haberlo hecho a tu manera desde el principio. Todo este lío con la Esfera Bellatrix, toda la matanza de los band, se podría haber evitado.

—Será mejor que informes a los monstruos ahora mismo —dijo Tangt.

«No sirve de nada. He arruinado mi credibilidad mintiéndole a mi empleador. Tendrás que decirles la verdad; nunca los engañaste a sabiendas. Su interrogatorio te exonerará y te creerán.»

—Tal vez sí —dijo tras una pausa—. Pero sospecharán lo mismo que yo. Me mentiste antes; ¿por qué debería creerte ahora?

¡Porque ahora estoy diciendo la verdad!

«Qué conveniente. Si este sitio fuera una mina de oro para los monstruos, ¿me lo dirías? ¿Acaso esperas que te haga publicidad por segunda vez? Tú sabes la verdad, sea cual sea. Solo un interrogatorio directo los convencerá a ellos, o a mí». Sus destellos reflejaban una ira implacable.

También había arruinado su credibilidad ante ella. En efecto, la había despreciado, aunque su objetivo era el mismo, y sabía que las mujeres podían reaccionar con mucha fuerza ante este tipo de cosas. ¡Si tan solo hubiera estado seguro de ella antes!

«Ya confié en ti antes y me engañaste. No puedo permitirme volver a confiar en ti. Algo tramas, y me temo que, sea lo que sea, le costará a los band mucho más que la verdad.»

¡Qué daño infernal estaba causando su mentira original!

Rondl lamentó profundamente no haber dicho la verdad. "¿Qué podría estar tramando?"

«Estoy trabajando en ello. Quieres que les cuente a los monstruos algo que los traiga aquí con todas sus fuerzas. Te niegas a ir tú mismo a verlos, a pesar de que podrían obtener la verdad de ti con la misma facilidad que de mí, utilizando técnicas especiales de interrogatorio. ¿Por qué? ¿Qué podría hacer yo que tú no pudieras?»

¡Podrías traerlos aquí para que lo vieran por sí mismos mucho más rápido de lo que yo podría! Un interrogatorio profundo lleva tiempo. Tú...

«Dado que obviamente piensas en términos de trampas, y la naturaleza de la trampa está en tu mente, no en la mía...»

—¡No es ninguna trampa! —protestó Rondl—. Solo quiero que los monstruos vean que no hay nada para ellos Enel Sistema Band, para que dejen en paz a los band.

'Eso dices. Ahora supongamos que este Sitio tiene la capacidad, como algunos Sitios Antiguos, de explotar como

una nova, destruyendo a todas las criaturas en sus proximidades, y que todo el continente de monstruos está dentro de su alcance...'

¡No tiene esa capacidad! Estos circuitos magnéticos son físicamente muy débiles. Apenas pueden ser detectados por...

'O una radiación más sutil, que elimina todas las auras locales...'

—¿Cómo puedo convencerte? —preguntó desesperado. ¡Esta vez te digo la verdad! Lamento profundamente la mentira que dije antes y renuncio a mi naturaleza monstruosa que me llevó a cometerla. ¡Solo quiero salvar a los band demostrándoles a los monstruos que este Sitio no les sirve para nada!

'Después de cómo me engañaste antes...'

¡Jamás debí haber hecho eso! ¡Jamás volveré a engañar a nadie! ¡Es una abominación para mi conciencia!

—Y dejarme seducirte —continuó furiosa—. ¿O fue al revés? ¡Actuaste a petición de tu esposa, nada menos! ¿Cómo podré volver a confiar en ti?

«Pero compartimos la voluntad de preservar los band...»

¿De verdad? He estado intentando salvar a los band todo este tiempo, y pensé que tú también. Pero ahora debo preguntarme...

Rondl comprendió que la había enemistado irremediablemente, y difícilmente podía culparla. La situación había llegado a un punto en que una disculpa no tenía remedio. La desconfianza que lo había llevado, por lo que en aquel momento consideró razón suficiente —¡ah, la contradicción de los fines y los medios!— a mentirle a Tangt, ahora nublaba su propia credibilidad. No había nada que pudiera decir que la convenciera de su sinceridad. Ella estaba enfadada; no quería que la convencieran. Había sido doblemente engañada y estaba decidida a que no volviera a suceder. En su lugar, él sentiría lo mismo.

¿Pero qué pasaría con los band si la noticia sobre la ubicación y naturaleza específicas del Sitio no llegara pronto a los monstruos, una noticia de alguien en quien los monstruos estuvieran dispuestos a confiar? Los monstruos se dirigirían al planeta Band, quizás intensificando su ferocidad en respuesta al reciente engaño. Porque la distracción del incidente de Bellatrix no duraría mucho; las dos Esferas ya estarían en contacto a través de canales diplomáticos galácticos y negociando una tregua. Así que no habría ningún obstáculo para la destrucción de los band.

¿Podría Rondl acudir él mismo a los monstruos y permitirles destruirlo mediante un interrogatorio

exhaustivo? Sí, eso lo lograría, pero tal procedimiento requería tiempo, muchos días o semanas, ya que se analizaban capa tras capa de la conciencia del sujeto. ¡La mente sapiente era terriblemente compleja! Mientras tanto, la invasión del Sistema Band continuaría, puesto que los monstruos sospecharían que su ofrecimiento de ser interrogado era simplemente una estratagema para ganar tiempo. Para cuando verificaran la verdad en su mente, los band ya se habrían marchado. Tangt podría convencerlos mucho más rápido, porque nunca los había engañado intencionadamente; su conciencia estaba limpia y su interrogatorio podría completarse en horas, quizás minutos, a tiempo para que los monstruos fueran al Sitio y comprobaran que era exactamente como Tangt había dicho, antes de proceder a la destrucción de los artefactos del Planeta.

¡Tenía *que* convencer a Tangt! ¿Pero cómo?

Entonces lo comprendió. Los band tenían una respuesta, para aquellos capaces de asimilarla. «Tú y yo somos monstruos», le dijo a Tangt. «Envidiamos los valores de los band, pero no los compartimos. Soñamos con la paz en la vida y la plenitud en la muerte, pero nunca llegamos a alcanzar esos sueños. Porque somos lo que somos. Un cerdo no puede llevar una perla; un monstruo no puede ser perfecto. Para nosotros no hay paz, ni una fabulosa realización en el más allá...»

—Y no es cierto —aceptó ella con amargura.

«Muy poca verdad. Creemos en el interés propio, no en la verdad. Nuestro marco ético tiene el mismo atractivo estético que un ojo líquido a punto de estallar. Solo cuando estemos dispuestos a morir por una causa se nos podrá creer de verdad.»

'Tal vez sí. Los band mueren por sus creencias.'

«Estoy dispuesto a morir para salvar a los band. Admito que no tengo mucho futuro, pero la vida es tan valiosa para mí como para cualquier monstruo. Así que mi sacrificio será sincero».

—No eres de los que se suicidan —dijo ella con furia—. No vas a convencerme de nada con esas mentiras.

«Simplemente trae a los monstruos a este Sitio», dijo. «Créeme en esto: no es una trampa. Diles que transfieran a un experto en electrónica a otro anfitrión band para que verifique lo que les he contado sobre el Sitio. Explícaes cómo les mentí antes. Creo que los dejarán en paz».

¡Basta ya de tonterías! No tengo ninguna intención de...

«Y dile a mi esposa solariana, Helen, que también lo siento por ella. Quiero que se vuelva a casar y que le brinde un buen hogar a nuestro hijo».

'Solo me estás molestando con esta palabrería...'

«También por eso, te pido disculpas. Eres mejor persona de lo que yo he sido. Adiós.»

'¿Y ahora dónde estás?'

Rondl se obligó a sí mismo a alcanzar el estado adecuado, y sorprendentemente le resultó fácil. Su patrón magnético se invirtió.

Y se disolvió.

Capítulo XX

REALIDAD

Rondl descubrió que la conciencia permanecía. ¿Acaso su aura había tomado otro huésped o había regresado a su cuerpo de monstruo?

No, no tenía percepciones familiares. No podía detectar el magnetismo como un band, no podía oír como un monstruo, y no podía ver ni sentir físicamente. Sin embargo, era consciente de las ondas gravitatorias de una gran masa y del aura difusa de otra persona.

—¿Tangt? —preguntó. Pero no emitió ningún destello. Parecía no tener lente, ni magnética ni física. Era como si estuviera incorpóreo.

O disuelto. ¡Él *se había* disuelto! Pero entonces, ¿cómo podía existir la conciencia?

Rondl reflexionó sobre ello mientras analizaba y revisaba su situación. Estaba completamente consciente y, sin duda, carecía de masa. Podía percibir planetas, estrellas y auras indirectamente, o quizás directamente, sin usar los sentidos; pero percibía poco más. La solidez y la energía no le afectaban. Podía —y de hecho lo hacía— atravesar la materia dela luna Glow sin impedimento alguno, notando apenas un ligero cambio en su entorno. Creía que podía moverse de forma similar a través del centro de una estrella, casi sin darse cuenta del calor. Así pues, estaba realmente desencarnado, era un fantasma, un aura disuelta.

Esto significaba que la mitología de los band tenía, después de todo, algún fundamento. El aura sobrevivió a la pérdida del huésped, al menos por un tiempo.

Sin embargo, él no era un band. No creía en nada de eso. ¿Cómo podía afectarle?

Bueno, Cirl había dicho que un aura alienígena podía unirse al Círculo Viscoso si el alienígena se disolvía en su anfitrión band y realmente quería unirse. Así que la base filosófica parecía estar ahí, por si servía de algo.

Aún...

Podría tratarse de un sueño, una visión. Tal vez intentó disolverse, fracasó y ahora yacía inerte en el suelo del Sitio Antiguo, habitando otro mundo de pesadilla. De ser así, despertaría tarde o temprano, o bien se desvanecería en el olvido. Esa última posibilidad parecía la más probable.

El aura de Tangt permaneció cerca. Intentó comunicarse con ella de nuevo, pero no pudo. Su aura seguía ligada a su huésped, encadenada a la masa, y en esa forma no podía comunicarse libremente con otras auras. Estaba en gran medida contenida, restringida, dependiente del huésped, como una persona se vuelve dependiente de su nave espacial al viajar entre planetas. Aquello era un universo diferente.

No había nada para él allí. Incluso si esto era solo un sueño mientras su cuerpo moría, probablemente su esencia se disiparía pronto y pasaría sin dolor a la nada. Sin embargo, dos cosas le preocupaban, incluso en ese estado. Primero, ¿había logrado convencer a Tangt y salvar a los band? Segundo, ¿en qué estado se encontraba Cirl? Porque, en vida o en la muerte, quería que la sociedad de los band sobreviviera, y amaba a Cirl.

¿Era posible que para ella el resto del mito tuviera cierta validez? ¿Que realmente hubiera encontrado un alma colectiva? ¡Qué maravilla sería!

Rondl se expandió, viajando sin esfuerzo hacia el espacio profundo. ¡En este sueño, él mismo imponía sus reglas! Percibió a los monstruos, cuyas auras se apiñaban en su tosco confinamiento físico, agrupándose alrededor de la órbita rocosa de la luna Dinge como avispas furiosas. La batalla contra los bellatrixianos parecía estar disminuyendo; sabía que aquella estratagema no era más que una distracción temporal.

Luego viajó hacia el futuro, descubriendo de repente que no tenía límites espaciales ni temporales, y observó cómo los monstruos se centraron abruptamente en Luna Glow y luego abandonaron el Sistema. ¡Tangt lo había logrado! Se lo había contado a los monstruos, y ellos habían verificado su historia y desistido de la invasión. ¡Los band estaban a salvo!

Ahora podía morir. Su misión se había cumplido. La especie ideal continuaría. Su sacrificio no había sido en vano.

Sin embargo, permaneció allí. ¿Por qué? ¿Podría...?

Se extendió a través de minutos luz, espacialmente, buscando aquello que apenas se atrevía a esperar. Después de todo, no era creyente. Las lunas y los planetas del Sistema Band se convirtieron en guijarros dentro de la inmensidad de su insustancia, pequeñas interrupciones sin importancia. El tamaño era un concepto físico, que apenas guardaba relación con su estado actual.

El universo era difuso, las estrellas pequeñas y distantes. Ya no le interesaba. Nada le interesaba salvo su búsqueda de Cirl. Si ella se había disipado, entonces no tenía razón para mantenerse consciente. Podía extinguirse por completo; ahora comprendía que también poseía esa capacidad.

El universo era inmenso. Las distancias entre los planetas de un sistema eran minúsculas comparadas con las distancias entre las estrellas, y había miles de millones de estrellas. Se movió a lo largo de años luz, sin encontrar nada. Las diminutas y confinadas auras de los seres vivos, agrupados como gusanos en sus diversos planetas, ya no se registraban. El espacio se extendía hasta el infinito.

Entonces percibió algo. No era algo espacial ni temporal; existía más allá de esas definiciones menores, en una dimensión distinta a todo lo que había conocido, perpendicular, por así decirlo, a su universo. Era una cualidad que lo abarcaba todo, vagamente parecida a una esfera, algo inmenso y significativo.

Era inmaterial, pero tangible para su percepción actual. Sin visión no había color, pero sí un color psíquico. Aquello abarcaba el universo a su manera, girando majestuosamente, y corrientes en su interior le hacían cambiar de aspecto incluso mientras él se orientaba hacia él.

Poco a poco lo reconoció. Aquello era una amalgama de almas. Aquello era el Nirvana, bajo cualquier denominación.

Así que era cierto. Había vida después de la muerte.

Rondl se vio atraído por la multitud. Parecía que ese era su lugar. Sin embargo, algo faltaba.

Reaccionó bruscamente, lanzándose hacia afuera y lejos, rechazando ese lugar de descanso. Buscó algo diferente. Atravesó los continuos, orientándose en...

La encontró, con una oleada de esperanza, una radiación de alegría: otra masa de almas, esta vez con la forma espaciotemporal general de un toroide. Sus corrientes evocaban su encantadora viscosidad.

¡Rondl! ¡Rondl! ¡Nos encontraste!

Era el aura de Cirl, que saltaba hacia él, dándole la bienvenida; informe, pero reconocible, porque era ella misma.

Ahora, por fin, creyó. Sabía que todo era cierto, todo lo que había considerado mitología. El Nirvana humano era real para quienes lo elegían; la vida después de la muerte sustantiva de otras especies era igualmente válida; y el Círculo Viscoso de los band era exactamente como se representaba. Realmente tenían una vida después de la muerte, o mejor dicho, una existencia más amplia, de la cual la vida individual era solo un fragmento, no más que un planeta del universo: un solo aspecto en medio de la infinita variedad de la totalidad.

Cirl se había mantenido discreta por él, sin integrarse aún a la multitud, y ahora estaban juntos. Le había perdonado sus defectos de monstruo y confiaba en su perfección. Había esperado porque lo amaba, y él la amaba a ella.

Juntos flotaron hacia la alegría de la fusión definitiva, la unidad del Círculo Viscoso.

EPÍLOGO

Como Rondl había comprobado, la estratagema fue efectiva; los monstruos abandonaron el Sistema Band. La singular cultura band sobrevivió. Rondl y Cirl se fusionaron con la viscosidad suprema del Círculo Viscoso, compartiendo su vasta experiencia con todas las demás auras de este grupo, lo que les otorgó una mayor comprensión de la naturaleza de las criaturas alienígenas. Con el tiempo —aunque el Círculo era esencialmente eterno—, partes de la sustancia del aura que les había pertenecido se infundieron en bands de nueva creación, continuando el ciclo natural; y estos nuevos band, si bien se mantuvieron fieles al pacifismo de su especie, desarrollaron una tolerancia ligeramente mayor hacia la naturaleza de los monstruos. Las futuras incursiones de otros seres inteligentes en el espacio band se manejarían de forma más realista, con menos disoluciones automáticas. Finalmente, los band solicitaron el

reconocimiento como Esfera Galáctica, de modo que las futuras intrusiones en su espacio fueran menos probables. Así pues, el destino de Rondl y Cirl fue tan satisfactorio como puede serlo en estos continuos.

El destino de los monstruos llamados solarianos no fue tan afortunado. Se había gastado mucha energía en la inútil búsqueda de la valiosa tecnología de un Sitio Antiguo, y el gobierno de la Esfera Sol estaba ahora profundamente endeudado. Como resultado, los solarianos que dirigían la Esfera se encontraban en desventaja, y el poder político y económico se trasladó más rápidamente a la alianza solariano/Polariano del Planeta Outworld en el Sistema Etamin. En un siglo, Etamin se convirtió en la fuerza dominante dentro de esta Esfera, y las autoridades desacreditadas que habían patrocinado el ataque al Sistema band habían perdido influencia. De esta manera incidental, el episodio band contribuyó a dar forma al desarrollo de un imperio. Sin embargo, no fue un evento que los solarianos se apresuraran a dignificar en sus textos históricos, y su importancia no fue ampliamente apreciada entre ellos hasta que transcurrieron muchos siglos y se alcanzaron nuevos estándares académicos. Los nombres Ronald y Tanya no se convirtieron en leyenda, y los nombres Rondl, Tangt y Cirl eran desconocidos.

La viuda de Ronald, Helen, tuvo un hijo. Contrajo un nuevo matrimonio, que, según se decía, fue más satisfactorio que el primero. El niño creció y se dedicó a establecer relaciones

con especies inteligentes no solares, gozando de una buena reputación por su competencia, integridad y empatía.

Tanya tuvo una breve notoriedad por destapar el escándalo de la traición de Ronald, pero cuando el Sitio Antiguo resultó ser inútil, cayó en el anonimato. Mantuvo su interés por la cultura de los band y se retiró del servicio de Transferencia para trabajar en su favor, logrando incluso que su petición fuera reconocida, lo que les otorgó la categoría de Esfera legal.

El capellán polariano, Smly, regresó a su sistema natal de Etamin y aconsejó a muchas de las criaturas importantes cuya influencia iba en aumento. Lo llamaban «Smelly» [oloroso], como los monstruos, y decían que sus consejos tenían un aroma agradable. Quizás influyó en la decisión de tratar a los band con mayor benevolencia.

Así pues, los band sobrevivieron, a pesar de su mitología. Por consiguiente, el Círculo Viscoso también sobrevivió, y esto fue quizás lo más importante y menos valorado de todo.

NOTA DEL AUTOR

El 8 de mayo de 1980 comencé a escribir el primer borrador de *Círculo Viscoso.* Lo había vendido el año anterior basándome en un resumen, y ahora era el momento de ponerme manos a la obra. Tenía la agenda muy apretada, porque mi agente me había conseguido contratos para cinco novelas, prácticamente seguidas; había terminado tres y esta era la cuarta. Por suerte, soy uno de los escritores más disciplinados que existen; no permito que nada interfiera con mi trabajo.

Bueno, casi nada. Tengo dos mujeres pequeñas y una mayor (hijas y esposa), y varios animales, vecinos, fans y demás, y todos parecen tener cosas mejores que ofrecerme que dedicarme a escribir mis novelas. Así que trato de aislarme en mi estudio, que es una cabaña de madera de 4 por 7 m., a 60 m de la casa, en el pasto con los caballos y las

ardillas. No tiene electricidad, y en las tardes de verano, incluso con todas las ventanas abiertas, la temperatura sube a 38 °C. Mis gafas se resbalan de mi nariz sudorosa y dejo huellas de sudor en mi manuscrito, pero trabajo. La gente me permite trabajar unas seis horas al día, siete días a la semana. Me escabullo para leer en momentos extraños, como mientras como, veo la televisión y espero en las filas; y he aprendido a escribir novelas en un portapapeles con lápiz en cualquier lugar, como cuando viajo en coche, visito a familiares, cuido caballos, espero a que el dentista proceda con su próxima tortura y en ocasiones similares de tiempo que de otro modo se perdería.

Verán, soy un poco raro: me gusta escribir. La mayoría de los escritores prefieren ganar dinero, escribir bestsellers, ganar premios y emborracharse. No disfrutan de la solitaria tarea de escribir y agradecen cualquier oportunidad para escapar de ella. Yo, en cambio, me refugio en la escritura, pues mi vida personal es desesperadamente monótona. Nunca me he emborrachado ni drogado, y nunca he ido a una convención de ciencia ficción, donde entiendo que está la acción. Me han contado que circulan historias sobre el ogro que he hecho en esas convenciones; ojalá fuera cierto, porque me gustan los ogros, pero aparte de la ficción de mi asistencia, lo cierto es que me llevo bien con todos los que conozco, incluso con los que no. Sé que esta confesión podría tener un efecto adverso en el éxito de mis novelas, sobre todo entre los ogros. En fin, una vez que me refugio en

la seguridad de mi estudio, nada interrumpe el progreso de una novela como *Círculo Viscoso.*

Excepto que... resulta que soy un fanático de los rompecabezas. Me fascinan los rompecabezas intelectuales y prácticos, así como las intrincadas combinaciones de números y palabras, como se puede apreciar en mis novelas. Recientemente habíamos adquirido un cubo rompecabezas, con bonitos cuadrados de color en cada lado: el truco consiste en desordenar los 54 cuadrados de color girando los ejes de un lado a otro, y luego volver a juntarlos de manera que cada cara del cubo sea de un solo color. Fácil, ¡ja! El fabricante afirma que hay tres mil millones de combinaciones. Ese maldito cubo me mantuvo ocupado durante dos horas, interrumpiendo la novela, de modo que todo lo que escribí el 8 de mayo fueron 600 palabras sobre *Viscous* y 450 sobre otra novela, *Juxtaposition.* No fue un día de escritura extraordinariamente eficiente, y aquellos que pudieran haber dudado de mi supuesta disciplina ahora pueden permitirse una sonrisa cómplice. Pero la mente necesita tiempo para orientarse y para que el tema tome forma. El primer día de *cualquier cosa* no suele ser eficiente, excepto quizás en la Tercera Guerra Mundial.

El día siguiente, 9 de mayo, empezó aún peor. Era una mañana nublada y lluviosa, así que me mojé mientras paseaba a nuestros perros con correa por el sendero de ochocientos metros que solemos usar. El radar de la televisión no mostraba precipitaciones en nuestra zona, un

ejemplo típico de las mentiras del servicio meteorológico. Luego alimenté a nuestros caballos y descubrí que Blue, mi favorito, que aparece en la portada de otra de mis novelas, no comía bien. Veintidós años es mucho tiempo para un caballo; de hecho, la edad media de muerte de un caballo por aquí es de alrededor de esa edad, así que empecé a tener esa sensación incómoda de la que es mejor no hablar. Después fui a alimentar a los caballos de nuestro vecino —tenemos un acuerdo por el cual podemos montar uno de ellos si lo alimentamos— y la gata del vecino había tenido gatitos recientemente y estaba desesperada por comer, así que también la alimenté. No me gustan los gatos, pero a los gatos les gusto yo. Soy vegetariano porque no me gusta que los animales sufran o mueran prematuramente, así que soy fácil de complacer incluso para los gatos, y ellos lo saben. Así que le di lo que había: un puñado de comida para perros. Pero los perros del vecino no dejaban que ningún gato se comiera un bocado —lo cual era una de las razones por las que este gato tenía hambre—, así que tuve que poner la comida en el techo del cobertizo, ahuyentar a las gallinas depredadoras —¡todo el mundo tiene hambre a las siete de la mañana!— y alzar al gato hasta la comida. Estaba tan ansiosa por comer que se escapó de mi mano, arañándome la muñeca izquierda en el proceso. Luego, al encontrar la comida mojada por la lluvia, saltó, con la intención de colarse en el cobertizo para buscar algo seco. Ya había pasado por eso antes; una vez que los animales entran en el cobertizo, es un lío sacarlos de nuevo, y mi vecino no estaría nada

contento si dejara que sus animales se comieran su reserva semanal de comida en una hora. Así que dejé que el gato se fuera. Recibí muy pocas gracias por mi intento de amabilidad, lo cual, por supuesto, es una de las razones por las que no me gustan los gatos. El arañazo me escocía en la base de la mano, cerca de la muñeca. Pero después de los cuarenta minutos que me llevan las tareas matutinas, finalmente pude sentarme a preparar y comer mi propio desayuno, que se vio interrumpido por una serie de cosas que retrasaron el inicio de mi jornada laboral.

Naturalmente, algo muy malo se estaba gestando; los presagios eran bastante claros. No creo en presagios, por eso me atormentan. Efectivamente, algo sucedió, y llegó a los titulares nacionales, pero no fue en nuestra casa, y debo tomarme un momento para aclarar el contexto. Después de todo, este es el tipo de tarea que se supone que deben hacer los escritores. A saber:

Antes vivía en la región de Tampa Bay, Florida, no muy lejos del famoso puente Skyway. Según el acuerdo bajo el cual se financió, este puente debía pagarse con peajes y no refinanciarse. Una vez pagado, estaba destinado a ser gratuito para siempre. Tuvo tanto éxito que se redujeron los peajes, y aun así el puente se amortizó antes de lo previsto y estaba a punto de lograr esa exención. Pero los políticos locales, como es típico de ellos, violaron el acuerdo y lo refinanciaron para construir un segundo tramo. El Skyway

era demasiado rentable como para dejarlo escapar. Ahora, en lugar de un puente gratuito, había dos puentes de peaje.

Bueno, Dios se encargó de eso. Esa mañana en particular, la tormenta fue más intensa alrededor del puente, y el viento empujó un carguero contra un pilar de soporte y lo derribó. El nuevo tramo del puente Skyway, el culpable, se derrumbó. Los autos cayeron alegremente a la bahía, al igual que un autobús, y una sección de la carretera aterrizó en la cubierta del barco junto con una camioneta. Se dijo que fue el peor desastre de puente en la historia de Estados Unidos. Así que parecía que mi rasguño de gato fue solo un efecto secundario del Acto de Dios que castigó la maquinaria del tramo sin liberar del Skyway, ochenta millas al sur, el 9 de mayo de 1980. ¿Qué clase de rasguño me habría hecho si no me hubiera movido del centro de ese vórtice? Da miedo, especialmente para alguien que no cree en los Actos de Dios. Sin embargo, por la tarde me puse manos a la obra y escribí mil palabras de *Viscous.*

Así fue. El día diez escribí 1200 palabras, y al día siguiente 1300, acercándome gradualmente a mi ritmo habitual de 2000 palabras diarias. Por fin había encontrado mi ritmo, y ningún milagro me había afectado, pensé ingenuamente.

Pero esta novela no me conmovía como debería; no me satisfizo ni la cantidad ni la calidad. ¿Estaría perdiendo mi toque? Escribir nunca me resulta una tarea pesada; ¿podría ser ese el problema?

Bueno, veamos el problema desde otro ángulo. Una razón por la que no sufro del temido bloqueo del escritor es mi salud. Soy un fanático del ejercicio físico y de la alimentación saludable. Y da sus frutos; quizás sea el escritor de ciencia ficción vegetariano, diabético, con problemas de rodilla y de mediana edad más saludable del mundo. En ese momento, solía hacer 19 o 20 dominadas en la viga de mi estudio. También hacía flexiones japonesas y recientemente había establecido mi récord personal de 50 sin pausa. Pero mi mayor orgullo era correr.

En la ciudad, los perros, los coches y los vecinos ignorantes me habían impedido correr largas distancias, pero en el bosque medí un circuito de una milla a campo traviesa y, en el transcurso de tres años, logré correr regularmente entre 2 y 5 millas tres veces por semana. Este verano había roto la barrera de los ocho minutos por milla. Es decir, corría la distancia de forma constante en 20 minutos o menos. Ahora sé que los corredores olímpicos rompen la milla en cuatro minutos, que los maratonistas mantienen la milla en cinco minutos indefinidamente, y que un joven sano puede hacer una milla en seis minutos. Pero para un escritor de ciencia ficción de 45 años, corriendo al mediodía por arena suelta, sobre raíces de árboles, cuesta arriba y cuesta abajo, con un ojo atento a las serpientes y los perros salvajes mientras espanta las moscas venenosas y evita los espolones, las millas en ocho minutos están bien. Es la misma velocidad a la que se sabe que corren ciertos presidentes

estadounidenses, después de todo. Es un trabajo duro; me pesé antes y después, y descubrí que perdía exactamente dos libras por carrera. Y seguía ganando peso. En mi primera carrera en junio, con una temperatura exterior de 32 grados, completé el recorrido en 17:37, solo siete segundos por encima de un promedio de siete minutos por milla. Pocas personas de mediana edad, diabéticas, etc., podrían igualar eso.

Piénsalo. Estaba en mi mejor momento físico y me sentía orgulloso de ello.

Ah, pero ¿no se dice que el orgullo precede a la caída? ¡Créanlo! En parte por insistencia de mi preocupada esposa, que temía que me desmayara y muriera de un golpe de calor (suele preocuparse por esas nimiedades), extendí mi carrera a tres millas completas y reduje el ritmo, haciendo el ejercicio más fácil. Pero en lugar de eso, las carreras se volvieron más difíciles, incluso cuando el calor amainaba en los días nublados. Mantuve mi ritmo de ocho minutos por milla, pero de forma irregular. Sin embargo, no me enfermé. Bueno, tenía una pequeña molestia en la muñeca izquierda que estaba sensible al tacto, pero probablemente era una astilla incrustada. Luego, mi brazo izquierdo, cerca del hombro, comenzó a doler como si me hubiera desgarrado un músculo pequeño, pero el pinchazo no desapareció. Mis barbillas se volvieron incómodas y mis flexiones me provocaban un dolor punzante en el brazo. Pero estos moretones ocurren.

Entonces empezó la fiebre. Ahora, le tengo miedo a las fiebres. Tomo vitamina C para prevenir los resfriados, y funciona. Hubo una época en que me goteaba la nariz en la máquina de escribir, lo cual era molesto (uno puede imaginarse al editor refunfuñando sacudiendo una página húmeda del manuscrito), pero eso ya no sucede. Un gramo de C por hora detiene el goteo, y después de un rato el resfriado se rinde con disgusto y se va, sin duda buscando a algún idiota que no crea en la C. Pero, en mi caso, la C no hace nada con la fiebre, y esta subió hasta los 39 °C. Así que dejé de hacer ejercicio, lo cual fue un alivio en ese momento, y fui al médico. Resultó ser una infección linfática, que se extendía por mi brazo desde el bulto de la muñeca hasta la axila, irritando los ganglios linfáticos por el camino. Nada grave. Unas pastillas y descanso, y en una semana estaba listo para volver a escribir. Para entonces, a mediados de julio, ya había terminado mi laborioso primer borrador a lápiz de *Viscous* y estaba bastante avanzado en el segundo borrador mecanografiado, avanzando más o menos según lo previsto.

Mi fiebre bajó y retomé los ejercicios, a un nivel moderado, por un día. La fiebre volvió a subir. El bulto en mi axila izquierda se hinchó hasta alcanzar el tamaño de media pelota de tenis (aunque mi imaginación febril probablemente lo exageró), y apenas podía usar ese brazo. Por la noche no podía darme la vuelta y cambiarme de ropa era doloroso. El médico me recetó pastillas mucho más

fuertes, que costaban setenta y cinco centavos cada una, y tenía que tomar ocho al día. No surtieron efecto; la fiebre seguía subiendo, llegando a alcanzar los 38 grados, y la hinchazón persistía. Así que subió la apuesta y me recetó pastillas de un dólar. Nada funcionó. Mi familia tuvo que hacerse cargo de las tareas que yo hacía mientras dormía con fiebre.

Finalmente, desesperado, el médico me ingresó en el hospital. Durante tres días estuve con una vía intravenosa conectada a mi mano izquierda, goteando solución azucarada, penicilina (¡quema!) y garamicina en mi vena palpitante, mientras las enfermeras controlaban cada fluctuación de mi fiebre, mi apetito y cada gota de orina. Aun así, no hubo ningún efecto; la fiebre subía y bajaba a su antojo, desafiando al sistema médico moderno, y la hinchazón persistía.

Por supuesto, tenía una enfermedad de ciencia ficción, indiagnosticable, extraña; y difícilmente se puede esperar que medicamentos comunes como pastillas baratas y antibióticos líquidos funcionen contra eso. Ahora bien, si hubieran tenido algo futurista, como jugo de zanate orbicular venusiano...

En realidad, el hospital no era un mal lugar. Permitieron que mis hijos me visitaran y me encontraron un compañero de habitación con una dolencia vagamente similar (la suya era septicemia por una espina). El personal era competente

y amable. No me despertaron para darme una pastilla para dormir. Repartí copias de mis novelas. Mi dieta vegetariana y baja en azúcar hizo que la nutricionista jefe viniera a mi habitación, así que pude explicarle todas mis manías: nada de café, té, refrescos de cola, dulces, etc. Soy un hombre de pocos vicios; no fumo ni me debilito de ninguna otra manera, lo que pareció sorprender a algunos miembros del personal. Me hicieron radiografías, electrocardiogramas, me tomaron la presión arterial y muestras de sangre (¡ay!) para cultivos de tejidos para encontrar el microorganismo en mi organismo: nada. Estaba completamente sano, excepto que mi cuerpo libraba una feroz batalla contra un enemigo invisible. Simplemente no había forma de controlar esta enfermedad.

Creo que al doctor se le estaba cayendo el pelo: ¿se lo arrancaba a puñados con frustración? No estaba acostumbrado a tratar enfermedades de ciencia ficción. —¿Tienen gatos? —preguntó sin venir a cuento, dejando entrever el gran deterioro mental que le había provocado el estrés. Le respondí con suavidad que teníamos dos caballos, cinco perros, doce gallinas, dos niños y ningún gato. —Entonces no te pudo haber arañado un gato —gruñó.

¿Ah? Pues resulta que hace dos meses y medio, cuando Dios castigó el puente Skyway...

Finalmente, llegó el diagnóstico: tenía la enfermedad por arañazo de gato, una afección infantil poco común. No

responde a los medicamentos, no se detectan bacterias en los cultivos y simplemente tiene que seguir su curso durante un mes. No es grave, solo requiere tiempo, como un escritor trabajando en una novela o una mujer comprando un sombrero.

Así que aquí estaba yo: mi programa de ejercicios destruido en su punto álgido, mis otrora orgullosos músculos convertidos en una masa informe, mi novela parada en seco en el espacio (por primera vez en cuarenta novelas, estaba destinado a retrasarme en la fecha límite de un contrato), las facturas médicas acumulándose (no tengo seguro médico; esto no es tanto falta de previsión como rabia por la vez que intentaron estafarme por una enfermedad mental), mi esposa agotada hasta el límite, todo porque alimenté a un gato hambriento la mañana en que estaba previsto un caso de fuerza mayor .

¿Y quieres saber qué le pasó a ese gato? Que murió. No, sé que estás pensando en el poema de Goldsmith, *"Elegía sobre la muerte de un perro rabioso",* donde el perro mordió al hombre santo y murió. No fue así. Mi sangre puede ser potente, pero no venenosa. Lo que pasó fue que el gato se peleó con un gato más grande, lo mordió y perdió la vida. (Aunque, pensándolo bien, ¿no crees que mi sangre *pudo* haber vuelto a ese gato tan loco como para buscar esa pelea?)

El hospital me dejó ir, todavía con fiebre, hinchazón y mi mente desquiciada; no había nada que pudieran hacer por mí. Liberado de toda esa atención y medicación, comencé a mejorar. Finalmente, a principios de agosto, en mi cuadragésimo sexto cumpleaños, superé la peor parte: la fiebre que había durado un mes se mantuvo baja. Pero la hinchazón persistió, así que unos días después el médico me clavó una aguja brutal y extrajo un vial de líquido turbio. Viscoso, por supuesto. Lo llamó "aspiración", un término elegante para un proceso terriblemente doloroso. Pero redujo la hinchazón al tamaño de media pelota de golf y liberó mi brazo un poco, y mi axila comenzó a reaparecer. Unos días después, la punción comenzó a gotear jarabe de chocolate sobre mi camiseta: un desastre, pero un alivio, ya que significaba que no tendría que sufrir esa temida aguja otra vez. Las cosas continuaron mejorando. A finales de agosto retomé el ejercicio con precaución, mi rendimiento se redujo a aproximadamente un tercio de lo que había sido, pero mejoraba rápidamente.

Mi escritura nunca se detuvo por completo, pues, como dicen, soy un tipo disciplinado. Investigué mucho sobre la Segunda Guerra Mundial y, en el hospital, empecé a escribir los primeros capítulos de *Volk,* mi novela proyectada sobre la Segunda Guerra Mundial. Así, gracias a mi técnica de lápiz y portapapeles, conseguí adelantar un nuevo proyecto. Retomé la mecanografía de forma limitada, aunque sí que empeoró un poco la hinchazón. Completé el segundo

borrador de la novela a mediados de agosto, escribiendo por las mañanas y descansando, a menudo durmiendo, durante las calurosas tardes. También escribí el segundo borrador de los capítulos sobre la Segunda Guerra Mundial, ya que los tenía a mano. Después escribí el borrador final de *Volk,* extendiendo mis límites en el pequeño proyecto de cincuenta páginas antes de abordar el grande de trescientas cincuenta, por si acaso. Todo parecía ir bien. Poco a poco fui retomando mi ritmo de trabajo habitual, escribiendo veinte páginas o más al día, y terminé el borrador de *Viscous Circle* el 20 de septiembre, solo dos días después de que el médico me diera el alta por estar curado.

Así que la novela se escribió casi por completo siguiendo el curso gradual de la enfermedad. Si parece enferma, la culpa es de ese gato. Mi vida sana, mi dieta equilibrada, mi abstinencia de vicios y el ejercicio vigoroso, una supuesta fórmula infalible para la salud, no me libraron de esta experiencia. Quizás nunca sepa su significado, si es que lo tiene. Pero aún persiste la esperanza de que, de alguna manera retorcida, esta terrible experiencia tenga algún sentido. Durante un tiempo tuve una esperanza: cuando extrajeron el lodo de mi hinchazón y prepararon un cultivo para cultivar algunos de los microorganismos que causan esta misteriosa enfermedad, pensé que mi caso podría ser el primero en revelar el agente causante. De ser así, sería un avance médico significativo, un misterio de décadas resuelto, evitando a otros mucho sufrimiento. Pero no; mis

cultivos resultaron tan estériles como muestras espaciales, como suele ocurrir con esta enfermedad. Ese avance médico le espera a otro gato.

Quizás esta narración ayude a algún lector que, de otro modo, sufriría una dolencia desconocida; la pista del «arañazo de gato» le permitirá a su médico encontrar la causa. Recuerde que esta enfermedad en particular siempre mejora por sí sola. No es tan grave como parece.

Cuando estás enfermo es un buen momento para investigar, porque puedes leer en la cama. Durante este período leí El *hombre en busca de sentido* de Frankl como parte de mi investigación para el proyecto de la Segunda Guerra Mundial. La tesis de este libro es que el hombre realmente quiere vivir una vida que tenga sentido. Ciertamente tiene fuertes impulsos de protegerse, alimentarse y reproducirse, y filosofías enteras de la psicología se han construido sobre la suposición de que uno u otro de estos impulsos es primordial. Pero todos los demás animales actúan de acuerdo con estos mismos impulsos, con demasiada frecuencia con mayor entusiasmo y éxito que el hombre. Si el hombre es realmente el más elevado de los animales, no se debe a sus diversos apetitos físicos. La búsqueda de sentido del ser humano *puede* ser su rasgo verdaderamente distintivo.

Esto me parece lógico, y esa idea se refleja en *Viscous Circle.*

¿Y qué hay, entonces, de mi propia búsqueda de sentido? He explorado a fondo esta enfermedad con minucioso detalle y no he encontrado ningún significado. Me costó mil dólares en gastos médicos, y quizás más en tiempo perdido. Me dolería que todo esto hubiera sido en vano. Sin embargo, casualmente, este es un momento de transición en mi carrera, y esta es la razón de esta larga nota del autor. Quizás, después de todo, pueda encontrarle algún sentido.

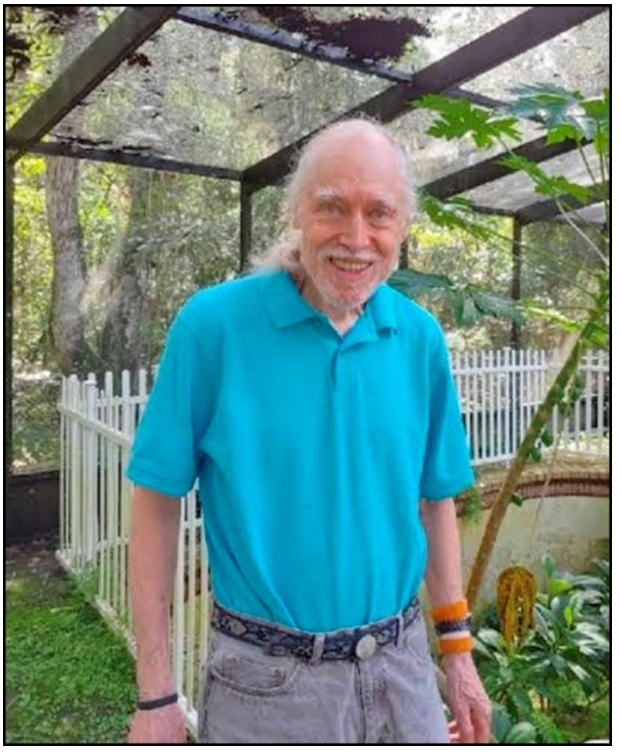
He escrito mucha ciencia ficción y ha tenido buena acogida. Me estoy convirtiendo en uno de los autores del género contemporáneos más exitosos. Recibo cartas de fans a razón de una por semana, y las contesto. A mucha gente parece gustarle mi ciencia ficción y fantasía, y eso me alegra. Me encanta este género; me dio un motivo para vivir cuando, hace mucho tiempo, dudaba de si la vida merecía la pena, y desde entonces me ha tratado bien. Pero «*Círculo Viscoso»* fue difícil cuando debería haber sido fácil, y quizás le falte esa chispa de asombro que es la esencia de este tipo de escritura. Tal vez mi enfermedad afectó mi objetividad, pero tal vez también me hizo perder parte de la magia necesaria. No quiero ser un escritor mediocre, que solo escribe aventuras por dinero. Quizás necesito un descanso para aclarar mis ideas.

No estoy renunciando a la ciencia ficción, pero espero escribir menos durante un tiempo. Esto no tiene nada que ver con el desencanto con el género: es un género sólido. Tampoco es por dinero; me pagan bien por escribir. No es

culpa de esta editorial en particular, que tiene los derechos de ciencia ficción de Anthony; Avon siempre ha sido amable conmigo, incluso cuando otras editoriales me vetaban, y se lo agradezco. Simplemente no sé exactamente dónde encontrarle sentido a la escritura.

Intentaré con la fantasía, el terror, la Segunda Guerra Mundial y la literatura general, y cualquier otra cosa que me apetezca, explorando mis límites para descubrir cuál es mi verdadero camino. Ya no soy joven; no tengo toda la eternidad para experimentar. La enfermedad me ha hecho ser más consciente de ello, recordándome una vez más mi propia mortalidad, y tal vez ese haya sido el propósito de este acto divino. Quizás descubra que no hay nada mejor para mí más allá de este género. Sin duda, la ciencia ficción fue mi primer gran amor, y esa pasión jamás la olvidaré.

Pero espero ampliar mis horizontes y que mis lectores lo aprueben. Mientras tanto, por fin están electrificando mi estudio para poder usar un ventilador en las calurosas tardes de verano y llevar las gafas puestas. Ser consciente de la mortalidad suele realzar el valor de las pequeñas comodidades, como una brisa cuando hace calor.



ACERCA DEL AUTOR

PIERS ANTHONY DILLINGHAM JACOB (6 de agosto de 1934, Oxford, Inglaterra) es un escritor de ciencia ficción y fantasía, cuyo seudónimo es Piers Anthony.

Ha escrito varias novelas e historias cortas, pero es conocido por sus libros, especialmente por la serie de ciencia ficción sobre el universo Xanth. Muchos de sus libros han aparecido en la lista de los más vendidos del *New York Times*. Unos de sus mayores logros ha sido publicar un libro para cada letra del alfabeto, desde *Anthonology* a *Zombie Lover*.

Biografía

La familia de Anthony emigró a los Estados Unidos desde Gran Bretaña cuando éste era niño. Se convirtió en ciudadano naturalizado a los veinte años de edad. Tras dos años de servicio militar, enseñó brevemente en una escuela pública antes de convertirse en escritor a tiempo completo.

Anthony estuvo brevemente incluido en la Lista Negra, y por ello cree un deber ayudar a los aspirantes a escritores a evitar las casas editoriales tradicionales y su dominio en la industria.

En muchas ocasiones ha cambiado de un editor a otro (llevándose de paso una serie de éxito), cuando ha sentido que los redactores trataban de forzar indebidamente su trabajo. Incluso ha demandado a editores por falsa contabilidad, ganado los juicios.

Mantiene una encuesta sobre editores en Internet, como un medio más de apoyar a los aspirantes a escritor. Por este servicio ha ganado el Special Recognition for Service to Writers de Preditors and Editors, una guía para autores de editores y casas editoriales.

Durante un tiempo fue socio de una editorial por Internet que ha sido adquirida por Random House. Además de su granja de silvicultura, Ha sido socio de empresas

especializadas en tecnologías sobre alimentación vegetariana.

Muchas de sus novelas populares han sido consideradas para hacer una película, aunque ninguna se ha llevado a fin. No obstante, sí se ha hecho un videojuego.

Las novelas de Piers Anthony terminan generalmente con un largo capítulo de Nota del Autor, en el que habla de sí mismo, su vida, sus experiencias y como se relacionaron con el proceso de escribir la novela. Mantiene a menudo correspondencia con los lectores y cualquier hecho del mundo real puede influenciar en sus novelas. Anthony reside con su esposa en una granja de árboles que posee en Florida.

En 1968 recibió una nominación al premio Hugo a la mejor novela por *Chthon* (Ballantine, 1967), mientras que en 1970, recibió dos nominaciones al mismo galardón, uno en la categoría al mejor escritor aficionado y otra a la mejor novela por *Macroscope* (Avon, 1969).

Comenzó a publicar relatos cortos con *Possible to Rue* para *Fantastic* en 1963 y colaboró con revistas de ciencia ficción durante la década siguiente. Sin embargo, se ha centrado cada vez más en la escritura de novelas.

Autor de la brillante y aclamada serie *Cluster,* y de la magnífica trilogía *Split Infinity,* se ha labrado una reputación como escritor de historias originales e ingeniosas, cuyo estilo

imaginativo y alucinante está repleto de imágenes extraordinarias, a menudo poéticas, y de vuelos de fantasía cósmica.